This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 856,422

PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

LA ESPUMADERA DE LOS SIGLOS

A Antonio Valles y Pablos
su afmo amigo
Roberto Robert

Esta obra es propiedad del editor, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA
ESPUMADERA
DE
LOS SIGLOS

POR

ROBERTO ROBERT

MADRID
IMPRENTA Á CARGO DE J. E. MORETE
Calle de las Beatas, núm. 12

1871

868
R642es

74 C110-190

PRÓLOGO

Volverá, no lo duden ustedes, volverá aquel bonancible tiempo en que causa deleite enterarse punto por punto de los desdenes de Laura, las gracias de Filis y las travesuras de la indócil Galatea.

Sobre tan atractivas materias volverá á escribirse en prosa y en verso, y cierta generacion mofletuda y campechana derramará sabrosas lágrimas con las descripciones, que andando el tiempo saldrán á pública luz, del árbol á cuyo pié lloró el pastor Anfriso.

¿Qué mas quisiera yo sino haber llegado á ese tiempo, para recrearme leyendo ó escribiendo de si era ó no murmurador el arroyo que reflejó el sereno rostro de Flérida, y si daban ó no arrayanes sus floridas márgenes?

Pero «cada cosa en su tiempo,» dice el refran, y en conciencia lo pregunto: ¿les parece á ustedes si el tiempo que corremos es á propósito para tratar de discreteos entre zagalas gazmoñas y barbilindos pastorcicos?

Señores, no nos engañemos unos á otros.

Esta es una época de damiselas tísicas y de adolescentes calvos; en treinta años hemos tenido que rectificar errores

y torpezas de muchos siglos, y aun andamos con la faena entre manos; y cierto que no podemos leer á Florian sin remordimientos de no haber ocupado nuestros ócios en cosa de mas provecho inmediato.

Galatea, aquella Galatea juguetona, que ora se acercaba á Licio, ora huia de él culebreando por entre suavísimas quintillas, es hoy dia la libertad política, que tan pronto se nos acerca sonriendo y con aparente abandono, como echa á correr desalada, dejándonos llorando en la ribera.

La ninfa á veces «el blanco pié se mojaba;» tambien la libertad se zambulle toda en medio de pavorosas tempestades; Galatea pasaba y volvia entre sonoras cadencias é ingeniosas rimas; la libertad va y viene al son de los roncos cañones, deja pedazos de su manto entre las barricadas, y se enreda en miserables intrigas diplomáticas.

El dia que amanece anunciando el suplicio de Polonia, la rendicion de París, ¿les parece á ustedes si habrá pecho capaz de enternecerse pensando en las mil veces lamentada defuncion del pajarito de Lesbia?

Todo lo que acabo de decir viene al tanto de que en este mi libro no se trata de cosa alguna de las que yo desearia tratar, sino de otras muy distintas; porque el tiempo está para lo uno y no para lo otro: cuyas otras cosas son enteramente opuestas al pastoril idilio y á cuanto se le asemeja.

Por lo cual advierto que les será á ustedes muchísimo mas fácil el ver, cruzando estas páginas, á un hercúleo baron lanzado á robar dineros en medio del camino, ó siquiera á un caballero principal que, cubierto con su escudo, suelte denodadamente tres higas á su Dios, á su dama y á su rey, que hallarse con una llorosa pastorcita reluciente de pomada, con la simbólica jaula vacía sobre las rodillas.

Es claro que no le quito á nadie el derecho de enternecerse al considerar que han sido vanas todas las diligencias hechas en busca de la flor que en mayo perdió Dorila, no señor; pero sépase que en este libro tampoco se dedica un solo párrafo á aquel lamentable acontecimiento.

Cada cual recibe las sensaciones conforme á su naturaleza. Yo, al ver una tranquila playa del sosegado Mediterráneo, en vez de pensar en Silvia, pienso en aquellos reyes y príncipes cristianos desbalijadores de todo el que naufragaba en aguas de su dominio.

Y cuando salgo al campo, no voy á disertar sobre el efímero esplendor de las rojas amapolas, sino que levanto la vista buscando los picachos donde solian alzar sus inexpugnables fuertes aquellos guerreros de fuerte brazo, que como águilas rapaces no abatian el vuelo sino para remontarse con algo ensangrentado entre las garras.

No digo que carezcan de sublimidad aquellas leyendas lírico-dramáticas, cuya protagonista suele ser una ténue y recogida castellana, especie de sensitiva semoviente, cuyas hojas picotea un candoroso doncel, admirado de verlas cerrarse súbitamente, y encantado sobre todo de ver que vuelven á abrirse.

Interesan, sí señor, interesan en la leyenda romántica los dos tipos: esto es, la dama y el paje, cuando cogiéndose de las manos se asoman medrosos al cráter del pecado; lo salvan de un salto, se sientan trémulos y palpitantes á su orilla, y primero discreteando y teologizando despues, concluyen conviniendo en que el Sér Supremo, la naturaleza y el destino han dispuesto que el esposo de la dama sea... aquello.

Pero cuando reflexiono que la sublime castellana no llevaba medias, por la sencilla razon de que la Providencia aun no habia permitido que se inventasen, cuando

pienso que la castellana no llevaba camisa; que no sabia leer..., francamente, entonces no resisto: todo me desembellece, y no me ocuparia de aquel par de tipos sino para adecentearlos, lavarlos y enviarlos á la primera escuela de aquel tiempo... en que no habia escuelas.

Ya comprendo que haya quien recuerde con tiernísima piedad la voluntaria pobreza de tal cual siervo de Dios, solitario y tonsurado; sé que sobre tan socorrido tema se pueden escribir y se han escrito muy buenas cosas; pero coger un inventario de convento en que consten las arrobas de plata, las joyas de oro y piedras preciosas, las riquezas de todo género propias de la comunidad, y engolfarme pensando que una, dos y tres veces las crudas hambres asolaron la comarca, sin que los benditos siervos de Dios viesen padecer detrimento alguno á sus tesoros, tiene para mí mas poderosos atractivos.

¿Han visto ustedes personas que despues de una juventud relajada, llegan á cierta edad y á cada tos y á cada achaque se figuran que les hizo daño el aire de ayer, el frio de ayer, la cena de ayer, sin acordarse nunca de que deberian arrepentirse de sus excesos de muchos años atrás?

Pues con permiso de quien pueda darlo, opino yo que otro tanto á las generaciones les sucede. Siempre se figuran que el mal es del dia ó de la víspera, y nunca se les ocurre buscarló en tiempos remotos. Lo remoto les parece lo mas bello, como al caduco vicioso le parece que lo mejor de su vida fué la primera juventud, cuando precisamente entonces adquirió el gérmen de las dolencias que le están aquejando.

No se vaya por esto á creer que en La Espumadera de los Siglos se trate de entristecer á las familias con historias de viejos relajados ni con paridades repugnantes: muy al contrario.

Por ejemplo: una de las invenciones en que el catoli-

cismo supo hermanar mas perfectamente lo sublime con lo lucrativo (*utile dulci*), fué la excomunion.

La excomunion ha dejado de ser notable por sus efectos, sobre todo desde que se inventó el taco de suela.

Pero echando una ojeada á aquellos tiempos tan famosos por su respeto á la Iglesia y á sus príncipes; tomando, como de un jardin, un excomulgado de aquí y otro de allí; eligiendo ya un rey piadoso, ya una dama bellísima, ora un obispo, ora una ciudad entera, compongo un oloroso ramillete de excomuniones, digno de ser restregado por las narices del siglo XIX, aunque me esté mal el decirlo, y se lo ofrezco al público, tomando para este acto la mas gallarda actitud que he sabido aprender de los boleros.

Y... no es natural, quiero decir: no es cosa corriente especificar en el prólogo lo que se ha de decir en el libro; pero en la seguridad de que trato con amigos, pues lo soy de todos los que gustan de verdades, me atreveré aun á entretenerles, digámoslo así, á la puerta de mi obra, si no tienen empeño en colarse de rondon por ella; que si lo tuvieren, con volver unas cuantas hojas y echarse á leer desde donde dice: CAPÍTULO I, ya están al tanto.

El que no tenga esa impaciencia, escúcheme.

Todos los chicos de la escuela, todos los sargentos que escriben medianamente han oido decir algo de las Cruzadas.

¡Aquellos caballeros! ¡Aquellas muchedumbres! ¡Tantos príncipes, condes y barones! ¡Aquel celo religioso y la piedad acendrada y los sitios y los heróicos asaltos!...

Yo, aunque no he sido sargento ni he tenido nunca buena letra, tambien sabia decir desde niño: ¡Oh! ¡los caballeros! ¡Oh! ¡la piedad! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Nadie me habia hablado jamás de lo ameno de aquella empresa.

¡Y qué! Además de los actos de valor, que se parecen

á los de todos los poemas, fuera de las batallas y las marchas forzadas, las hambres, y, digámoslo así, las *sedes* (¡piedad, Academia, perdon!), ¿no hay pormenores dignos de fama en aquella magna empresa, á donde fué por lana el feudalismo y volvió trasquilado?

Fuera de qué, ¿de tan seca condicion eran los guerreros de aquellos ejércitos, que no diesen de sí algo mas que lo que vulgarmente se cuenta de ellos?

¿Por qué ha de leer el ciudadano muchas historias sin enterarse, por ejemplo, de que los piadosísimos cruzados dejaron empeñada á un prestamista la corona de espinas del buen Jesús?

¡Ah! se me olvidaba, y me tiene mucha cuenta lo que voy á decir.

Como á cada paso se oye clamar contra el siglo actual y los tiempos mas modernos, de cuando en cuando saco á relucir en este libro, como quien lo hace distraido, cada truhanería y cada trampantojo de los siglos no modernos, que parten por el espinazo.

Esto lo hago con cierta malignidad medio encubierta, para ir persuadiendo á quien pueda, de que no era todo rezar y alabar á Dios lo de nuestros remotos antepasados, sino que sus travesuras tuvieron tambien, y tal entre ellos parecia santo y era de la mismísima piel de Pateta.

Cierto que los teólogos afirman en absoluto que todos los hombres somos vanidad de vanidades, raza de víboras, dados á Satanás, hijos del pecado; pero en cuanto se encandilan hablando de los tiempos que ellos llaman antíguos, sin sentirlo ni notarlo se les suaviza la lengua, se hacen todos miel, y apenas tienen expresiones con que alabar las excelencias de los hijos del pecado y de la raza de Satanás, acabando por no hallar pecadores mas que en su época. Ahora no tienen reparo en alabar á los hombres de seis siglos atrás; pues bien, los teólogos del siglo XIII tambien

hallaban que los grandes pecadores eran sus contemporáneos, y que los hombres del siglo VII estaban mucho mas cerca de su perfeccion.

Y no tengo reparo en dejar prenda que valga algo en manos que sean de fiar, apostando á que dentro de seis siglos, si dura eso de haber teólogos, se harán lenguas sobre las excelencias de los hombres de hoy, y afirmarán que los peores son los de su tiempo.

Me parece, pues, que bien vale la pena de dar alguna idea de las virtudes, del decoro, la caridad y los cristianos sentimientos de los siglos pasados, aunque solo sea, así, muy por encima y ligeramente, como se bautiza á los ricos en invierno, para que se vulgaricen noticias que el comun de los españoles suele ignorar, y yo no sé si por mera curiosidad ó con fines particulares y no indiferentes, he ido recogiendo y apuntando, para cuando llegase una ocasion como la presente.

No puedo decir que haya puesto de todo un poco en estas páginas; pero sí me atrevo á asegurar que contienen un poquito de varias cosas.

Espero que no se me enoje el público ilustrado si se encuentra con que le refiero sucesos de él muy conocidos; considere antes que tales noticias ó relatos son para aquel otro público que los ignora y no está para aprenderlos en las severas páginas de lo que llamamos la Historia.

Fuera de que yo me llevo mis fines particulares al repetir ciertas cosas muy sabidas y aun mas olvidadas.

La mayoría del pueblo español no lee historias ni crónicas antíguas, ¿no es verdad? La mayoría del pueblo español, así como ignora que los cristianos cruzados llevasen á una casa de préstamos la corona de espinas de Jesús, ignora tambien el escándalo que, con su codicia, con sus repetidos delitos de simonía, dieron los clérigos, los obispos y los Papas; no sabe ni por asomo las atrocidades

que cometieron los señores de mas ilustres apellidos; no tiene noticia alguna de las intrigas, deshonestidades, desafueros y vano orgullo que reinaron en los monasterios; no conoce las malas costumbres, los vicios, las rebeliones, la crueldad de ciertas épocas...; pues bien: yo si no hablo reviento: yo he de decir á mis compatriotas algo de todo lo apuntado.

¿Comprenden ustedes ahora, público ilustrado y público indocto, por qué he escrito este libro?

Comprenden ustedes...

¿Sí?

Pues prosigo.

En cuanto al órden de la narracion, no hallará el lector sino el que á mí me convenga.

Si tratando, por ejemplo, de famosas hazañas de caballeros, me entusiasmo buen rato con ellas y á lo mejor vuelvo la espalda á los héroes de la tierra para desdoblar un inventario de convento, es porque entonces me llamará esto mas que aquello.

Y si en medio de la admiracion, que acaso me inspire el espectáculo de las virtudes triunfantes en la tierra, doy un salto y me pongo á recoger lamentos de los que clamaban al cielo en vista de la perversidad de los corazones, será porque se me haya antojado obsequiarme con el placer de los contrastes.

Despues de asistir á una batalla en que se destrozan heróica y mútuamente buen número de guerreros, no me parece tan mal recorrer un tranquilo y solitario cláustro en compañía de un par de monjes, que elevan sus mudas oraciones al cielo dándole gracias por haberles favorecido con los mas preciosos bienes de la tierra.

Es posible que en algun capítulo no me muestre lastimado de ciertos sucesos que á otros les hagan erizar el cabello.

Pero téngase en cuenta, primero, que yo no tengo la menor culpa de ninguna de las grandes desdichas que los anales de la humanidad registran; y segundo, que otros hay que tampoco se enternecen por lo que á mí me duele.

Por lo demás, este libro es un libro que sin escrúpulo puede leer la monja mas escrupulosa y linfática.

Cuando apelo en él á la autoridad de autores profanos, siempre busco los mas graves y morigerados; y aun pongo particular empeño en apoyarme en los dichos de personas bien vistas de la Iglesia y de sus doctores tambien, si para ello se me ofrece buena coyuntura.

Y... me parece que bastante hemos hablado.

Ahora voy á mi tarea, espumadera en mano.

Ojalá corresponda con mi buena voluntad el acierto que tener quisiera; pues si en las bodas de Camacho se espumaban de las ollas las gallinas enteritas, ¿qué no podria espumar del gran caldero de los siglos una mano experta?

Hagamos la prueba, y sea pronto, que ya tengo deseos de entrar en materia cuanto antes.

En cuanto á los hechos, solo una cosa tengo que recordar al qué leyere: yo no los invento, ni los exagero en mas ni en menos.

Si alguno resultare inverosímil, á él la culpa.

Todos son históricos y están comprobados.

¿Están ustedes? Pues ahora tengo el honor de ofrecerles...

Pasen ustedes adelante.

EL DINERO DE LA IGLESIA

I

¡Dinero!

Todo el mundo habla de dinero, lo desea, lo codicia; pero ¿quién sabe lo que es dinero?

A ciertas horas del dia, el mortal inexperto que penetre en la Bolsa se aturdirá oyendo vocear millones y mas millones que se compran y venden.

¡Qué trasegar de monedas! Uno da cincuenta millones, otro los toma; otro regatea ciento; otro propone un plazo para tomar doscientos, trescientos, cuatrocientos...: todo se vuelve millones, y si se estrujara á aquellos mercaderes de monedas, no se les sacaria entre todos una onza de oro.

Parola, vanidad mundana es el dinero del siglo: todo es ochavos apellidados con expresiones hiperbólicas.

¿Qué tiene Osuna? ¿Qué posee Rostchild? ¿Qué representan esos famosos caudales de los diez y siete lores llamados los ricos por antonomasia?

Despues de conocer el dinero de la Iglesia, todo es cieno, humo, nada.

Aquello era sólido, inagotable, inmenso. Si hay algo que, por

lo infinito, dé una idea aproximada de Dios, es el dinero de su esposa.

Es que hubo un tiempo en que aquí goteaba, allí chorreaba, allá llovia, acullá diluviaba dinero sobre la Iglesia; pero de contínuo, sin cesar, ni trazas de ello.

Dicen que los árboles atraen las lluvias.

Puede ser, porque los templos atraian antes el oro, la plata, las piedras preciosas y los donativos de toda clase.

Donde se clavaba una cruz de palo, allí caian cuando menos maravedís.

Donde se abria capilla, allí iban á parar moneditas de plata.

Donde se levantaba la menor iglesia, caia el oro.

Y en tratándose de templo de mayor cuantía, allí iba á parar todo.

No parece sino que la moneda, dotada de entendimiento y conocedora de la maldad de los hombres, buscaba el reposo bajo el sagrado amparo de los altares.

II

Así como á veces se encuentran dos hormigas y se detienen como para hablarse, y buscan á las que están mas cerca, y al cabo de breve rato á donde va una todas las demás se encaminan, así tambien hacian entonces las monedas.

Averiguado el camino de un santuario, no parecia sino que la primera moneda comunicaba la noticia á las otras, y acto contínuo entraban allí en tropel blancas y maravedís, cornados y escudos, ducados y cequíes, libras y peniques, y toda la turbamulta numismática del mundo.

¡Cuántos doblones, apenas llegaban á tomar forma monetaria en los troqueles, como si fuesen capaces de esperimentar algo de la nostalgía del cielo, corrian á consagrarse á Dios en la oscuridad recóndita de las arcas sacerdotales!

Allí vivian felices las monedas, lejos del profano bullicio y de

las vanas agitaciones de los hombres; el casto son del oro melodioso arrullaba el tranquilo sueño de los servidores de Jesucristo.

III

¡Qué avergonzados quedarian los famosos banqueros de hoy ante el caudal de un abad de aquellos felices tiempos, y cómo se verian obligados á reconocer su pequeñez, confesando que en materia de dinero, como en todo, la supremacía ha pertenecido á la Iglesia!

Sobre todo desde aquel gran príncipe Constantino...

Por supuesto que ustedes habrán oido hablar de la famosa conversion de Constantino, que abrazó la religion de Cristo y mató á su hijo: no al hijo de Cristo, que no los tuvo, sino á un hijo propio suyo; de aquel príncipe que despues de hacerse cristiano mató á su mujer... ¡Oh, cuánto debió sufrir en aquel acto, no la mujer, sino Constantino, precisado á tomar resolucion tan extrema!

Aquel bondadoso príncipe, que despues de empeñar á un enemigo suyo la palabra de perdon tuvo que quitarle la vida, ha tenido la desgracia de que los impíos le tachasen de bárbaro y cruel; pero en vano: esta calumnia solo ha circulado entre los escritores baladíes que no tienen compromisos con ninguna iglesia.

En cámbio, donde quiera que se respiran auras católicas... ¡Oh el lábaro! ¡Oh la conversion maravillosa!... *¡In hoc signo vinces!...*

¿Pero cómo no ha de ser así habiendo dado tanto?

No hay medio de dar á conocer, ni en globo, lo que fué el dinero de la Iglesia, sin empezar por Constantino.

Cierto que en el siglo IV ya la Iglesia no era una cualquiera: ya tenia qué perder: habia hecho sus ahorritos, y por entonces el obispado de Roma era bastante productivo.

La fama de su riqueza fué causa de que, con fundamento ó sin él, se haya escrito en las historias que cuando la disputada

eleccion del español Dámaso, cuyo competidor era Ursino, si se derramó sangre hasta el punto de quedar centenares de cadáveres dentro del templo, fué, porque cada uno de los dos candidatos habia comprado los votos y excitado el celo de los electores prometiéndoles satisfacer su codicia (1).

IV

Pero al fin y al cabo esa riqueza no era nada ni valia la pena de hacer matar á tanta gente.

Constantino sí que...

Por gusto nada mas; solo por curiosidad, vamos á sacar la lista de los veintinueve objetos principales con que dotó á la basílica que llevaba su nombre.

Vale la pena.

Créanme ustedes; y si me equivoco, tonsurado me vea.

Entérense de ello los lectores, y digan luego si no era hombre verdaderamente piadoso el príncipe Constantino.

¡Eh! Cuidado, que lo que voy á apuntar no es documento que pueda ponerse en duda.

Está copiado de lo que el bienaventurado Anastasio escribió en sus *Vidas de los Papas*.

V

Empieza la lista de los regalos de Constantino, y dice:

«1.° Unas andas de *plata*, sobre las cuales iban: una imágen »de Cristo, de cinco piés de alto y cien libras de peso; las figuras »de los doce apóstoles, con coronas, tambien de plata fina, de »cinco piés de alto y noventa libras de peso cada una. Detrás »iba la estátua del Salvador, sentado en un trono y mirando al »ábside, estátua tambien de cinco piés de alto y ciento cuarenta »libras de peso. Junto á esta figura, cuatro ángeles (todo de »plata), de ciento cincuenta libras de peso cada uno.»

(1) Véase *Los Tiempos de Mari-Castaña*, pág. 146.

Las andas y todo lo que sostenian pesaban en junto dos mil veinticinco libras.

«2.° Una lámpara de *oro* finísimo, adornada con cinco del-»fines, de peso de veinticinco libras, inclusa la cadena de que iba »colgada debajo de las andas.

»3.° Cuatro candelabros en forma de corona, de *oro* finísimo, »adornados con veinte delfines, de peso de quince libras cada »uno.

»4.° La bóveda de la basílica, toda *dorada*.

»5.° Siete altares de *plata*, que pesaban doscientas libras »cada uno.

»6.° Seis patenas de *oro*, de treinta libras de peso cada una.

»7.° Diez y seis patenas de *plata*, de diez y seis libras de peso »cada una.

»8.° Siete copas de *oro* puro, de diez libras de peso cada una.

»9.° Otra copa de plata sobredorada, incrustada de *oro*, cora-»les, esmeraldas y jacintos, de veinte libras y tres onzas de peso.

»10. Dos vasos sagrados de *oro* purísimo, de cincuenta libras »de peso cada uno, y cabida de tres medimnos.»

VI

¿Es algo lo que llevo copiado?

Pues todavía no estamos á la mitad.

Pero ¿quién no se detiene á meditar un momento en tanta magnificencia?

¡Y que vengan á recordarle á uno si aquel piadoso príncipe fué ó no una ó mas veces parricida!...

¡Oh, el lábaro! ¡Los candeleros! ¡Libras de plata! ¡Libras de oro!...

Prosigamos la lista. No sé cómo hay quien pueda hablar de crímenes pudiendo solazarse con el recuerdo del oro y los diamantes consagrados á borrarlos.

¿Estábamos en el número 10?

Pues sigue la lista.

VII

«11. Veinte copas de *plata* de quince libras de peso cada una.

»13. Otros veinte vasos sagrados de *plata*, de diez libras de »peso y un medimno de cabida cada uno.

»13. Cuarenta cálices de *oro* purísimo, que pesaban una libra »cada uno.

»14. Cincuenta cálices de *plata*, de dos libras de peso cada »uno.

»15. Un candelabro de *oro* muy precioso, colocado delante »del altar, con adorno de ochenta delfines, y de treinta libras de »peso.

»16. Un candelabro de *plata*, adornado de veinte delfines, »de cincuenta libras de peso.

»17. Cuarenta y cinco lámparas de *plata*, que están en la »nave, de treinta libras de peso cada una.

»18. Al lado derecho de la basílica, cuarenta candelabros de »*plata*, de cuarenta libras de peso cada uno.

»19. Al lado izquierdo de la basílica, veinticinco candelabros »de *plata*, de veinticinco libras de peso cada uno.

»20. Otros cincuenta candelabros de *plata*, que están en la »nave, de veinticinco libras de peso cada uno.

»21. Tres urnas de *plata* finísima, cada una de las cuales pesa »trescientas libras y tiene de cabida diez medimnos.

»22. Dos incensarios de *oro* purísimo, de treinta libras de »peso.

»23. El baptisterio contenia, como principales ornamentos, »una pila de pórfiro, forrada por dentro y por fuera de una chapa »de *oro* finísimo, que pesaba cincuenta libras.

»24. En medio de la pila una columna de pórfiro de *oro* fini»simo, de cincuenta libras de peso.

»25. Al borde de la pila un cordero, de *oro* finísimo, que »vierte el agua, tiene cinco piés de alto y pesa treinta libras.

»26. A la derecha del cordero, una estátua del Salvador, de

»*plata* finísima, de cinco piés de altura, y pesa ciento setenta »libras.

»27. A la izquierda del cordero una estátua de San Juan Bau»tista, de *plata*, sosteniendo una inscripcion que dice: *Hé aquí el »cordero de Dios que borra los pecados del mundo.* Esta figura »tenia cinco piés de alto y pesaba cien libras.

»28. Siete ciervos de *oro,* vertiendo agua, de ochenta libras »de peso cada uno.

»29. Un incensario de *oro* finísimo, de diez libras de peso, »adornado de cuarenta y dos piedras preciosas.»

Es decir, *seiscientas ochenta libras de oro* y *doce mil doscientas cuarenta y tres libras de plata*, lo cual por sí solo, y fuera del valor artístico, importaba unos seis millones y medio de reales.

¿Era eso dinero ó patarata?

VIII

Y sobre todo, nada de títulos, ni láminas intransferibles, ni bonos, ni invenciones de judíos: moneda sobre moneda, á toca teja, y no á puñados, sino á costales.

¡Aquello era vivir!

Ahora para ajustar un entierro de mala muerte hasta regatea el fiel...

¡Oh, no hablemos de cosas tristes!

Hablemos de la pureza, del esplendor, de la gloria, del prestigio de la Iglesia; es decir, de su dinero, que era símbolo de todo ello.

IX

Entonces pudo reponerse la Iglesia del disgusto que en el siglo anterior le habian ocasionado los impíos Diocleciano y Maximino confiscándole los bienes, que ya eran cuantiosos.

Porque es de advertir que, así como vulgarmente se dice que á las personas que gozan de muy buena salud ese exceso mismo de salud les hace salir diviesos, así tambien á la Iglesia, cada vez

que se ha encontrado en plenitud de oro, le ha salido, ó el bárbaro de la selva, ó el emperador aleman, ó el hereje inglés, ó el enciclopedista francés, ó el desamortizador de todas partes, con caractéres morbosos y en extremo laxantes.

X

¡Ah! Pero no crean ustedes que Constantino agotara su liberalidad en los dones que reza la lista de que hemos hecho mérito: nada de eso.

Como si llevase en el pecho un calorífero puesto en comunicacion con los ignorados senos en que reside el órgano de las dádivas eclesiásticas, anduvo siempre regalando: era un emperador gotera.

XI

A la basílica ya mencionada «la dotó además de bienes raices, »no solo en Roma ó en sus cercanías, sino tambien en remotas »provincias.»

No hay mas que leer los epítetos de humano, discreto, entendido y piadoso con que le mencionan los escritores ortodoxos, para suponer desde luego que dió mucho; pero ya que hablamos de él y podemos contribuir á que se extienda la fama de sus dádivas, mencionaremos algunas de ellas.

Así tomándolo á bulto, calculan los escritores mas entendidos que sus dones á la basílica producian una renta de novecientos mil reales.

A lo cual añadia el emperador todos los años, como fineza devota, un regalito de cincuenta libras de drogas aromáticas para el culto divino.

XII

Así como otros antíguos emperadores no pensaban mas que en matar, él de cuando en cuando, pero con cierta frecuencia, sentia impulsos de hacer regalos á la Iglesia.

Otro, despues de matar á su hijo, se habria enardecido en inhumana sed de sangre, y acaso habria condenado á un pueblo entero. Él no: al contrario, envió ricos dones á templos que le debian la existencia ó la restauracion, particularmente á la Iglesia de los santos Pedro y Pablo.

XIII

Otras veces derramaba su generosidad sobre la iglesia levantada por San Silvestre, ó sobre las que habia mandado edificar él mismo en Ostia, en Albano, en Cápua y en Nápoles.

Como que los ornamentos de oro y plata con que dotó á esas, se calculan en la tercera parte de lo que valian los que diera á la basílica.

Y á otras varias les dió tambien rentas en bienes raices, no solo en el territorio mismo de Italia, sino en Asia y en Africa, y hasta á orillas del Eufrates; de modo que, conocida su piedad, no me habria estrañado que, si entonces hubiesen sido conocidas la América y la Occeanía, todo el azúcar, y el cacao, y el polvo de oro de California, y el novísimo petróleo, hubieran ido á parar al seno de la mística esposa de Jesucristo.

XIV

Cuando Constantino fué mas grande fué cuando ya no supo qué dar á la Iglesia.

Entonces su amor al Evangelio le inspiró una idea sublime, que fué autorizar á la Iglesia para que por sí misma adquiriese bienes raices.

La Iglesia le secundó en esto con una actividad... Figúrese el lector si lo dejaria por pereza.

Parece que ya Constantino no podia hacer mas.

¡Pues hizo mas!

Se dignó autorizar á sus súbditos para que dejasen en herencia sus bienes á la Iglesia.

XV

¡Tú que tal dijiste!

Entonces fué cuando la diligencia sacerdotal llegó á su colmo.

Donde quiera que habia moribundo, ó enfermo, ó viejo expuesto á no parar mucho en el mundo, allí acudia el siervo de Dios, ansioso de averiguar si la Iglesia seria la heredera.

La solicitud eclesiástica fué auxiliada por la Providencia de tal modo, que á poco tiempo familias poderosísimas llegaron á adquirir aquel grado eminente de pobreza que Dios quiere ver en todas partes menos en su casa.

XVI

Desde entonces tambien empezó á murmurar la impiedad contra el dinero de la Iglesia; pero el Señor ha hecho por espacio de muchos siglos que el dinero de la Iglesia fuese como el azogue: el que cree ponerle el dedo encima para sujetarle, no hace mas que hacerle huir lejos de su alcance.

XVII

La malicia de los hombres ideó mil estratagemas, ya para desposeer indirectamente á la Iglesia, ya para evitar que fuese á parar á su poder toda la riqueza; pero inútilmente.

Aun antes que apareciesen compiladas nuestras leyes de Partida, ya se habia querido limitar la facultad de los testadores, para que solo pudiesen dar el quinto de sus bienes por causas piadosas.

Pero antes tambien Dios lo tenia dispuesto: para el pájaro, la sierpe; para el queso, el raton; para el dinero, el sacerdocio.

XVIII

Apurado conflicto seria tener que decir con exactitud: la Iglesia llegó á poseer tanto mas cuanto.

El cálculo mas aproximado es que lo poseyó todo.

El diezmo por sí solo...

¡Oh, qué piadosa invencion la del diezmo!

Cuando uno habia contado diez cabras, diez haces, diez mulos, y creia que eran diez, ya no eran mas que nueve para el mundo.

Lo demás, para las ánimas.

XIX

Las buenas cosechas y los faustos acontecimientos se celebraban dando gracias á Dios y dinero á la Iglesia.

Las sequías, inundaciones y calamidades públicas, se conjuraban pidiendo perdon á Dios y dando dinero á su esposa.

El tiempo normal se aprovechaba dando dinero á la Iglesia para que nos congraciase con Dios y no volviese á castigarnos.

El nacimiento de un indivíduo, era causa de dinero; su casamiento, causa de dinero; su muerte, causa de dinero.

Cada suceso tenia por estribillo el dinero para la Iglesia.

XX

A primera vista, parece que enamorarse de una monja ó mujer de convento, apasionarse de ella y echársela á cuestas llevándola á cinco pasos de distancia, no tenga nada que ver con el dinero.

Pues bien: hé ahí una apariencia engañosa; porque el que hacia lo que hemos dicho, perdia desde luego la mitad de los bienes, que pasaban á ser propiedad del monasterio agraviado.

Y agravios semejantes se vieron algunos en otro tiempo.

Es de advertir que despues, al robador le ahorcaban si era plebeyo, ó le degollaban si era noble.

Pero esto no lo hacia la Iglesia: lo daba á hacer.

XXI

La riqueza quiso ser eclesiástica: tuvo esta vocacion respetable y la satisfizo.

El ruiseñor se amparaba de los bosques eclesiásticos para cantar sin recelo; el buho escogia por único refugio tranquilo las

grandes ventanas de las abadías; los gatos mas finos de paladar y olfato envejecian y se reproducian en las casas de oracion. Gato de refectorio se distinguia á la legua de los demás indivíduos de su especie por su bello y orondo aspecto; y así dice como ponderacion Lope de Vega hablando de Zapaquilda, que estaba sentada,

«Lamiéndose la cola y el copete,
tan fruncida y mirlada,
como si fuera gata de convento.»

XXII

Y si así eran los gatos, ¿cómo serian sus dueños?

Las rentas crecian, los donativos no cesaban, los privilegios se iban amontonando...

La Iglesia era para el dinero una especie de santa ratonera.

Nadie podia empeñar ni vender cosa perteneciente á la Iglesia.

Esto, ni aun en aquel tiempo en que un rey tuvo que empeñar el gaban para comer.

XXIII

Todo... la fé, la ley, la fuerza, la necesidad, todo eran troqueles que para la Iglesia acuñaban.

La ley mas larga del *Fuero Real de España*, es la que trata del modo de pagar los diezmos.

Es minuciosa, expresiva, poética: parece que es un bordado, y es un molde de hacer moneda.

XXIV

En unas partes los súbditos de la Iglesia estaban libres de pagar al rey pechos, pedidos y servicios.

En otras, el prior ó el obispo eran señores de toda jurisdiccion, con piadosa horca, con maternal picota, con redentor cuchillo, con evangélica cárcel, con místico cepo y demás insignias de señorío.

El ganado de aldea no podia entrar en la dehesa de Salaman-

ca; pero el que pertenecia á la Iglesia, «*caballos é mulos é asnos* »*é asnas é cuatro bacas de leche é los bues de las eglesias de las* »*obras anden hu quesieren por toda la defesa*» (1).

¡Hasta los cerdos de San Anton, por ser como gentes de Iglesia, tuvieron en Madrid privilegios corporativos!

XXV

A veces vendia el rey en junto una ciudad ó villa, pero siempre con excepcion para lo que pertenecia á la Iglesia.

En la venta de Fregeneda, por ejemplo, el obispo obtuvo el derecho de percibir 7,700 maravedís de fuero y renta anual perpétua, y se exceptuaron de la venta los diezmos eclesiásticos y los 6,210 maravedís de censos perpétuos que el dicho humilde pastor cobraba, y las 118 «anegas» de tierra de sembradura, que eran del mencionado obispo, y los eriales y las salinas, que al mismo obispo pertenecian, y la dehesa cerrada de labor, que propia del obispo era, y el canal de pesca de la dehesa, porque esta, casualmente, al obispo por dueño tenia.

Así, viendo que hombres y ciudades cambiaban de dueño y el dinero eclesiástico no, decia con razon el sacerdocio: en medio de las tempestades del mundo, la Iglesia permanece inmutable.

XXVI

Se castigaba á quien se atreviese á levantar fortaleza ó muro en sus heredades; pero la Iglesia, como tenia que guardar tanto dinero, que era de Dios, podia levantarlos sin incurrir en pena alguna.

Al contrario, aun se le agradecia.

XXVII

A veces no era dinero, ni privilegios particulares, sino cosa mayor lo que la Iglesia recibia.

(1) Véase el *Fuero de Salamanca*, por D. J. Sanchez Ruano.

En 1167 el rey D. Fernando II, por remedio de su alma y del alma de su esposa doña Urraca, concedia y confirmaba «para siempre jamás,» á la catedral de Salamanca y á su obispo el privilegio que por su abuelo le habia sido otorgado.

Consistia este en «la tercera parte de los tributos de la ciudad de Salamanca...; la décima de todas las peticiones, con todos los diezmos de su propio trabajo...; la tercera parte de la moneda perteneciente al fisco y la media parte de las haceñas y sernas con la almunia; con toda aquella parte que habia sido del rey, de aquellas haceñas y baños, y sus aldeas de Tejares y de Campo Piedras, de Topas, San Cristóbal y San Pelayo, con el castillo de Almenara, con todos los pastos, sernas, términos y derechos, «y »*si algun homicida ú otro cualquiera delinquiese* en esos campos »que os doy, *permanezcan seguros de todos sus enemigos*; y las »dichas villas queden libres por nuestra parte para siempre de for»nadera, de toda ofercion ó peticion y *á ninguno sirvan, sino al* »*obispo* de dicha santa iglesia de Santa María.

»Concedemos tambien (sigue diciendo el privilegio) que todos »los clérigos del obispado de Salamanca estén libres de toda pena, »de forcado, de ofercion, de todo pecho, de toda facendera y de »todo servicio.»

Y aun mas. Por el mismo documento concede el rey á dicha iglesia «en la villa de Alba la décima de todos los rendimientos »de penas, portazgos y montazgos, baños y haceñas, de sextas, »peticiones y quintos.»

Y así, como no se ve, la Iglesia no solo salvaba las almas, sino tambien los cuerpos; pues con el derecho de asilo y la inmunidad concedida á los asesinos y demás delincuentes que se amparasen de tierras de ciertas iglesias, estaban estos libres de las justicias de los reyes.

Pero, eso sí: los asesinos eran entonces piadosos y agradecidos y confesaban y comulgaban devotamente, y llevaban su escapulario con la imágen del santo ó santa mas en boga en su comarca.

XXVIII

No los privilegios, no los donativos, sino la piedad religiosa de aquellos tiempos que hoy se llaman bárbaros, fué causa de que en todas partes se fundasen ermitas, capillas, iglesias, casas de oracion, conventos donde todo el mundo olvidaba las miserias de la tierra, rezaba, comia y bebia y auxiliaba á los moribundos, recordándoles siempre que debian mandar hacer bien por su alma.

La Iglesia era el alma de la sociedad.

XXIX

Cada uno tenia buen cuidado de salvar su alma; para esto procuraba dejar sus bienes á la Iglesia, y por eso se salvaban entonces de todo peligro las sociedades y muy especialmente la sociedad española.

XXX

Tal era en aquellas dichosas edades el deseo de llegar pronto al cielo, que hombres y mujeres, así en buen estado de salud como en peligro de muerte, discurrian qué cosa podia serle mas grata á la Iglesia para regalársela en seguida.

Él amor al cielo llegó á producir una especie de mística embriaguez.

La Iglesia lo agradecia; pero casi ya no podia abarcar todo su tesoro. Sin duda para aliviarla de los penosos cuidados de la administracion de los bienes de pobres, las leyes civiles quisieron prestarle su auxilio en ciertas ocasiones y dispusieron que el hombre estando enfermo no pudiese dar mas que la quinta parte de su haber á la Iglesia, por el cuidado de salvarle de las penas eternas.

Pero aun así rebosaban las arcas eclesiásticas.

XXXI

Parece que en algun tiempo quien tenia ganados ó colmenas pasaba buena vida material; pero no lo pasaba mejor que el clé-

rigo: porque el refran de la época, para dar á entender qué cosa era mas lucrativa, decia:

Igreja, oveja y abeja,
pide para su hijo la vieja.

XXXII

A veces era lícito dar hasta la mitad de los bienes muebles y de las tierras.

Lo que no era lícito era no dar nada á la Iglesia al morirse, y en algunos fueros se disponia que si un hombre incurria en la torpeza ó el olvido de no dar nada por la salvacion del alma, se tomase la Iglesia la quinta parte de lo que hubiese poseido el difunto.

Hasta el pícaro y el desmemoriado se salvaban á pesar suyo.

Y estaria el demonio, espera que te espera, creyendo que iba á coger el alma, la tendria ya acaso entre las manos, y en aquel momento, apoderándose la Iglesia del quinto de la herencia, escaparia la presa como alma que lleva el diablo... no: como alma que lleva la Iglesia.

XXXIII

Esta disposicion de dejar á la Iglesia el quinto forzoso, la adoptaron muchísimos pueblos, entre ellos Salamanca, cuyo fuero dice además:

«XXXII. Todo ome que pasar de este sieglo, mande por su alma un cavallo ó la mejor bestia que ovier con sus armas.»

¡Mandar el caballo ó la mejor bestia por el alma!

Y contribuir cualquiera á la salvacion de un alma, dando un caballo ú otra buena bestia despues de muerto el pecador, es privilegio especial de la santa religion que á tanto hereje ha salvado y quemado en nuestra pátria.

XXXIV

Habilidad y poder semejante, por fuerza habian de atraer á la Iglesia todo el dinero de los espectadores.

El privilegio de asilo en la iglesia era tan sagrado, que despues que un ladron se amparaba de ella, el que se atrevia á prenderle pagaba una multa en castigo de su temeraria osadía.

Tan sagrado era en aquel sitio el asesino como el hombre mas inocente: por esto la malicia de los hombres ideó esperar cerca de la iglesia á cualquiera á quien se tratase de dar muerte, y así en cuatro saltos se ponia el matador en lugar seguro.

XXXV

Y con los dineros y los privilegios de la Iglesia crecian al par los honores de los eclesiásticos.

El prior de San Vicente de Salamanca, además de su señorío, tenia el privilegio de ser regidor perpétuo, y debia asistir al Consejo armado y ginete en una mula adornada de ricos arreos.

En un mismo Código, el de Salamanca, ya citado, se encuentra que por *matar* á un siervo se pagaban cien sueldos al señor.

Por herir á un moro se pagaba un maravedís.

Por herirlo con hierro, once maravedís.

Por matar un perro ajeno en viña propia, cinco sueldos.

Por herir á un vecino de la ciudad, diez maravedís, y si fuere en su casa, veinte.

Por matar un podenco ó un perro de ganado, dos maravedís. (El doble que por herir á un moro.)

Por herir á un clérigo, trescientos sueldos.

Y por *denostar* al obispo, cien maravedís.

Esta breve tarifa da lugar á fecundas reflexiones que puede hacer cada cual, comparando el valor y la importancia relativas entre bestias y personas.

XXXVI

La Iglesia no tenia que andar entonces ocupándose en vanas disputas sobre miserables intereses mundanales.

Los hombres del siglo, no sólo sabian lo que tenian que darle

por obligacion, sino que, como ya hemos dicho, discurrian de contínuo lo que podian añadir á su cuota fija.

Esta estaba bien fijada en todas partes, y cada fiel la sabia de memoria.

Del pan, del vino, de los granos, de los ganados, de todo se pagaba diezmos y primicias á la Iglesia, que en cámbio echaba sus bendiciones con toda liberalidad á criaturas, á irracionales, á rios y peñas, á todo lo del mundo.

Y como, por ejemplo, de un potro ó de un becerro no se podia dar diezmo ni primicia á la Iglesia, en vez de matar la bestia y pagar de ella una décima parte, se discurrió el modo de pagar un equivalente.

Todo era pagar.

XXXVII

En efecto, habria parecido cosa fea dividir un jumentillo recien nacido en diez partes, y llevar una á casa del obispo, que ni habria podido comerla, ni venderla, ni aprovecharla para nada.

Así, pues, se arregló que al que le nacia un potro ó un muleto, pagase á la Iglesia, por ejemplo, un sueldo, en cuyo caso pagaba seis por un becerro.

De este modo, si el potro ó el becerro morian de enfermedad, la Iglesia ya habia cobrado, y no se defraudaban las esperanzas de ninguna alma.

En cuanto á dar, á pagar contribucion y cosas así, la Iglesia ni daba ni pagaba.

Lo que caia en sus manos era de los pobres ó de las almas.

XXXVIII

Y no era solamente en España donde la Iglesia iba acumulando tesoros de virtud, de saber y de oro y plata, sino en todo el orbe católico.

El dinero brotaba bajo sus plantas.

Cuanto mas huia la Iglesia de él, mas él se le acercaba.

¿Habia buena cosecha? Pues llovian sobre el clero los regalos, las dádivas, los frutos del agradecimiento á sus oraciones.

¿Habia mala cosecha? Pues todo era dar á la Iglesia para que aplacase las iras del cielo y cesara el castigo de la divinidad irritada.

¿Reinaba la paz? Pues el contento y la satisfaccion de los fieles se mostraba haciendo presentes á la Iglesia.

¿Se alzaba guerra? Pues el terror de lo presente y el ánsia de que renaciese la bienandanza se mostraban por medio de donativos á la Iglesia.

Reyes, emperadores, villanos, menestrales, todos daban... menos los clérigos.

Los pobres no tenian nada que dar.

XXXIX

De Anon, obispo de Colonia en la segunda mitad del siglo XI, se cuenta que recibia donativos de Grecia, é Inglaterra, Dinamarca y Rusia le rendian homenaje.

Y no se crea que los daneses, rusos, ingleses y griegos que enviaban riquezas á Anon dejasen de dar en sus respectivos pueblos: no.

Sobraba para todos los cleros, porque sobraba la voluntad de dar, y no era como hoy, que por mil reales mas ó menos se escandaliza á un párroco, y se le regatean los latines y los cirios, los paños y los gorigoris, dejando el pago del funeral en suspenso, y por consiguiente expuestas las almas de los finados á los cierzos de diciembre y á los ardores caniculares.

XL

Aun cuando se hubiese perdido todo inventario, dato y memoria de las riquezas de la Iglesia, nos daria idea grande, aunque no cabal de ellos, el Ordenamiento de Alcalá cuando dice:

«Establescemos é mandamos que todos los *Thesoros, é Reli-*
»*quias, é Cruces, é Vestimentas, é Cálices de plata, é Encensa-*

»*rios, é otros thesoros que sean dados á los Monesterios por li-*
»*mosna ó por ontra de los Reys, é Reynas, é de los Infantes, é*
»*por todos los Ricos-omes*... que esto sea guardado, é tambien
»*las Imágines que fueron fechas en plata ó sobre doradas*, é con
»piedras preciosas, que ninguno non sea osado de ser contra
»aquel ornamiento, nin tirar ninguna cosa dello; é el que lo fi-
»ciere, que lo maten por ello; é todo lo que así fuere vendido ó
»empennado, *tórnenlo á la Iglesia* donde lo sacaron, sin prescio
»ninguno...»

Y no sólo da grande idea, como dije antes, de la riqueza de la Iglesia entonces verdaderamente triunfante, sino del celo con que procuraban los reyes y altos prelados que esa riqueza no se descabalara por ningun concepto.

¡Entonces era ocasion de hacer los inventarios del tesoro eclesiástico y no ahora que apenas representa sombra de lo que ha sido!

XLI

¡Pero si todo, todo era guano para la Iglesia!

Roma cobraba las annatas en otro tiempo mas dichoso.

Cada annata era el producto de una anualidad de todo beneficio.

El piadoso pontífice Juan XVII inventó ese recurso financiero, y el piadosísimo Bonifacio IX lo restauró, perfeccionó y consolidó, y cierto que el 3 por 100 consolidado de hoy no vale una mínima parte de lo que valia aquello.

Sucedia á veces que en un abrir y cerrar de ojos se declaraba vacante una docena de beneficios, y los buenos levitas llegaron á pagar *hasta la esperanza* de poseerlos.

Muchísimos acudian á ofrecerse como meritorios para ocupar las vacantes, y todos pagaban con una puntualidad y una exactitud admirables.

XLII

¿Pero y las penas pecuniarias? A cada paso se condenaba á multas, de cuyo importe percibia una parte el obispo.

Esa parte era muchas veces la mitad.

¿Y las confiscaciones de bienes?

Los bienes de los herejes eran confiscados, y por el mero hecho de ser herético el poseedor, no debian pasar á sus herederos.

XLIII

Los hijos del hereje quedaban en la miseria, á fin de que se cumpliesen los altos designios de Dios que así lo habia mandado; porque consta en documentos auténticos que el Dios de las misericordias no se contentaba con que su venganza alcanzase al culpable, sino que debia coger tambien á toda la raza.

Así se lo oyó decir la Iglesia, su esposa, en una conversacion que tuvieron sobre este particular: «*secundum divinum judicium,* »*filii pro patris temporaliter puniantur, et juxta canonicas sanc-* »*tiones, quando que feratur ultio, non solum in auctores scele-* »*rum, sed etiam in progeniem damnatorum.*»

XLIV

Y *non solum* se mostró en esto la Iglesia guardadora y fiel intérprete del divino juicio, sino que movió en favor de este el celo de los fieles, dando á estos todos los bienes de que por su cuenta despojasen á los herejes y reconociéndoles su propiedad como una de las mas legítimas.

Así en ciertas temporadas en que los padres de familia no podian ganarse la vida en su oficio, se dedicaban á despojar herejes, y ¡qué diantre! todo el mundo pelechaba.

XLV

¡Pelechaba he dicho!... debia decir: estaba en auge, florecia, granaba, fructificaba.

La humilde ermita hecha de paredes de fango y cubierta de techo pajizo, daba al principio inseguro é insalubre albergue al macilento solitario; despues se convertia en capilla de cal y canto, con un cepillo de ánimas y un altar dotado de un tenue chorrito

de indulgencias; mas adelante se iba prolongando, ensanchando, levantando, dilatando, extendiendo, nutriendo, fortaleciendo, solidando; sus agujas llegaban al cielo; sus cuevas profundizaban la tierra; contenia oro, plata, joyas, imágenes milagrosas, exvotos, cera, casullas ricas, dádivas de todo el mundo: entonces era una ilustre parroquia, una célebre abadía, con anchos cláustros, con numerosas celdas, con espacioso refectorio, con asombrosa bodega, con inagotable granero...

Todo de los pobres.

XLVI

A principios del siglo IX... ¡cuidado si ha pasado tiempo desde el siglo IX!

Pues bien, á principios del siglo IX, la abadía de San German de los Prados en París poseia... digo mal, administraba lo siguiente:

Veintidos mil doscientas hectáreas de tierra de labor.

Cuatrocientas ventinueve hectáreas de viñedo.

Quinientas cuatro hectáreas de prados.

Noventa y dos y media hectáreas de pastos.

Una y media hectáreas de pantanos.

Ciento noventa y siete mil nuevecientas veintisiete hectáreas de bosque.

Es decir (en números) 221,187 hectáreas de propiedad, que le producian una renta anual de *dos millones, quinientos treinta y dos mil novecientos cuarenta y cuatro reales.*

Dígase si esto no es una bendicion; si no se ve en esto el favor especial con que la Providencia mostraba tener en la memoria á los pobres que se dejaban administrar por amor de Dios.

XLVII

De la prueba de que existian esas riquezas en poder de la abadía de San German de los Prados, quedan aun documentos au-

ténticos (1); de que el señor abad tenia sus siervos como todo gran propietario feudal, quedan tambien testimonios, y aun nosotros no hace mucho, mencionamos el interesante suceso á que dió lugar el casamiento de una sierva de la abadía con un siervo del obispado, porque no se sabia si habrian de ser del abad ó del obispo los siervecitos que de aquella conjuncion naciesen (2); pero faltan datos (y es una lástima) de otros bienes que aquellos buenos abades tenian á su cargo, si bien se calcula, entre lo que se sabe de positivo y lo que por conjetura se les atribuye, que las rentas de la abadía importaban *cuatro millones ciento ochenta mil reales* al año.

Aun en el año de 1789, á pesar de la impiedad reinante en las ideas, la renta importaba en total *cuatrocientos noventa y cuatro mil reales.*

¡Y eso que ya habia pasado aquel glorioso período de esplendor para los pobres, ó para la Iglesia, que lo mismo da.

XLVIII

En 1730 habia gente que fingiéndose desgraciada y miserable, pedia limosna y molestaba á los transeuntes, diciéndoles que no tenian qué comer. ¡Malvados! ¡Hipócritas! Se llamaban pobres y sin embargo, los mismos monjes que les administraban sus bienes de la abadía de San German, declararon en las cuentas, que solo de aquella posesion sacaban una renta de *ciento cuarenta y dos mil trescientas veinticinco libras.*

IL

Y se fingian pobres...

Verdad es que de esas 142,325 libras, percibia el abad *noventa mil setecientas ochenta*, y la comunidad *cincuenta y cinco mil quinientas cuarenta y tres*; pero esos mendigos ¿tenian mas que llegar á la abadía y pedir su dinero?

(1) Véase el curioso *Poliptico de Irminon.*
(2) Véase *Los Tiempos de Mari-Castaña,* págs. 84 y siguientes.

L

¡Pobre Iglesia! Ella se lo ganaba, ella se lo agenciaba, ella se lo cobraba, ella se lo guardaba... todo para los pobres.

La formacion de los municipios, hijos de un espíritu algo materialista, perjudicó mucho á los bienes de la Iglesia, y sobre todo á sus adquisiciones futuras.

A la vista tengo unas noticias que hacen derramar lágrimas de júbilo á los impíos.

Las ciudades de Italia comenzaron á establecer que el clero no podia adquirir. Federico II, que lo oyó, va y coge y prohibe en seguida que se vendan ó regalen bienes á las iglesias ó monasterios que pretendan no deber contribuir al sostenimiento de los gastos que ocasionan las cosas temporales.

Europa entera, en un momento de conturbacion, se deja llevar del mal ejemplo y lo sigue decididamente.

La impiedad levanta su asquerosa cabeza: á fines del siglo XIII el conde de Flandes generaliza la medida y declara á los establecimientos religiosos incapacitados para adquirir bienes inmuebles.

¡Los campos y los bosques, viendo que no podian ser dados á la Iglesia, se daban al diablo, y no hacian mas que producir árboles y comestibles materiales!

LI

El espíritu maligno trajo con gozo la noticia hasta nuestra Península, y el rey de Portugal publicó en seguida un edicto prohibiendo tambien lo mismo.

El infierno triunfó por un momento: el oro se ponia amarillo de pesar; la plata, blanca como la cera; el cobre tenia color enfermizo: los eclesiásticos color de cobre.

Todo era triste, y solo engordaban y reian cuatro docenas de ganapanes que no servian mas que para ganarse la vida.

La Iglesia, mirando al cielo, exclamaba: ¿hay mas desdichas, Señor?

LII

¡Las habia!

Llega el siglo XIV, y las bárbaras ciudades alemanas aun llevan mas allá su grosero materialismo y mas allá su dureza, pues van prohibiendo sucesivamente que los clérigos y las corporaciones religiosas puedan en adelante adquirir bienes inmuebles, y (¡colmo de demagogia!) que los bienes de esa clase que antes les habian sido regalados, hayan de venderse dentro de un año.

¡Obligar á la Iglesia á vender, como si fuera un mercader indigno!... ¿No era esto declarar la guerra á Dios?

LIII

¡Pero si parecia que el mismo Satanás andaba en ello!

¡Si la medida tomada por Inglaterra en el siglo XIII, se extendió en el XV como una mancha oleosa por toda Europa, prohibiendo que las iglesias y corporaciones religiosas pudiesen adquirir cosa alguna sin consentimiento del rey!

LIV

¡Era horrible!

Iba una alma de pobre camino del infierno.

Aceptando la Iglesia un donativo, podia cantar y rezar para que aquella alma se salvase.

Pero como para admitir el donativo necesitaba el consentimiento del rey, mientras se le pedia y este lo otorgaba, el alma hacia su camino, y á veces caia despeñada á los profundos infiernos, precisamente en el momento en que habiendo acabado de entrar en posesion la Iglesia, podia ya empezar sus cantares.

¡Así se condenaron muchas almas!

LV

Las lágrimas de la Iglesia llegaban al cielo, moviendo á compasion muchos corazones la palidez y las ojeras de la esposa mística, y los verdaderos fieles, ya que no podian darle libremente

tierras y casas, le daban frioleras: oro, plata, lámparas, incensarios, verjas bien labradas, cálices, y en fin, aquellas pequeñeces con que el verdadero cariño sabe mostrarse.

LVI

La pobre Iglesia, perseguida é inocente, pudo exclamar entonces:

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Pero hizo cosa mejor: reclamó, protestó contra aquellas restricciones.

Dijo, y dijo bien: «Poner obstáculos á las liberalidades de los que dan sus bienes á la Iglesia para que sean redimidos sus pecados, es comprometer gravemente la salvacion de las almas.»

Porque en efecto, si un pecador arrepentido, al llegar al cielo no presenta documento alguno que acredite haber regalado una viña ó un campo de trigo á la abadía, ó cuando menos una tabaquera al prior, ¿cómo le han de admitir allá arriba? (Creo que es hácia arriba.)

LVII

Hubo impíos... entonces habia pocos, pero los hubo al fin; hubo impíos, digo, que con satánico placer veian el despojo de la Iglesia y gritaban con júbilo que la medida era justa y salvadora, porque aquellos bienes solo servian para mantener el lujo, el despilfarro, los vicios y la ambicion de los prelados.

Uno de esos impíos dijo terminantemente (¡y era sacerdote el desgraciado!) que por interés de la religion, los príncipes de la tierra debian despojar á la Iglesia de todas sus riquezas, pues no servian sino para corromperla.

Este fué Juan Huss; pero anda, que el cielo le castigó, y murió quemado. Quemado en hoguera, por malo.

LVIII

Siempre fué el deseo de la Iglesia acaparar para los pobres.

Por esto decia con mucha razon en el siglo XII: «La Iglesia

no debe pagar para el sosten de las cargas públicas, porque lo que tiene es de los pobres, y los pobres nada poseen.»

Y Felipe de Harveng decia: «Los clérigos no deben pagar tributo al César, porque el carácter sacerdotal de que están revestidos no les permite ocuparse de asuntos mundanales.»

¡Y sin embargo no se le queria hacer caso!

Pensaban los codiciosos que cobrar era tan mundano como pagar... ¡oh error lamentable y grosero!

Cobrar la Iglesia es ocuparse del cielo; es aceptar una prueba de que se desea salvar un alma; pero pagar una contribucion, un pecho, un impuesto, es cosa baja y terrenal, porque ni el rey ni el municipio han de emplear en cosas divinas el producto de la cobranza.

LIX

La claridad, la sencillez, la persuasiva elocuencia del clero no movian los empedernidos corazones de los poderes de la tierra, que no cesaban de pedir oro y mas oro, cuando la Iglesia, ocupada solo en cosas espirituales, no podia sufrir que le hablasen de dinero, cuando ya lo habia recibido.

LX

Gerhoh decia con tanto candor como santos propósitos: «Los particulares son propietarios absolutos, y deben pagar; pero el patrimonio de la Iglesia es patrimonio de los pobres, y por lo mismo no se concibe que sobre ese patrimonio puedan pesar impuestos ni cargas de ninguna especie.»

LXI

¡Oh! Pero... hay una Providencia.

No admito discusion sobre este punto: hay una Providencia.

En 1179 el concilio de Letran se quejó de los abusos que cometian los municipios imponiendo tributos al clero para satisfacer gastos materiales; prohibió bajo pena de excomunion esa barbá-

rie, y declaró que si el clero queria dar algo voluntariamente, podia darlo, y si no, no.

Me parece que la cosa estaba clara y que estoy viendo al concilio puesto en jarras, con un manojo de rayos de excomunion en la mano, y diciendo á los municipios: «A ver quién es el primero que se atreve á coger un ochavo.»

LXII

Desgraciadamente el clero, no por mundanales consideraciones, sino por excesivo espíritu de caridad, seguia pagando impuestos en algunas partes.

Pero el concilio velaba por los intereses del cielo (y por los capitales tambien), y en 1215, viendo que el dinero de las salvaciones decrecia, repitió la anterior disposicion, añadiendo que aun para pagar contribuciones voluntarias necesitaba el clero licencia del Papa.

LXIII

Y Dios por debajo de cuerda acudió tambien en auxilio de la Iglesia, porque esta, con lo poco que tenia recogido, pudo comprar á precios módicos las tierras que á toda prisa y con mucha necesidad vendian los barones para ir á pelear en las Cruzadas.

Y si la Iglesia no hubiese tenido dinero, ¿quién habria podido comprar aquellos bienes favoreciendo la partida de tantos héroes?

LXIV

¡Oh gozo! ¡Los señores apremiados por la necesidad del dinero!
¡La Iglesia comprando al precio que vende el que necesita!
¡Qué magníficos negocios se hicieron!...
Lo menos ganaron un doscientos por ciento las almas.

LXV

La Iglesia volvió á resplandecer, y con ella cada uno de sus individuos.

Todo eclesiástico era una especie de sustraendo consagrado,

que con su sola presencia indicaba al labrador la cantidad de sudores suyos que se convertiria en elixir de redencion.

En vano, en vano luchó largo tiempo la impiedad para cegar el cauce por donde iban las riquezas á la Iglesia. A pesar de todos los satánicos esfuerzos, se desbordaba la liberalidad de los cristianos.

Hubo algunos remolones; ¿dónde no los hay? pero remolones y todo, daban.

Dice un autor que tengo á la vista: «Apenas se establecieron »los germanos en el suelo del Imperio, ya comenzaron á oirse re»criminaciones contra la codicia del clero. Clodoveo decia que los »santos del cielo eran amigos muy fieles, pero algo caros.»

Y pagaba.

LXVI

Por lo demás, si fuéramos á citar y hacer caso de los que, groseros en sus sentimientos, querian el oro para sí y no para los clérigos, perderíamos el tiempo.

Poco nos costaria hacer mencion de Chilperico, que solia repetir: «¡El fisco real está exhausto! ¡Todos nuestros bienes van á parar á las iglesias! ¡Bien mirado, quien reina aquí son los obispos!»

Y pagaba.

LXVII

Carlo-Magno preguntaba á los obispos y abades qué querian decir aconsejando á todos los hombres que *renunciasen al siglo.*

«¿Renuncian al siglo, pregunta, los que trabajan de contínuo »en aumentar los bienes que poseen, ora amenazando con las pe»nas eternas del infierno, ora invocando el nombre de un santo »para despojar de sus bienes á un hombre sencillo y sin luces, de »modo que sus herederos legítimos se vean desposeidos, y *que la »mayor parte de estos, impulsados por la miseria, se entreguen »á todo género de torpezas y crímenes?* ¿Es acaso renunciar al »siglo el vivir ardiendo en deseos de apropiarse los bienes agenos,

»y excitar á los hombres á que sean perjuros y levanten falsos »testimonios por dinero?»

Y, sin embargo, pagaba.

LXVIII

Ludovico Pio, á pesar de su sobrenombre, prohibió á los obispos que aceptasen donativos, si de ello habia de resultar perjuicio á menores; y tambien prohibió que se confiriesen órdenes sagradas si era con el objeto de heredar los bienes del futuro sacerdote; porque sin duda algun chismoso le habria ido con cuentos suponiendo que tales cosas se hacian; pues siempre hubo torpes y malévolos empeñados en creer que el clero se aprovechaba de unos bienes, que en verdad no eran sino de los pobres, como repetidamente hemos demostrado.

LXIX

Los libros piadosos que tratan de dinero son muchos, y con diversas formas y palabras repiten esta bella máxima, física y teológica á un tiempo:

«Así como el agua apaga el fuego, así la limosna borra los pecados.»

Y si por rescatarse del pecado se habia de dar limosna, ¿no era mejor, en vez de dársela á los pobres, que malgastan el dinero en cosas materiales, dársela á la Iglesia, que la emplea en lo que jamás nadie ha visto ni tocado?

¿Cuántos hombres, que cogen un constipado á la salida de un teatro, podrian haber cogido la salvacion empleando el dinero en un par de estolas?

LXX

El autor de la vida del rey Dagoberto confiesa que este cometió muchos actos contrarios á la religion, y añade:

«Pero es de creer que sus muchas limosnas y las plegarias de »los santos, cuyas iglesias enriqueció mas que ninguno de sus

»predecesores, á fin de salvar su alma, le habrán hecho alcanzar »fácilmente el perdon del Altísimo, siempre misericordioso.»

Por lo cual decian algunos que la religion era cosa de ricos, pues con los mismos pecados que Dagoberto, el que no hubiese podido enriquecer iglesias se habria condenado.

Chocarrería propia de botarates é impíos.

LXXI

No es cierto, como suponen los ateos, que la Iglesia haya reducido su fórmula á decir: peca y paga.

No: la Iglesia, inmutable en sus dogmas, ha dicho y repetido siempre:

Paga, paga, paga.

LXXII

¡El pago del diezmo!

¿Dónde hay cosa mas natural que el pago del diezmo?

Y sin embargo, Europa endurecida se resistia...

Todo nuestro continente iba á cristianizarse, y por una miserable cantidad de dinero se retrajo de hacerlo, armó escándalos y peleas, y los mas pacíficos movieron tal algarabía, que no se podia transitar por ningun sitio sin tener que ser testigo de indecorosas disputas.

Si se hubiese tratado de una gran cantidad, la Iglesia, conociendo la codiciosa inclinacion de los hombres, habria de seguro renunciado al cobro por no violentarlos de pronto; pero al ver que por un miserable diezmo se emperraban, no quiso ceder á la sinrazon, y puso formal empeño en que no se escapara sin pagar alma viviente.

LXXIII

Un libro impío y lleno de inexactitudes dice á este propósito:

«Para vencer la resistencia al pago del diezmo, hubo que »aterrorizar á las gentes por medio de efectos visibles de la cólera »de Dios. El clero no retrocedió ante esta piadosa superchería, y »el concilio de Francfort hizo saber á los fieles que, durante la úl-

»tima hambre anterior, habian aparecido espigas de trigo devo-»radas por los demonios, y algunos de estos, con voz clara é in-»teligible, habian regañado á los fieles por no haber pagado el »diezmo.»

«A pesar de esto el diezmo fué y siguió siendo la contribucion »mas impopular; fué gran obstáculo que impidió la conversion de »los paganos; en el Norte costó la vida á un rey, y aun en el si-»glo x los labradores dejaban incultas las tierras con tal de no »tener que pagar el diezmo de sus frutos.»

Todo esto que he citado es verdad; pero ya digo, otras muchas cosas que trae el libro no están del todo bien probadas.

LXXIV

Y cundia sordamente un rumor, eco de cierta especie de ruin malevolencia, y se notaban síntomas de cierto enojo intermitente, no contra la Iglesia, no; pero sí contra su dinero.

LXXV

Cárlos Martel venció á los enemigos de la fé.

Con este solo dato, cualquiera creerá que debió de ir derechito al cielo.

Y añadiendo que fué llamado el libertador de Europa, aun parecerá mas fundada la opinion.

Pues véase cuán vanas son las opiniones de los hombres.

Cárlos Martel fué al infierno.

Un santo obispo de Orleans estaba rezando un dia, y de arrobamiento en arrobamiento se sintió trasladado á las mansiones celestiales. Y desde allí vió el alma de Cárlos Martel, que, como esos muñecos que entre llamas adornan las bandejas de las iglesias, ardia á mas y mejor el condenado, ó la condenada; porque no hay que olvidar que el alma es femenina.

Pero ¿por qué ardia?

Porque Cárlos Martel, que para vencer á los enemigos de la fé católica necesitaba dinero y no lo tenia, habia echado mano

de los bienes de la Iglesia y los habia distribuido entre los capitanes que le ayudaran en la empresa.

Y en la condenacion del héroe se vé bien claro, que ni para ensanchar los dominios de la fé consiente la Providencia que se eche mano de los bienes eclesiásticos.

¡Perezca todo, con tal que ese dinero se salve!

LXXVI

Asi la Iglesia prosiguió con celosa tenacidad defendiendo el tesoro espiritual.

En el siglo IX el Papa Adriano veia con disgusto que los obispos viviesen en la comunion de Cárlos el Calvo, y les mandaba apartarse de ella.

Y el obispo Hincmaro le respondia:

«No nos mandeis ¡oh Padre Santo! cosas que podrian ser causa »de querellas entre nosotros y el rey, á quien seria muy difícil »aplacar; querellas que pondrian en grave riesgo los bienes tem»porales de la Iglesia.»

Cito algunos hechos para que se vea que tambien pasó sus disgustos la Iglesia para conservar la administracion de los bienes de los pobres, como era su obligacion.

Insisten algunos burlones sin creencias en decir: si los bienes eran de los pobres, ¿por qué no se los daba la Iglesia?

¡Oh presumidos fátuos! La Iglesia tenia obligacion de administrar los bienes. Si los hubiese entregado, ¿cómo habria podido administrarlos?

¡Todo antes que faltar á una obligacion sagrada!

LXXVII

Momentos hubo en que, á pesar de la cristiana paz en que vivian Papas y reyes, el dinero de las almas les ocasionó conflictos.

Por ejemplo: Felipe el Hermoso de Francia necesitaba dinero para sus guerras, y puso tributos extraordinarios, lo mismo sobre los seglares que sobre los sacerdotes.

—¡No, alto! exclamó el Pontífice Bonifacio VIII; esto no puede ser. Los reyes no tienen derecho alguno sobre las personas ni los bienes del clero. Al que cobre un maravedí de contribucion al clero, le excomulgo, y al clérigo que dé el mal ejemplo de pagar, tambien.

(¡Aquellos eran Papas, aquellos!...)

(Mejorando lo presente, por supuesto.)

Pues señor, dejóle decir el rey, que era bragadillo, y dijo á su vez:

—Seglares eran todos los hombres antes que hubiese clérigos, y yo no entiendo que sean de contrarias naturalezas. ¿Por ventura la Iglesia, la congregacion de los fieles se compone solamente de clérigos? ¿Acaso cuando Jesús murió, murió solamente para redimir á los clérigos? No me vengais con la libertad de la Iglesia, ni con que se comete violencia contra la Iglesia. ¿Estaria bien que cuando peligra mi reino dejase yo de defenderlo por no molestar á la Iglesia? Jesucristo dijo: Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, ¡y ahora salimos con que el vicario de Jesucristo no quiere pagar el tributo al César! Tanto son miembros del reino los clérigos como los seglares, y es chocante que no quieran contribuir los clérigos á la conservacion del reino, «*despues que les permitimos derrochar el dinero de los pobres en bufonadas, en banquetes y otras cosas mundanas, con perjuicio de los infelices á quienes deberian dar siquiera pan que comer.*»

LXXVIII

Y no prosigo, porque tan descorteses razones no pueden ser del agrado de las almas piadosas.

Si alguna persona bien firme en la fé quiere leer todos los disparates que dijo el rey sobre este punto, lea á Du Puy en su *Historia de la querella entre Felipe el Hermoso y Bonifacio.*

Por supuesto que Felipe el Hermoso no triunfó.

Él cobró la contribucion, eso sí; pero lo que es en la otra vida, estoy seguro que la pagó con creces.

LXXIX

Pero apartemos un momento la vista de sucesos que amargan el corazon recordándonos la codicia de los hombres, y volvámosla á lo que era gloria, alegría, delicia seráfica de la Iglesia: al dinero.

De las almas, se entiende.

Si, á pesar de todo, no se puede echar una ojeada á los mas oscuros tiempos, sin que en las naciones cultas y en las incultas veamos rebrillar algo: ¡el oro de la Iglesia!

La piedad no solo cargó de joyas y dineros las famosas basílicas de las córtes, sino los mas escondidos monasterios.

Miremos de refilon cualquier libro de historia general: no hagamos mas que volver hojas á toda prisa: ¿qué resaltará á nuestra mirada? La quinta esencia del Evangelio en su mas ortodoxa interpretacion; es decir: el dinero de la Iglesia.

Y sino, almas incrédulas, á la prueba.

LXXX

Siglo iv.—Nace la abadía de Marmoutier. «Sus habitadores profesaban la mas absoluta pobreza; no poseian nada en propiedad, y andaban miserablemente vestidos.»

Pero muere en ella San Martin; para matar el rato en su sepultura, se dedica á hacer milagros: acude gente y mas gente, y al cabo de poco tiempo, con las dádivas de los fieles se levanta una suntuosa basílica sobre su tumba.

Crecen de dia en dia su fama y sus tesoros, y llega poderosísima al siglo ix, cuando los normandos la destruyen y degüellan á la mayor parte de los religiosos.

Acuden monjes de Cluny á repoblarla, y en seguida menudean sobre ellos los privilegios pontificios y las liberalidades de los príncipes, y es declarada independiente la basílica.

Recobra su primitivo esplendor: visítanla muchos peregrinos: abundan las ofrendas, y (dice el canónigo Bourassé): Puede

afirmarse que no habia provincia en Europa en donde la abadía no tuviera importantes posesiones.

Gran número de señores dotaron prioratos y se los dedicaron á la abadía.

Guillermo el Conquistador alcanza la victoria que le hace dueño de Inglaterra, y en el campo de batalla levanta un monasterio y se lo regala á la abadía, que lo conserva hasta el siglo XVI.

Mas de un Papa recibió magnífica hospitalidad en aquel retiro.

SIGLO V.—Los príncipes irlandeses compitieron en colmar de riquezas y privilegios al monasterio de San Kiaran, levantado á orillas del rio Shannon.

El pueblo de Leinster, testigo de las virtudes de Santa Brígida, le dió considerable extension de terreno y pagó todos los gastos del monasterio de Kildara (cerca de Dublin); monasterio que dió orígen á una ciudad.

SIGLO VI.—Grandes dádivas llueven sobre la abadía de San Remigio.

Santa Clotilde da mas extension al monasterio y lo decora suntuosamente.

Los portentosos milagros de San Remigio despues de muerto y enterrado en la abadía, que me los claven...

No, no es eso: estaba distraido.

Los portentosos milagros de San Remigio despues de muerto y enterrado, atraen innumerables peregrinos á la abadía.

Se vuelve á ensanchar el edificio en 633 con magnificencia pontificia y con la solidez propia de la época.

Al cabo de dos siglos amenazaba ruina; se le reedificó *todavía con mayor magnificencia, compitiendo todo fiel en generosidad para contribuir á su esplendor y hacer de modo que su riqueza igualase á su renombre.*

LXXXI

SIGLO VII.—Llega al cenit la fama de la abadía de San Claudio, que fué enriquecida con liberalidades de reyes y príncipes y «colmada de dones, mas modestos, pero mucho mas numerosos, de

»los fieles, y poseyó grandes privilegios temporales y espiri-»tuales.»

San Meliton, primer obispo de Lóndres, levanta la catedral de San Pablo, merced á las liberalidades del rey Seberto.

Los reyes Batilde y Clodoveo derraman sus beneficios sobre la abadía de Jumieges, famosa por los milagros de San Filiberto.

La abadía se enriqueció extraordinariamente, gracias á la piedad que reinaba entonces.

Aquella piedad era tan universal...

Pero prosigamos.

En 841 saquearon la abadía los normandos, y ¿seria rica cuando en 851 volvieron á saquearla?

Elévase el templo de San Dionisio de París á expensas del rey Dagoberto. Contenia preciosos mármoles, magníficos tapices, puertas de bronce y vasos de oro adornado de piedras preciosas. Por supuesto todo para los pobres.

San Eloy cinceló por sus propias manos el sepulcro de los mártires y la gran cruz de oro colocada á la entrada del coro.

LXXXII

Y si tan rica fué la abadía de que acabamos de hablar, ¿qué diremos de la de San Bertin, que fué saqueada tres veces por los normandos?

Pero tambien fué restaurada otras tantas veces, siempre con mayor magnificencia.

Porque era riquísima pudo dar magnífica hospitalidad á los reyes de Francia, y en pago de aquella hospitalidad, los reyes de Francia la hicieron mas rica todavía y la colmaron de privilegios.

San Luis y su esposa fueron huéspedes de aquel *humilde y suntuoso retiro*, cuando era su jefe un abad á quien llamaban el *Abad de Oro*, por su aficion á gastar dinero.

Allí reposaron las reliquias de San Bertin en una urna adornada de piedras preciosas. Otra urna poseia aquella santa casa, adornada de perlas y piedras preciosas. «El tesoro de la abadía,

»dice un escritor eclesiástico, encerraba las ricas dádivas de Carlo-»Magno y de gran número de príncipes y señores.

Llega á su apogeo el religioso retiro de San Galo.

Muere el santo que le habia atraido fieles y riquezas.

Pero riquezas y fieles siguen acudiendo á la abadía, porque apenas muerto San Galo se dedica á hacer milagros.

La multitud de piadosos visitadores aumenta.

Las ofrendas tambien.

Se ensancha el edificio, porque posee mas que puede contener.

Cárlos Martel, Pipino, Ludovico Pio, príncipes y plebeyos lo convierten con sus ofrendas en uno de los mas ricos establecimientos del órden de San Benito.

Enrique I le erige en principado del imperio. Su jurisdiccion comprende leguas y mas leguas; alrededor de sus místicas paredes crece una ciudad.

El rey Ofa restaura en la Gran Bretaña la iglesia de San Albano, iglesia que en breve llega á estado floreciente y recibe riquísimas ofrendas y privilegios. El abad de Albano, á pesar de ser humilde siervo de Dios y haber renunciado á las cosas del mundo, ocupaba el sitio de preferencia en el Parlamento.

¿Seria rico?

Desgraciadamente la piedad de los fieles, quiero decir, la impiedad de la época..., tampoco quiero deciros esto.

En fin, desgraciadamente su iglesia fué profanada, robada, deshonrada; las reliquias de los santos fueron á parar al fuego, y aunque eran milagrosas, se dignaron arder.

En Italia se ve restaurada preciosamente la abadía de Monte Casino, y las liberalidades espirituales de la Santa Sede y las dádivas materiales de los magnates la colocan á una altura á que antes no rayara nunca.

LXXXIII

Siglo VIII.—Dos siglos antes los lombardos habian arruinado la abadía de Augane; pero Carlo-Magno y Ludovico Pio pagaron su restauracion é inmediatamente adquirió grande auge.

Todavía se conservan parte de los muros de defensa que la rodeaban.

En aquel santo asilo se oraba á Dios y se hacia uso del privilegio de acuñar moneda, cuyo distintivo era un cruz trebolada.

¡Todavía, digo, se conservan parte de sus muros! ¡Entonces se hacian obras sólidas!

Se hundió la abadía en 1611; pero en el mismo sitio, por conservar la clientela, se consagró una nueva iglesia en 1627.

Entre las reliquias mas preciosas que con el tiempo llegó á poseer la abadía, cita un autor católico las siguientes:

Una grande urna chapeada de plata y enriquecida con muchas piedras preciosas, que contiene parte del cuerpo de San Martin, obra muy antígua, que algunos entendidos aseguran ser del siglo x.

Una estátua ecuestre de plata de 50 centímetros de alto que representa á San Mauricio y fué regalo del duque Manuel Filiberto de Saboya.

Dos copas de plata, que se hacen remontar á Carlo-Magno.

Un vaso antíguo, regalo del mismo emperador.

Un aguamanil de oro esmaltado, enriquecido con zafiros.

La sortija de San Mauricio, verdadero anillo de los caballeros romanos, perteneciente al siglo III ó al IV, es un zafiro en bruto, engastado en oro.

LXXXIV

Siglo IX.—Cae destruida la abadía de Croyland, pero el piadoso Turketill la restaura, y el nuevo retiro alcanza mayor fama y riqueza que el primero.

El célebre Rabad Mauro fué nombrado abad del monasterio de Fulda.

¿Para qué dar pormenores acerca de aquel piadoso asilo, cuya jurisdiccion se extendia á dilatados territorios?

Baste saber que los pobres del contorno lo saquearon dos veces en poco tiempo.

LXXXV

Siglo x.—Gregorio, obispo de Langres, derramó sus beneficios sobre la abadía de San Benigno.

Gontrando, rey de Borgoña, aumentó considerablemente sus rentas.

Un autor eclesiástico dice: «Aquel fué el siglo *de oro* de la comunidad.»

Cuando él confiesa que fué de oro, excuso decir mas.

LXXXVI

Siglo xi.—Renace esplendorosa la célebre abadía de Westminster.

Es como si hubiéramos dicho: brillantes, esmeraldas, perlas, mármoles, oro, plata y miles de miles de reales.

El monarca daba para ello dinero en abundancia.

El dia en que se inauguró la nueva obra, asistió el rey á la ceremonia y firmó el acta de la fundacion, y mandó insertar al pié de este documento la lista de donativos que hacia al monasterio y terribles imprecaciones contra los que se atrevieran á violar sus privilegios ó á arrebatarle sus riquezas.

Los cortesanos imitaron al rey en sus liberalidades.

¡Cluny! Hablaremos mas adelante de esta célebre abadía.

Hoy que ha llegado á la mayor decadencia, hoy se queja un escritor católico de que no es mas que la *sombra* de un gran nombre, un mero beneficio que solo produce *cincuenta mil libras de renta.*

Hubo que ensancharla en el siglo xi, y se trabajó en ella por espacio de ciento cincuenta años, dedicándole cantidades inmensas.

¡Cinco naves! ¡Sesenta y ocho columnas! ¡Mas de trescientas ventanas! ¡Y dinero!... ¡Dinero!... ¡Dinero!...

¿Dinero? Era un reino: su dominacion se extendia sobre trescientos catorce monasterios.

Si esto no es dinero...

LXXXVII

Siglo xii.—Brilla Santa María de las Huelgas de Búrgos, fundacion de Alfonso VIII.

Resumamos diciendo que aun en nuestros dias las rentas de este monasterio han excedido de millon y medio de reales.

Florece la celebérrima abadía de San Dionisio de París, bajo los auspicios del sacerdote Suger, «espléndido en todo.»

Los vidrios de colores de las ventanas eran de incomparable riqueza; el altar mayor y el coro eran extraordinariamente magníficos: «el tesoro llegó á poseer una cantidad increible de objetos »preciosos.»

LXXXVIII

Siglo xiii.—Restáurase con magnificencia la iglesia de San Uan. La consume á los diez años un incendio; pero con las riquezas de la emperatriz Matilde y del príncipe Enrique se reparan en breve aquellos desastres.

Otro incendio la arruina al otro siglo; pero gracias al celo piadoso del abad y al oro de los fieles, vuelve á restaurarse.

En veintiun años se gastó en aquella obra la cantidad de *sesenta y tres mil novecientas setenta libras*, que segun cálculos de los entendidos en miserias mundanales, ascendian á diez y nueve millones de reales de la actual moneda.

Levántase la cátedra de Búrgos.

Cuarenta mil ducados pagó al arquitecto y once mil de oro y estofas el arzobispo Vela.

Entre sus imágenes habia una Vírgen de plata de tamaño natural.

Dícese que era maciza; pero que en cierta ocasion, necesitando los canónigos algun dinero para la decencia del culto, la vaciaron, dejándole solo la cascarilla.

Los objetos del altar eran preciosos, de modo que los irlandeses se los llevaron.

En 1835 se cayó la Vírgen desde veinte piés de altura y se abollaron ella y el niño; porque fué tan imprevisto el caso, que ni tiempo tuvieron para hacer un milagro.

La silla del coro que se mandó hacer el arzobispo Vela costó 1,000 ducados.

El arzobispo Zapata, sucesor de aquel, gastó 10,000 ducados en hacer un trascoro; pero no le gustó la obra, la mandó deshacer, y los nuevos trabajos costaron otros 10,000 ducados.

La parte de verja de hierro que para cerrar el trascoro pagó el arzobispo, ascendió á 5,500 ducados.

LXXXIX

Pero no prosigamos: cerremos del todo el libro, pues por lo que se ve hojeando, bien puede comprender el lector lo que examinando se encontraria.

A contar las estrellas de la via láctea podrá llegarse; pero las riquezas de la Iglesia, no.

¿Ni cómo ha de ser posible, si ha llegado á suceder que, en un país católico, la Iglesia se encontrase dueña de las tres cuartas partes de toda la riqueza, en otro poseyese las cuatro quintas partes, y así donde quiera que se adorase al Dios nacido en un pesebre?

Por esto dicen los impíos que Jesús pasó mala vida solo por ahorrar dinero para la viuda.

XC

Si nada mas que con hojear rápidamente la historia acabamos de ver lo que hemos visto, ¿qué seria si nos detuviéramos un momento en cada época? ¿Qué seria? En calidad de muestra ó ejemplo vamos en pocas líneas á fijarnos en un templo español, y aun para esto no escogeremos el tiempo mas floreciente. Saldremos de la Edad media: nos alargaremos hasta el siglo XV.

Me parece que soy bien considerado con el lector.

Pues bien, sea ahora considerado por el lector mismo lo que sigue.

XCI

El rey D. Enrique III deseaba fundar un convento de padres franciscanos.

Se murió sin haber satisfecho su deseo; pero como su hijo don Juan II era sabedor de ello, y entonces los hijos se desvivian por cumplir las voluntades de los padres, D. Juan II se desvivió, y al cabo de treinta y cinco años de desvivirse puso por obra el paternal proyecto, proyecto á que se oponian los grandes, y particularmente el famoso condestable D. Alvaro de Luna.

El dia 12 de octubre de 1441, que debió de ser dia nublado y frio, y por consiguiente muy á propósito para pensar en cosas del cielo y para que los reyes tomaran piadosas resoluciones, el rey D. Juan escribió al general de la gran Cartuja anunciándole su resolucion y ofreciéndole palacio, parques y rentas para erigir monasterio.

XCII

¿Cuál seria el júbilo del general de la gran Cartuja al leer la feliz nueva?

Renunciamos á la imposible tarea de describirlo. Pero sí podemos decir que su corazon se sintió arrobado; que todo se le volvia lar gracias fervorosas al Altísimo; de una oracion pasaba á otra, y olvidó tan completamente las cosas terrenales, que sólo se ıcordó de trasladarse inmediatamente á tomar posesion del ter-eno.

XCIII

Ya le parecia que con aquello lo tenia todo; que lo demás del ıundo no importaba nada, cuando el rey le escribió preguntán-ole qué necesitaba.

El general Cartujo echó una mirada á su alrededor, volvió los jos al escrito del rey, y pensando en la inmensa piedad de e que era muestra aquella dádiva y en los bienes celestiales re-

servados por Dios á los que aman su reino y desprecian los bienes de la tierra, sacrificándose en vida y siendo siervos humildes de sus hermanos, contestó al rey que solo necesitaba tres cosas, á saber:

1.° Dinero para levantar el templo y comprar servicio de mesa y alhajas.

2.° Rentas ciertas, perpétuas y seguras, para doce monjes y doce criados que les sirviesen, un prior, ocho conversos y algun huésped que pudiera presentarse.

3.° Un documento auténtico, sellado con el sello real, en que constase de un modo claro y absoluto la donacion de todo lo anterior.

Así se aseguraban los hombres de los bienes celestes.

XCIV

La córte continuó oponiéndose; pero el rey, que era por extremo piadoso, recibió á los comisionados del cartujo y comenzó dándoles libranzas por valor de *cien mil* maravedís.

Los comisionados, todos hombres despreciadores de los bienes de la tierra, no vieron en aquella cantidad un tesoro, como lo era en efecto considerada con ojos mundanales.

Se lo hicieron así presente al rey; el rey les advirtió que aquellos cien mil maravedís eran para empezar, y ellos al oirle, con la mas santa resignacion se fueron á empezar el gasto.

XCV

En seguida, lo mas ortodoxo era tratar de las rentas que el rey debia asignar y asegurar al prior, á los monjes y á un criado por barba.

Tratóse, pues, de las rentas.

La cantidad que indicaba el rey les parecia poco á los monjes. (¡Como que todo lo mundano les parecia poco!)

La que pedian los monjes pareció excesiva á los señores de la córte.

Sobre este punto hubo, pues, recios debates...

Es decir: no recios ni debates siquiera, porque las cosas terrenales no interesaban ni acaloraban el ánimo de los piadosos monjes.

Pero sí, ya decia yo bien, hubo debates y fueron efectivamente recios, porque ni los monjes podian consentir en que el rey pareciese mezquino en sus dones á la casa de Dios, ni exponerse á dejar al cielo mal servido.

XCVI

Al fin, con debates y sin ellos se dejó este punto al arbitrio del arzobispo de Búrgos, el cual, para servir debidamente al Criador y Redentor del mundo, asignó á los monjes una renta de ciento cincuenta cargas de trigo, ciento cincuenta de cebada, ciento cincuenta cántaras de vino, mil florines en moneda corriente, y veintidos marcos de plata.

Esta renta anual, asignada por el arzobispo, tampoco pareció bien á los señores de la córte.

La tacharon de excesiva, porque si bien comprendian que doce monjes tuviesen lo bastante con beberse ciento cincuenta cántaras de vino cada año, fingian no comprender que aquellos doce monjes pudieran comerse tan poca cebada.

Y... ¡lo que son las cosas!

A los monjes les pareció mezquina la asignacion.

XCVII

Discutióse nuevamente la materia, y entre el rey y el arzobispo se acordó finalmente que la dotacion anual del monasterio fuese de quinientas fanegas de trigo, quinientas de cebada, mil cántaras de vino, y cinco mil maravedís en dinero.

CXVIII

Y dice la historia que no quedaron descontentos del todo los monjes «de la munificencia del monarca, manifestada expresa»mente en la dotacion que acababa de autorizar; si bien se mos-

»traron un tanto mohinos con respecto á las mil cántaras de vino, »que consideraban escasa porcion para toda la comunidad; pero »no replicaron, *confiados en sacar todo el partido conveniente »de la real palabra, como luego lo acreditó la experiencia.*»

Y en efecto, habria sido lástima que por nó tener mas que mil cántaras de vino, á fines de año no se hubiesen podido decir misas en la iglesia.

IC

Y si aun en el siglo xv el fervor religioso producia lo que en un solo ejemplo acabamos de ver, calcule el menos entendido qué seria en el siglo x.

¡Pero si no hay necesidad de cálculo alguno!

Los hechos hablan.

En 976 se echaron los cimientos del templo de San Márcos de Venecia, santo cuyos devotos son, por varios motivos, numerosísimos en toda Italia.

La señoría de aquella aristocrática república prohibió que ninguno de sus buques pudiese volver de sus viajes á Levante, si no traia en sus cargamentos bellas columnas, ó cuando menos mármoles para labrarlas, estátuas, relieves, pórfiros, bronces y otras cosas necesarias para levantar y hermosear la iglesia; prohibicion que fué sumamente grata á la Iglesia misma, celosa defensora de la libertad evangélica, la cual jamás se confundió con la libertad que vociferan los hombres del siglo.

C

Por entonces tambien levantó Pisa su famosa catedral, construida con el botin que sacaron los pisanos de seis barcos sarracenos, de los cuales quemaron devotamente cinco con su contenido de infieles, y consagraron el otro á Dios.

CI

¡Ah! Cuando se levantaban la iglesia de San Márcos, y la catedral de Pisa, y las iglesias de Santa Úrsula y San Andrés en Co-

lnia, y la de Beauvais, y la catedral de Worms, y las de Maguncia, y Winchester, y San German de los Prados... ¡oh! entonces todo era piedad, gloria y paz, y no se veian los hombres agitados por vanos cuidados terrenales, ni las disputas políticas turbaban las mentes de los hombres de baja esfera.

Entonces eran religiosos los pueblos y se mancomunaban todos los esfuerzos para levantar catedrales como la de Pisa, monumentos como el de San Márcos, indispensable á la piedad de los venecianos, sobre todo despues que en un motin ocurrido en 976, el pueblo habia reducido á cenizas la catedral antigua.

Por esto sobraba el dinero...

No porque el pueblo quemase catedrales, no; sino porque las levantaba.

CII

El pavimento de la Confesion de San Pedro y San Pablo en Roma se cubrió con cuatrocientas cincuenta libras de oro, y la balaustrada de plata que se colocó á la entrada del santuario fué de mil quinientas setenta y tres libras.

¡Si parecia que aquello no iba á acabar nunca!

CIII

Los impíos se regocijan con que á tanta riqueza eclesiástica haya sucedido tanta miseria: consolémonos nosotros con que á lo menos nadie le puede quitar á la Iglesia el haber poseido mucho.

CIV

¡Sí, impíos, sí; de pórfiro eran las columnas con que Leon III rodeó las pilas de la Iglesia de San Andrés! ¡Sí, ateos: solamente para labrar el mármol, el oro, la plata, el hierro, las maderas preciosas y el marfil para la abadía del Monte Casino, envió á buscar operarios diestros á Lombardía, á Amalfi y á Constantinopla el abad de aquel humilde retiro! ¡Sí, descamisados, que no teneis mas goces que los del oro: ¿sabeis cuánto costó el ante-altar de San Antonio de Milan? pues costó 30,000 florines, mal que os

pese, y tiene la parte de afuera de oro, y la de adentro de plata sobredorada!...

CV

Tal era el afan de la Iglesia para que el dinero no anduviese en manos de los pecadores, que siendo ella quien habia promovido la cruzada de Europa contra el Asia; cuando Clemente IV impuso al clero la contribucion de un diezmo sobre sus bienes por espacio de tres años, el clero reclamó enérgicamente, y se negó á pagar por ser cosa enteramente contraria á sus costumbres y objeto; y hasta amenazó con promover un cisma, y aun alegó que las cruzadas anteriores no habian tenido buen éxito, precisamente porque se habia empleado en ellas dinero que pertenecia al sacerdocio.

«¡Pagar el clero!» decian, «esto es el mundo al revés; es la subversion de todos los principios sociales; y sobre todo, es conspirar contra las almas adineradas que pagaron en la tierra su escote por despacho de todos los documentos necesarios para tomar carta de naturaleza en el cielo.»

CVI

Afortunadamente para aquella guerra eminentemente religiosa, el gran Khan de los mongoles hizo lo que no hacia el clero católico, y ofreció sus recursos á los cristianos, y la hoy herética Inglaterra dió algo, así como tambien el rey de Portugal y Jáime de Aragon; Alfonso de Castilla dió cien hombres y cien mil maravedís de oro, y la órden de Santiago dió tambien algun dinerillo, y merced á esos esfuerzos, las almas fueron despachadas en regla y las iglesias conservaron su oro y su plata labrados y acuñados y todos los chismes de salvacion.

CVII

Pero el desinterés sublime de la Iglesia no siempre fué bien comprendido, ni aun en aquellos religiosos siglos.

En el mismo siglo XII un monje, por demás cándido, se hizo

eco de las hablillas de los envidiosos. Este monje era Gilberto de Nogent, que escribia:

«Las mentiras que de contínuo propalan algunos desde el seno »de la Iglesia, sobre milagros y reliquias sagradas, milagros que »con sin igual desvergüenza se lanzan al mundo, no tienen mas »objeto que vaciar los bolsillos de los fieles.»

En esto hay algo de verdad; pero... distingo.

Vaciar los bolsillos de los fieles fué siempre el propósito de la Iglesia; pero ¿por qué? Para apartar á los fieles de los pecados á que conduce la posesion del oro.

A ver, un pecador sin un real, ¿cómo se las compone para tener buen refectorio, buenas lobas y pieles de martas, buenos manteos, buen brasero en el invierno y buen baño en el verano?

¡Imposible!

CVIII

Otro escritor, *Thiers* (no el que fué ministro de Luis Felipe, sino otro), decia que en el siglo XVII, «á pesar de los concilios, los »monjes ricos y cargados de rentas hacen vergonzoso tráfico de »reliquias cuya autenticidad no está probada, y de otras evidentemente falsas.»

Pero no hay que fiarse de esos escritores.

Lo cierto y verdad es que en el siglo XVII, una lágrima de Cristo, conservada milagrosamente en una botella, producia todos los años una renta de tres á cuatro mil libras en evangelios, misas, novenas, presentes, oblaciones y otros sufragios.

Si los fieles no hubiesen tenido fé en la lágrima, ¿hubieran pagado tanto por ella?

Y si la lágrima no hubiera sido auténtica, ¿habria producido fé?

¡No! Eso solo sucede en las falsas religiones.

CIX

¡Oh la fé! La fé religiosa ha sido la gran casa de moneda, sobre todo en los siglos medios.

CX

Cada dia se daba á luz una nueva leyenda milagrosa, y una milagrosa reliquia, que encontraba aficionados, y á ella dedicaban algo del vil metal.

Cuando pasaba la aficion á aquella salia otra, y despues otra.

Alguna que otra vez se abusaria de ello, porque ya en el siglo IX un concilio censuró ágriamente á los obispos que esplotaban los milagros para saciar su codicia; pero la voz del Concilio sonó en Aix la Chapelle, y como entonces afortunadamente no habia imprentas, periódicos, correos ni caminos, el escándalo no llegó al público, que habria tenido un gran disgusto, y solo supieron la noticia los discretos príncipes de la Iglesia.

Un arzobispo de Leon de Francia, llamado Amulon, dice en sus cartas á un obispo, que efectivamente en aquel tiempo se cometió tal cual abuso inventando, ó mejor dicho, fingiendo alguno que otro milagro con que excitar la piedad de los fieles y hacerla productiva.

«Yo mismo (dice) he visto supercherías de estas: he visto al»gunos sacerdotes excitar á gente pobre á que fingiesen haberse »curado milagrosamente, sin mas objeto que llenarse la bolsa; he »visto algunos que fingian curarse, despues de fingirse endemo»niados, confesar sus culpables artificios y disculparse con que la »miseria les habia obligado á ello. Otros enseñaban á las gentes »sus miembros cubiertos de llagas fingidas, para fingir despues »que se les habian curado por milagro; con cuyos medios acudia »á los templos gran número de devotos á depositar ricas ofrendas.»

CXI

Cierto que debió fingirse algun milagro aun en los tiempos de verdadera piedad: testimonios quedan de ello (1); pero lo mas

(1) Véase *Los Cachivaches de Antaño*, págs. 61 y siguientes.

prudente y cristiano es creer que los mas productivos no fueron inventados, sino reales y verdaderos.

CXII

Los impíos pretenden en vano abultar los abusos cometidos en esta materia.

Pero los testimonios auténticos prueban lo inícuo de sus exageraciones.

No hubo mas abusos que alguno que otro en cada siglo.

Si vamos á mirar, tambien los hubo en el siglo XI, acerca del cual escribia un piadoso monje:

«Todos los dias se ve á gente que va de una iglesia á otra, fin»giéndose ciegos, impotentes ó endemoniados; se retuercen al pié »de los altares ó sobre las sepulturas de los santos, y luego hacen »ver que se han curado, fingiendo que el cielo ha obrado un mi»lagro en favor suyo, para granjearse las dádivas de los fieles.»

Pero esto dice mucho en favor de nuestra tésis. Porque si gente indocta y miserable sacaba dinero de los creyentes solo con jactarse de milagros falsos, ¿cuánto mas dinero no habia de sacar la Iglesia, con su prestigio, su santidad, su poder, su organizacion y sus milagros verdaderos?

CXIII

Pero de los mismos abusos se sacó partido para acusar, no ya á clérigos ignorantes y á oscuros monjes, sino que el calavera de Abelardo en un sermon público acusó á San Norberto de haber fingido milagros productivos, y hasta cita el nombre del compadre que estaba de acuerdo con él para ayudarle á ganarse la vida.

Acusacion que está muy fea, y que reprobaron todas las devotas del barrio.

CXIV

Pocos dias hace que el periódico *La Ilustracion de Madrid* nos traia á la memoria la imágen de la Vírgen del Sagrario, que está en Toledo, forrada de una gruesa hoja de plata.

A este propósito, aludia el periódico á los donativos de alhajas, piedras preciosas y riquezas de todo género que pueblo, magnates y reyes habian hecho á la imágen, y al propio tiempo hablaba de las pingües rentas de aquel cabildo.

La imágen tiene traje bordado de oro, aljófar y perlas, dice.

Tiene delantal sembrado de esmeraldas, rubíes y diamantes, añade.

Y tenia la preciosa corona robada en 1869.

¡Ah, ser imágen ó ser cabildo eclesiástico era lo mas que se podia ser en el mundo!

CXV

La corona robada era un primor de esmaltes, de cinceladuras, de calados, de todas las invenciones de las bellas artes.

Balajes, rubíes, esmeraldas, perlas, diamantes... oro, plata... *¡doscientos catorce mil seiscientos treinta reales* valia en su tiempo la corona! (Siglo XVI.)

¡En sesenta mil duros fué tasada el año 1866!

¡Si ese dinero se hubiese empleado en saciar el hambre de la gente baja, no habríamos poseido tan rica joya para adornar tan rica imágen, manantial de pingües rentas para un rico cabildo!

CXVI

Aun á principios del siglo XVI se conservaba en una iglesia de Burges un cepillo, con un rótulo que decia al pié de la letra: «*Deja aquí una devota ofrenda y morarás entre los bienaventu-*»*rados.*»

Que es el colmo de la sencillez para sacar dinero hasta del alma.

Para las almas, se entiende.

CXVII

¡Todo para ellas!

Dentro del recinto de Roma habia cinco iglesias que gozaban

de indulgencias perpétuas. ¡Y las indulgencias daban tanto de sí!

Los rótulos de esas iglesias advertian que con una sola misa que allí se mandase decir (pagándola, por supuesto) se libertaba un alma del purgatorio.

Y despues los frailes mendicantes y las demás órdenes, consiguieron tambien que el Papa les concediera altares privilegiados y perpétuos, de los cuales hemos visto algunos, donde se pone un rotulito que dice lisa y llanamente: «Aquí se saca un alma del »purgatorio por cada misa.»

CXVIII

La Iglesia, aun con todos estos medios, ha temido siempre que se librasen pocas almas, y para mas facilitar su salvacion, ideó una tarifa para todos los pecados (1).

CXIX

Las penitencias empezaban á ser muy molestas á los fieles, y Roma las dispensó á cámbio de dinero.

Decia el pecador, por ejemplo: de buena gana pecaria, si no tuviese que sufrir un castigo de pan y agua, ó de encierro, ó de azotes.

Y no tenia mas que mirar el arancel, pagar su cuota, y se iba á pecar tan campechano.

CXX

Ya en el siglo XI se quejaba San Damian de que el conmutar las penitencias con multas pecuniarias arruinaba la disciplina; pero su celo mal entendido no le dejaba ver que con penitencias solas, la Iglesia no podia llegar nunca al grado de esplendor y riqueza á que la vieron llegar los humanos.

(1) Véase *Los Cachivaches de Antaño*, páginas 198 y siguientes.

CXXI

¡Mas ¡ah! ¿cómo era posible que en los buenos tiempos, en el siglo IX, el pobre, aunque feliz bracero, cayese en la pasion de la moneda, si jamás se habia podido acostumbrar á ella?

Los siervos del obispado de Luca trabajaban la mitad del tiempo para el obispo.

Unos, en efecto, tenian obligacion de trabajar tres jornales cada semana, y dar además tres pollos y veinte huevos al año.

Otros daban los mismos jornales, y vino, y aceite ó habas, y otras frioleras.

En cámbio cuando iban á la iglesia, que era muy frecuente, el espectáculo de las luces, los dorados, los trajes y las imágenes, el olor del incienso, el mueblaje, todo contribuia á dejarles atónitos.

Hoy dia van una noche á una zarzuela de espectáculo, y al volver á un pueblo no hallan ya nada que admirar en la iglesia.

¡Oh siglo VIII, siglo IX, siglo X, siglo XI, siglo XII!... ¡Oh siglos todos menos el nuestro, qué bellos sois, eclesiásticamente considerados!

CXXII

Cuando á fines del siglo X empezó á cundir el terrorífico miedo de que se iba á acabar el mundo y estaba la humanidad citada, llamada y emplazada por tercer pregon y edicto para comparecer al juicio final, apresuróse todo el mundo á desprenderse de los bienes de la tierra.

Campos, bosques, alhajas, casas, curiosidades, todo fué á parar á la Iglesia.

Cada cual pudo dedicarse exclusivamente á la salvacion de su alma, y únicamente los pobres sacerdotes se quedaban sin tiempo para rezar por la suya; porque todo el dia andaban haciendo inventarios, tomando posesion, deslindando herencias, extendiendo escrituras, y en fin, arreglándolo todo para que á lo menos al lle-

gar el último suspiro del mundo, pudiesen morir con los ojos fijos en el balance, exclamando: ¡Señor, no hay ni un asiento equivocado!

CXXIII

Pasó el plazo fatal, y el mundo se encontró con que apenas quedaba ya cosa de algun valor que no estuviese en poder de la Iglesia.

CXXIV

Despues, como el trabajo creó riqueza nueva, la Iglesia ideó y aconsejó las donaciones con reserva de usufructo.

Algunos se resistian á hacerlas para no dejar desposeida á su familia; pero la Iglesia obviaba esa dificultad, compensando á los donadores con rentas vitalicias que importaban dos y tres veces mas que el usufructo.

Y los que están empeñados en atribuir codicia á la Iglesia, no reparan en asegurar que hasta falsificó donaciones.

Ya hemos hecho mencion del Sr. D. A. Durán, que así lo dice; pero lo malo es que no lo dice él solo, sino varios, y Temancio expresa terminantemente que se falsificaron muchas cartas de donacion; no muchas, sino *innumerables*, y añade: «Pocas iglesias, »pocos monasterios hay, casi ninguno, que no tenga sobre sí esa »mancha.»

Respetable es quien lo dice por ser un sábio y además benedictino; pero... no sé: me repugna creerlo.

Por otra parte, como otros varios dicen lo mismo...

En fin, el lector crea lo que le parezca; pero son tantos los que acusan á la Iglesia, que me parece que por lo mismo no todos pueden tener razon.

Alguno se equivocará.

CXXV

El Sr. Durán pudo tener algun fundamento para asegurar que esos fraudes piadosos solian ser fundamento de las posesiones monásticas; pero otros... ¡qué sé yo!

Tambien puede tenerla el benedictino que acabamos de citar, cuando asegura lo mismo: nos guardaremos muy bien de desmentir á persona religiosa y tan autorizada; pero lo dicen otros chisgarabises que no merecen crédito.

Cuando San Gregorio Nacianceno dice que ya en el siglo IV habia prelados que disipaban el patrimonio de los pobres en gastos supérfluos, prefiriendo imitar el fausto de los príncipes á la humildad de los apóstoles, yo no pongo en duda sus palabras. Le creo.

Pero á otros que tambien dicen lo mismo... me cuesta trabajo darles crédito, porque pueden ser enemigos apasionados de la Iglesia.

Y cuando San Gerónimo dice: «Los obispos predican la pobreza »y no viven sino entre placeres; compiten con los príncipes del »siglo en magnificencia y les sobrepujan, comprando con el dine»ro de los pobres lo que los mas ricos no se atreven á comprar, »para consumirlo en sus banquetes,» tambien creo á San Gerónimo, si bien me queda la duda y el consuelo de que quizá no todos los obispos serian tan calaveras, y que alguno habria caritativo y humilde.

CXXVI

Lo mejor y mas cristiano es creer que no todos malversaron el patrimonio de los pobres, por mas que el monje Agobardo dijese tambien:

«Los obispos y los abades gastan en perros y caballos, en ofi»ciales de sus casas y en criados, en festines escandalosos y en »reuniones profanas, lo que se da á la Iglesia para alimentar á »los pobres.»

Pero ¿es creible que siempre y todos los eclesiásticos, ó siquiera la generalidad, malversasen el patrimonio de los predilectos de Jesús?

No: no es creible.

CXXVII

El sexto concilio de París deploró la conducta de los prelados que se gloriaban de lo que debia cubrirles de vergüenza, pues consideraban la dignidad episcopal solo como un medio de hacer vana ostentacion de magnificencias mundanas.

San Damian insistia en censurar (con áspera severidad, dice el autor que tengo á la vista) la increible profusion con que se gastaban los bienes de la Iglesia en los palacios de los cardenales y los obispos, mientras gemian en la miseria los pobres, de quienes los prelados debian ser meros administradores.

San Bernardo repetia á cada paso que las dignidades eclesiásticas no eran buscadas sino para gastar sus rentas en cosas vanas y supérfluas.

Algo se gastaria, no digo que no; pero si al fin pasaba un siglo y otro siglo, y la gente iba dando, y la Iglesia atesorando, me parece á mí que los cargos podian ser mas suaves.

Cierto que aun en los siglos XII y XIII los clérigos no tenian reparo en quedarse para sí con el dinero que se les daba para distribuirlo en limosnas.

He dicho los clérigos, y he dicho mal. Deberia haber dicho: algunos clérigos.

Pero San Bernardo levanta sobre esto su voz, indignado, y califica su conducta de despojo y sacrilegio.

Para unos pocos me parece que San Bernardo no habria escandalizado tanto.

Vamos, acaso hice bien en no decir *algunos*, sino los clérigos.

CXXVIII

En el siglo XII, la buena avenencia en el pleito sobre los bienes alodiales de la princesa Matilde se estableció adjudicándoselos á Lotario, como feudos de la Iglesia, y despues dé él al duque de Baviera, mediante el censo anual de cien marcos de plata para el Pontífice.

CXXIX

Pesado es repetirlo; mas para que se vea que al lado del celo de la Iglesia por la salvacion de las almas hubo siempre excepciones, debo recordar que lo que se decia en los siglos XII y XIII se repitió en el XIV, cuando Clemangis gritaba: «Los obispos pasan »el dia cazando, jugando y entretenidos en festines, y la noche »en los brazos de malas mujeres. Los canónigos no piensan mas »que en su vientre, como los cerdos de Epicuro. *Todos los que »tienen repugnancia al trabajo* se hacen tonsurar y se sumergen »en seguida en la orgía y la crápula.»

CXXX

Ya digo yo... esas cosas no las creo sino cuando las dice persona autorizada.

Luego hay hombres á quienes todo les parece mucho, y otros á quienes todo les parece poco.

Cada cual ve las cosas bajo su punto de vista.

San Crisóstomo, y San Agustin, y San Jerónimo, eran de parecer que los sacerdotes, aunque fuesen obispos, no tuviesen mas que lo estrictamente necesario.

Hoy se quejan todavía algunos de que los obispos vivan en palacios, y tengan criados y pajes, y sueldos de capitanes generales, y se adornen con ricas telas y piedras preciosas, y paseen en coche.

Y entre esas dos épocas nos encontramos con que en el siglo XII, muy al principio, el concilio de Letran opinó que el lujo de los prelados era excesivo; pero ¿por ventura se propuso reducir á estos á una vida miserable?

No. Adoptó prudentemente un término medio, que es lo mas sensato, y decretó que los arzobispos en sus visitas diocesanas no llevasen mas que cuarenta ó cincuenta caballos; los cardenales, en sus visitas, veinticinco; los obispos, veinte ó treinta; los archidiáconos, siete, y los deanes y sus inferiores, dos.

Esto no era despilfarro, en proporcion de lo que habian gastado antes, y tampoco era una mezquindad reprochable; porque, como decia muy bien el clero, segun el dinero que existe en poder de la Iglesia, los pobres hoy dia tienen un caudal enorme, y nosotros, que se lo administramos y aumentamos de dia en dia, ¿tenemos que privarnos de lo estrictamente necesario?

Y... ya digo, quedó reducido el acompañamiento de un arzobispo á cuarenta ó cincuenta caballos.

CXXXI

Además, algunos no se hacen cargo de que el clérigo tenia que mantener á sus hijos, so pena de ser padre sin entrañas.

CXXXII

¡Oh peseta! ¡Oh duro! ¡Oh doblon, que hoy dia apenas servís mas que para necesidades de la miserable razon, de la impotente ciencia humana!

En otros tiempos érais empleados en sagradas lámparas, en devotos incensarios, en piadosos mármoles, en lo divino, nada mas que en lo divino.

La rica trucha que cenaba el abad, el sabroso salchichon, la esbelta anguila, el pastel de monumental arquitectura, que eran ornato de la mesa cardenalicia y sustento de consagrados abdómenes, se divinizaban al ser asimilados al sér eclesiástico por medio de las ortodoxas digestiones!

CXXXIII

En muchos lugares, sobre todo en aquellos mas piadosos, las voces clérigo y rico eran sinónimas.

Así decia el romance asturiano:

que non habia rapaz
que ño abaratás dineru
mas q'agora un capellan.

CXXXIV

Si, como hemos visto antes, se complacian los reyes en levantar y dotar templos, el pueblo casi siempre se lo agradecia, y trasmitia la noticia de viva voz (porque estaba libre de la pestífera imprenta) á las generaciones futuras.

Y de oidas nada mas se fué trasmitiendo el romance de don Alfonso el Casto, que, entre otros templos y capillas, levantó el de San Salvador, en Oviedo, para lo cual tenia

muy gran valor allegado
de muchas piedras preciosas,
á qu'él era aficionado.
Y en cuanto se hacia el templo
tomó en sí muy gran cuidado
de hacer una cruz de oro,
que así lo tenia pensado,
y de engastonar en ella,
como lo tenia acordado,
de aquellas piedras preciosas
que para ello habia guardado.

CXXXV

Y entonces y despues, y ántes y siempre, cuando en parte alguna habia dinero, en la Iglesia lo habia.

En el siglo XVII, en tiempo del grande y prudente y piadoso Felipe II, cuando la miseria general era causa de que se cerrasen las fábricas y se perdiese la famosa industria de labrar lanas en España; cuando aquel rey, á pesar de su religiosidad, veia despoblarse el reino y quedar cerradas y deshabitadas la mayor parte de las casas, y se vió en la apretada situacion de tener que incautarse de las alhajas de las iglesias y aun de los particulares, aun entonces el no menos piadoso arzobispo de Toledo dejaba al morir una herencia de mas de un millon de escudos.

CXXXVI

Por cierto que el cardenal dejó en su testamento que aquel dinero se emplease en socorrer á los pobres; pero el rey Felipe se lo

guardó para sí, y aunque el Papa le negó permiso para hacerlo, el rey, ó lo entendió mal, ó no le comprendió bien, y se quedó religiosamente con el dinero.

En mi concepto, el religioso Felipe se hizo el siguiente silogismo:

El cardenal ha dejado el dinero para los pobres.

El mas pobre de mis reinos soy yo.

Ergo...

En cámbio, durante su reinado se levantaron diez y siete conventos en Madrid.

Item mas: hizo el Escorial.

CXXXVII

La gente ya sabia en aquella época, que así como el iman atrae el acero, la Iglesia atraia el oro.

Y no solo lo sabia, sino que á veces temia la fuerza de esa atraccion.

Pruébalo el que ya en tiempo del emperador Cárlos V, glorioso padre de Felipe, allá por los años de 1523, las Córtes del reino, aquellas Córtes tan sesudas á veces, habian dicho al emperador:

«Otrosí que segun lo que *compran* las iglesias y monasterios, »donaciones y mandas que se les hacen, *en pocos años podrá ser* »*suya la mas hazienda del Reino*, suplican á V. M. que se dé ór»den, y si menester fuere se suplique á nuestro muy sancto pa»dre, como las haziendas y patrimonios y bienes rayzes no se ena»genen á yglesias ni á monasterios, y que ninguno no se las »pueda vender: y si por título lucrativo las hubieran, que se les »ponga término en que las vendan á legos y seglares.»

Tiranía enorme, que afortunadamente no llegó á consumarse.

CXXXVIII

Es decir, el emperador contestó á las Córtes:

«A esto vos respondemos que se faga assí, y mandamos que »para ello se den las provisiones que fueren menester.»

Pero su piadoso hijo no cumplió tan desatentado mandato, y horrorizado de privar de adquirir y poseer á la Iglesia, escamoteó la referida disposicion de su papá en las leyes recopiladas, y eligiendo como prudente un término medio, prefirió echar mano de las alhajas de los templos y del dinero del cardenal, que le aliviaron en sus necesidades; pues si en los grandes apuros que tenia, la Iglesia se hubiese encontrado sin joyas y el cardenal sin dinero, ¿de dónde lo habia de sacar él?

CXXXIX

Así es que cuando se dice (como sucede hace tiempo) que la Iglesia está empobrecida, mas que en absoluto, debe entenderse esta espresion relativamente á lo que la Iglesia habia poseido.

No eran nada bonancibles los años que precedieron á la supresion del diezmo.

Sin embargo, cuando se tomó esa medida, el seminario conciliar del Burgo de Osma, por ejemplo, poseia las rentas siguientes: 107 fanegas de trigo; 2,600 rs. de préstamos y beneficios agregados; 55,000 rs. de pension sobre la mitra, y 6,000 rs. procedentes de fincas y censos.

Y todo por el estilo.

CXL

Pueblos enteros habia que estaban faltos de leña y agua para beber, y en este concepto, mucho era lo que cobraba el seminario; pero es lo que decia yo antes: ¿qué valia todo ello comparado con lo de los tiempos de verdadera piedad?

CXLI

Abolidas las comunidades religiosas despues del suceso de 1835, parece que ya deberia ir por otras corrientes todo el dinero que iba á parar á ellas.

Pues para que se vean los sobrenaturales orígenes y la naturaleza de cuanto pertenece á la Iglesia, nótese que las comunidades,

que dejaron de existir de hecho desde entonces, y todavía nos cuestan el dinero.

CXLII

Aun en el año de 1865 existian en España 7,003 frailes exclaustrados que cobraban *doce millones cuatrocientos mil doscientos cuarenta* reales.

El lector supondrá, con razon, que los muchos exclaustrados fallecidos durante los treinta años que mediaron entre el de 1835 y el de 1865, poco á poco, muy poco á poco, fueron rebajando la cantidad de dinero que íbamos pagando á los eclesiásticos. Pero aun suponiendo que ningun año hubiéramos pagado mas que el que mencionamos en el párrafo anterior, resultaria que en treinta años habrian ido á parar á los que no tenian mas atractivo que haber pertenecido á la Iglesia, los reales siguientes: TRESCIENTOS SETENTA Y DOS MILLONES SIETE MIL DOSCIENTOS.

CXLIII

Recuerdo que durante largo tiempo el español por una carta sencilla pagaba cuarenta y seis maravedís.

Doce de esos maravedís se pagaban para carreteras.

¡Ni uno solo queria emplearse en un uso tan bajo! ¿Creerán ustedes que por la fuerza de la costumbre iban á parar á los exclaustrados y al clero secular?

Pues créanlo, que ambas corporaciones lo afirman.

Lástima da, sin embargo; lástima da ver hoy la pobreza relativa de la Iglesia.

Su deplorable estado de abatimiento, comparado con el esplendor de que gozara, arranca amargas lágrimas...

Pero no á mí: entendámonos.

A mí me tiene sin cuidado: en prueba de ello, vean ustedes con qué buen humor me pongo á hablar de otra cosa.

LA HONESTIDAD

I

«Entonces (dice D. Quijote contemplando el puñado de bello-»tas), entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas »de valle en valle, y de otero en otero, en trenza y en cabello...»

«Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, »por donde quiera, solas y señeras, sin temer que la ajena desen-»voltura y lascivo intento las menoscabasen...»

No puedo leer nunca el delicioso capítulo XI de la primera parte de aquel inagotable libro, sin echar de menos las pacíficas y honestas costumbres de los piadosos siglos.

El señor en su castillo, el villano en su rincon, el monje en su celda, la barragana con su clérigo... ¡una balsita de aceite!

II

De los sentimientos piadosos eran espejo las costumbres, y de las costumbres, las letras; el lenguaje era culto, y expresaba siempre lo bien compuesto de los ánimos.

Y, sobre todo, habia una sencillez y una lealtad...

Por ejemplo: hay un romance de una bella enamorada, que comienza:

En Castilla hay un castillo
que se llama Rocafrida;
al castillo llaman Roca,
y á la fuente llaman frida.

III

Esto último no alude á la enamorada, que no era roca ni tenia nada de frida.

Al contrario: la chica solo de oidas se enamora del caballero Montesinos, y calla su amor honestamente.

Pero cuando ya no puede callar, estalla una noche, prorumpiendo en grandes voces; despierta á su camarero; le da unas cartas para el denodado Montesinos, que está en Francia, y con las cartas el recado siguiente:

Dile que me venga á ver
para la Páscua florida;
daréle yo este mi cuerpo,
el mas lindo de Castilla,
si no es el de mi hermana
(¡de mal fuego sea ardida!);
y si de mí mas quisiere,
yo mucho mas le daria:
darle he siete castillos,
los mejores de Castilla.

IV

¿Puede darse mas sencillez, mas buena fé, y sobre todo mayor liberalidad?

En este siglo miserable no hay moza, por rica que sea, que fuese capaz de dar su lindo cuerpo y siete castillos á un desconocido.

V

Al que mas aman le exigen matrimonio, y carta dotal, y pegigueras...

Entonces todo era corazon y rumbo, y una encantadora lla-

neza; porque la infanta descubre al camarero secretos tan íntimos, que parece tratarle como á un padre.

Pero volvamos á la honestidad.

VI

Sin embargo, no es justo que dejemos sin elogio la modestia de la niña. Ninguna se hallaria hoy que, siendo muy hermosa, confesara tan espontáneamente que mas lo era aquella hermana suya de quien dice:

¡de mal fuego sea ardida!

Esta declaracion de que desea ver arder á la hermana, debe bastar para que se entienda lo convencida que estaba de su inferioridad la bella enamorada de Montesinos, convencimiento que solo con una modestia suma es compatible.

VII

En cuanto al leve episódio de desear la muerte de la dicha hermana, debe considerarse como una impremeditacion, como un extravío pasagero y no característico de los siglos piadosos.

Si vamos á esto, tambien el enamorado D. Grifos, al decirle su amada doña Alda que tiene el marido de caza en los montes de Leon, exclama:

Si á caza es ido, señora,
cáigale mi maldicion;
rabia le mate sus perros,
aguilillas el falcon;
lanzada de moro izquierdo
le traspase el corazon.

Cosas que únicamente se decian en moméntos de arrebato, y aun solo en aquellos brevísimos instantes en que la pasion vehemente se sobreponia al influjo del catecismo de la doctrina cristiana.

Pero aun entonces habia la ventaja de que á lo menos cada cual expresaba lealmente su sentir.

VIII

Se pensaba y se hablaba con llaneza, lo cual suple á muchas buenas prendas.

Hoy no se recitaria sin hacer aspavientos aquel trozo de romance de Bernardo del Carpio, que hablando de este y de la infanta doña Jimena, dice:

Muchas veces fueron juntos,
que nadie lo sospechaba;
de las veces que se vieron
la infanta quedó preñada.

Y sin embargo, esto se recitó en plazuelas y en palacios, y de viva voz lo aprendieron los españoles, sin necesidad de la imprenta, para irlo trasmitiendo á las sucesivas generaciones.

IX

Y si las infantas eran ó no modestas y al par sencillas, díganlo la de Rocafrida y la que acabamos de mentar; y si además expresaban con sencillez sus pensamientos, dígalo la susodicha de Rocafrida y la otra infantina cuando exclama:

Tiempo es ya, el caballero,
tiempo es de andar de aquí,
que me crece la barriga
y se me acorta el vestir.

¡Y hoy dia cualquiera remilgada corsetera, y acaso hasta alguna ribeteadora, creeria valer menos si pronunciase *barriga!*

Escrúpulos que entonces no se conocian, sin que por eso dejasen de reinar la honestidad y los cristianos sentimientos.

X

Y no solo la franqueza, sino la gracia con que las personas se confiaban sus sentimientos, eran encanto singular de otros siglos.

El conde Claros se presenta á la inocente infanta Claraniña.

La criatura, hechizada, digámoslo así, de verle, exclama candorosamente...

Pero mas vale dejarles hablar á entrambos.

—Conde Claros, conde Claros,
el señor de Montalvan,
¡cómo habeis hermoso cuerpo
para con moros lidiar!
—Mejor le tengo, señora,
para con damas holgar.

Así responde él; y ¿responderia así, á no saber de cierto que la infanta no se habia de incomodar por ello?

Imposible: las leyes de la cortesía no se quebrantaban entonces fácilmente, y la expresion de las ideas mas recónditas se conciliaba con el mayor decoro: ¿qué mas se podia desear?

XI

¿Y quién no recuerda la honesta sencillez con que se relata lo de la enamorada Melisenda con el conde Ayruelo?

¡De aquella, á quien

amores del conde Ayruelo
no le dejan reposare!

A deshora de la noche, la angustiada hija del emperador

salto diera de la cama,
como la parió su madre;

corre á sus doncellas, las despierta, las refiere sus cuitas, y dice el romance:

Allí hablara una vieja,
qu'es vieja de antigüedade:
—Agora es tiempo, señora,
de los placeres tomare,
que si esperais á vejez
no vos querrá un rapace.
Esto aprendí siendo niña,
y no lo puedo olvidare,
el tiempo que fuí criada
en casa de vuestro padre.

XII

Esta sencilla reflexion de la vieja, el ansia del verdadero amor, y el respeto y obediencia con que entonces eran seguidos los consejos de los ancianos, son suficientes para que la infanta, á medio vestir, se dirija inmediatamente al cuarto del conde: halla al paso un alguacil de su padre, que al verla le muestra su sospecha de que padezca mal de amores; ella se escusa con que va á cumplir una novena que ofreció hacer en una enfermedad siendo niña, y le dice además que le preste su puñal, porque le dan miedo los perros de la calle; el alguacil se lo pone en la mano, ella se lo mete á él en las entrañas, y le deja muerto. Sigue su camino hácia los aposentos del conde, y como este duerme á puerta cerrada, la pobre tiene que llamar.

El conde pide socorro, temiendo que sus enemigos tratan de matarle, y ella por la cerradura con tristísima voz le dice:

No te congojes, señor,
no quieras pavor tenere,
que yo soy una morica
venida de allende el mare.

Él por la voz la conoce, salta de la cama, abre la puerta, la coge de las manos, y...

Vamos, no me digan, que tiempos como aquellos no volverán ya.

XIII

Un autor famoso en España, y muy estimado por cierto por su buen juicio, niega que los tiempos pasados fuesen mejores.

Yo no diré que los tiempos mejores fuesen los miles de años anteriores al cristianismo.

Tampoco aseguraré que los mejores fuesen aquellos en que se persiguió y crucificó á Jesus.

Y es claro que tampoco pudieron ser los mejores aquellos largos siglos en que cada dia se celebraba una degollina de cristianos.

Nuestro autor dice:

«Celébranse los tiempos antíguos, y se abomina el presente.

»Dícese que entonces reinaba la virtud, ahora el vicio; que la »justicia, la verdad, la continencia, la moderacion, hicieron su »papel en otros siglos, en cuyo lugar sucedieron al teatro del »mundo, para representaciones trágicas, la codicia, el engaño, la »incontinencia, la usurpacion, la tiranía, con todas las demás »pestes del orbe.»

Y es claro que fué así: yo no podré decir cuándo; pero hubo tiempos en que florecieron las virtudes; hubo siglos piadosos, y sin duda en aquellos siglos los hombres hubieron de ser excelentes.

Porque lo uno se deduce de lo otro.

Cuando la invencion de las hostias sangrientas, y las dos túnicas inconsútiles, y la lágrima de Cristo recogida por la Magdalena en una botella y conservada por espacio de diez y siete siglos, producian dinero, ¿no es verdad que habia de reinar el mas sencillo candor en los corazones?

XIV

Pero nuestro autor añade:

«Quisiera que se me dijera qué siglos felices fueron esos en »que reinaron las virtudes. Búscolos en las historias, y no los en»cuentro. ¿Qué alevosía mas circunstanciada que la de Cain y »Abel? No menos entre los hombres que entre los ángeles se ob»serva gigante el vicio desde su propio nacimiento.»

Perdonemos al autor sus errores involuntarios, pero notables en un hombre tan religioso y criado en un convento.

Pues ¿quién duda que cuando tres ó cuatro señores vejaban, oprimian, robaban y mutilaban á millares de vasallos, estos ejercitaban mucho mas que hoy la paciencia cristiana?

Y cuando el caballero, al ausentarse de sus tierras, cerraba con candado el tesoro del honor conyugal, ¿no es evidente que la honestidad padecia menos que en nuestros tiempos?

Y cuando solo habia riquezas en las abadías y palacios, ¿no es claro como la luz que la gran mayoría de los hombres no podia entregarse á la pasion del lujo corruptor?

XV

Esto no es discutible.

Dejémoslo, pues, á un lado, y volviendo al camino que habíamos emprendido, paguemos el justo tributo á la honestidad de los pasados tiempos.

Esta era tal y tan firme, que nada la quebrantaba.

Se encuentran casos...

Por ejemplo: el romance de D. Galvan y la infanta empieza diciendo:

Bien se pensaba la reina
que buena hija tenia,
que del conde don Galvan
tres veces parido habia.

Ni mas, ni menos.

Ahora bien: de toda aquella época no recuerdo haber leido de ninguna otra hija de reina que hubiese tenido tres hijos del conde D. Galvan.

Y el encontrar una sola en tan larga série de años, ¿no prueba que ninguna de las demás se habia hallado en igual caso?

XVI

En este romance hay lo bastante para destruir muchas calumnias contra los buenos tiempos.

Porque llega el dia en que á la reina le sucede una cosa semejante á la del villano ennoblecido, el cual descubrió que habia estado cuarenta años hablando en prosa sin saberlo.

Tambien, por medio de una criada, descubre la reina que ha sido tres veces abuela sin saberlo.

Lo cual prueba que en materia de hablar en prosa y de tener *etos, á iguales* sorpresas están expuestos reyes y villanos.

XVII

Pues señor, ¿qué hace la reina? Con el mayor decoro llama á un lado á su hija, y le dice:

Hija, si vírgen estás,
reina serás de Castilla;
hija, si vírgen no estás,
de mal fuego seais ardida.

Esto de ser *ardida de mal fuego* no era una necia bravata, ni una hipérbole de mal gusto, como se usan hoy dia: era entonces la expresion exacta de un deseo real y positivo, y sobre todo una muestra de respeto profundo á las sábias leyes, que á ciertos culpables les condenaban á arder en mal fuego.

Y entonces... ¡oh! entonces nadie queria mas que lo de ley.

XVIII

Pues como decia: oye la infanta las palabras de su madre, y comprende el disgusto á que ambas están expuestas si declara la verdad.

El cariño filial le da valor, y con voz entera y ánimo imperturbable contesta:

Madre, tan vírgen estoy
como el dia que fuí nascida.

Y con acento tiernísimo añade:

Por Dios os ruego, mi madre,
que no me dedes marido;
doliente soy de mi cuerpo,
que no soy para servillo.

La madre queda convencida, merced al aplomo con que la infanta la hace caer en aquel piadoso engaño, aplomo y entereza que únicamente Dios podia darle; porque como entonces las niñas eran tan buenas cristianas, cuando se veian en alguna necesidad, Dios las auxiliaba, no digo ya para salir con bien de tres partos, sino de cuatro.

XIX

Por supuesto que la infanta de buena gana habria corrido inmediatamente á confesarse de la piadosa mentira que acababa de decir; pero no pudo, porque en aquel mismo instante, apenas acababa de subir á una torre y divisar á Galvan á lo lejos, la acometieron dolores de otro parto, y en el acto mismo la reina volvió á ser abuela por cuarta vez, tan ignorante de ello como las tres primeras.

Sobre este suceso se compuso el romance que la tradicion oral daba á conocer á las personas del bello sexo, para que aprendiesen á no dar disgustos á sus mamás, si les sucedian tres ó cuatro lances por el estilo.

XX

¡Oh! entonces se vivia sin pisar los términos de la hipocresía ni los del escándalo, porque imperaba la virtud, que siempre eligió un buen medio por asiento.

El conde Claros pretende á la hija del emperador; la enamora, por supuesto, con buen fin y cristianamente, y al cabo de medio año, apremiado por muy atendibles respetos, se presenta al emperador, y tienen este diálogo:

—A la infanta Claraniña,
vos por mujer me la dad.
—Tarde acordásteis, el conde;
mandada la tengo ya.
—Vos me la dareis, señor,
acabo que no querais,
porque preñada la tengo
de los seis meses ó mas.

¿Eh? ¡De seis meses! Y nadie sabia una palabra. ¿Eran ó no formales y callados los hombres de entonces?

¡Preñada de seis meses!...

Nieguen ahora el influjo de la religion sobre el honesto silencio de los amantes.

XXI

No habia entonces eso de hacer gala de la infamia; porque si bien el romance de Florencios empieza con aquella falsedad de

Esta noche, caballeros,
dormí con una doncella,
que en los dias de mi vida
yo no ví cosa mas bella,

tambien es cierto que en toda la literatura de la época no se encuentra otro Florencios que incurriera en tan feo vicio.

XXII

Y nótese ¡oh, nótese! que era tal la honestidad de los hombres, que muchas veces las mujeres mismas tenian que declararles su amor.

Dígalo el suceso de Troco el infante, que, andando de tierra en tierra, se halló en la posada de la bella Salmancia, quien al verle «quedó de amores llagada,» y sin poderse contener le dijo:

Eres, mancebo, tan lindo,
de hermosura tan sobrada,
que no sé determinarme
si eres dios ó cosa humana.
Mi señor, si eres casado,
hurto quiero que se haga;
y si casado no eres,
yo seré tuya de gana.

El Troco, como es mancebo,
de vergüenza no hablaba;
ella, cautiva de amores,
de su cuello se abrazaba.
El Troco le decia así,
d'esta manera le hablaba:
—Si no estais, señora, queda,
dejaré vuestra posada.

¿Se puede encontrar tiple de capilla pontificia mas honesto que el infante?

Creo que no.

La sinceridad y lo espontáneo de la declaracion amorosa de Salmancia, prueba que entonces no habia hipócritas repulgos en las damas; que cuando un caballero cristiano les hacia tilin, le decian en plata: esto me pasa.

XXIII

Así D. Quijote de la Mancha, tan gran conocedor de las costumbres de los tiempos caballerescos, apenas siente acercársele la equivocada Maritornes, «se imaginó haber llegado á un famoso »castillo... y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, »la cual, vencida de su gentileza, se habia enamorado de él, y »prometido que aquella noche, á furto de sus padres, vendria á »yacer con él una buena pieza.»

Y esto se hacia con un decoro y un pundonor y una viva fé en la Santísima Trinidad, que encantaba.

XXIV

Porque en esto sí que todos los autores están conformes: alrededor de la idea y los sentimientos religiosos giraban entonces todas las ideas y los sentimientos; y así como para quemar y dar otros tormentos se invocaba siempre algo divino, así no estrañaria yo que los mas criminales amantes, si entonces los hubo, se acariciasen diciendo:

Él.—Te amo con frenesí, bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento.

Ella.—No griteis, que mi esposo puede oiros. ¡Viva la transverberacion de María!

Él.—¡Tu esposo! ¡El que me roba la dicha de poseerte, *Kyrieleyon!* ¿Y no ha de perecer?

Ella.—¡Ingrato, cuando vos sois mi único dueño, mi existencia, y solo vivo en vos *et cum spiritu tuo!*

Y en el arrebato de la pasion, serian muy capaces de entonar

á duo el *Tantum ergo* ó el *Salutaris*, ú otra cosilla eclesiástica, para rendir el debido tributo á las sanas creencias.

¡Vaya si lo serian!

XXV

Y además de ser honestas las doncellas eran tambien discretas al par de enamoradas.

El mismo D. Quijote, al discurrir de camino con Sancho lo que le ha de suceder andando el tiempo, discurre con el cabal conocimiento que de las costumbres tenia, y atempera sus conjeturas á lo que los libros de caballería le habian enseñado.

Y así dice muy cierto de su verdad:

«Venida la noche cenará (el caballero andante) con el rey, »reina é infanta, donde nunca quitará los ojos de ella, mirándola »á furto de los circunstantes, y ella hará lo mesmo, con la mes»ma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta don»cella.»

Y bien pudo asegurarlo el caballero manchego, porque lo eran todas.

Y no solamente lo eran las doncellas, mas tambien las dueñas.

Pruébalo, entre mil ejemplos, la dama del conde aleman, que empieza:

A tan alta va la luna
como el sol á medio dia,
cuando el buen conde aleman
con esa dama dormia.
No lo sabe hombre nascido
de cuantos en córte habia,
sino solo era la infanta,
aquesa infanta su hija.
Así su madre le hablaba,
desta manera decia:
—Cuanto viéredes, infanta,
cuanto viérdes encobridlo:
daros há el conde aleman
un manto de oro fino.

Aquí se ve el recato de la reina, que ni da escándalo ni deja que hombre alguno trasluzca sus amores con el conde.

Aquí se vé además la confianza que hacia de su hija, no ocultándole un secreto que de todos los demás nacidos se escondia.

Véase cómo entonces habia mas estrecha intimidad entre las madres y las hijas. Por esto el Señor las ayudaba en sus tribulaciones, porque todos los sentimientos tenian por fundamento el amor á Dios.

XXVI

Así no recelaban las mas principales señoras de mostrarse tales cuales eran.

Ándase Lanzarote holgando entre las damas, y una del corro le pide que se case con ella, como pudiera pedirle un fósforo ó preguntarle qué hora era.

Y de ese mismo Lanzarote dice el romance ponderando su buena fortuna:

Esa dueña Quintiñona,
esa le escanciaba el vino;
la linda reina Ginebra
se lo acostaba consigo.

Cuya iniciativa de la reina confirma otra vez lo que hemos dicho acerca del bello sexo de los buenos tiempos.

XXVII

Iniciativa que toma tambien la hija del rey, enamorada del conde Alarcos, diciendo con encantadora sencillez á su padre:

Menester será, buen rey,
remediar la vida mia;
dédesme, buen rey, marido,
que mi edad ya lo pedia.

Saber aliar el decoro con la franqueza es una de las grandes dificultades con que tropiezan las personas al pasar de un estado humilde á otro mas alto.

Pero cuando no se habian confundido las clases, ni las generaciones habian naufragado en la vorágine revolucionaria, cada cual sabia producirse honestamente conforme á su categoría social.

La tra dicion nos conserva aquel dicho de doña Lambra, que en una fiesta pública gritó:

Callad, doña Sancha; vos
no debeis ser escuchada,
que siete hijos parísteis,
como puerca encenagada.

Y no hay que decir que pueda caber duda en ello; porque otra narracion sobre el mismo asunto, si bien no repite estas mismas palabras, atribuye á doña Lambra las siguientes:

Calledes vos, doña Sancha,
que teneis por qué callar,
pues parísteis siete hijos,
como puerca en muladar.

Y véase de paso la fidelidad de aquellas antíguas crónicas orales: en el *callad*, en los *siete hijos*, en lo de *puerca* y en lo de *muladar* ó *cenagal* ambos autores están conformes, gracias á que la verdad pura era el norte de todos.

XXVIII

Y cuanto mas nos engolfamos en los siglos pasados, mas puras encontramos las virtudes.

¿Por qué?

Esto pregunto yo, aunque ya sospecho por qué era; solo que hoy no se puede decir sin que se rian los ateos.

Pero cada cual debe tener el valor de sus opiniones; por consiguiente, declaro sin empacho que, por noticias que de viva voz he oido yo mismo en persona, no hace muchos años, á un teniente de cura de Getafe, las buenas costumbres de otros tiempos se sostuvieron porque era respetada la religion.

Habia entonces quien se casaba con la viuda de su padre; pero no tenga usted cuidado, que en el *Fuero Juzgo* tenia su castigo.

Testimonio de la honestidad de la época es aquel venerando código, que en su libro III, título V, castiga á los que ya hemos dicho, y además

A los que se casaban con monjas ó con penitenciales.

A los hombres y mujeres que por pecar dejaban los paños y la cercenadura de órdenes religiosas.

A las viudas que por hacer pecar á hombres disfrazaban su estado.

A los hombres que no distinguian de sexos.

Conque entre la eficacia de las leyes y la piedad, véase cómo no habia de ser aquello un pequeño paraiso.

XXIX

Aquella honestidad de costumbres, y sobre todo, no hay que olvidarlo, aquella religiosidad...

Porque si bien en Oriente el famoso Miguel, sobrellamado el Beodo, se empobrecia por sostener sus vicios, vendia las joyas de la corona y los ornamentos de las iglesias, mataba, mutilaba y perseguia á su madre misma, y llegaba al extremo...

¿Se acuerdan ustedes del extremo á que llegó Miguel?

Vistió de patriarca de la Iglesia á uno de sus bufones, le hizo salir en procesion con varios cortesanos disfrazados de obispos, y profanaba los vasos sagrados, haciendo escarnio é impío remedo del misterio de la Eucaristía; y él, ¡el imperante mismo! iba al frente de la sacrílega comparsa, que cabalgando en asnos fué á perturbar una funcion religiosa que se estaba celebrando de veras.

¡Y esto en el siglo IX! ¡En 860! En aquel tiempo de purísima fé...

Por esto digo que la religiosidad de Occidente nos compensa de las tropelías de Oriente.

Y observen ustedes de paso cómo lo honesto y religioso en aquellos pasados tiempos tan bien se demuestra en verso como en prosa.

XXX

El buen obispo Luitprando fué con una embajada al sucesor del gran Constantino.

Y volvió escandalizado.

«Constantinopla (escribia), rica en otro tiempo, está hoy »hambrienta, es menesterosa, perjura, falsa, rapaz, glotona, »avarienta y vanidosa. Tras un viaje de cincuenta dias, asnean»do, cabalgando, pateando, ayunando, sediento, suspirando, gi»miendo y llorando, llegué á Naupacta.»

Tal era la capital del grande imperio cristiano de Oriente; pero en cámbio el de Occidente presentaba un aspecto bastante consolador para que el obispo occidental conservase el humor alegre y satirizar á sus hermanos en Jesucristo.

XXXI

Por entonces fué cuando ¡oh gloria del cristianismo! el buen Basilio, celoso de la fé, arremetia con los infames renegados y les mandaba quitar á tiritas la piel del cráneo, para que no quedara en ellos ni un ápice de la gracia del bautismo, y cayesen en el infierno al morir.

No era cruel aquel cristiano hasta el punto de repetir este castigo con todos los renegados.

La piedad recobra sus fueros en los corazones verdaderamente consagrados á la doctrina de la Iglesia.

Así que, otras veces á los culpables de haber abandonado el Evangelio los mandaba desollar del todo á mano, y en ocasiones lograba el mismo objeto sumergiéndolos en calderas llenas de pe hirviendo.

Aquello sí que tenia que ver.

Aquel respeto á la religion...

XXXII

En el mismo siglo XI, Focio, que no era clérigo, fué elegido nada menos que patriarca de Oriente, y como cristiano, escribió al Papa de Occidente para entablar aquellas relaciones regulares entre jefes de una religion misma.

El Papa de Roma se enfadó, y le escribió que esto de ser pa-

triarca de golpe, sin haber empezado la carrera, no le parecia bien, y al mismo tiempo le envió unos legados á que se enterasen de aquella cosa.

Fueron los legados allá, y volvieron diciendo al Papa: señor, cada país tiene sus usos; cierto que el patriarca de Constantinopla es lego; pero otros como él ha habido, y patriarcas tuvo aquella Iglesia que ni siquiera habian recibido las aguas del bautismo.

Y se armó con este motivo un grande escándalo que apasionó los ánimos, y el Papa exoneró al patriarca, y el patriarca replicó al Papa que mandase en lo suyo, y se disputó si los búlgaros habian de depender del patriarca lego ó del Papa que poseia todas las condiciones sacerdotales, y en seguida el patriarca decia una fresca, y el Papa replicaba otra...

Pongámoslo en diálogo.

XXXIII

El Patriarca.—¡Tú sí, que consagras el pan sin levadura!

El Papa.—¡Puedes hablar tú, que no respetas el ayuno del sábado!

El Patriarca.—¿Y tú? ¿Y tú, que vuelves á untar á los sacerdotes que llegan á obispos?

El Papa.—Mejor. Por eso tus sacerdotes casados dicen unas misas tan eficaces.

El Patriarca.—A lo menos los mios saben que el Espíritu-Santo procede solo del Padre: *¡A Patre, á Patre!*

El Papa.—*¡A Patre Filioque!* bergante desalmado, y así te alcance á lo menos un rayo de excomunion de los mil que te largo.

El Patriarca (en cuclillas).—¡Aquí le espero, comiendo un huevo!...

XXXIV

Estos delicadísimos puntos de vital interés para la humanidad se discutieron largamente, y el mundo cristiano escuchaba con tanta boca abierta...

¡Muy abierta!

Porque fueron grandes las hambres en aquellos tiempos; pero por lo demás, todo el orbe cristiano tomaba el mas vivo interés en aquella polémica.

¡Y hoy! ¡Hoy la impiedad seria capaz de reirse de tan augusta controversia!

XXXV

A mediados del siglo siguiente (1054) regañaron para siempre la Iglesia romana y la Iglesia de Oriente; cada una se hizo un cristianismo á su gusto, y no volvieron á hablarse sino para asuntos de interés comun.

Pero el cristianismo de Oriente es muy inferior al nuestro. En cada peseta suya no entran quizá tres reales de ortodoxia, por mas que se den tono diciendo que son ellos los únicos ortodoxos.

¡Ellos!

¡Bah! No me quiero sofocar.

XXXVI

Pues sí señor: volviendo á la honestidad, es claro que no acabaríamos nunca si fuéramos á citar todos los hechos sublimes que la comprueban.

Ello se desprende naturalmente de un principio: ¿habia en otro tiempo mas religion?

Sí.

Luego mas honestidad.

Lo demás es andarse por las ramas.

Recuerdo ahora aquello del siglo XI, si no me engaño.

Lo he de tener anotado separadamente en un papel; mas no sé dónde, y diré lo que me queda en la memoria.

Habia en Tours un canónigo que se llamaba Juan.

No se vaya á imaginar un canónigo gordo, grasiento, con papera... no: al contrario, un canoniguito esbelto, lindo... una especie de Nemoroso, que era canónigo.

Cuyo canónigo lindo era favorito del arzobispo.

Dicen que sus costumbres eran licenciosas; pero ¿qué no se ha dicho en contra del sacerdocio?

Dicen que por entonces la señora de Monforte era querida del rey, y que por influjo de esa señora, el canónigo, á pesar de sus malas costumbres (otros dicen que gracias á ellas) fué nombrado obispo de Orleans.

XXXVII

¿Pero pasó sin correctivo este hecho?

No y mil veces no: pues los clérigos de Tours, celosos del esplendor del cristianismo, sacaron unas deliciosas coplas en latin, en que llamaban *Flora la Cortesana* á dicho Juan; es decir, al canónigo, ó digamos al antecesor de Dupanloup, y las cantaron á coro y á grandes voces, y... en fin, que la causa de la honestidad quedó triunfante.

XXXVIII

Entonces, habiendo mas religion, habia mas buen humor que hoy dia.

Lo prueba esto del cantar. Se cantaba mucho.

Abelardo inventó tambien canciones graciosas muchísimos años despues.

Y sin ir mas lejos: San Bernardo, el gran San Bernardo, empezó inventando canciones alegres en latin.

¿Eh? Lo que son los tiempos.

Si San Bernardo hubiese vivido en nuestros dias, con la irreligiosidad que nos extravía, acaso no habria pasado de autor de zarzuelitas bufas; seria hoy un agente de la fortuna de Arderius; pero nació entonces, y no paró hasta santo.

XXXIX

Por esto digo: la honestidad... Porque me parece que el pretexto de este capítulo es la honestidad.

Sí, esto es.

Pues bien: estaba todo el mundo tan seguro de que no podian relajarse las buenas costumbres, que ni justicias ni pueblos se espantaban de que se repitiesen públicamente los cantares titulados:

«*¡Que me crece la barriga!*»

«*Razonamiento por coplas en que se contrahace la germanía y fieros de los rufianes y las mujeres del partido.*»

«*Coplas compuestas á modo de chiste, de un clérigo que tenia amores con una labradora.*»

«*Otros fieros que hizo un rufian en Zamora con una* (aquí las cuatro letras.)»

«*Razonamiento de los rufianes* (uno de los cuales se declara incurso en las penas señaladas en el *Fuero Juzgo*, lib. III, tít. V, párrafos V y VI.»

Todo lo cual se referia primero con sencillez de corazon, y se imprimia despues con las licencias necesarias, cuando se castigaban las palabras y los escritos contra la fé, la Iglesia y la sana moral.

XL

Pero no hablemos de cuando sucedió esto último.

¡Antes, antes!

Cuando la otra infanta, dejándose llevar de los impulsos del corazon, va y dice:

Gerineldo, Gerineldo,
el mi page mas querido,
quisiera hablarte esta noche
en este jardin sombrío.

El pobre criado cree que la infanta se burla; ella le persuade de lo contrario; convéncese el mozo, y entre doce y una de la noche, despues de rezar sus oraciones, se quita el calzado, segun ciertos autores, aunque otros opinan que iba con zapatitos de seda, y sin que nadie le sienta, se introduce en la cámara de la infanta, donde se rinden ambos al cansancio.

Y no digo mas sino que, descubiertos por el rey, la infanta huye con su criado de la casa paterna, recibe el bautismo en Tartaria, se casa con Gerineldo, y pasan vida regalada.

XLI

Y ya que de la honestidad hablamos, seria injuria no recordar á aquella discretísima dama de los mas felices siglos, de quien refieren las historias que al tiempo en que, por supuesto, amaba á Dios de todo corazon, amaba tambien... ¿Tal vez creerá el lector que á un caballero?

No: á tres.

Y hallándose un dia de improviso con los tres á un tiempo, sin duda se encomendaria á algun santo para salir con bien de aquel paso; porque, en efecto, á los tres satisfizo, estrechando la mano del que tenia á un lado, pisando con disimulo el pié al que al otro lado estaba, y giñando el ojo al que tenia enfrente.

Y ninguno se enfadó, y hubo paz entre ellos, y no ocurrió nada de esos escándalos que se ven hoy dia, que yo no sé... no sé á dónde iremos á parar.

XLII

En el bello período en que las córtes de amor declararon aquellos altos principios de que el matrimonio no impedia amar fuera de casa y que el amor no puede ligar á los cónyuges, y condenaba á una dama á que besara todos los dias á su amante, porque con el primer beso habia creado en él una enfermedad que solo por el beso podia curarse, entonces floreció todo lo florecible en materia de honestas prácticas y honestos pensamientos.

XLIII

Ahora se me ocurre acordarme de que César Cantu, al tratar de la época x, que abarca desde Carlo-Magno hasta el orígen de las Cruzadas, epiloga diciendo que en medio de la fermentacion de aquellos siglos «era imposible evitar los disturbios, la inmora-

»lidad, las usurpaciones y los actos vergonzosos;» y al tratar de la época XII escribe lo siguiente:

«No nos dejemos engañar por los panegiristas de lo pasado, »creyendo en la pureza de las costumbres de aquel tiempo.»

Yo quisiera preguntar al cronista del último medio concilio, ¿en dónde ha visto prueba alguna de que las costumbres de aquellos tiempos no fuesen las mejores? ¿Acaso no dicen bastante las citas que hemos hecho en este mismo capítulo, y que el historiador no podia desconocer?

Pero verá el lector en qué pequeñeces se funda Cantu para confirmar su aserto.

XLIV

«Si los castillos *continuaban* siendo la madriguera de la vio»lencia opresiva y descarada, del libertinaje sin freno; si el clero »rendido al fausto y á la disolucion se entregaba á los excesos »que mas repugnan á su carácter, tambien distaban mucho los »municipios de dar ejemplos de moralidad severa.»

»Se contaban á miles las prostitutas, no solo en las ciudades, »sino hasta en los ejércitos de los cruzados, y se llegaba al punto »de hacerlas figurar en las solemnidades públicas.»

Sí, parcial historiador, sí, es cierto; pero deberias haber añadido que en esas solemnidades públicas con ornamento de mujeres públicas, á lo menos se invocaba la Trinidad y el Santísimo Sacramento, y con esta mezcla bien combinada de lo divino y lo humano, se obtenia un saborcillo entre dulce y amargo, que ni empalagaba por lo azucarado de las cosas celestes, ni repugnaba por su puntito de mundano.

¡La religion lo conciliaba todo!

XLV

Cuando César Cantu escribió su *Historia Universal*, se conoce que no tenia otro númen que el de la insuficiente razon humana, siempre sujeta á error y por el error dominada.

Hablando de aquellas edades de sencillez y fé, añade:

«En general se ve mucha grosería en todas las cosas, una ex»tremada licencia en las relaciones con el bello sexo, los desarre»glos, la ausencia del pudor público.»

Pero ¡condenado cronista ecuménico! ¿cuándo se levantaron mas bellas catedrales que entonces; cuándo hubo mas miedo al diablo, mas procesiones y mas dádivas á la Iglesia?

¡Y con esto supone compatible la grosería, la relajacion, la falta de pudor!...

¡Oh, yo he de aprender alguna oracion para rezarla cuando lea atrocidades semejantes!

XLVI

¡Y si á lo menos dijera solamente lo copiado ese indiscreto Cantu!

Pero dice mas: insiste, recarga, persevera enumerando, como si abrigase el infame propósito de oscurecer los bellísimos fulgores religiosos de los mejores siglos.

«De aquí (dice el insensato) nacia entre los poderosos un liber»tinaje desenfrenado, y entre los particulares (y aun entre los sa»cerdotes) la costumbre de llevar consigo á sus bastardos.»

¡Ah historiador sin entrañas! ¡Hasta censuras que los sacerdotes elaborasen por sí mismos los monagos indispensables para el culto!

Ya no puede llevarse á mayor extremo la oposicion sistemática á todo lo sagrado.

XLVII

Un buen sacerdote, despues de bien ordenado, bien comido, bien bebido y bien rezado, ¿debia alejar de sí á sus propios hijos?

Esto quisieran los ateos, para presentar á los ministros del Altísimo como padres sin entrañas; mas no vereis logrado ese triunfo ¡hombres impíos! y los hijos de clérigos, mas gordos y rollizos cada dia, serán vergüenza de vuestra encanijada prole por los siglos de los siglos, porque escrito está que *non prevalebunt*.

XLVIII

Pero ¿qué habia de decir Cantu, jóven, inexperto, lleno de conocimientos mundanos, y sin la menor guia eclesiástica?

En otros autores hay que buscar la verdadera luz que puede guiarnos en medio de las tinieblas históricas, para sorprender á aquellas generaciones entregadas dia y noche á la mas pura honestidad de costumbres.

IL

«Los sacerdotes, dice el obispo Ratiero de Verona, pasan la »vida en las tabernas.»

Este autor debemos dejarlo á un lado.

Debemos dejarlo, porque tambien dice:

«Los sacerdotes solo se diferencian de los mundanos en que se »afeitan la barba.»

Y sin embargo, esto mismo es un gran dato: siempre será preferible el hombre que se afeite al deshonesto que se deje crecer las barbas como los judíos.

L

En el siglo XI, Benedicto VIII, en pleno concilio, echó en cara á los ministros del altar que se arrojaban sobre las mujeres como los caballos sobre las yeguas: *ut equi emissarii, in fœminas insaniunt*; pero es de advertir que lo dijo en latin, de modo que no podia causar escándalo en la plebe, que no le entendia, y además sus espresiones deben tomarse como hipérboles para producir mayor efecto, y creo que sus palabras deberian traducirse poco mas ó menos así: «Me han dicho, y no me atrevo á creerlo, que algun sacerdote, sin duda no del todo tonsurado, casi intentó, en un momento de ofuscacion, echarse sobre, etc.»

Y con esta ligera atenuacion, ¿qué tendria que objetar á la honestidad de los buenos tiempos el mas acérrimo adversario suyo?

Yo la adopto; yo la propagaré como la verdad mas racionalmente eclesiástica y tradicionalista que pueda imaginarse.

LI

Pues sí: en otros autores...

Por ejemplo:

«Todo el pueblo, dice Damiano, conoce los lugares de prosti»tucion que los clérigos frecuentan; todo el pueblo sabe los nom»bres de sus concubinas; ve llevarles los recados y los regalos que »ellos les envian; oye sus carcajadas, y ve á esas mujeres en cinta »de ellos, y oye la gritería de sus chiquillos.»

Pero precisamente porque este autor habla así, no citaré una línea mas de sus opúsculos.

Porque luego el vulgo interpreta en mal sentido las cosas mas inocentes, y pierde el respeto debido al sacerdocio, á la Iglesia y á los siglos de mayor moralidad que se han conocido.

LII

Dunstan, arzobispo de Inglaterra, tuvo un concilio á que convocó á todo el reino, á fines del siglo x.

Allí habló el rey, y dijo:

«De tal modo se entregan los clérigos á todo género de exce»sos y deshonestidades, que sus casas son consideradas como lu»gares de prostitucion y puntos á donde concurre todo lo mas »bajo y relajado.»

Por consiguiente, esta es una de las noticias que no debemos alegar en prueba de las honestas costumbres de la época citada.

LIII

Lo que convence de la honestidad, que es nuestro tema, es ver cómo, huyendo de la depravacion de unos pocos, ya en el siglo xi se casaban los clérigos unos á otros, y á sus mujeres se las llamaba lisa y llanamente las clérigas.

En Roma mismo hubo muchos obispos casados. Fuera de Roma casi todos.

El arzobispo de Ruan, que ciñó la mitra por espacio de cuarenta y ocho años, tuvo una numerosa familia, segun dijo el historiador sagrado Fleury. Casados estuvieron, con mujeres que ellos llamaban legítimas, los obispos de Toul y de Lausana.

Y los monjes siguieron el buen ejemplo de los curas, y vivian con sus mujercitas en los monasterios, despues de celebrar en ellos con toda solemnidad sus cenobíticas bodas, como refiere puntualmente D. Bouquet: *Cœnobitæ publice intra monasterii utebantur conjugibus, nuptiarum solemnia celebrantes...*

LIV

Y ya que viene á cuento, el abad Hugo refiere á este propósito que otro abad, que tenia siete hijas y tres hijos, los dotó á todos con liberalidad paternal, pero con bienes del monasterio.

Hecho que calificaron de comun otros autores.

LV

En el siglo IX se dirigió un escrito al Papa Leon IX que decia:

«Las torpezas que debo revelar son tales y tan enormes, que »me causa vergüenza el llevarlas á oidos del Padre Santo; pero »me fortalezco apelando á aquel valor propio del médico; pues si »el médico retrocede en vista de una llaga asquerosa, ¿quién cu»rará al enfermo?

»¡El vicio contra natura devora como un cáncer á los indivi»duos de la Iglesia!

»Hay confesores que convierten á los penitentes en instru»mentos de su depravacion, y en vez de regenerarles por medio »de la penitencia, por medio del vicio les hacen esclavos del de»monio...»

Pero ahora caigo en que este párrafo pertenece al cardenal

Damiano, y ya he dicho antes que no queria citar nada de este autor.

LVI

Prefiero citar, como ejemplo de veracidad, al obispo de Langres, que en 1049 fué llamado ante un concilio: fué acusado de sodomita, y el pobre ni siquiera se atrevió á negarlo.

Porque entonces no se mentia con ese descaro que se ve hoy en todos los impíos.

LVII

En el siglo III de la Iglesia, San Cipriano reprendia á los obispos por adúlteros, por tener concubinas y por otros vergonzosos excesos.

¡Aquello sí que era amor á la honestidad! Hoy dia (vergüenza causa el confesarlo) ningun santo se ocupa de reprender semejantes vicios.

LVIII

¿Y San Crisóstomo?

San Crisóstomo decia á los cristianos: ¿Cómo quereis que nuestros enemigos crean en la verdad de la religion, si os ven encenagados en sus propios vicios, si sois rapaces, envidiosos y deshonestos?

Decia mas. Por ejemplo:

«La mayor indignidad es el descaro con que los hombres se »entregan con otros hombres á la impureza: ese pecado ha adqui»rido ya fuerza de costumbre, y casi diria de ley. Se comete sin »temor ni vergüenza, y se celebra riendo esa abominacion, como »si fuera una hazaña.

»De tal manera están corrompidas las costumbres, que el que »guarda castidad es tenido por loco, y el que condena la impu»reza, por loco rematado. ¿Por qué no envia Dios una lluvia de »fuego sobre los culpables, como hizo con Sodoma?»

¿Quién se toma hoy ese empeño en favor de la honestidad? Nadie.

LIX

¿Pues y San Gerónimo?

San Gerónimo dice que muchos de sus contemporáneos solo desean ser clérigos para visitar con mas libertad á las mujeres.

Así se lo espetaba á la cara, sin miedo y sin andarse con rodeos.

Y en cuanto á los sacerdotes que vivian en compañía de mujeres á quienes llamaban hermanas, tambien les sacudia lindamente.

«Doloroso es tener que hablar de ello, exclama el santo; pero »la verdad, por triste que sea, debe decirse. ¿Qué peste es esa de »las *mujeres introducidas*? Esposas sin legítimo matrimonio, es»pecie de concubinas, no son mas que cortesanas para uso de un »solo hombre. Con él comparten la casa, la mesa, y á veces el le»cho. Si son hermanas, ¿por qué abandonan á sus hermanos por »la naturaleza, y van á buscar por hermano á un extraño? ¿Para »qué sino para mantener con él relaciones criminales, bajo pre»texto de consuelo espiritual? Mas valdria que esos clérigos fre»cuentasen el trato de las mujeres públicas, que engañar así á »los fieles viviendo con supuestas hermanas y amigas.»

Despues de un San Gerónimo, ¿qué he de decir yo?

Solo humillar la frente y avergonzarme de haber nacido en un siglo como este, en que todo es corrupcion y pecado.

Ya no resuenan las voces de los Efrenes, Crisóstomos, Cipri-anos y Gerónimos; ya el vicio no impera sin freno, y recibiendo un impugnado homenaje en todo el orbe católico.

Aquel pudor, aquella castidad, aquella limpieza de corazon de que nos hablan las historias...

De sus brillantes páginas, al tratar de honestidad, brotan raudales de luz...

¡Anda, salero, que ahora se me apagó la mia!

Pero ¿qué falta hace ya?

¿Están ustedes persuadidos de que cuando florecia la Iglesia todo era honestidad?

¿Sí? Pues les cojo la palabra: estamos de acuerdo. No se hable mas de ello: nada, vamos á otra cosa.

Fin de este capítulo.

LOS CRUZADOS

I

¡Qué rebrillar de espadas y cascos y escudos con poéticos motes; qué de nombres ilustres, crudas batallas, sitios y asaltos, muchedumbres y naciones diversas, estruendo, cantos de victoria, campanas, cabezas cortadas y milagros se ven, se oyen, se imaginan al pensar en los cruzados, aunque solo sea en globo, un momento!...

¡Oh los piadosos ejércitos! ¡Los bravos capitanes! ¡Godofredo! ¡El Santo Sepulcro!

Canto l'arme pietose e il capitano
che il gran sepolcro liberó de Christo;

dice el poeta.

¡Oh armas piadosas, qne segásteis millones de existencias!

¡Oh caballeros los mis caballeros!

II

Únicas guerras justas, las guerras emprendidas con el santo objeto de propagar el Evangelio.

Por una parte el fiero musulman amenazaba invadir á Europa.

Por otra parte, segun dice el cronista de aquella época, Guiberto de Nogent, Dios inspiró la idea de las guerras santas, á fin de abrir á los hombres un nuevo camino de salvacion.

Por otra parte, el Papa Silvestre oye decir á Jerusalem:

«He visto á los profetas, al Cristo y á los apóstoles: aquí pade»ció Dios y aquí resucitó. El profeta dijo que el sepulcro de Cristo »seria glorioso, y hé aquí que los paganos destruyen los santos »lugares. ¡Levántate, pues, ¡oh caballero de Cristo! y pelea por »el que es tu Señor!»

III

Por todos estos motivos y otros muchos, sean los que fueren, los caballeros que se aburrian en sus castillos, los siervos adheridos á la tierra que tenian deseos de ver mundo, los que á cada período de guerra están dispuestos á empuñar las armas, toda Europa, en fin, se hizo cruzar y se fué á la guerra.

Los que en nuestros dias se hacen zuavos ó turcos, migueletes ó voluntarios de la libertad, á razon de seis reales diarios, eran entonces muy numerosos, y mataban mas barato: hasta por amor de Dios.

No habia clase media. Todo lo que hoy es clase media era plebe; pero plebe piadosa, morigerada, de altos sentimientos, poseida de un espíritu de dignidad elevadísimo.

Si los señores les desorejaban, les mutilaban, les quitaban la piel, les ahorcaban y les encetaban los derechos conyugales, no era porque los plebeyos fuesen gente de bajos sentimientos, no; era porque la piedad cristiana y la resignacion á las disposiciones del Altísimo les imponian el deber de vivir padeciendo en la tierra para gozar despues en el cielo de la misma felicidad que aquellos que les cocian en calderas y les despeñaban vivos.

IV

Y toda aquella piadosa muchedumbre, que no tenia casa en qué vivir, empuñó las armas para conquistar el sepulcro de Cristo.

V

No pudieron decir llegué, ví y vencí, como César; pero mejor para ellos, porque antes de llegar les sucedieron tantísimas cosas, que todavía hoy sigue el relato de ellas, sin contar las que no son para contadas.

VI

En cuanto á ver, todos los historiadores convienen en que el resultado de las cruzadas no fué previsto ni visto por los que en ellas tomaron parte; porque Dios se proponia obtener de aquellas guerras algo que no convenia revelar á los que apaleaban por su sepulcro.

Con respecto á vencer ya fué otra cosa.

Venció la resignacion á cada paliza que los infieles descargaron sobre los cristianos.

«¡Conque no es verdad, dijeron al fin, que Dios quiera la »guerra santa!»

«¡Conque por lo que vemos no era cierto que los dias del po»der sarraceno estuviesen contados! ¡Antes parece que Dios mismo »les ha defendido.»

Y hasta Austor de Orlac llegó á decir:

«¡Caramba, tambien hizo mal Dios concediendo tanto poder á »los turcos! Ya que Dios y Santa María quieren que seamos tan in»justamente vencidos, casi con esto nos vienen á decir que deje»mos su ley y adoremos á Mahoma.»

Pero como este no hubo muchos, ni de él hay que hacer caso.

Era un poeta excesivamente sensible, impresionable, y un garrotazo ó una lanzada le conmovian como si fuera una señorita.

VII

No le echemos tampoco á él toda la culpa; pues si cierto es que como él hubo pocos, cierto es tambien que hubo varios.

Otro, tambien trovador como él, dijo:

«Los turcos han jurado convertir en mezquita la iglesia de

»Santa María. Pues bien: si Dios, á quien esas cosas deberian dis-»gustar, lo consiente y no lo impide, no hay mas que encogerse »de hombros. Buena sandez seria irnos á enzarzar con los turcos, »cuando Dios les consiente todo lo que se les antoja.»

VIII

Pero vamos á antes del vencimiento.

¡Qué movimiento el de Europa! La Iglesia, cuya voz resonaba por todo el espacio, cuyo dominio lo abarcaba todo, que hablaba todas las lenguas y encerraba en su seno gente de todas clases, comenzó con solemnidades, sermones, santos concilios, mandamientos, proclamas, estímulos y amenazas, á agitar los corazones.

IX

El señor mal vendia sus tierras á los monjes para recoger dinero con que ir á la guerra á conquistar el paraiso, y de paso quizá un principado ó un reino.

Y llovian bendiciones é indulgencias especiales sobre los señores que mal vendian sus tierras á los monasterios.

Los caminos, antes desiertos, comenzaron á poblarse de entusiastas soldados de la fé.

Por todas partes resonaban los alegres cánticos de ejércitos numerosos de fervientes cristianos, y el número de mujeres que les acompañaba era tan enorme, que los historiadores y cronistas lo tomaron por materia de brillantes escritos.

Aquí el enamorado mozo desligaba á su amada de todo juramento de fidelidad, y partia á lejanas tierras.

Allí la doncella solicitada por la fogosa pasion de un caballero, le inspiraba nuevos alientos diciéndole: vuelve, vencedor de Jerusalem, y obtendrás mi mano.

El amor á Jesucristo y á su santo sepulcro, tantos siglos olvidado, renació como gigante avasallando todos los corazones y sobreponiéndose á todas las ideas.

Los sarracenos, llenos de estúpida admiracion, al ver llegar á los cruzados, les decian:

«¿Pero qué es esto? ¿Cómo invadís por fuerza de armas un »país cuya posesion no nos habia sido disputada? ¿Cómo degollais »á los propietarios del terreno y se lo usurpais?

»Si sois cristianos, ¿cómo no obedeceis lo que está mandado en »vuestros libros santos? ¿No dijo Dios que el hombre fué creado á »imágen suya? ¿No dijo Dios: no matarás?»

¡Estúpidos!

A cada necia pregunta de estas, les respondian los cristianos con un texto teológico ó con un golpe de montante que les rebanaba la cabeza.

X

Y en efecto, los cristianos tenian ya hecho el progreso de instituir la pena de muerte en sus códigos.

¿No habria sido una ridícula inconsecuencia degollarse entre sí y no degollar á los infieles?

Hombre... ¡ni que fuéramos chiquillos!

XI

Mi tocayo el monje Roberto dice cuán bien interpretaron la voluntad de Dios aquellos gloriosos adalides de su causa.

«Los nuestros, dice, segaban las vidas de los enemigos, como »el segador la yerba de los campos. Flechas y espadas se empa»paban en sangre de infieles; pero los francos que las manejaban »no se saciaron nunca de carnicería. Herian los nuestros, morian »aquellos, y aun muertos á veces se mantenian en pié, sostenidos »por la apiñada muchedumbre.»

A los muertos no les daban sepultura; solo se hacia prisioneros á los hombres útiles para la fatiga; las viejas y los niños eran degollados religiosamente en el acto, y los cautivos eran vendidos por esclavos.

Los regocijos de Cristo, que presenciaba todo aquello, debie-

ron de ser muy profundos. A lo menos me parece que hallaria una razonable compensacion á lo que habia padecido en la tierra.

¡Ah, los infieles no habian querido aceptar el Evangelio!

Peor para ellos.

XII

Uno de los mas piadosos episodios de aquella guerra fué el saqueo de Jerusalem.

Allí los cuatro Evangelios alcanzaron un triunfo digno de recordacion eterna.

Raimundo de Agiles, varon piadoso, canónigo de la catedral del Puy, lo refiere con una uncion y una verdad, que al leerlo le parece á uno que efectivamente resbala en sangre de infieles.

«Cuando los nuestros, dice el canónigo, se hubieron apode»rado de baluartes y torres, se vieron cosas admirables.

»De los sarracenos, unos, los que tuvieron mejor suerte, ha»bian perecido, ó recibian muerte breve; otros, despues de largos »padecimientos, eran entregados á las llamas.

»Por las calles y plazas de la ciudad se tropezaba con monto»nes de cabezas, manos y piés.

»Infantes y ginetes iban por todas partes pisando cadáveres; »pero esto es poco, y debo narrar lo que sucedió en el templo de »Salomon, donde los sarracenos tenian costumbre de celebrar las »solemnidades de su culto: aun refiriendo sencillamente la ver»dad, habrá quien no se atreva á darnos crédito. En el templo y »en el pórtico la sangre de los infieles llegaba á las rodillas de »los ginetes y á las bridas de los caballos.»

Prueba evidente del favor especial de la Providencia; y no hay que decir que esta abundancia de sangre sea cosa exagerada, primero porque el dicho canónigo Raimundo, que lo escribió, fué testigo presencial del hecho, y segundo, porque en carta que sobre ello se escribió al Papa, se le decia lo mismo: *In porticu Salomonis et in templo ejus nostri equitabant in sanguine saracenorum usque ad equorum genua.*

Y despues de lavarse un poco los nuestros, fatigados de ma-

tanza, se refocilaban con una confesion y una comunion suficientemente corroborantes para emprender acto contínuo otra santa degollina.

XIII

Raul de Caen... ¿seria liberal?

Quiero decir: ¿seria cristiano?

«¡Valor (exclamaba), valor, divinos furores; ánimo, sagrados »aceros; ánimo, destruccion santa! ¡No haya piedad para nadie! »¡Cae á nuestros golpes, raza depravada; pereced, hombres perver»sos, que derramásteis la sangre inocente, y debeis ahora pagar »con la vuestra! ¡Ya que tantas veces destrozásteis á Cristo en »mil pedazos, recibid ahora el castigo que sobre vosotros hacen »caer los miembros de Cristo!»

Y decia bien; porque así como de un árbol que tiene tres ramas se puede ingertar una sin ingertar las otras, por el mismo consiguiente el Evangelio, la vision de San Juan, las preciosas fachadas de las catedrales, la estrella de los magos, y sobre todo el haber mandado el Papa que se matara cuanto fuese menester, debia haber persuadido á los sarracenos que aquel sepulcro no era suyo.

(Y si no pega, no importa.)

XIV

El piadoso Guillermo, obispo de Tiro, apoya nuestra opinion, ó mas bien dicho: nuestra opinion está conforme con la del piadoso Guillermo, obispo de Tiro, cuando dice:

«Los cruzados no perdonaban á nadie, y así daban cumpli»miento á los justos preceptos de Dios, á fin de que los que con »sus supersticiones habian profanado el santuario del Señor, lo »purificasen con su propia sangre y padeciesen muerte en aquel »lugar mismo, en expiacion de sus crímenes.»

¡Y despues de una matanza venia tan bien una misa!

XV

Algunas veces, sin lavarse las manos ni nada, entraban en el santuario, se persignaban untándose frente, barba y mejillas con sangre de infieles, y se ponian á rezar fervorosamente.

Dicen que era cosa sublime el espectáculo de aquella devocion con que todos alababan al Señor, y poseidos de piadosos sentimientos, unos confesaban sus pecados, otros daban limosnas... ¡Pero limosnas abundantes, porque el saqueo solia ser productivo!

XVI

Un contemporáneo cuenta cómo trescientos turcos se refugiaron en la torre de David y pidieron á Raimundo de Tolosa que les salvase á lo menos la vida.

Raimundo se lo prometió.

Los infieles, que jamás habian querido creer en el Evangelio, dieron crédito á la palabra de aquel simple mortal; pero Dios les castigó, porque los cristianos, desentendiéndose de inoportunas capitulaciones, los degollaron á todos.

Alberto de Aix, hombre de aquel tiempo, dice:

«Las mujeres, hasta las que estaban en cinta, murieron á »hierro y á pedradas. Con el espanto que la vista de la sangre les »causaba, se asian á sus propios matadores, se arrojaban á sus »piés, pidiéndoles la vida por piedad; pero en vano, porque no »hubo perdon ni para las criaturas de teta.»

¡Pero qué sacro jolgorio habria en el cielo á cada zafarrancho de esos!

Ya me estoy figurando á los santos españoles con castañuelas y guitarras, á los santos franceses con mirlitones, á los santos ingleses con sus cornos, tocar bailes nacionales, mientras otros darian zapatetas en el aire celebrando los santísimos progresos religiosos de Asia.

XVII

El abad Guiberto de Nogent refiere escenas de sagrada carnicería como la que acabamos de dar á conocer, y si bien con el imperfecto lenguaje humano, expresa algo de las celestiales alegrías diciendo:

«Pocas veces hemos visto, y jamás hemos leido, una tan »grande degollacion de gentiles. Dios, tomando el desquite, hirió, »en justa correspondencia, á los que con todo género de suplicios »habian atormentado á los peregrinos que por amor del cielo vi»sitaran aquellos lugares.»

¡El desquite de Dios solemnizado en la tierra y en el cielo, no con mojigangas y vasitos de colores, como se festejan los míseros acontecimientos humanos, sino con muertes de preñadas y destrozo de turcos lactantes, es una gloriosa etapa del cristianismo y una de las mas señaladas pruebas de las poderosas creencias religiosas que animaban á los cruzados!

XVIII

Mientras los señores feudales realizaban aquellos prodigios de religiosidad en Asia, la Europa feudal se fué disolviendo poco á poco, sin sentirlo, ordenada y sobre todo indirectamente.

Lejos de sus tierras los propietarios, cada dia otorgaban un nuevo privilegio, hacian una nueva concesion á los siervos.

En el campo de guerra todo eran milagros, por medio de los cuales los guerreros veian claro como la luz que Dios peleaba en su auxilio.

Ya cuando Pedro el Ermitaño comenzó su predicacion al grito de ¡Dios lo quiere! la gente le arrancaba crines á su asno y se las guardaba como reliquias milagrosas, y los primeros cruzados que siguieron á Pedro llevaban por guias una oca y una cabra inspiradas por Dios.

XIX

No ha faltado quien como el cardenal Fleury, en su discurso sobre la historia eclesiástica, escribiese lo siguiente:

«Querian vengar las injurias hechas á Jesucristo; pero la ver»dadera injuria para Él eran las corrompidas costumbres de la »mayor parte de los cruzados, injuria mucho mayor que la pro»fanacion de cosas insensibles, de edificios consagrados á su nom»bre y de lugares que nos recuerdan lo que padeció por nosotros. »Por respetables que sean los santos lugares...»

Pero alto, alto, que el señor cardenal podria arrebatar las bellas ilusiones de la tierna adolescencia que aun admira á aquellos valerosos guerreros de la cruz.

Y si al pueblo le arrebatais las ilusiones religiosas, ¿qué le queda?

¡Oh, no toqueis á las ilusiones del pueblo; conservadlas; son un precioso tesoro, y nos ayudan á conservar el nuestro!

El pueblo que pierde la fé religiosa, cae en todos los precipicios: entra en peligrosas averiguaciones sobre el orígen del derecho; pide que se justifiquen los títulos de propiedad; inquiere cómo es que mientras él trabaja otros huelgan, y las horas que deberia pasar en el templo prometiendo resignacion, las pasa en el club y en la plaza pública protestando de que no quiere resignarse mas tiempo.

No toquemos, pues, á esas consoladoras ilusiones: al contrario, aumentemos en lo posible su encanto, su prestigio, su fascinacion, y repitamos una y mil veces: ¡Oh, aquellos caballeros! ¡Aquella piedad! ¡Aquellos cristianos sentimientos, y pureza de corazon, y despego de las cosas mundanas!

¡Oh tiempos felices y jamás bastante llorados!

XX

Recordemos al pueblo de cuando en cuando que, no solo barones y duques, sino príncipes y reyes, tomaron la cruz.

Tomó la cruz Luis VII.

Acababa de pasarlo todo á sangre y fuego en el condado de Champaña; puso cerco á Vitry; él mismo tomó parte en el asalto de la ciudad, la ganó, la arrasó, y á mas de mil trescientas personas que se habian refugiado en una iglesia las hizo morir envueltas entre las llamas.

Este suceso fué mal visto por algunas personas religiosas, que se lo reprendieron.

Cárlos VII pasmado replicó:

—Pero los cruzados, ¿no queman, talan y saquean?

—Sí, le replicaron; pero lo hacen contra infieles, lo cual es muy diferente.

—¡Ah! ¿De modo que si yo voy á Palestina y me pongo á matar é incendiar como aquí, daré gusto á Nuestro Señor?

—¡Un gusto inefable!

Y apenas lo oyó el rey Cárlos se sintió poseido de tan ardiente piedad religiosa, que se hizo cruzado para continuar haciendo la vida anterior, pero que practicada en otro lugar redundaria en gloria del Altísimo.

Véase cómo la religion no solamente endulzaba entonces los caractéres y levantaba remordimientos en las conciencias culpables, sino que con una simple sustitucion de víctima trocaba en divino holocausto lo que habia sido feroz asesinato.

XXI

¿Por qué se hizo cruzado el trovador Godofredo de Rudel? Porque oyó hablar de la condesa de Trípoli á los viajeros procedentes de Antioquía, se enamoró de ella de oidas, y quiso ir á aquellas tierras para conocerla.

A no ser por aquella guerra, el trovador habria llevado un objeto exclusivamente mundano en su peregrinacion. ¿Y qué gloria podria haber alcanzado el cielo de aquel viaje? Ninguna. Pero haciéndose cruzado el amante, siempre habia la probabilidad de

que si de camino se topase con turco le rebanase la cabeza, y ya era un enemigo menos.

XXII

Y con las ventajas religiosas iban unidas algunas otras ventajas materiales; porque el cruzado no pagaba peajes en parte alguna: el que tenia enemigos, el que cargado de culpas deseaba adquirir (sin dinero) las indulgencias de la Iglesia, tomaba la cruz.

Los dos caballeros que habian asesinado al obispo de Wurtzburgo y despedazado su cadáver, ¿qué penitencia recibieron del Papa?

Ayunar, andar á pié descalzo, hacerse cruzados y pelear cuatro años en Palestina.

El que cortó la lengua á Caithness, obispo escocés, ¿qué penitencia mereció del Papa?

Ayunos, azotes, andar en calzoncillos, y por último, pelear tres años como cruzado.

No se crea por esto que todos ni la mayor parte de aquellos caballeros fuesen pecadores: no, muchos de estos, muchísimos (si muchísimos se puede decir hablando de aquellos siglos), pecaban, es decir, vivian fuera de los ejércitos de la cruz.

XXIII

Pero á lo menos el pecador tenia entonces el recurso de purificarse en aquellas guerras.

Un trovador, puesto en un grande aprieto, exclamaba: Capaz soy de romper la fé jurada; pero en tomando la cruz y partiendo para Siria, obtendré el perdon del cielo.

Y el abad de Ursberga dice que criminales muy feroces exclamaban: «¡Oh dicha! Cometeré cuantas atrocidades quiera; pero en »tomando la cruz, no solo me lavaré de mis pecados, sino que »aun me sobrará para el lavado ajeno.»

¡Esperanza sublime que en estos tiempos de grosero positivismo no puede servir de consuelo á los criminales!

XXIV

El piadoso Pontífice Inocencio III, comprendiendo el anhelo de eterna bienaventuranza que agitaba los ánimos, prometió el perdon de todos los pecados y de todos los crímenes á los que se alistasen bajo la bandera de la cruz.

Por cierto que esto lo hizo despues de otra predicacion recibida con cierta tibieza, pues no habia logrado que se alistaran de cruzados mas que unos chiquillos, los cuales, embarcados en Marsella despues de confesar y comulgar, emprendieron el viaje en nombre de Dios, y fueron vendidos por esclavos á los infieles.

XXV

¡Si yo pudiera narrar con cierto órden, aunque no fuesen mas que los sucesos de la primera cruzada!...

Estoy por intentarlo.

No para decir punto por punto lo que pasó, sino para tomar los sucesos principales y...

Largo cuento seria, sin embargo; porque lo primero tendria que ser...

¿Qué tendria que ser lo primero? Recapacitémoslo.

XXVI

Lo primero de todo fué que el hambre de aquel año (1095) fué extraordinaria.

Es decir, extraordinaria para nuestros tiempos; porque entonces, en materia de hambres, la Europa cristiana solia gozar de lo mas perfecto posible en ese género de incentivos para la oracion.

Y como aquellos siglos eran tan lógicos, habiendo hambres aumentó en justa proporcion el número de los bandidos.

El que no tenia que comer, poseido de fervoroso entusiasmo se juntaba al ejército del primer baron que salia armando gente para la guerra santa, y así á un mismo tiempo tomaba la cruz y el rancho.

Los bandidos á quienes se les perdonaban sus delitos con tal que fueran á pelear por el Santo Sepulcro, acudian en cuadrillas á los ejércitos: los deudores iban tambien, porque desde el momento del enganche dejaban de estar obligados al pago de los intereses; de manera que como de ciertas comarcas de Europa se iban todos los habitantes, hasta los párrocos y obispos tenian que seguir tras ellos, y de este modo los paisanos tenian los sacramentos seguros, y los sacerdotes seguro el cobrar algo.

Y baste decir que hasta los monjes, las monjas y los ermitaños dejaron la estrechez y el silencio de sus retiros, arrastrados por aquel gran vértigo religioso.

Para todos habia pan, vino, indulgencias plenarias y dos esperanzas: la de conquistar el reino de los cielos y la de apoderarse de una provincia del Asia para mandar en ella.

XXVII

Cien mil hombres componian el primer ejército, y animados con las prodigiosas señales del cielo iban poseidos de la certeza de triunfar.

Desgraciadamente, al llegar á las tierras que baña el Danubio, los habitantes recogieron sus víveres y cayeron sobre aquella piadosa muchedumbre, despedazándolos y haciéndoles huir á la desbandada.

XXVIII

El adalid Gottschalk habia reunido por su parte veinte mil cruzados, que con mucho apetito llegaron hasta Hungría, y llenos de esperanza en Dios murieron asesinados por los húngaros, uno de los pueblos mas cristianos hoy dia de la fecha.

XXIX

Otros, mandados por el sacerdote Volkmar, avanzaron por las riberas del Rhin y del Mosela, y como iban á conquistar el sepulcro de Cristo, degollaron de paso á todos los judíos del territorio, que eran muchos y no carecian de bienes mundanales.

Los infames búlgaros y húngaros, acometidos todos los dias por la hueste cristiana, no supieron hacerse cargo de que se les quitaba la vida y la hacienda para amar y servir á Dios en este mundo y verlo y gozarlo en la otra, y revolviéndose contra los invasores les acuchillaron de tal modo, que apenas dejaron á algunos con vida.

¡Tales son los funestos efectos de las falsas religiones!

XXX

Pero, en fin, entre los piadosos descalabrados de esas espediciones y otros cruzados primerizos de Pisa, Génova y Venecia que se les unieron, se llegó á formar otro cuerpo de cien mil hombres, provistos de los mas eficaces sacramentos.

Llegados á la rica Constantinopla, un mal intencionado hizo correr la voz de que meditaban pasar á saco la ciudad, y ¡aquellos santos varones fueron arrojados de allí!

XXXI

Entonces permitió el Omnipotente que sucediera una cosa muy extraña, y fué que, echados de Constantinopla los cien mil presuntos conquistadores del Santo Sepulcro, se establecieran muy cerca de Nicomedia; pero ni comedia ni sainete hubo, porque no habia qué comer.

XXXII

De un momento á otro esperaban que caeria una lluvia de perdices, y las perdices no llovian ni asomaban.

Confiaban en que algun ángel de aquellos que solian hacer milagros llevando víveres á los monasterios, les bajase pan de centeno (que era el que se estilaba entonces) ó vino; pero al fin se cansaron de esperar, y reconociendo el principio de que la necesidad carece de ley, se dedicaron á ejercicios propios de su instituto, y para que al llegar el caso supiesen conquistar el Santo Sepulcro, se ensayaban conquistando la gallina ó la cabra ó el cerdo de los vecinos.

XXXIII

Los vecinos se enojaron, porque eran incapaces de comprender el noble y santo objeto de aquellos guerreros, y sin consideracion á las inmunidades é indulgencias de que estaban revestidos por dentro y por fuera, la emprendieron á palos y cimitarrazos con los futuros salvadores del Santo Sepulcro.

Esto fué lo peor que hubo allí.

La historia dice:

«Aquellos cruzados cometian toda clase de excesos, algunos »capaces de sublevar la naturaleza.»

«Se les veia combatir unos contra otros por avaricia, por celos »de nacion á nacion, y por ódio ciego.»

Pero esto habria sido lo de menos.

XXXIV

A los turcos no les temia el ejército cristiano. Se le habia dado á este la seguridad de que, si aquellos le acometian, bajaria volando del cielo un querubin, ó dos, si menester era, cuyo querubin ó cuyos querubines, con espada ó espadas de fuego, destruirian á todos los turcos mencionados y no mencionados.

Como los turcos, en la ignorancia en que les tiene sumidos su falsa religion, no tenian noticia de aquella divina promesa, se lanzaron ciegos de ira contra los cristianos, haciendo tan inícuo destrozo en ellos, que los pocos que quedaron con vida, huyeron unos deslomados, otros cojeando; y el pobre Pedro el Ermitaño, el que habia dado el grito de ¡Dios lo quiere! se vió desobedecido y despreciado porque en ocasion oportuna no habia hecho sonar truenos ni bajar del cielo siquiera estopas encendidas que amedrentaran á los impíos, ya que los querubines no se habian dejado ver con espadas ni sin ellas.

Y á todo esto el Santo Sepulcro no se dejaba conquistar, y ya bian perecido trescientos mil cruzados.

XXXV

¡Ah, pero entonces tomó la cruz el trescientos mil y uno: Godofredo de Bullon!

Godofredo, en penitencia de haber sido cismático, tomó la cruz. Iban con él, no masas inconscientes, sino ochenta mil cristianos bien confesados y bien comúlgados, y diez mil ginetes idem, que en punto á convicciones teológicas podian dar seis rayas de ventaja al mas firme católico de hoy.

Eran capitanes de la espedicion sus hermanos Eustaquio de Bolonia y Balduino, el conde de Gray, el señor de Montaigut, Cherisy, el de Bourg, el conde de Hainaut, los hermanos de Toul, el príncipe Hugo de Vermandois... ¿qué sé yo?

En fin, lo mas poderoso de todo lo que tenia horca en su castillo, y siervos, y derecho de pernada, y verdugo propio; lo mas florido de la época fué con Godofredo á pelear por el Sepulcro.

Raimundo de Tolosa, por su parte, alzó consigo cien mil hombres.

Y el príncipe de Tarento, que era obispo, dejó el báculo y empuñó la espada, y otro tanto hicieron Ricardo de Salerno y el inolvidable Tancredo.

XXXVI

De aquellos valerosos cruzados dice Ana Comeno que, como no entendian el griego, cuando les rogaban en este idioma que no ofendieran á otros cristianos, contestaban á su interlocutor atravesándole de un flechazo.

Pero esto es natural en todo el que no ha estudiado idiomas, y ha preferido ocupar la mente y el tiempo en la contemplacion de divinos misterios.

XXXVII

Entonces brilló un destello vivísimo del favor del cielo y de la santa eficacia del Evangelio.

El cristiano emperador Comeno negó víveres á los cruzados.

Los cristianos cruzados le talaron las tierras hasta que les proporcionó víveres en abundancia.

El cristiano emperador detuvo en rehenes al conde de Vermandois, hermano del cristiano rey de Francia; pero entonces el cristiano Tancredo se puso á devastar la Tracia, hasta que recobró su libertad el conde.

Como todo pasaba entre buenos cristianos, el Señor no se opuso á nada y les dejó hacer.

XXXVIII

Y en prueba de que les dejó hacer, oigan.

El emperador griego, aunque cristiano, hizo entonces como han hecho despues muchos reyes cristianos con los jesuitas.

Les echó de casa y les hizo ir á parar al otro lado del Bósforo.

Allí, reunidos con restos de anteriores ejércitos, llegaron á formar un total de cien mil ginetes y trescientos mil infantes.

Imagine el lector cuántas hostias se tendrian que fabricar allí por la Páscua Florida, contando con que, siendo la hostia frágil de suyo, se inutilizan muchas.

Pero si los guerreros eran cuatrocientos mil, entre mujeres, niños, viejos, monjes y criados llegaban á seiscientos mil, nada menos.

XXXIX

Entonces fué cuando cien mil cruzados sitiaron á Nicea y pelearon hasta acabar los proyectiles; de tal suerte, que disparaban oraciones contra los infieles, y viendo que ni con lo uno ni con lo otro acababan de vencerles, dispararon tambien contra ellos los huesos de los cruzados; pero de los muertos antes.

Este suceso hace esperar un curioso espectáculo para el dia del juicio.

Y es que como de los que morian al pié de las murallas, algunos huesos eran arrojados como proyectiles dentro de la ciudad, el dia de la resurreccion de la carne parte de aquellos difun-

tos resucitará extramuros y parte en el casco de la poblacion, y será bello el ver medio muerto buscando su otro medio.

Pero esto no es del caso actual, aunque me parece bonito.

Volvamos al tema.

XL

El cristiano emperador Comeno les obligó á levantar el sitio, y obedeciendo los designios de la Providencia echaron á correr devotamente.

Los cristianos que les servian de guias les extraviaron por los caminos, que eran muy buenos para alcanzar la gloria eterna, pero malos para andados; se les murieron las cabalgaduras, el hambre y la sed les acosaron, y los mas nobles señores de Europa tuvieron que andar á pié cargados bajo el peso de todas las piezas de armadura de hierro que podian resistir, y dichoso el que entonces podia cabalgar en asno.

¡Un caballero cruzado en asno! ¡Es decir, no caballero, sino asnero, hablando con propiedad!

El hermano de Godofredo, con cien caballeros, se apoderó entonces de Edesa, y renunció á la gloria de conquistar el Santo Sepulcro.

XLI

Los demás siguieron valientemente su camino.

Pero como entonces los hombres daban poca importancia á las cosas mundanas, aunque tomaban ciudades y tierras, no dejaban en ellas destacamentos ni las fortificaban: hacian algo mejor; ponian su señal de la cruz, se echaban una buena misa entre pecho y espalda, y andando.

XLII

En estas buenas disposiciones espirituales llegaron á Antioquia, y se les ocurrió que tal vez el Señor Dios Omnipotente deseaba que tan hermosa capital fuese consagrada á su mas grato servicio.

Y la sitiaron.

Sobrevino entonces en el campamento una abundancia de ape-

tito y una escasez de víveres tan extraordinaria, que los cristianos dijeron para sí:

¡Hola! ¿Hambre tenemos? Señal de salud. Dios se acuerda de nosotros.

Y en efecto, en breve se vió remediada su necesidad, pues de sesenta mil caballos que traian, solo les quedaron vivos dos mil, de modo que todos los demás pudieron comérselos.

Y es de advertir que el que come caballo con fé y buen apetito, se figura estar comiendo peritas en conserva.

XLIII

Una epidemia, que sin duda iba con sobre equivocado, en vez de ir á parar á la ciudad cayó en el campamento cristiano, y entonces, creyendo los soldados de la cruz que el Señor ya no deseaba verles dueños de Antioquía, se desbandaron en todas direcciones.

Los que quedaron en el país, segun dice Cantu (cuyo texto sigo), eran hombres que habian echado el resto de su religiosidad; porque «se entregaron á las voluptuosidades mas indignas de los »soldados de Cristo, y en la embriaguez y en la orgía desafiaban »los castigos con que sus jefes querian atajarles en el camino del »vicio.»

XLIV

Pero si se entibiaba en aquellos el espíritu cristiano, en otros la fé era de dia en dia mas vehemente, como sucedió con Bohemundo, que mandó ensartar y asar á varios turcos, para darles una muestra de las delicias evangélicas con que amenizaban su existencia los príncipes cristianos.

XLV

Pero como el cielo protegia la empresa, llega á los cruzados una flota con armas y víveres, y recobran algun valor.

Rezan, comen y beben, y se animan para entrar en la reina del Oronto, y entran en efecto.

Iban á entregarse al júbilo; mas como esto no entraba en los cálculos de la Providencia, apenas entran en la ciudad, cuando á á su vez se ven sitiados por el soldan de Mosul con gente de Alepo, Nicea, Damasco, y por veintiocho generales de Persia, Siria y Palestina, con trescientos mil hombres.

El disgusto que experimentaron fué grande; pero ¿qué alegría, qué gozo pueden compararse con el que experimentaron en seguida?

Como siempre hubo hombres que dormidos ven mas que otros despiertos, sucedió que un cristiano vió en sueños á Cristo y recibió de él la promesa de que, si bien muy enojado con los cristianos, por su mala conducta, cederia á los ruegos de su mamá y les daria la victoria, si ellos volvian al sendero de la virtud.

Como los cruzados habian recibido tantas providenciales palizas, quisieron probar si, portándose bien una temporada, merecerian efectivamente del cielo la gracia de ser á su vez los que apaleasen y degollasen, y se entusiasmaron con las mas puras esperanzas al oir la relacion del sueño de su compañero.

XLVI

¡Ah! ¡Pero no lo decia yo todo! Tambien en sueños aquel hombre habia visto al apóstol San Andrés que daba parte á un clérigo de Marsella del sitio en que estaba enterrada la lanza con que habian herido á Cristo.

Mas y mas se encandiló el ejército cristiano. Va al sitio, cava la tierra, y allí encuentra una lanza, es decir, la verdadera lanza, porque ni Cristo ni San Andrés han desmentido nunca que aquella fuese la verdadera y única lanza.

XLVII

¡Ah! ¿Qué entierro de la sardina ni qué himno de Riego producirán jamás el entusiasmo que en los cruzados produjo el encontrar una lanza enterrada?

Cien lanzas que se encontraran hoy á cien piés de profundidad

no causarian el arrebatado frenesí que aquella: prueba indudable de que era la lanza auténtica, sobre todo habiendo soñado antes un hombre el sitio en que estaba enterrada.

¡Que pruebe hoy un impío el soñar cualquier otro *improperio* de la Pasion, y verá cómo no lo encuentra!

¿Por qué?

Porque hoy no dominan sentimientos cristianos.

Digo: claro está que si hoy dia Pio IX soñase que, por ejemplo, en mi casa estaba escondido el cetro de caña del Salvador, en mi casa se encontraria; pero tengo la certeza de que Pio IX se guardaria muy bien de soñar semejante cosa, porque antes ya he procurado soñar yo que no lo soñaria él.

¿Pues qué, somos bobos?

XLVIII

Volviendo al asunto, una vez encontrada la lanza se elevaron de improviso al mas alto grado de entusiasmo los sentimientos cristianos entre los cruzados. Unos prorumpieron en aplausos, otros en gritos, otros en lágrimas; corren en seguida á rezar, á confesarse; se ordenan en doce cuerpos de ejército, vuelan enardecidos al enemigo, y lo despedazan con sujecion á los mas puros principios decalológicos.

IL

La ayuda de Jesús era evidente, porque donde quiera que un cruzado sacudia un golpe encomendándose al Dios de eterna vida, allí caia un musulman condenado á eterna muerte.

L

Inmediatamente se habrian encaminado á Jerusalem; pero Dios, al enviarles entusiasmo, no les habia enviado garbanzos ni otra cosa alguna de las que sirven para sustentar el miserable cuerpo, y como la conquista del Santo Sepulcro no podia intentarse en ayunas, la dejaron para despues de comer.

LI

Pero como las provisiones escaseaban, cosa que ya el cielo tenia ordenado que sucediese desde antes del pecado original, resultó, conforme esto con las reglas de la imperfecta lógica humana, que no bastando los víveres para todos, cuando habia cien cristianos bien comidos, ya les tocaba á los demás volver á tener hambre, hasta que el cielo dispuso que el hambre se repartiera por igual entre sus predilectos hijos; y en efecto, alcanzó á todos, de modo que á lo último llegaron á comer carne de perro y carne de turco, la cual dicen que era desabrida, sin duda porque, no estando los turcos bautizados, les falta á sus carnes la sal de la gracia ¡ole! que deberian haber adquirido con el bautismo.

LII

Entre tanto el príncipe Bohemundo, instrumento sin duda de la Providencia, intentó disuadir á los cruzados de su glorioso intento; mas no vió logrados sus infames y providenciales propósitos.

Lo único que consiguió fué que, pasado el entusiasmo de aquellos, unos se fuesen por un lado y otros por otro.

Hacia entonces un frio muy anticristiano.

LIII

Pero vino la primavera gentil, y en la sangre y el fervor de la piedad se notó movimiento.

Tancredo, Raimundo de Tolosa y Roberto de Normandía se adelantaron hácia Jerusalem con sus tropas.

De paso, para probar sus fuerzas, se arrojaban furiosos sobre todas las poblaciones del tránsito.

Es de advertir que cada cristiano aspiraba á la honra de conquistar una ciudad, un reino, un imperio, todo lo posible, para dedicárselo al verdadero Dios; y como el primero que plantaba la bandera de la cruz en terreno enemigo era dueño de lo conquis-

tado, no hay que decir si la religion les inspiraria esfuerzos sobrehumanos.

LIV

Esta resolucion de dar lo conquistado al primero que lo santificase con el estandarte de la cruz, se tomó despues de algunas animadas conferencias.

Porque antes, como ninguno de ellos queria que su compañero se degradase con la posesion de dominios terrenales, cada cual queria hacer el sacrificio de quedarse para sí los pueblos vencidos; pero se inspiraron en los preceptos evangélicos, y dijeron: nada, nada; el que se lo gane que se lo quede.

LV

En fin, caminaron, y antes de emprender la obra definitiva se contaron.

En aquel largo tiempo, desde principios de la primavera hasta junio, solo habian muerto doscientas mil personas de aquel ejército.

Señal visible de la misericordia del cielo.

LVI

Es de advertir que otros, despues de recoger su botincito en las ciudades conquistadas, se habian vuelto atrás, corriendo á su tierra á gastar el dinero en misas.

Otros, con la parte que les habia tocado, se dirigieron á ciudades pacíficas á poner tiendas de aceite y vinagre y casas de préstamos, para hacer la competencia á los pícaros judíos, que todo lo querian ganar ellos.

LVII

El resultado fué que de tanta gente solo cincuenta mil hombres marcharon contra Jerusalem.

Descubriéronla el 10 de junio de 1099, y cayeron de rodillas.

Besaron la tierra, volvieron á llorar, á gritar, á cantar, y pusieron sitio á la ciudad.

Se encontraron con escasez de agua, y dijeron: esto es que el cielo quiere ayudarnos.

Fué apresada é incendiada la escuadra que les llevaba víveres, y redijeron: Dios se acuerda de nosotros.

Hicieron sus trincheras, hicieron una procesion, acometieron, y por fin el 15 de julio de aquel año, en dia de viernes, y á la misma hora en que habia muerto Jesús, tomaron la plaza, y allí, poseidos de santo celo y cantando canciones piadosas, destrozaron, degollaron y se bañaron hasta las rodillas en sangre musulmana, como ya hemos dicho al principio de este capítulo.

Allí encontraron de todo: infieles que matar, agua que beber, buenos alimentos y riquezas...

Solamente en la mezquita de Omar halló Tancredo, entre otros inmensos tesoros, veinte candeleros de oro, ciento veinte de plata, y magníficas alhajas y ornamentos.

Todo lo cual fué á parar á las iglesias del Dios misericordioso, á beneficio del cual se habia hecho aquella degollacion extraordinaria.

LVIII

En todo se veian prodigiosas señales de la santidad de aquella causa.

En cuatro años habian tomado la cruz seis millones de hombres.

«De ellos, dice Cantu, apenas quedaron trescientos caballeros »con Godofredo, y algunos en Trípoli con Raimundo, en Edesa »con Balduino, y en Antioquía con Bohemundo: unos diez mil »volvieron á Europa. ¿Qué habia sido de los demás? Sus huesos »cubrian los caminos que desde todos los puntos de Europa con»ducen á Jerusalem.»

LIX

Pero aquel triunfo despertó nuevo valor en los que hasta entonces habian permanecido apáticos.

Mas de doscientos mil cruzados «renovaron bajo los muros de »Constantinopla las atrocidades de los primeros,» dice un autor.

Sea de ello lo que quiera, el espíritu cristiano inspiró tales actos á aquellos guerreros, que para librarse de ellos los infieles llegaron al extremo de soltar los leones del gran señor, los cuales se hartaron de carne cristiana, así como antes los nuestros se hartaron de carne turca; compensacion propia de aquellos tiempos, en que todo se dejaba encomendado á la mano de la Providencia, igualmente amorosa para con todos sus hijos.

LX

Y entonces se averiguó algo superior á las fatales invenciones modernas, y fué lo siguiente:

El impío Kilisc-Arslan se arrojó sobre los cristianos, sin darles punto de reposo: por este medio se averiguó que la voluntad de Dios no era que los de la cruz permanecieran en aquel sitio, y apenas se convencieron de ello se fueron alejando.

Pero antes de toda batalla Raimundo de Tolosa mandaba pasear ante su ejército la desenterrada lanza, y el arzobispo de Milan bendecia á los suyos haciéndoles la señal de la cruz con un brazo milagroso de San Ambrosio.

Y Dios, para demostrar que donde él manda no hay lanzas, ni brazos, ni arzobispos que valgan, consintió que los cruzados aquellos sufriesen una, dos, tres y cuatro derrotas que les dejaron tan plenamente convencidos de la omnipotencia divina, que saltando barrancos y cayendo y levantando, pero alejándose siempre, iban clamando: ¡Dios no quiere, Dios no quiere!

LXI

Y todo esto y algo mas hubo en la primera cruzada, que si bien parece que debió ser la única, fué seguida de otras muchas.

Es imposible que las narremos todas; pero...

Pero ¿quién resiste á contar de ellas ciertas cosas?

Ya que no podamos dar una relacion tan grandiosa que pueda

llamarse digna del suceso, mostremos á lo menos nuestra buena voluntad con alguna prueba.

LXII

¿Hablaremos del dolor que experimentó la cristiandad entera cuando Dios consintió que Saladino se le apoderase de la ciudad santa, incluso el Sepulcro?

Felipe Augusto, Ricardo Corazon de Leon y otros reyes toman la cruz y vuelan al combate con nuevos ejércitos, y Dios no se mueve ni por esas.

Acuden á reforzar á las primeras cohortes otras nuevas, y Dios ni por esas.

Llora el Papa, lloran los cronistas, lloran los trovadores, y en medio de aquel torrente de lágrimas, navega viento en popa la nave musulmana.

«¿Dónde está vuestro Dios que no os ayuda? Ya hemos profa-»nado vuestro santuario: hemos destrozado franceses, alemanes, »ingleses, españoles... ¿qué espera vuestro Dios para protegeros?»

Esas bravatas y esos impíos razonamientos desalentaron por de pronto á los cristianos libres; pero el Papa Inocencio les hizo recobrar la fé y el valor, demostrándoles con el Apocalipsis en latin, que el Santo Sepulcro seria recobrado.

No lo fué, porque sin duda las profecías tendrian algun pasaje oscuro; pero ¿quién les quita á los que las creyeron el haber muerto matando turcos, con la consoladora esperanza de vencer?

Así como así, una vez muertos, ninguno de ellos sabia que se hubiese equivocado.

LXIII

Y no importaba que murieran unos pocos: el espíritu religioso se desarrollaba al mismo tiempo en los que sobrevivian; el espíritu de religion lo dominaba todo, lo impulsaba todo, por mas que Montesquieu diga que «en Europa abundaban los hombres »apasionados por la guerra, que tenian que purgar muchos crí-

»menes y á quienes les proponian una expiacion en armonía con »sus pasiones, y así todos tomaban la cruz.»

LXIV

Los impíos pretenden sacar gran partido del hecho, verdaderamente cierto, de que en toda la Edad media los católicos fracasaron por completo en Oriente, pues ni aseguraron la dominacion del mas breve pedazo de terreno, ni arrancaron su alma al mahometismo; pero confiesan que aquellas santas guerras facilitaron las relaciones entre el Pontificado de Roma y el lejano Oriente, como si no fuera nada este suceso.

Dejemos, empero, este punto, y todos los que no excitan el entusiasmo.

Vamos á lo que eleva el ánimo, á lo que patentiza los sublimes esfuerzos de los héroes de la cruz en favor del cristianismo.

¿Se siente el lector en disposiciones de ánimo propicias para las sensaciones que, desprendiéndose de las miserias de lo actual y lo terreno, lanzan al creyente á las regiones del escalofrio y la piel de gallina?

¿Sí? Pues yo tambien. Preparémonos á todo género de estremecimientos piadosos.

¡A la una, á las dos!...

LXV

Pero antes convengamos en prescindir de ciertos pormenores.

Por ejemplo: los franceses, así el rey como los barones, se mostraron ingratos y rebeldes con el Pontífice; y despues que por las excitaciones de este se habian reunido los ejércitos, en vez de volar á la conquista del Santo Sepulcro, se fueron á emprender la conquista de un reino cristiano, con abominable menosprecio de las prohibiciones que la Santa Sede les imponia.

En esa conquista los franceses ganaban batallas y mas batallas.

El Papa Inocencio cavilaba dia y noche, diciendo para sí:

Pero señor, ¿cómo es posible que esos cruzados, tan desobedientes al vicario de Dios, obtengan el favor de Dios para alcanzar esos triunfos?

Y murió sin averiguar el motivo de esa aparente contradiccion en los hechos providenciales.

LXVI

Digo, pues, que de esos pormenores que podrian propagar entre los indoctos la especie de que en los tiempos mas gloriosos para el cristianismo hubo reyes católicos y católicos señores que menospreciaron la autoridad del jefe del catolicismo y sacaron partido de ello, es mejor no hablar una palabra, porque es cosa que desmoraliza á las masas, y si á las masas les arrebatais esas preciosas creencias, ¿qué les queda?

LXVII

Inocencio murió sin ver recobrado el sepulcro de Cristo; pero lo que es la fé en el rescate de los santos lugares no le abandonó un momento.

Los turcos morian tambien creyendo firmemente que el Sepulcro no seria conquistado por los cristianos, y así la Providencia galardonó la fé de unos y otros: á los católicos con la esperanza del reino de los cielos, y á los turcos con la posesion del reino de Jerusalem.

LXVIII

Saladino, que era un hombre de bien, pero como creyente una de las almas con mas justicia destinadas á las llamas eternas del infierno, se apoderó de la ciudad santa, y los suyos no volvieron á soltarla.

El Papa decia á aquellos condenados: ¿No somos todos hijos de Dios? ¿Pues por qué hemos de vivir en perpétua guerra? Hagamos una tregua perpétua. Dadnos á Jerusalem, que de poco os sirve, y en cámbio sirve de pretexto para que esteis en guerra

contínua con Europa, y mas vale que nos la deis de buen grado, como garantía de paz, que exponeros á que os sea arrebatada en guerra.

LXIX

Pero como los turcos habian oido decir que los Papas predicaban que las profecías cristianas aseguraban el imperio de Jerusalem á los cristianos, despreciaron tan razonado lenguaje y respondieron: Nada: ¿no decís que vuestra religion os promete que Jerusalem será vuestra? Pues venid á tomarla, y si se realiza la profecía, todos nos hacemos católicos.

¿Pero cree el lector que habrian cumplido su palabra y aceptado de corazon el catolicismo? ¡Quiá! Lo mismo que yo.

¡Ya les conocia el Papa, ya!

LXX

Volviendo, que ya era tiempo, al asunto, mientras la Europa cristiana proseguia en su noble tarea de ir reconquistando el Santo Sepulcro, hubo ciertas diferencias entre los cristianos.

Algunos historiadores, poco celosos de la gloria del cristianismo, suponen que todos los griegos se pusieron en pugna con la Iglesia latina: yo no me atrevo á asentar absolutamente estas verdades meramente terrenales; prefiero decir que fueron cuatro descamisados, una docena de rojos, en fin, la demagogia, la hez de Grecia, quien dió lugar á aquellos disturbios.

Odon de Deuil, á quien encuentro ahora mismo citado en un autor moderno, dice que los griegos, obrando sacrílegamente, excitaron la saña de los latinos, y que estos no miraban ya á los griegos como cristianos, ni tenian reparo alguno en matar á cuantos podian.

Y añade el autor que Balduino, primer emperador de Constantinopla, escribia por su parte á Inocencio III que los cristianos griegos trataban de perros á los cristianos latinos, y tenian á gala el derramar su sangre.

Lo cual prueba de paso que entonces la Providencia inspiraba

á griegos y latinos unos mismos sentimientos de fraternidad, sin ser parcial en favor de unos ni de otros, ya que ambos peleaban con igual celo por su gloria.

¡Ah! Y un patriarca griego predicó en el templo de Santa Sofía, en presencia de los embajadores de Federico, que si un griego hubiese dado muerte á diez griegos, alcanzaria la salvacion del alma matando á cien cruzados.

Lo cual prueba tambien cuánto se ocupaba entonces el verdadero cristiano de la salvacion del alma.

LXXI

Aquella promesa de salvacion eterna produjo su efecto.

¿Qué no intentaria un verdadero cristiano, aunque estuviese cargado de crímenes, por la certeza de ir al cielo despues de muerto, y tratarse con los mas eminentes resucitados?

El ánsia de salvacion excitó á toda Grecia, y ya nadie pensó mas que en matar latinos; y así en 1182 los griegos solemnizaron el advenimiento de su emperador Andrónico al trono matando á cuantos latinos hallaron al paso, inclusos viejos, mujeres, enfermos y chiquillos.

Los griegos, siempre ingeniosos, amenizaron aquella degollina con mil floreos. Quiero decir que no se limitaron á matar á la pata la llana, sino que hubieron de idear mil cosas que diesen á conocer los fervientes deseos que de salvar sus almas tenian.

Vióse correr por las calles de Constantinopla una perra que, á modo de maza, iba arrastrando la cabeza del legado pontificio que llevaba atada al rabo. Los cadáveres de muchos latinos fueron arrancados á sus sepulturas y arrastrados tambien por las calles; las casas de los cristianos latinos fueron incendiadas, y á la cabeza de los autores de tan santo desagravio iban como directores, ó séase oficiantes, varios clérigos y monjes.

Lo cual prueba (repito) cuán cierto es que en aquellos tiempos todos los pechos cristianos respiraban unos mismos sentimientos, pues mientras allí no pensaban mas que en degollar é incen-

diar por amor de Dios, aquí sucedia exactamente lo mismo y se hacia idénticamente con los judíos.

LXXII

Y si los griegos lo habian hecho bien, no lo hicieron peor los otros al llegarles la hora del desquite; pues los que escaparon con vida del sagrado holocausto mataron á los clérigos y monjes del bando opuesto, y quemaron las iglesias y los monasterios de los griegos.

De modo que á la Divinidad no le pudo caber la menor duda acerca del ánsia universal de los mortales bautizados por ganar el cielo.

LXXIII

Mientras los cristianos buscaban la vida eterna quitándose unos á otros la vida temporal, el sepulcro de Cristo, quieto que quieto, quedaba sin conquistar.

Algunos autores dicen que la codicia de las riquezas de Constantinopla hicieron olvidar á los cruzados el principal objeto de su instituto.

Apartemos los ojos de esos autores que no piensan mas que en dar disgustos á las pobres viejas.

LXXIV

Lo que no tiene duda es que como las cosas humanas son tan imperfectas, á causa de la imperfeccion misma de los hombres, y como el espíritu del mal es infatigable para trabajar en nuestra perdicion, aquellas guerras dieron á conocer á los sóbrios cristianos de Occidente las riquezas y pompas del lujo oriental: es mas, se las hicieron desear de paso que iban para el cielo, y dieron ocasion á que el comercio se aprovechase de sus deseos, poniéndoles ante los ojos las ricas producciones del arte y la industria de aquellas apartadas regiones.

De modo que donde quiera que se detenian los presuntos conquistadores del Santo Sepulcro, allá iba á parar la gente que vive

de comprar y vender cosas, y el espíritu mercantil, tan funesto á la religion, adquirió cierto vuelo, bien á pesar de los pontífices y los sacerdotes incitadores de aquella piadosa guerra.

LXXV

Igualmente pudo observarse que los señores, separados enteramente de sus vasallos antes de la guerra, y dominando á centenares de estos, se encontraron en notable minoría en las cruzadas.

LXXVI

Como para cada señor habia millares de plebeyos; como la disciplina de aquellos ejércitos dejaba mucho que desear en el concepto mundano; como el peligro y las necesidades en la guerra son á veces comunes al que manda y al que obedece; como en algunas ocasiones el mas altivo señor tenia que descender á las tareas mas rudas y groseras, como por ejemplo, abrir zanjas, desaguarlas, llevar y traer tierra y otros menesteres no menos groseros y prosáicos, se difundió por los campamentos algo de igualitario y democrático; se echaron algo en olvido el derecho y las costumbres feudales, y ¡doloroso es decirlo! impregnándose la sociedad cristiana de mercantilismo y democrácia, comenzaron á padecer detrimento los santos principios antíguos, sin que sea nuestro ánimo echar la mas mínima parte de culpa en tan funesta desgracia al pontificado ni al sacerdocio, ni á los caballeros cristianos, que, lo repetimos, al emprender la guerra no se propusieron nada semejante, sino todo lo contrario.

LXXVII

Los siervos de aquellas guerras ya no eran siervos...

Veian nuevas tierras, nuevas costumbres; vivian de otra vida: ya no era el mundo como habia sido para ellos hasta entonces; ya no terminaba en los límites jurisdiccionales de su señor respectivo; ya con la idea de religion y servidumbre se asociaban otras ideas: los mas rudos comenzaron á pensar algo, y

sabido es cuán funesta es la manía de pensar; y aun no falta quien asegure que las ciudades mercantiles de Italia tomaron parte en las cruzadas mas bien por comerciar con los infieles que por rescatar el Sepulcro: exageracion horrible que no podemos admitir en modo alguno.

¡Comerciar adrede!

¡No! En aquel tiempo eran incapaces de semejante grosería los que habiendo recibido el bautismo solo aspiraban á lucros celestiales.

LXXVIII

Pero sea de ello lo que quiera, lo cierto es que cuando menos en el fondo todo era valor, abnegacion y religiosidad.

Los españoles de hoy creen ser los inventores de los pronunciamientos.

Y no saben, ó mas bien fingen ignorar, que ya antes del sitio de Nicea hubo tambien sus pronunciamientos en el campamento de los cruzados.

Los de infantería se rebelaron contra los jefes del ejército, y nombraron general á un plebeyo que se llamaba Burel, y aun trataron de hacer una degollina general de caballeros.

Estos, como mas ilustrados, fueron prudentes, desoyeron las provocaciones de la plebe, y permanecieron retirados hasta que volvió á dominar la calma en los ánimos.

LXXIX

Y despues del sitio hubo grande irritacion entre aquella tropa, porque creyó que el reparto del botin se habia hecho con parcialidad y en perjuicio suyo.

Aquellos cristianos no podian sufrir que se mancillara la causa del Señor con una injusta reparticion del producto del saqueo, y solo se aplacaron cuando se les dieron seguridades y se invocó ante ellos el sagrado objeto de la empresa en que iban todos interesados.

LXXX

Ahora estaba pensando yo en aquellos siervos que, habiendo vivido en pueblos distantes media hora ó una hora uno de otro, no se habian conocido ni visto siquiera, y al encontrarse en remotos paises comenzaron á decirse:

—Yo soy de tal señorío.

—¡Hombre! Y es verdad que hablamos la misma lengua vos y yo. Pues yo soy de un señorío limítrofe.

—¡Sí! ¿Y se ahorca mucho en vuestra tierra?

—No: una vez por semana. ¿Y qué soldados tiene vuestro señor? ¿Son muy malos?

—Pegan, insultan y roban.

—Como los del nuestro. Y decidme: ¿no podríamos convenirnos al volver á nuestra tierra, y entre los hombres del señorío á que vos perteneceis y los de aquel á que yo pertenezco, formar una liga, y así como aquí servimos para matar turcos, que ningun daño nos han hecho, serviríamos allí para acabar con los que nos tienen tiranizados?

—Me parece bien. Esto es cosa para tratada mas despacio. Ahora tenemos que hacer...

—Pues hasta mañana.

Indudablemente ese género de conversaciones criminales contra la autoridad legítimamente constituida debieron abundar entre la plebe del campamento cruzado, porque, como creemos haber dicho ya, á la vuelta de aquellas guerras desapareció el feudalismo: durante aquellas guerras, y en ausencia de los señores, ya se iba desfeudalizando Europa, y apenas comenzaron las guerras cuando algunos señores, anticipando el parche á la herida, ya declaraban á sus siervos libres de *toda rapiña*, y los siervos agradecidos prometian por su parte auxiliar al señor.

LXXXI

El objeto de las guerras santas, es decir, la libertad del sepulcro de Cristo no se consiguió: debemos esta confesion á la verdad y á los impíos; pero en cámbio, «al comenzar las cruzadas, dice »un autor, cada señor en su señorío se figuraba que él era el cen»tro del mundo; el siervo no conocia mas que su gleba y su »iglesia: al concluir las cruzadas existen ya naciones, y además »existe al mismo tiempo el sentimiento de una unidad mas ex»tensa. Es la aurora de una nueva era: la era de las naciones »ligadas por el lazo de la humanidad.»

LXXXII

Pero, ó mucho me engaño, ó estoy fuera de mi tema, que debe consistir, no en hacerse cargo de las cruzadas, sino en tratar de cosas pertenecientes á los cruzados.

Hablemos, pues, de los cruzados.

La fé religiosa que les animaba y daba aliento...

Es decir, no siempre; porque ¡imposible parece! un cruzado, despues de una gran paliza administrada por los infieles á los que peleaban por el verdadero Dios, decia, ó mas bien dicho, exclamaba:

«¿No nos habia prometido el clero que vendrian los querubi»nes á hacernos ganar la batalla? Pues ¡maldito sea el clero! ¡Y »malditos sean los turcos que nos han detenido en esta pícara »tierra! Aunque bien mirado, si Cristo les da el poder de vencer»nos, ¿la culpa no es de Cristo? Ya de hoy mas no debemos creer »en Él, sino en Mahoma, ya que Cristo y la Vírgen quieren que »contra toda ley seamos vencidos.»

Esto decia un cruzado, y lo cito solo para abatir el orgullo del hombre; para que vean los soberbios que aun entre aquellos ejércitos penetrados de fé religiosa hubo hombres débiles y locos.

LXXXIII

Y no es, en efecto, sino rasgo de locura el canto del trovador templario, que dice:

«El dolor y la rabia dominan en mi alma, y si no acaban con»migo no les faltará mucho.

»Nos caemos agobiados bajo el peso de esa cruz que habíamos »tomado en honra de Aquel que murió clavado en ella, y ya no »hay cruz ni fé que valgan contra esos condenados turcos, sino »que antes parece, y á la vista está, que Dios les conserva para »daño nuestro... Pues mal haya quien se meta con ellos, ya que »Jesús se lo consiente todo... Antes Dios velaba por nosotros; pero »lo que es hoy Dios duerme, y quien hace alarde de su poder es »Mahoma.»

Convengamos en que la muerte de San Luis podia ser causa de que un cristiano se volviera loco; pero esto de permitir que la locura tomase el carácter que acabamos de dar á conocer, constituye un verdadero abuso del libre albedrío.

LXXXIV

No eran, empero, comunes las muertes de reyes; en primer lugar, porque en la primera cruzada ni un solo rey hubo, y en segundo lugar, porque por disposicion del cielo se observa en todos los paises que, así en paz como en guerra, por cada rey que muere, mueren muchísimos pelafustanes.

Ni tampoco eran comunes las derrotas de los cruzados ni las sublevaciones de campamentos.

LXXXV

Mas digo, aunque lo digo porque se me ocurre ahora.

No fué toda la culpa de los cruzados si en Europa se fundaron los demagógicos municipios.

La idea municipal existia antes de las cruzadas. Cierto que

tomó cuerpo, prevaliéndose de las necesidades de los señores y de su ausencia.

Pero tambien digo que los señores no debian abandonar la santa empresa y volverse á Europa con el solo objeto de atajar el vuelo de aquella relativa demagógia, pues no estaba bien que por lo mundano abandonasen lo divino.

Y válgales esta consideracion á los bullangueros; que si los señores feudales no se van á la gran conquista, ni entonces ni nunca se habrian formado los municipios desaprobados por los mas inspirados y doctos órganos de la Iglesia.

Solo que... hoy por una casualidad, mañana por otra, el mundo va de uno en otro despeñadero, apartándose de la fé y cayendo en esos sucesivos abismos que los impíos llamamos sacrílegamente progresos.

LXXXVI

¡Ah! Mientras los ejércitos cristianos perecian degollados en Asia, los siervos en Europa, en vez de llorar por sus señores, se ligaban en anárquicas asociaciones, bailaban y comian, sin acordarse de que el Sepulcro era presa de los infieles.

LXXXVII

Pero no demos pábulo á nuestra melancolía. Recordemos solo aquella fé, aquella piedad, aquellas glorias, aquella compostura y aquel fondo de ascetismo...

Aunque, no se crea: algunos iban alegres. Llevaban consigo sus perros de caza, sus gavilanes y halcones, ¡vaya!

El Papa Eugenio prohibió ese género de compañías: por cierto que Felipe Augusto, que sin duda no oyó la órden, se hacia admirar por los preciosos halcones que á todas partes con él iban.

Y otros llevaban su bufon correspondiente. Por mas señas que el de Eduardo I dormia bajo la misma tienda de su señor, y en cierta ocasion en que Eduardo corrió peligro de ser asesinado, Dios no le envió ningun aviso, pero permitió que el bufon le salvara la vida.

LXXXVIII

Esto de dormir el bufon en la misma tienda del señor huele un poco á confusion de clases, peligro funestísimo que no debe arrostrarse sino cuando corren grave riesgo los intereses de las altas gerarquías; pero véase cómo en aquella circunstancia tuvo su feliz resultado, pues si el bufon hubiese dormido lejos, el señor habria perecido.

Lo cual prueba el favor especial que la Providencia dispensaba á los ejércitos de la cruz.

LXXXIX

Por lo mismo, aun cuando el Evangelio habia abolido la esclavitud, Dios permitió á sus guerreros que en la Tierra Santa tuviesen esclavos é hiciesen público tráfico de ellos, y la Iglesia, siempre intérprete fiel de los designios de lo alto, no impuso la menor prohibicion en aquella materia.

Por otra parte, el objeto de la guerra era conquistar el sepulcro de Cristo, y no ir á hacerse el garboso, dejando á los infieles una libertad de que apenas era digna la muchedumbre cristiana.

XC

Dice un autor que millares de cruzados hallaban en Palestina el martirio, pero no la victoria.

¿Pero qué mayor victoria que morir por la fé los que murieron, y obtener los otros principados, reinos, imperios y su parte correspondiente de esclavos y de fruto de los saqueos hasta los mas pobres?

¿Qué se obtiene hoy de un saqueo? Pequeñeces y miserias: en las guerras religiosas, por el contrario, la riqueza de los caudales y las joyas revelaban siempre la intervencion divina.

XCI

Y la intervencion divina, si bien ni por medios naturales ni por los milagrosos dió el sepulcro de Cristo á aquellos ejércitos,

se manifestó con verdaderos prodigios en mil ocasiones, como se vé, sin ir mas lejos, en nuestro romance que comienza

Malas mañas habeis, tio,

cuyo protagonista, cubierto de heridas, cae muerto; pero ¿dónde? En el rio Jordan, que lo resucita.

Allá se le fué á caer
dentro del rio Jordane:
como fué dentro caido,
sano le vió levantare.

Y friolerillas milagrosas á este tenor hacia muchísimas entonces la Providencia.

XCII

Y sobre todo, el mayor milagro fué que, á pesar de los descalabros que la cruz padecia en todas partes, los cruzados erre que erre con ganar el Sepulcro.

Tres mil y mas picardos habian salido con el obispo de Cambray, los cuales en su entusiasmo creian y decian en todas partes que no hacian mas que llegar á Jerusalem, entrar, tomar posesion, matar á todo infiel, y negocio concluido.

Y entre hambres y heridas murieron todos por el camino, acosados por los búlgaros.

XCIII

¿Mas desistieron por esto los verdaderos creyentes? No señor. A los pocos años salieron otros ocho mil, no ya con un solo obispo, sino con tres obispos y un arzobispo, de modo que bien podian creerse invulnerables.

Y sin embargo, los beduinos les ocasionaron un imprevisto descalabro, que les dejó reducidos á la cuarta parte; pero ¡cómo! que habiendo salido alegres con obispos, volvieron tristes con cardenales y lisiaduras que daban casi lástima.

¿Y por eso cedieron?

¡Nunca!

XCIV

¿Ni cómo habian de ceder habiéndose emprendido las cruzadas con tanto fervor que muchos, con tal de poder costearse el viaje, robaban lo necesario para el camino antes de tomar la cruz, que les absolvia de todo pecado?

XCV

Y eso que el Señor les tentó en varias ocasiones; pero ellos salieron bien de todo, menos de una sola cosa: del objeto de aquella guerra, que como dice muy bien el historiador Poujolat, «si las »expediciones latinas del siglo XII hubieran podido lograr por »completo su propósito, el Oriente habria sido para el génio de la »Europa moderna, no un mundo que conquistar, sino una heren»cia que conservar.»

Y es muy cierto; pues aunque íbamos á Oriente con pertrechos de guerra, y matábamos, y sitiábamos, y esclavizábamos, y nos posesionábamos de todo por la violencia, y proclamábamos sin rebozo que nuestro objeto era la conquista de Jerusalem, debe entenderse que, si la hubiésemos ganado, no habria sido conquista, sino herencia, y aun hoy dia los hombres irian á tomar posesion de las herencias á tajos y reveses, y llevarian, en vez de escribanos, zapadores y artilleros.

Pero como el propósito no se logró, resultó que no fué herencia, sino conquista malograda.

XCVI

¡Cincuenta mil cristianos se levantaron por el Evangelio al primer grito de Gregorio VII!

Y por el Evangelio tambien la flota de pisanos y genoveses, armada bajo Víctor III, desciende á las playas africanas, pasa á cuchillo *in nomine Patris* á millares de sarracenos, incendia una ciudad musulmana *in nomine Filii*, y echa el resto incendiando otra *in nomine Spiritus Sancti.*

Ahora las guerras se hacen blasfemando: antes rezando. *Amen.*

XCVII

Mas de doscientos obispos y arzobispos, cuatro mil eclesiásticos y treinta mil seglares habian asistido al primer concilio que trató de la guerra.

¡Mayor número de asistentes, y aun mas encumbrados, asistió al segundo, en que se acordó ir á tomar posesion de la herencia!... Y desde entonces todo se habia vuelto concilios y preparativos de guerra, y apenas quedaba en Europa quien no estuviese comprometido de corazon en la santa empresa.

XCVIII

¡Ah! En aquel valle de Gorgoni los soldados de Kilig-Arslan degollaron sin piedad á los cristianos; pero el gran chasco de Mahoma fué cuando, con el refuerzo de Godofredo, aquella noche mataron nuestros gloriosos antepasados tres mil oficiales y veinte mil soldados musulmanes.

A nosotros, para darnos la victoria, solo nos exigió el cielo las vidas de cuatro mil hombres.

¡Qué tales serian ellos que, aun peleando por Dios, permitió este que les mataran los infieles!

IC

Hoy dia todo son celos y envidias entre los jefes militares cuando están en campaña (y cuando no tambien.) Entonces, como el espíritu cristiano les animaba á todos, no se veian semejantes fealdades.

Es decir, casi no se veian.

Una que otra vez, no digo...

Por ejemplo:

Bajó Tancredo á Tarsis y plantó su bandera.

Llega Balduino, y celoso de servir á Dios, dice:

—Toda vez que yo traigo mas numeroso ejército, y que si an-

duviéramos por la mala al fin y al cabo me haria dueño de la ciudad, entrégueseme ahora.

Y como gritó, amenazó, tenia el génio vivo y era capaz de cumplir sus amenazas, los que primero habian llegado consintieron al fin en darle la ciudad.

Pero el hermano de Godofredo lo llevó muy á mal; tanto, que no solo sostuvo que lo hecho no le agradaba, sino que además, habiendo enviado Bohemundo trescientos hombres mas á Tarsis, el hermano de Tancredo, en un rapto de mal humor, no les quiso dar entrada, y los entregó á los turcos.

Pero, ya digo, esto sucedió tan pocas veces, que la historia las menciona casi todas; y bien claro está que si hubiera sucedido todos los dias, no se habria encontrado historiador de paciencia bastante para dar cuenta de ello.

C

A lo menos todo lo de Tarsis acabó en paz y gracia de Dios, sin mas víctimas que los dichos trescientos cristianos, y no se volvió á hablar de ello.

CI

Es decir, no se habló; pero no se olvidó.

Porque poco despues Tancredo se apoderó de Malmistra.

Y quiso el cielo que en seguida apareciese por allí el mismo Balduino con su gente.

Los de Tancredo, al verle, se alarmaron, creyendo equivocadamente que tambien iba allá para arrebatarles su conquista; y sin duda aquel dia no habian oido misa, ni dado su leccion de catecismo, porque con ciego furor se lanzaron sobre los cristianos de Balduino, los cuales con todas las protestas evangélicas correspondientes, al oir el envite de muerte, dijeron: ¡quiero! y hubo entre los dos ejércitos una matanza verdaderamente heróica por ambas partes.

Al dia siguiente los dos jefes se abrazaron en presencia de sus ejércitos, se enterró á los muertos, se dieron todos las manos, y no hubo mas.

CII

Al hablar del sitio de Antioquía, dicen los autores: «Muy »luego se hicieron patentes la corrupcion y la licencia entre los »soldados de Jesucristo.»

De estas palabras pretenden sacar gran partido los impíos; ¿pero por ventura no se vé en esa corrupcion misma que el cielo sometia á los cruzados á grandes tentaciones para que fuesen mas grandes sus triunfos?

La prueba de que era así es que, además de la corrupcion y la licencia, padecieron frio y hambre; sus tiendas de campaña quedaron sumergidas por las lluvias, y las enfermedades se encargaron de trasladar á las celestiales mansiones á muchísimos de aquellos corrompidos, es decir, de aquellos instrumentos de la Providencia.

¿Y qué, la gloria eterna no merecia aquellos padecimientos?

A mas de que, si no hubiera sucedido así, ¿dónde estarian aquellos poéticos cuadros que presenta á nuestra imaginacion el campamento?

«Las crónicas, dice un cristiano autor, al describir los estra»gos del hambre, nos presentan á los caballeros pálidos y cu»biertos de andrajos, arrancando con un hierro puntiagudo las »raíces de las plantas, recogiendo de los surcos las semillas re»cien sembradas, y disputando al ganado la yerba de los pastos.»

¡Desgraciados! ¿Dónde habríais hallado un cuadro tan poético á no ser por aquellos hombres?

¡Sesenta y ocho mil caballos perecieron estenuados, y los demás «se arrastraban penosamente alrededor de las tiendas medio »podridas por las lluvias del invierno.»

Y á todo esto el Sepulcro sin conquistar.

CIII

¡Ah! se me olvidaba; aquellos hombres estaban tan decididos á ser instrumentos de la Providencia, que los que no desertaron (que fueron algunos) aun en medio del hambre y las enfermedades, mostraron fuerza bastante para seguir dando muestras de corrupcion y lascivia en ayunas, cosa que, francamente, dudo que lo hubiesen podido resistir sin el auxilio de la Divina Providencia.

CIV

Por lo demás, sucedió lo que debia suceder: vinieron mejores dias, se ahorcó á los cristianos peores y se organizaron unas cuadrillas de mendigos y holgazanes que fueron dedicados á los trabajos del sitio.

Lástima que al cabo de unos dias ya no fué la muchedumbre cruzada la que alteró el órden, sino (caso que sea verdad lo que dice la historia profana, que al fin y al cabo no tiene la autoridad del Génesis) los jefes, á causa de una envidia que movieron en ellos unos suntuosos regalos enviados por Balduino.

Pero lo cierto es que entraron en Antioquía, gracias al favor del cielo hermanado con la traicion de uno de los guardas de la ciudad, se apoderaron de ella y mataron á diez mil de sus habitantes.

CV

Pero tampoco acabaríamos por este camino, y veo que he tomado demasiado al pormenor este asunto.

Sin embargo, en parte no debe pesarnos, porque conviene propagar la noticia de que en aquellos ejércitos hubo codicia, corrupcion, lascivia, rebeliones, envidia y ferocidad, para que escarmienten los hombres y conozcan cuánto necesitan implorar el auxilio del cielo, supuesto que aun sus predilectos hijos se han visto víctimas de sus debilidades.

CVI

¡Solo de peste murieron cincuenta mil cruzados en aquella dichosa Antioquía!

Y á pesar de este alivio de bocas, despues de tomar á Marrah y degollar, por de contado, á todos sus pobladores, aun volvieron á padecer hambre, lo cual fué causa de que, por el natural temor de quedar otra vez sin víveres, cada peloton de cruzados queria que la plaza fuese exclusivamente suya. Viendo que no se ponian de acuerdo, algunos comenzaron á derribarlo todo, otros prendieron fuego á los edificios, y entonces huyeron todos, cesando así á la luz del incendio y á la del Evangelio las disensiones entre los soldados de la cruz.

CVII

Un hecho, que prueba el celo eclesiástico de todos los tiempos, debemos recordar aquí.

Parece que los sacerdotes que iban con los cruzados, al entrar estos en Jerusalem, habian llegado á participar de aquella corrupcion de que ya hicimos mérito.

A falta de otro mejor, se nombró patriarca de la ciudad santa á un capellan del duque de Normandía, que, segun parece, «no »era de costumbres irreprensibles;» pero aun con ser defectuoso ó frágil, su primer pensamiento fué para Dios, y apenas hubo tomado posesion de su cargo, reclamó de Tancredo las riquezas halladas en la mezquita de Omar, riquezas que, segun el capellan, debian ir adjuntas á la iglesia del Santo Sepulcro.

Tancredo, que era hombre de pocas palabras, le cedió de aquellas riquezas setecientos marcos de plata, siquiera para que constase que no desoia la voz del sacerdote.

CVIII

Entonces, quien mas, quien menos, sentia el ánsia de volar á esferas superiores, de desprenderse del barro miserable del

cuerpo, y libre el alma de las miserables ligaduras terrenales, espaciarse en lo infinito.

Hoy las muchedumbres groseras amenazan los fundamentos del órden social y la propiedad, porque una filosofía escéptica no les deja apartar los sentidos de los goces mundanos.

A los cruzados que entraron en Jerusalem se les dieron en premio las casas y los campos de los sarracenos.

Pero no porque lo codiciasen; nada de eso: sino por aquello de... por causa de... por nada: porque ya que de mogollon no se les podia dar el cielo, á lo menos durante su breve permanencia en este valle de lágrimas se les hizo propietarios.

Por lo demás ¡oh! aquella abnegacion, aquel desprecio de los bienes terrenales...

Ya digo, se les hizo propietarios.

Recibieron ellos resignados aquel depósito del cielo, y conservaron religiosamente sus prédios rústicos y urbanos, exclamando con cristiana sumision: Mientras dura, vida y dulzura.

CIX

Primero el capellan del duque de Normandía, apenas nombrado patriarca, habia pedido los dineros y las alhajas de la mezquita de Omar.

Al cabo de poco tiempo un legado del Papa pidió que se le diera á él el patriarcado, y reclamó para el Pontífice la soberanía de Jerusalem y de Jafa, y le fueron concedidas.

Despues, entre los príncipes, los barones y los sacerdotes, se redactó el célebre código de Jerusalem, monumento elocuentísimo de la piedad cristiana, en el cual se declaró que un halcon valia el mismo precio que un hombre esclavo, y se afirmó, despues de haber pedido sus inspiraciones á la Santísima Trinidad, que tanto valia un caballo de batalla como un labrador con su alma inmortal dentro del cuerpo.

Y la plebe no regateó ni un ochavo del precio que le fué señalado, porque aquella sumisa plebe... ¡aquello era plebe!

CX

Al poco tiempo murió Godofredo.

¿Creerán ustedes que el patriarcado de Jerusalem, despues de pedir primero las alhajas y dineros de la mezquita, y despues la soberanía, en cuanto cerró los ojos Godofredo ya pidió para sí el reino?

Pero los laicos prefirieron por rey á Balduino, hermano de Godofredo, y el patriarca hubo de aceptarlo, si bien protestó de la eleccion, y se fué á su retiro «á devorar su ambicion y su desprecho,» segun dicen las historias, si bien yo creo que solo se retiró por no ver lástimas y vanas pompas.

CXI

Tales eran el desprendimiento y la abnegacion religiosa de aquellos cristianos, que cuando Balduino propuso á unos genoveses, llegados á Siria con una flota, que le ayudasen por Dios á destruir á los infieles, los genoveses le prestaron inmediatamente su auxilio, sin mas premio que la tercera parte del botin que recogiesen entre todos, y en cada ciudad conquistada una calle que se habia de llamar calle de Genoveses.

CXII

Por cierto que la primera ciudad que ganaron fué Cesarea, y despues del asalto se procedió religiosamente al saqueo, conforme á los usos patriarcales de aquellos sencillos tiempos.

Y como algunos sarracenos hasta se tragaban las monedas de oro para privar de ellas á los cristianos, estos, iluminados por las luces de la Escritura, acabaron por abrir el vientre á aquellos enemigos de la fé, para ver si se habian tragado algo que defraudase á la divina cruz de las joyas ó dineros que habia venido á redimir en el mundo.

CXIII

Los cristianos derramaron torrentes de sangre infiel, y los genoveses tuvieron la gloria de que en el reparto del botin les tocase el divino vaso que habia servido en la cena del Salvador.

CXIV

Poco despues fué cuando estuvo en un tris que los gloriosos cruzados conquistasen á Charan, la preciosa ciudad de Mesopotamia.

Un exceso de celo malogró tan bella conquista.

Tenian ya la plaza sitiada en regla, y no se sabe si antes ó despues de hacer su exámen de conciencia, discutieron los jefes sitiadores sobre á cuál de ellos deberia pertenecer el fruto de la sagrada conquista.

Es claro que cada uno de ellos estaba decidido á ofrecer á su Señor Jesucristo la gloria del presunto triunfo; pero la ciudad no. ¿De qué le habria servido á Jesús la posesion de una ciudad?

Ello es que Bohemundo hallaba muy discretas razones para demostrar que, una vez ganada la ciudad, debia ser para él.

Tancredo, con menos palabras, pero con igual elocuencia, probaba que no debia ser sino suya.

Balduino del Burgo y Josselin, no menos lógicos, alegaban cada uno por su parte que á nadie con mas derecho que á ellos debia pertenecerles.

Y como la verdadera religion les inspiraba á todos por igual con la misma fuerza de lógica y de válidos argumentos, la discusion se elevó á reyerta, y

en esta disputa,
llegando los perros,
pillan descuidados
á mis dos conejos.

Quiero decir que desgraciadamente, mientras disputaban, llegaron los musulmanes, les sorprendieron, les arrollaron, y cada

cual tuvo que huir, demostrando en aquella ocasion que el cielo no habia dotado de menores fuerzas á sus piernas que á su dialéctica.

CXV

El pobre Bohemundo murió despues. Suponemos que moriria con todos los Sacramentos, y aun nos atreveríamos á suponer que habia muerto cristianamente resignado, si los escritores católicos no confesasen que murió lleno de desesperacion por no haberse podido vengar de un enemigo: del emperador griego.

CXVI

No pretendemos abusar de la confianza del lector, ni de su buena fé, pintándole como santos á todos aquellos guerreros. No: en prueba de imparcialidad nos apresuramos á decir que entre ellos hubo algunos débiles, algunos que cometieron tal cual pecado; pero no todos.

La prueba está en que por espacio de tres años (1113, 1114 y 1115) el Señor les envió castigos proporcionados á sus faltas, y estos castigos quedaron reducidos á quedar asolada toda Galilea por los turcos, á que los de Tiro invadieran y saquearan los campos de Naplusa, á nubes de langostas que asolaron las campiñas de Palestina, á las hambres consiguientes que se cebaron en los cristianos del condado de Edesa y el principado de Antioquía, y al terremoto que lo destruyó todo desde el Tauro hasta los desiertos de Idumea.

CXVII

Pero ya he dicho que estos castigos solo duraron tres años, y por su breve duracion, mas bien que como verdaderos castigos, debemos considerarlos como paternales admoniciones de la Providencia.

CXVIII

Entre tanto, y á pesar de todo, Balduino reinaba en Jerusalem.

En los diez y ocho años que duró su reinado, la ciudad santa fué una especie de reflejo del cielo. Allí nadie trabajaba.

Todos los gastos se cubrian con el botin recogido á los enemigos.

Una guerra cada año, y despues una paz de paraiso.

CXIX

Despues, en tiempo de Balduino II, el cielo se mostró piadosísimo con aquellos cristianos.

Rugiero de Sicilia murió á manos de los turcos, que en los campos de Artesia derrotaron por completo á los soldados de la cruz.

Josselin y su primo cayeron cautivos de los infieles.

El rey de Jerusalem, que corria á librarlos, cayó tambien cautivo.

Cincuenta armenios fieles á Jesús fueron degollados.

Pero en cámbio, al volver los nuestros á apoderarse de Jerusalem, no solo iban cargados de un botin riquísimo en bienes terrenales, sino que además poseian una copa de plata, en cuya milagrosa concavidad se habia conservado la milagrosa leche de la Madre de Jesucristo, segun refieren las historias mas sensatas y milagrosas.

CXX

Los guerreros de la cruz entraron cantando en Jerusalem: no se sabe si era por el Sepulcro, por el botin, por la copa ó por la leche.

El Sepulcro se perdió, la copa ha desaparecido, la leche desapareció con ella.

De lo único que quedan noticias es del botin, que les fué muy útil para satisfacer sus necesidades; pero yo me inclino á creer que cantaban por el Sepulcro.

CXXI

Con el mucho botin se desarrolló un poco la sensualidad.

Habia dos medios para atajar este daño.

El uno era recoger menos botin de los enemigos; pero la cristiandad prefirió otro, y se puso en práctica, cual fué despojar todo lo posible á los infieles vencidos, y celebrar un concilio que dictase cánones muy sérios contra la corrupcion de las costumbres.

CXXII

Y que algo de corrupcion debia de haber entre nuestros correligionarios, se vislumbra con lo que pasó en Edesa, siendo su conde el hijo de Josselin de Courtenay, excelente cristiano, aunque «débil y voluptuoso,» segun dicen las historias.

A este jóven le tomaron la ciudad las tropas de un tal Zengui, y como no tenian la menor nocion del Evangelio, hicieron con los cristianos exactamente lo mismo que estos habian hecho con los sarracenos en la toma de Jerusalem: es decir, degollaron á pobres y ricos, niños y ancianos, cristianos y obispos.

Solo que la matanza verificada por los cristianos en Jerusalem habia durado siete dias, como la Semana Santa y la creacion del mundo, y la matanza que hicieron los turcos solo duró tres dias, porque Dios no quiso concederles tanta fuerza para matar y les cansó mas pronto los brazos.

Los cristianos que sobrevivieron por casualidad fueron vendidos por esclavos, lo mismo que los de la cruz habian hecho con ellos; los vasos sagrados sirvieron para todo género de profanaciones, tambien á imitacion de lo que los soldados de Cristo habian hecho con todos los utensilios del culto musulman, y el santuario cristiano fué horriblemente mancillado, del mismo modo que las mezquitas turcas habian sido convertidas en establos por los cristianos vencedores.

¡Ah! en medio de todo es un dulce recuerdo el de que en aquellos tiempos ciertas ideas, ciertos sentimientos, ciertas prác-

ticas, eran comunes á todos los hombres, y así habia menos divisiones y pareceres.

Hoy dia causa horror la confusion que reina en la tierra.

En unas partes se da garrote; en otras se ha abolido la salvadora pena de muerte; en tal país se declara abolida del todo la esclavitud; en otros países se aplaza su abolicion... ¡y nadie se entiende!

Entonces ¡oh consuelo! en diciendo á degollar, á robar, á profanar, todos: moros y cristianos, todos iban á una sin discrepar en un ápice...

¡Oh perdidas venturanzas!

CXXIII

Y no hay que decir que en esto hubo excepciones. No.

Cuando Josselin, el jóven cristiano «débil y voluptuoso,» volvió á apoderarse de la ciudad por sorpresa, degolló tambien á su vez á todos los musulmanes que, en su ciego error, sin duda habian creido estúpidamente que aquello de «no matarás» hablaba con ellos, ya que no se cumplia entre cristianos.

¡Necios!

CXXIV

Ya digo, todos degollados.

Despues los musulmanes volvieron á apoderarse de la ciudad, y Dios sin duda les inspiró la idea de arrasarla, á fin de que no volviese á ser objeto de nuevas luchas; pues entre unas cosas y otras, las invasiones de Zengui y Nuredino habian dado ya gloria bastante á la cruz y costado la vida á treinta mil bautizados y la libertad á diez y seis mil, que ya es un obsequio regularcillo para una divinidad razonable.

¡Oh, qué dulce y suave encanto tenia entonces la casta esperanza de degollar infieles!

Cincuenta mil cristianos se habian levantado al primer grito de guerra de Gregorio VII.

De quince á veinte mil llevaba despues Gostschalk.

Diez mil iban con Godofredo.

Diez mil ginetes y *veinte mil* infantes llevaba consigo Bohemundo.

Cien mil cruces rojas brillaban en el campamento de Raimundo de San Gil.

Cien mil lombardos se reunieron despues en la toma de Jerusalem, de los *quinientos mil* que dicen que habian partido en 1101.

Veintiseis mil, en Nicomedia...

Todos hoy degolladores, mañana degollados; hoy con rico botin, mañana despojados; hoy incendiando, mañana incendiados; pero siempre fijos los ojos en el cielo, en medio de la corrùpcion de costumbres, la desercion de muchos jefes, las enfermedades adquiridas por contagio, la paciencia para sufrir á los millares de mujerzuelas qne seguian los campamentos...

¡Oh gloria...

Iba á decir *Patri*, etc., pero ya se sobreentiende.

CXXV

Y sin embargo de tanta gente sacrificada; el entusiasmo y la buena voluntad de los cristianos eran cosa grande, y al tomar la cruz Luis VII de Francia, cien mil hombres le siguieron desde Metz.

El espíritu maligno trabajó lo que no es creible para malograr la empresa; pero en vano.

A Manuel Commeno y al príncipe Conrado les excitó la vanidad, y los tuvo disputando largamente sobre el ceremonial que se habia de observar en su primera entrevista; pero en vano.

Los cristianos griegos degollaban á los cristianos alemanes que hallaban rezagados; pero en balde.

Mezclaban aquellos cal en la harina que suministraban al ejército de la cruz; pero inútilmente.

Commeno mismo, todo un emperador, creó una moneda falsa, con la cual pagaba sus compras á los cruzados, y no se la admi-

tia en pago cuando les vendia algo; pero á pesar de todo, el espíritu maligno no triunfó ni por esas.

Otra vez intentó la serpiente infernal que los cruzados, en vez de ir á servir de defensa á Jerusalem, se dedicasen á la conquista de Constantinopla; pero repito que no pudo lograr nada.

En la malograda expedicion que el ejército de la cruz hizo á Iconicum, á pesar de todos los engaños y contrariedades de que fué víctima, no perecieron mas allá de treinta mil hombres.

¡El cielo velaba por ellos!

CXXVI

El cristiano gobernador de Satalía negó á los cristianos que iban con Luis VII todo socorro. Tomó dinero para auxiliarles, y les dejó perecer de hambre y de frio; pero ¿qué importa? no pudo impedir que á la vuelta del rey á Antioquía gozara la reina «de »todos los homenajes y galanteos de una córte alegre y volup»tuosa.» Tan alegre y voluptuosa para ella, que le inspiró la idea de suplicar al rey que permaneciesen allí algun tiempo.

CXXVII

Lo cual á su vez inspiró sospechas al rey, quien se llegó á imaginar que además de cruzado era otra cosa; y por si lo era ó no lo era, precipitó su partida á despecho de la reina, á quien se vió obligado á arrancar por fuerza de la ciudad, llevándola de noche á su campamento; pero despues (dice la historia) que ya ella habia escandalizado con su conducta á cristianos y á infieles.

CXXVIII

Por lo demás, si bien es cierto que al pié de los muros de Damasco, y cuando la ciudad iba á caer en manos de los soldados de la cruz, se malogró aquel triunfo porque antes de alcanzarlo volvieron los jefes á disputar sobre quién habria de ser dueño de ella, durante cuyo tiempo el enemigo recibió grandes refuerzos

que le salvaron; en cuanto á esto, digo, es un leve accidente que no empaña ni puede empañar tantos gloriosos triunfos.

CXXIX

No: todos los historiadores convienen en que no fué esta ni otra alguna semejante la causa de las relativamente escasas glorias y los relativamente tambien grandes reveses de la segunda cruzada, sino que el cielo permitió «la indisciplina, el desórden y »otra vez la corrupcion de costumbres en el ejército cristiano,» corrupcion que parece procedió especialmente «del excesivo nú»mero de mujeres que iban revueltas con los soldados.»

Tantas habia, en efecto, que se llegó á formar de ellas un cuerpo de ejército, y el jefe que las mandaba era un gallardo mozo que vestia con gran lujo, y que por llevar botas doradas recibió el apodo de la *señora de las botas de oro.*

CXXX

Como la cruzada de Luis VII habia costado mucho dinero y no dió fruto alguno, los pobres cristianos de Oriente quedaron mas expuestos que antes y los de Occidente mas pobres.

El Papa volvió á clamar por la conquista de la Tierra Santa; pero la verdad es que recordando todos, clero, nobleza y plebe, que aquellos entusiasmos empezaban pidiendo dinero y acababan por saciar la ambicion de unos pocos conquistadores, nobleza, clero y plebe se hicieron un poco de rogar.

CXXXI

San Bernardo, que tanto habia clamado en pró de la cruzada prometiendo victorias y regocijos, fué objeto de quejas y epígramas tan buenos como los que él habia hecho en su juventud. Dijo primero que extrañaba mucho que Dios no hubiese hecho caso de sus oraciones; dijo que le parecia que el mundo habia sido juz-

gado con precipitacion, y al fin se convenció de que lo mejor que podia hacer, siendo tan elocuente, era callarse como un mudo.

Y se calló el santo.

CXXXII

Pero si nadie tenia grande entusiasmo por ir á las cruzadas, la verdad es que á todo cristiano le dolia ver que los negocios espirituales, y aun los temporales, no iban del todo bien en Oriente.

Ya habíamos tenido allí un rey leproso, lo cual era muy poco satisfactorio para la cristiandad.

«En su córte se agitaban las mas bajas intrigas, y los palacie»gos ¡cosa rara! esplotaban la debilidad y las dolencias del rey »para sembrar el ódio, la envidia y la desconfianza.»

Un príncipe cristiano, con desprecio de los tratados con Saladino, habia empeorado la causa de Europa cometiendo violencias.

El hambre diezmaba á los nuestros en Siria.

Terremotos, eclipses de sol y luna, y por mas imposible que parezca, otra vez corrupcion de costumbres, como dicen que se notó en Jerusalem, tenian afligidos los ánimos piadosos.

CXXXIII

Y aun mas vivo fué despues el dolor, viendo que «los débiles, »los imprudentes ó los perversos dirigian los negocios,» como sucedió, segun dice la historia, «cuando murió Balduino IV en me»dio de dos partidos miserables que se disputaban la autoridad »suprema.»

Y si á ese dolor se añade el que ocasionó el ver que allá en 1187, precisamente en el primer dia del mes de mayo, en que por falta de un leve milagro perecieron todos los cristianos que tomaron parte en una batalla ¡todos, menos tres! se comprenderá perfectamente que los cruzados no estarian para bromas.

CXXXIV

Y ayúdenme á sentir cuando el 4 de julio del mismo año les atacó el infiel Saladino; se cebó sangrientamente en ellos, como si

fuese cristiano peleando contra infieles; les quemó la llanura en donde acamparon por la noche; ardió la yerba seca, y se extendió el humo que les ahogaba; crecieron la sed y el hambre entre ellos, y á todo esto las flechas se les clavaban en las carnes.

Y al dia siguiente, en un nuevo ataque, y á pesar de que el rey se habia encomendado á Dios, segun consta de escritos antíguos, los perversos infieles se apoderaron del madero de la verdadera cruz; los cristianos se desbandaron; el conde Raimundo huyó; el rey cayó prisionero; los templarios y los hospitalarios quedaron muertos ó cautivos, y tantos fueron los que perdieron la libertad, que el enemigo no tenia cuerdas bastantes con que atarlos. El cautivo cristiano llegó á venderse á precios sumamente bajos, porque sobraban en el mercado y no había pedidos; tanto que un caballero cristiano, con sus pergaminos, su alma inmortal y su bautismo, todo de primera calidad, fué vendido á cámbio de un calzado.

¡Qué profunda compasion debió de causar la lamentable suerte de aquel caballero á todos los corazones cristianos, excepto á los que tal vez habiendo sido siervos suyos, le hubiesen visto antes azotarles, apalearles y venderles tambien!

CXXXV

¡Jerusalem vacilaba! Jerusalem iba á ser presa del infiel.

Los cristianos de adentro no tenian dinero, y hubieron de echar mano de las alhajas de las iglesias: así que joyas regaladas, cálices y patenas de oro, galones y tejidos de plata, consagrados hasta entonces al Señor, fueron á parar al crisol y convertido todo en moneda.

Todo el mundo lloraba y gemia, hubo sermon mañana y tarde, salió en procesiones el clero, y para mayor dolor, en aquel tiempo de sincera piedad cristiana se descubrió dentro de los muros de la ciudad santa una conspiracion para entregar la plaza á los sarracenos.

Las pobres viejas no querian creer en semejante infamia.

CXXXVI

Debemos creer, por supuesto, que los buenos cristianos eran la inmensa mayoría.

La inmensa mayoría, pues, juró no entregar la ciudad santa; derramar en su defensa hasta la última gota de sangre; perecer bajo los escombros de los muros, y, en fin, todo aquello que suelen jurar los guerreros en los dramas heróicos.

De modo que, cuando mas perdidos se vieron, capitularon.

Sí: despues de cumplir con el decoro de prometer una defensa digna del sepulcro de Cristo, el Señor les quedó tan agradecido, que iluminó su razon, templó sus ardores, contuvo sus impulsos, y les inspiró la tranquilidad suficiente para combinar unas proposiciones de capitulacion muy bien redactadas, muy sensatas; y Saladino, que al principio no habia querido aceptarlas, acabó por entrar en tratos con ellos, y todo se arregló.

CXXXVII

Y entraron otra vez en la Jerusalem terrestre los enemigos de la verdadera religion.

Pero así como al conquistarla los cristianos les habia permitido Dios que degollasen turcos y saquearan por espacio de siete dias, al reconquistarla los sarracenos respetaron las vidas de todos los defensores de la cruz, que desfilaron tristes y abatidos por delante del famoso monarca, sentado en su trono.

CXXXVIII

Quien primero salió de la ciudad fué el patriarca, seguido del clero, que se llevaba los vasos sagrados y los preciosos ornamentos del Santo Sepulcro, y además tesoros de valor inmenso.

Despues salieron los demás.

CXXXIX

Saladino triunfaba; pero Dios no le permitió gozar de un triunfo á la turca, sino que le forzó el corazon para que diese libertad á cuantos cautivos cristianos encontraran alguien que se interesara por ellos, y además concedió permiso á los caballeros hospitalarios para que permaneciesen libres en Jerusalem, y así pudiesen atender y curar á los heridos.

Hé aquí un verdadero triunfo de los sentimientos de humanidad desarrollados y arraigados por el cristianismo.

Verdad es que quien dió pruebas de esos sentimientos fué un perro turco; pero si Dios lo quiso así, ¿á V. qué le importa?

CXL

Los pobres cristianos que salieron de Jerusalem iban mal humorados y aburridos por las regiones de Siria, donde los demás cristianos les trataban de cobardes y perdidos, y les echaban en cara que habian entregado el sepulcro de Cristo despues de tantas bravatas.

En Trípoli ni siquiera les dejaron entrar en la ciudad.

Los pobres, al verse rechazados de aquel modo, exclamaban: ¿Es posible que el infiel Saladino haya sido tan benévolo con nosotros y que nuestros hermanos sean tan duros de corazon?

Y... ¡ahí verá V.!

CXLI

La noticia en tanto cundió por Europa. El Papa Urbano, apenas la supo, se murió.

La tristeza cundió por todas partes.

Volvieron á resonar gritos de venganza contra los turcos y de misericordia para los pecadores cristianos.

Comenzó un crucifijo á llorar lágrimas; en seguida otros crucifijos no menos hábiles se apresuraron á llorar sangre; se cantaron todo género de cosas tristes en las iglesias, y las limosnas de

los fieles cayeron con desusada frecuencia en los cepillos de los santuarios.

El deseo de una nueva cruzada se hizo universal.

Gregorio VIII la proclamó con entusiasmo; aprestáronse los guerreros á seguirle; viéronse en el cielo nuevas señales de próximo triunfo, y en aquel momento se murió el Papa.

Que si no se muere...

CXLII

Pero, en fin, se murió, y entonces vino lo de echarse en cara los cristianos unos á otros que en Europa se estaban matando recíprocamente y consentian en la pérdida del sepulcro de Cristo.

Entonces se impuso una contribucion especial á todo el que no fuese á la guerra.

Entonces vino el prometer el clero que él pagaria su cuota en oraciones y no en monedas, lo cual habria sido mas eficaz y menos engorroso para la contabilidad; pero los mundanos no acertaron á comprenderlo así, y quisieron que la Iglesia diese vil metal, y no letanías, rosarios y misas cantadas.

Entonces se estrujó con entusiasta piedad la bolsa de los judíos, á quienes el rey de Francia encerró en las sinagogas, y no les dejó salir hasta que hubieron pagado cinco mil marcos de plata.

CXLIII

Desgraciadamente hubo entonces unos sucesos, que si hubiesen ocurrido entre demagogos, aun hoy escandalizarian con razon á las personas sensatas.

Casi no me atrevo á relatar...

Porque ¡carape! es muy triste para el historiador el verse obligado á decir ciertas cosas.

¿Cómo decir, por ejemplo, que el dinero recogido para ir á libertar el sepulcro de Cristo, en vez de servir para tan santo objeto, sirvió para alimentar la guerra parricida entre el cristiano rey Enrique y su cristiano hijo Ricardo?

¿Dónde hallar un medio de expresar decorosamente que el legado del Papa hubo de excomulgar al susodicho cristiano rey Enrique?

¿Ni cómo buscar un rodeo ingenioso para dar á entender que la excomunion fué objeto del mayor desprecio por parte del antedicho cristiano rey?

¿Ni, en fin, de qué manera, de qué fórmula me habria yo de valer para que, sin vergüenza de los devotos, pudiera hacer presente que el rey Enrique al morir, en aquel supremo instante en que se apagan las pasiones mundanas, envió su paternal maldicion á su augusto hijo?

No: yo no soy para cosas tan arriesgadas.

No lo digo.

Velemos á los ojos de la escandalizable muchedumbre estos tristes sucesos; ignórelos siempre la posteridad, y no sean pretexto para que mi noticia dé alas á las impías tendencias, al menosprecio de las testas coronadas y al desprestigio de la piedad de aquellos tiempos.

CXLIV

Y esto es ya en nosotros un deber, tanto mas imperioso, cuanto que en aquel período á lo menos se legisló sábiamente para reprimir los vicios y las pasiones que se achacaban á los cruzados; se prohibió que les acompañasen las mujeres, cuyo extraordinario número habia sido causa de ciertos desórdenes; se puso freno á la gula; se reglamentó el lujo, y no se permitió mas el juego.

Lo cual prueba que solo estos pequeños defectos se habian notado en los soldados de la cruz, pues es indudable que si otros hubiesen tenido, las leyes no habrian dejado de ponerles coto.

CXLV

Las cosas se fueron encaminando rápidamente á la perfeccion.

Verdad es que todavía los cristianos griegos se lanzaban por

sorpresa sobre los cristianos latinos, los mataban y los dejaban en cueros.

Cierto tambien que ésos mismos cristianos griegos llegaron á negar en Filadelfia todo alimento á sus hermanos latinos, obligando á estos á echarles abajo las puertas de la ciudad; pero poco á poco se iba mejorando todo, y quién sabe si aquel ejército se habria salido con la suya á no haber muerto el emperador Federico.

Pero como el emperador se murió, los cruzados se desbandaron, cayendo muchos de ellos cautivos de los turcos en Alepo, y muriendo tambien muchos otros de peste en Antioquía.

De cien mil cristianos que componian la espedicion, los noventa y cinco mil no llegaron á Palestina.

Estaba visto: ¡Dios no queria!

CXLVI

Digo mal: esto se vé ahora; pero entonces no se veia.

La fé hacia creer á los cristianos que con un esfuerzo mas llegarian á ver logrados sus propósitos, y por mas que los sucesos no correspondiesen á sus esperanzas, era en ellos mas poderosa la fé que los avisos que recibian de la Providencia para que desistiesen.

CXLVII

Y la verdad es que mil veces estuvieron en un tris de obtener una victoria decisiva.

Muchas batallas ganaron; pero muchas otras que perdieron estuvieron tambien á punto de ganarlas.

CXLVIII

Cuando entre los infieles que ocupaban el campo de San Juan de Acre oyeron decir que se acercaba un grande ejército cristiano á las órdenes del emperador de Alemania, abandonaron el terreno para ir á defender sus correspondientes Estados.

Los cruzados, por su parte, oyendo decir que se acercaba el

ejército imperial, dijeron para sí, y no solo para sí, sino tambien en alta voz:

—¡Conque vienen hermanos nuestros á auxiliarnos á la conquista de Tolemaida! Alabado sea Dios. Pero... ¿y no seria mejor que esta gloria y el botin del enemigo fuese para nosotros solos?

Y apenas lo hubieron pensado, cuando exigieron de los jefes que inmediatamente se diera la batalla.

Los jefes les encargaban la paciencia, diciéndoles que el momento no era oportuno; pero ellos, que querian celebrar cristianamente el dia de Santiago, para dar gusto al cielo desobedecieron á las autoridades de la tierra, lo violentaron todo y se arrojaron sobre el campo enemigo.

El cielo les mostró su beneplácito poniendo acto contínuo en fuga á los musulmanes.

Los cristianos, llenos de gozo, se entregaron al saqueo; y como las riquezas materiales de los infieles eran muchas y preciosas, el ejército de la cruz para apoderarse de ellas tuvo que emplear mucho tiempo.

Ese tiempo lo emplearon los turcos en rehacerse, y lanzándose sobre los nuestros, que se estaban posesionando de las riquezas que contenia la tienda de Malek-Adel, les dieron muerte so pretexto de que robaban lo ajeno, y...

Entonces el cielo mostró que ya no le gustaba lo primero.

Y noventa mil cristianos fueron pasados á cuchillo sorprendidos en la santa ocupacion de escoger alhajas y dinero turcos para consagrarlos al verdadero Dios.

CIL

Despues de esta desgracia fué cuando se vió mas claro que nunca el poder y el conocimiento de los deberes religiosos en aquella generacion, en aquella época en que no habia las maldades, los engaños, las ambiciones y la codicia que hoy padecemos.

CL

Por entonces...

Voy á copiar á un historiador.

«Conrado, marqués de Tiro, cuyo valor era bien notorio, »codició el reino de Palestina. Aunque estaba casado con la her- »mana de Isaac el Angel, emperador de Constantinopla, se pro- »puso casarse con Isabel, casada ya con Honfredo de Thoron. »Para lograr su intento apeló á la adulacion, á regalos, á pro- »mesas, á cuantos medios pudo sugerirle la mente. Merced á sus »intrigas alcanzó que una junta de sacerdotes declarase nulo el »casamiento de Isabel y Honfredo, y la heredera del reino se casó »al fin con Conrado, que se encontró esposo de dos mujeres, una »en Siria y otra en Constantinopla.»

CLI

Referido así el hecho, podria hacer sospechar que el príncipe cristiano Conrado habia sido ambicioso y bígamo; que la princesa y su hermano habian sido venales y deshonestos, y que los eclesiásticos eran encubridores y fomentadores de las mas feas iniquidades.

Todo lo cual me parece en extremo pernicioso al buen concepto de los cruzados y su época, y además ocasionado á extraviar á la inexperta juventud que lee historias, y no conviene que sospeche de la acendrada virtud de los caballeros de Cristo.

CLII

Me parece, pues, salvo mejor opinion, que el párrafo citado deberia redactarse del modo siguiente:

«El cristiano príncipe Conrado, cuya piedad religiosa en nada »cedia á su valor bien conocido (¿voy bien?) deseaba defender el »reino de Palestina desde lo alto del trono, único lugar á propó- »sito para la aplicacion de los grandes designios que tenia con-

»cebidos. Su cortesía, su generoso carácter, sus deseos de favore-»cer á todos, le habian granjeado la estimacion pública.

»La Providencia pareció auxiliarle en sus designios, pues al-»gunos eclesiásticos concibieron ciertos escrúpulos sobre la vali-»dez del matrimonio de Conrado con la hermana de Isaac el An-»gel, emperador de Constantinopla.

»Por otra parte, tambien sospecharon aquellos piadosos sa-»cerdotes de si podia ó no ser válido el matrimonio de Honfredo »con Isabel, hermana de la reina Sibila y heredera del reino de »Jerusalem.

»Para tranquilizar sus conciencias, aquellos piadosos eclesiás-»ticos reunieron con notable celo los mas verídicos informes, y »viendo confirmadas las sospechas que sobre uno y otro matrimo-»nio concibieran, los anularon, dando con ello muestras de tanta »firmeza como prudencia, con cuya resolucion resultó posible »que, sin menoscabo de las leyes, la religion ni el decoro, se ve-»rificase el matrimonio de Conrado con Isabel, heredera del reino »de Jerusalem.»

Me parece que redactada así la narracion del suceso no es-candaliza á nadie, se conserva la poesía de los caballeros cris-tianos y de los eclesiásticos, y al fin y al cabo no se desprestigia un período en cuyas glorias todos estamos interesados.

A mas de que ¡ha pasado desde entonces tanto tiempo! Aque-llos personajes han muerto; ¿qué perdemos con ser algo benévolos con ellos?

CLIII

Y ya que hemos dicho algo acerca de ese incidente en que intervino el bello sexo, queremos apuntar aquí que no todo era rezos y degollaciones en aquellos tiempos, sino que en sus histo-rias se encuentran hechos y derechos dramas de argumento mag-nífico en que el amor tiene una parte proporcionada á su impor-tancia, y en que de lo complicado de los intereses y lo opuesto de los afectos resultan preciosas escenas.

Por ejemplo:

Cuando Tancredo, hermano de Constanza, defendia heróicamente los derechos de esta, las tropas alemanas, auxiliares suyas, asolaban el territorio de Pulla.

La reina Juana, viuda de Guillermo y esposa de Enrique VI, estaba presa.

Ricardo, hermano de la reina, se apoderó de dos fortalezas de Mesina, cansado de reclamar en vano el dote de aquella.

Felipe Augusto le hizo arriar el pabellon que habia izado en Mesina, y de ahí querellas entre los dos, y por consiguiente entre franceses é ingleses.

Para acomodarlo todo y terminar el drama, un autor vulgar habria casado á Ricardo con la princesa Alicia, cuya mano solicitara antes, y por la cual se habia puesto en guerra con su padre; pero la Providencia no emplea recursos tan triviales, y así, cuando le propusieron á Ricardo el casamiento, respondió: Ahora no quiero.

Andaba en esto, como instrumento del cielo, la princesa Leonor de Guyena, que, poseida de ódio hácia los franceses, removia medio mundo para que Ricardo se casase con Berenguela, hija del rey de Navarra, con la cual se casó, en efecto, despues de ciertas vicisitudes.

Cójame V. estos cabos, y dígame si no se puede hacer con ellos un drama que conmueva.

Verdad es que todo él no tendria que ver con la conquista del Santo Sepulcro; pero esto es culpa de la historia. A mas de que, ¿quién sabe si todo ello no fué mas que una alegoría religiosa?

Yo, desde que leí en la Biblia que los pechos de la Sulamita eran el Antíguo y el Nuevo Testamento, desconfio de todas las apariencias.

CLIV

Detrás de la gloriosa conquista de Tolemaida, en que perecieron de peste y guerra cien mil cristianos, vino un poco de miseria, un poco de codicia que recibió su castigo; hubo vicios, si bien

todos los autores están conformes en que no hubo sino aquellos que siempre se habian notado en las grandes multitudes, y se volvieron á notar señales inequívocas de corrupcion en las costumbres, lo cual nos proporciona el consuelo de ver cuán de veras la deploraban los verdaderos hombres piadosos; pero aun así, la cosa habria tenido un término ejemplar y evangélico, si Ricardo no hubiese mandado arrojar al foso la bandera que Leopoldo de Austria habia puesto en una torre: ultraje que la turba alemana queria vengar apasionadamente en el acto; pero que Leopoldo, con mas evangélico proceder, perdonó entonces, si bien pidiendo al cielo que le ofreciese ocasion de mas segura venganza.

Era buen cristiano, y el cielo escuchó sus preces.

CLV

Del Santo Sepulcro dejó de hablarse por algun tiempo, porque, segun parece, «la abundancia de víveres y el agradable vino »de Chipre hicieron olvidar á los cruzados el principal objeto de »su expedicion.»

Pero ¡lo que es tener un compromiso!

Partieron los cruzados para Cesarea: eran cien mil, á las órdenes de Ricardo. Pasaban por caminos tan malos, que solo adelantaban tres leguas cada dia; mas no se acostaron ninguna noche sin exclamar todos: *Señor, socorred el Santo Sepulcro.*

Doscientos mil sarracenos los esperaban y los atacaron brutalmente.

El rey habia mandado que nadie se meneara; pero tan molestados se vieron algunos cuerpos de su ejército, que olvidándolo todo se arrojaron sobre los infieles: los unos incitaron á los otros, la batalla se hizo general, y los turcos tuvieron que huir.

Pero como son tan perversos, se quedaron cerca, y cuando los nuestros estaban mas descuidados, veinte mil sarracenos se les volvieron á echar encima.

Afortunadamente, aunque con trabajo, se les dió una lec-

cion de esgrima, y mas de ocho mil perros dejaron sus cuerpos en el campo.

Allí murió el caballero Avesnes: Jacobo de Avesnes, gloria de la cristiandad, que, recordando la pasion y muerte de Jesús, exhaló el espíritu diciendo: ¡Vengadme, Ricardo, vengadme!

Si hubiese pedido los Sacramentos, podríamos decir que el verdadero cristiano, en los últimos instantes de la vida, siente en su interior una voz que le habla de la eternidad; pero como solo pidió venganza, diremos que el hombre aquel consideraba su muerte como un ultraje hecho á la persona de Jesucristo, y no queria que quedase impune.

CLVI

Pero temo que el lector experimente algo de cansancio, y aun de fastidio, no por el asunto, sino por la prolijidad de este capítulo, y menester será que nos encaminemos rápidamente á su término.

No seria difícil hacer punto final ahora mismo: ¡bonito soy yo para pararme en barras! pero es lo cierto que no me determino á separarme de aquella magna empresa que representa nada menos que dos siglos de lucha, ocho tentativas guerreras de las mas extraordinarias, el esfuerzo sucesivo de muchos pontífices y del feudalismo europeo, y sobre todo una de las burlas mas discretas que la Providencia ha hecho de su imágen.

CLVII

Es claro que despues de lo que hemos referido podríamos creernos dispensados de mas explicaciones, con añadir que todo el oro, el talento, el señorío, el poder real, la fé religiosa, los milagros y las oraciones, todo ello fué inútil para conquistar el Santo Sepulcro; mas ¿por ventura tomé yo la pluma para tan poco?

¡Oh, no señor!

No tendria yo en un mes una buena digestión si no recorda-

se, por ejemplo, la alegría que experimentaron en Transilvania los guerreros de la cruz, cuando, despues de ganar una batalla contra Mahometo II, armaron una alegre danza acto contínuo, saltando y bailando por entre los muertos al compás de los ayes y lamentos de los infieles moribundos.

No habria yo podido pasar en silencio la mencion de aquella fiesta; porque, vamos, cuando veo la piedad religiosa de los buenos tiempos manifestarse tan alegremente, me es imposible no pararme un rato y tomar nota.

CLVIII

Como me gusta recordar tambien que cuando el hermano de Bayaceto, perseguido de muerte, se fué á amparar de los caballeros de San Juan, estos, prefiriendo cumplir con Dios á cumplir con los vanos deberes del honor mundano, le cogieron preso muy bonitamente, llevándolo consigo de ceca en meca, y si no lo enseñaron á los bobos por dinero, fué porque entonces los bobos no lo tenian.

CLIX

El pobre prisionero murió envenenado en Nápoles. Acaso un alma cristiana quiso poner fin á sus padecimientos.

Y despues fué cuando experimentó la cristiandad el disgusto gordo.

Derribó Selim á los mamelucos, enseñoreóse de Palestina, y el estandarte de la media luna ondeó sobre los muros de aquella Jerusalem terrestre que tantos pontífices, doctores, santos y signos celestes nos habian prometido á nosotros.

Y si una baja de un tres por ciento en la Bolsa es causa de grandes desazones y horribles angustias entre la gente considerada como mas dura de corazon entre los humanos, figúrese el lector qué desesperacion no causaria entre la cristiana grey, dechado de sensibilidad y ternura en aquella época, el ver á la Ciudad Santa en poder del afortunado Selim, que, dueño ya de Persia y Egipto, amenazaba el poder cristiano.

CLX

El sacro entusiasmo, el místico alboroto que se armó entonces fué de lo grande: todo cristiano daba gritos de guerra, prometia y juraba que iba á hacer y acontecer, y no se ha oido nunca en el sainete *Caldereros y vecindad* la gritería y el estruendo que por entonces hubo en el Occidente.

CLXI

Aunque solo sea por un momento, pido al lector que se tome la molestia de representarse todo aquello, suprimiendo el ruido para mayor comodidad.

Leon X predica una nueva cruzada; envia legados á España, á Inglaterra, á Alemania, y tan arriba como puede del Norte de Europa; se ofrece á ponerse al frente de los ejércitos; proclama una tregua de cinco años antre los príncipes cristianos, que se desollaban unos á otros, sin olvidar, por supuesto, los preceptos evangélicos; él mismo en persona se tomó la molestia de celebrar los oficios divinos (heroismo que se halla mencionado en todas las historias); ordenó procesiones y rogativas en Roma; repartió limosnas; anduvo á pié, como todos solemos ir, y descalzo hasta la iglesia de los Apóstoles; mandó echar desde el púlpito un discurso en que se alababa mucho su celo y entusiasmo, se ponderaba el ánsia de los señores de la tierra por ponerse pronto en paz á fin de lanzarse con inquebrantable ímpetu contra los infieles, á quienes se dirigian terribles amenazas de exterminio y se les advertia que todos los ejércitos de Europa iban á arrojárseles encima; y tales fueron el movimiento, el ruido, la locuacidad y los preparativos de guerra, que algunos turcos, ante aquel imponente espectáculo, experimentaron acobardados ciertos efectos parecidos á los de Sancho Panza en la interminable noche de los batanes.

CLXII

¡Tomó aquello un aspecto!...

No como el de las bullanguitas de hoy, hechas con objetos fútiles y perecederos y nada sepulcrales, como fundamentalmente lo fué la gigantesca empresa de los cruzados.

El aspecto que aquello tomó no podia ser mas grandioso. Todos los príncipes cristianos tomaron en cuenta la grave materia. Los principales, por medio de pergaminos, se pusieron de acuerdo con el pontífice con respecto al plan que seguirian en la próxima guerra santa; el emperador de Alemania prometió un poderoso ejército para que se uniese con la caballería húngara y polaca; se calculó dónde debian unirse, por dónde pasarian, cuándo atacarian á los infieles y en qué sitio.

El rey de Francia por su parte ofreció todos sus soldados, ¡todos! Aquello iba en grande, como cosa preparada para el servicio de Dios.

Además, esos soldados, junto con las fuerzas venecianas y otras de Italia y 16,000 suizos, tenian ya discurrido un golpe que, secundado por gente de España, Italia y Portugal, habia de hacer los destrozos mas gratos á la divinidad mas exigente.

El Papa reflexionó, calculó, meditó, y dijo por fin: ya está; yo me embarco en Ancona, me llego al pié de Constantinopla, y desde allí todos juntos acabamos de recobrar de una vez ese sepulcro adorado.

CLXIII

¡Las canciones que entonces salieron con motivo del grande armamento y de la próxima victoria!...

Se cantó en todas las jergas que se estilaban entonces, y en verso y en prosa, mil héroes juraban hacer mangas y capirotes y tortilla y cecina y picadillo de infieles, y cada cual profetizaba *segun sus* deseos, que eran entusiastas é inmensos, las grandezas

y glorias inmarcesibles que iban á proporcionar de un momento á otro al verdadero Dios.

CLXIV

La intencion era santa, el entusiasmo santo, el objeto santo...

Si llega á realizarse...

Porque es de advertir que no hubo nada de lo dicho.

¿No lo sabian ustedes?

Pues sí: Dios no quiso.

Los príncipes cristianos, despues de haber armado ejércitos con el propósito de consagrarlos á Dios, ó ya porque calculasen que Jerusalem estaba muy lejos, ó porque se figurasen que los turcos eran demasiados, ó por otro cualquier motivo que no fuera ninguno de estos, en vez de ir á matar moros se dieron á matar vecinos, olvidados de la tregua que pactaran; luego hubo tambien que Cárlos V de Alemania, emperador católico, se fué á pelear contra Francisco I, rey cristianísimo, y los demás reyes comenzaron á interesarse, ya por uno ya por otro, y entretenidos en las propias y agenas contiendas, dejaron la cruzada para otra ocasion.

La cual ocasion, distraida tambien, no llegó nunca.

CLXV

Creen algunos incrédulos que además de estas causas hubo otra para que aquella cruzada no tuviera efecto, y dicen que el grande inconveniente consistió en que no hubo medio de sacar á nadie un ochavo para la empresa.

En cuanto á cantar, á predicar, á alistarse para cobrar sueldo y correr mundo alegre y piadosamente, no se hallaba dificultad alguna; pero en cuanto á dar dinero, no pudo ser. ¿Qué remedio? no pudo ser.

CLXVI

Y luego... sin que podamos explicarnos ciertas cosas, como no sea haciéndonos cargo de que sucedieron porque quiso Dios, el

ejercicio de los cruzados parecia á algunos hasta poco cristiano.

San Anselmo, el mismo San Anselmo escribia á un amigo suyo muy querido: «Déjate de cruzadas, hombre, déjate de cruzadas; ni pienses siquiera en la Jerusalem de cal y canto; á la Jerusalem celeste debes dirigir tus ambiciones: quédate en tu monasterio; que sin salir de su recinto puedes hallar la salvacion eterna mejor que en otra parte.»

CLXVII

Y... ahora sí que casi puedo hacer punto redondo, pues no recuerdo que los cruzados hicieran despues nada de particular.

Vino que los caballeros de San Juan tuvieron que llorar otra derrota y el abandono en que se vieron peleando contra los turcos...

Vino que Cárlos V, emperador católico, puso preso al Papa y entregó á Roma al saqueo...

Vino que al Papa le aconsejaron que en vez de empeñarse en rescatar el sepulcro de Dios, rogase á Dios que mirase de salvarle á él y á todos...

Y poco á poco la gente se dedicó á otras cosas; los siervos fueron emancipándose de la divina autoridad de los señores; los reyes fueron dando cartas y privilegios y aumentando su poder, que dejó desvanecido el del feudalismo; la pólvora por un lado, la imprenta por otro; por la mañana el descubrimiento de la brújula, por la tarde el de América; ello fué que Europa se puso desconocida, y desde entonces se puede decir que no hizo mas que abrir caminos al racionalismo, á la irreligion y á las calamidades todas que hoy nos aquejan.

Desde entonces el mundo va mal, muy mal, de mal en peor.

Afortunadamente el cielo ha creado recientemente en España un partido religioso y tradicionalista.

¡Quién sabe si á sus esfuerzos deberemos algun dia la reconquista del sepulcro de Cristo!

CLXVIII

Y digo yo: si nuestras virtudes nos hiciesen dignos de recobrar el Santo Sepulcro, ¿qué diablos haríamos de él?

EL PILLAJE

I

¡Ah... si yo fuese hombre de estudios!

¡Qué magnífica ocasion se me presentaba para escribir aquí unos períodos como unas perlas sobre los frecuentes ataques de que la propiedad está siendo objeto hoy dia!

Y aun si ahora poseyese una coleccion cualquiera de periódicos sensatos, aun tengo para mí que entresacando de sus columnas ciertas expresiones, ciertos párrafos y ciertas fórmulas, habia de sacar al público unas páginas de muy buen efecto.

Procuraria inspirarme en aquello de que «escandaliza, ame»drenta, aterra el descreimiento en que vive la sociedad moderna;» pintaria las pasiones de la muchedumbre desbordadas, el ánsia insaciable de goces materiales, el desprecio á toda autoridad, las angustias horribles que padece el propietario, contínuamente amenazado de despojo, y ¿quién sabe? acaso algun lector bonachon, al ver mis profundas y sentidas quejas, me tomaria por dueño de fincas rústicas y urbanas, lo cual me granjearia su estimacion y respeto, como les ha sucedido y sucede á mas de cuatro pobres diablos.

II

Mas no quiso la mala fortuna que pudiera yo familiarizarme con los economistas, que tan aptos son para el objeto indicado, ni tengo ahora á mi alcance datos modernos de donde pueda sacar el jugo necesario para mí ideado guiso; y así, dejando á otros mas favorecidos de la suerte la utilísima y agradable tarea de exponer ante los contemporáneos, para su correccion y enmienda, el triste cuadro que hoy presenta la desorganizacion social, vuelvo á mis libros viejos, y toma de aquí, corta de allí, extracta del uno y exprime del otro, voy á perjeñar algo que tenga que ver con el título con que vine á encabezar el capítulo presente.

III

Y cierto que lo que en un concepto pueda perder, lo ganaré en otro; porque el que se dedica á escribir sobre lo de hoy dia, por insensible que sea, no puede menos de entristecerse á cada paso, viendo por do quiera á la sinrazon atropellándolo todo; á los rojos dispuestos siempre á quebrantar las leyes divinas y humanas para enseñorearse de lo ageno; al derecho de propiedad no solamente conculcado, sino escarnecido por la demagogia, y, lo que es mas...

Pero no: me parece que no puede haber nada que sea mas.

Si acaso encontrase algo, prometo decirlo á su tiempo.

IV

¡Ah! cuando uno se acuerda de aquellos períodos de respeto al derecho, de fé religiosa, de moralidad fundada en los verdaderos principios, siente un consuelo indescriptible.

Cuando se confiscaba en favor de la cámara del rey, cosa que para brillo del monarca y tambien para castigo de orgullosos súbditos sucedia con frecuencia, á lo menos se hacia con arreglo á derecho.

Cuando un príncipe salia con sus tropas y despues de enco-

mendarse á Dios entraba á sangre y fuego una comárca y se apoderaba de ella con objeto de redondear la herencia que le legaran sus mayores, ó para añadir un nuevo timbre á los que aquellos habian alcanzado por las armas, á lo menos no iba contra el derecho, porque el derecho de conquista, derecho tradicional, sagrado y universalmente establecido, no padecia detrimento, antes ganaba en autoridad cuanto mas ilustres eran los personajes que lo ejercian.

V

De suerte que, bien mirado, aquellos bárbaros que talaban, quemaban y asolaban campos, ciudades y monasterios durante sus largas y frecuentes correrías por Europa, en cierto modo no me son del todo antipáticos, toda vez que si en la forma no siempre se sujetaban á los mas suaves procedimientos, lo que es en el fondo no dejaban de ejercer el derecho siempre respetable de sus antepasados, derecho que los cristianos tambien ejercimos despues en numerosas regiones.

VI

La propiedad era sagrada en otro tiempo; el derecho de conquistarla era sagrado tambien; de suerte que, cuando se trababa una guerra entre reyes, ó entre señores, ó entre un bárbaro que invadia tierras agenas, cualquiera que fuese el vencedor, siempre resultaba que habia triunfado el derecho.

Si ganaba el acometido, triunfaba el derecho de propiedad; si ganaba el agresor, triunfaba el derecho de conquista.

Y así, viendo siempre el derecho triunfante, no se desmoralizaban las muchedumbres, que no tenian derecho á nada.

¿No es claro, sencillo, consolador lo que entonces sucedia y habia de suceder?

VII

Por ejemplo, sale á rey Cárlos *el Simple* (entiéndase que hablo del que reinó en el siglo IX; no se le confunda con los otros muchos Cárlos simples posteriores.)

Digo que sale á rey Cárlos *el Simple*, y le reconocen por tal todos los vasallos.

Él se retira tranquilamente á la ciudad de Laon, única que le quedaba, y sus vasallos, cumpliendo con los designios de la Providencia, le saludan de paso y continúan «peleando entre sí, con»quistándose unos á otros sus tierras, despojando las iglesias, »sometiendo á servidumbre á los hombres libres, levantando for»talezas y apoderándose de todo,» para que los desposeidos tuvieran modo de ejercitar la virtud de la resignacion en el seno de la pobreza, tan agradable al Criador que hizo de ella puerta del cielo.

VIII

Esto era á fines del siglo IX, cuando los normandos con el mayor esfuerzo se revolvian poderosos por tierra de Francia. El jefe de los normandos se llamaba Rollon, y era hombre fuerte y obstinado.

Y ese Rollon declaró su firme propósito de fijar su residencia en Ruan, que tenia destinada para capital de sus dominios.

Y dice la historia que establecia en Neustria colonias escandinavas, y recorria el país en todas direcciones, talándolo, quemando y asolando, como si ya fuera un señor de antígua estirpe y educado en el seno del cristianismo: ni mas ni menos.

IX

La gente saqueada, hambrienta y sin hogar, clamaba al cielo en uso de su derecho, derecho que jamás se coartó en aquellos gloriosos tiempos, y del que se hizo el uso mas libre que pueda imaginarse; porque, es lo que decimos: á lo menos en otros tiempos la muchedumbre tenia el consuelo de la religion.

X

Pues señor, consolándose sin duda con la religion, aquellas numerosas multitudes, viendo devastados hoy sus campos por los señores y mañana por los normandos; transidas de frio, hambrien-

tas, desesperadas á veces, pedian á Dios el dulce calor del sol para sus ateridos miembros, y se encontraban de repente envueltas en las llamas que devoraban sus míseros hogares; pedian al cielo que se apiadase de su dolor y le pusiera término, y sentian la espada del bárbaro ó del compatriota penetrar en su corazon, poniendo fin á su pena y á su existencia: quiero decir, en resúmen, que siempre el cielo solia concederles algo mas de lo que pedian; pero voy á lo que íbamos.

XI

En medio de aquellos pesares y consuelos, comenzaron á sonar rumores contra el rey; se le acusó de haber firmado treguas con los normandos, lo cual podia considerarse como una muestra de buena inteligencia con gente pagana, y sabido es que en aquellos tiempos era cosa justamente abominable el tener tratos con paganos, que en vez de pagar cobraban.

XII

Al fin rey, señores y plebe se fueron persuadiendo de que si su fé en el Omnipotente les habia inspirado la guerra, ya el Omnipotente debia estar satisfecho, y sin duda no queria mas batallas, porque cada dia les iba peor á todos, hasta á los que las ganaban.

Así que, determinaron tratar de paz.

Llamaron con buenos modos al pirata Rollon, que al fin ya era una persona decente, pues estaba acaudalado, y el Señor le concedia fuerzas y victorias que negaba á los fieles, y entraron en tratos con él.

XIII

Todo lo ganado por conquista, es decir, aquellas tierras, edificios y hombres de que él se habia apoderado por la fuerza, le fueron reconocidos como objetos de su propiedad legítima, sagrada, ¡vaya! y su lote consistió en todo el territorio de la moderna provincia de Normandía y además la Bretaña.

XIV

Rollon, una vez poderoso, quiso hacer como las personas decentes.

No se compró sombrero de copa porque entonces no se estilaba; pero se hizo cristiano, para dar una buena garantía de que en lo sucesivo se llevaria bien con sus correligionarios, y se casó con la hija del Simple, es decir, del rey, á quien hizo pleito homenage por medio de un dependiente.

Y desde entonces Rollon fué un señor, y hubo paz durante largo tiempo, y se volvieron á erigir iglesias preciosas, y la muchedumbre se arregló como Dios la dió á entender para levantarse albergues, y Rollon, el mismo Rollon, apenas hubo recibido las aguas del bautismo, consideró tan sagrada aquella propiedad que conquistara con su acero, que si un mal advertido hubiese intentado disputársela, de seguro que, invocando el nombre de Dios, le habria enviado de un revés al otro mundo; porque entonces, en tratándose de defender la legítima propiedad, aquellos hombres admirables todo lo sacrificaban á tan justa causa.

XV

El respeto á lo ageno estaba en otro tiempo tanto mas arraigado en los corazones, cuanto mas vivo y activo era el sentimiento religioso.

La religion inspira ideas de paz, de humildad; inspira amor al prójimo y desprecio de los bienes de la tierra. Poco importa que tal cual indivíduo se desviase una que otra vez de estos sentimientos: la excepcion, ya lo hemos dicho, confirma la regla, y la regla era entonces el Evangelio: todos los hombres hermanos, todos iguales.

Es decir: no todos, porque lo absoluto es irrealizable en la tierra, pero casi todos.

La inmensa mayoría de los hombres eran siervos, nada poseian: en este punto eran iguales.

Poseian los grandes vasallos, y aun la propiedad suya; el feudo, era una condicion del servicio militar.

Estos eran las excepciones.

XVI

La inmensa muchedumbre no solo no era propietaria, sino que el sentimiento del siglo y las leyes estaban en feliz acuerdo para considerarla incapaz de propiedad, y como la servidumbre y la dependencia absoluta y la no propiedad de las masas eran de derecho divino, segun la respetable autoridad de los padres de la Iglesia (como lo hemos recordado á su tiempo) (1), resultaba que la propiedad agena no podia ser combatida ni codiciada por los que vivian en la conviccion de que eran capaces, sí, de sacramentos, pero incapaces *a natura* de ser propietarios.

Conviccion doblemente consoladora, que convendria arraigar de nuevo en nuestro infeliz proletariado.

XVII

Y no se crea que en los mejores tiempos, con ser los hombres tan amigos de la paz, se desdeñaran de tomar parte en las guerras cuando estas eran justas: muy al contrario, entonces, por una preeminencia, por una palabra que afectase al pundonor de un poderoso, se lanzaban al combate los siervos á despedazarse mútuamente en pró de sus amos.

XVIII

Cuando estaba para estallar la guerra entre Ricardo Corazon de Leon y Felipe Augusto, escribió un canto el famoso trovador y caballero Beltran del Born...

Este era un vizconde muy dado á las letras, que sin duda debió de ser grande amigo de la justicia; porque de él dice la his-

(1) Véase *Los Tiempos de Mari-Castaña*, cap. *Los Siervos*, págs. 75 y siguientes.

toria que su vida no tuvo mas objeto que la guerra, hacer guerra, excitar á la guerra, y cantar cosas de guerra.

Yo creo que su mismo celo por la paz le hacia indignar á cada paso contra los que en su concepto se ponian á riesgo de turbarla, y no pudiendo sufrirlo y deseando enseñarles y escarmentarles, acto contínuo les acometia con el mayor denuedo.

XIX

Pues como digo, el trovador y vizconde cantaba al preveer la guerra:

«Voy á echar una copla por los dos reyes... Si despues de »la guerra quedo con vida, ¡qué gloria la de haber vencido! Si me »hacen pedazos, ¡qué ganga el salir de cuidados!»

Y decia además:

«¡Oh qué gran tiempo será cuando se armè! Saquearemos á los »usureros, no habrá en los caminos traginero seguro ni patan que »no nos tiemble, ni mercader que venga de Francia: el que sepa »meter mano, ese será rico.»

Véase, véase como aquel hombre, representacion de su siglo, aun en tiempo de guerra solo pensaba en despojar á los usureros que abusan del necesitado, y á los mercaderes y gente así, que entonces era considerada como indigna. Pero contra las personas respetables, nada.

XX

En cuanto á las turbas, por supuesto que eran lo que siempre han sido, salvo que entonces la verdadera fé enaltecia sus ideas y sentimientos.

Ahora mismo puedo copiar de un libro que hablando de la misma época dice:

«Aun los compañeros de los primeros reyes normandos pare- »cian como cuadrillas de bandoleros. Devastaban á su paso las »tierras; no pudiendo consumir las provisiones de las casas en que »se alojaban, las mandaban vender y cobraban el precio, ó bien »las arrojaban al fuego; con el vino lavaban los piés á sus caba-

»llos; por todo lo cual apenas los habitantes averiguaban que el »príncipe iba á llegar, huian de sus moradas y buscaban la sal»vacion escondiéndose en los bosques.»

Como el historiador dice que esto sucedia cuando los primeros reyes normandos, es claro que quiere decir que ya no volvió á suceder debajo de los segundos; idea que le tranquiliza á uno por mas de tres semanas.

XXI

Ciertos enemigos acérrimos de lo pasado dicen que apenas acababa de espirar un rey de aquellos, cuando quedaba abandonado su cadáver y al propio tiempo se estaban ya saqueando las arcas reales.

No puede ser.

Ya sabemos que alegan lo sucedido á la muerte de Guillermo el Conquistador.

En efecto, apenas exhaló este príncipe el último aliento, cuando los grandes que le rodeaban montaron á caballo para ir á cuidar de sus bienes; la gente de la servidumbre y los vasallos de menor guisa robaron las armas, la vajilla, las vestiduras, las telas, los muebles, y huyeron dejando el cadáver del rey casi desnudo, tendido en el suelo.

XXII

Pero esto es un hecho aislado: y ¿qué prueba un hecho? Nada, absolutamente nada.

Es verdad que tambien dicen que despues de la muerte de Ricardo Corazon de Leon, los caballeros se entregaron á todo género de excesos contra el primero con quien topaban, y hasta un cronista de aquel tiempo los compara con lobos hambrientos, y dice: «robaban, saqueaban, se llevaban por la fuerza cuanto caia en sus manos, lo mismo que los bandoleros comunes.»

Mas para que se vea qué tiempos eran aquellos, el mismo cronista se ve obligado á atenuar el mal concepto que por sus pala-

bras podríamos formarnos de dichos caballeros, y añade explícitamente que antes de emprender sus correrías confesaban y comulgaban devotamente.

XXIII

La fuerza de la pasion pudo turbar alguna vez la serenidad de ánimo que se adquiere con el auxilio divino, que entonces se imploraba con frecuencia; pero pasado aquel momento de ceguera... Por ejemplo:

En el siglo XII el conde de Namur y el duque de Lorena tuvieron allá sus cuestiones, como sucede á cada paso entre vecinos.

El conde invadió las tierras del duque; lo pasó todo á sangre y fuego; destruyó hasta los cimientos la abadía de Gemblou; tomó la poblacion; llevaron él y su contrario las armas á lo interior de los templos; los sacerdotes fueron asesinados al pié de los altares; pero ¿quién no conoce que este es el natural efecto de las pasiones humanas? ¿Quién no ve que en el largo trascurso de los siglos nada tiene de particular que por excepcion singularísima sucediera una cosa semejante?

Respecto á lo que dice un autor moderno sobre que sucesos semejantes eran comunes en la Edad media, y que todos los dias se armaban guerras por el mismo estilo entre los señores feudales, debe rechazarse como calumnioso.

Si lo dice, que lo pruebe.

Y si lo prueba, ¿no será un malvado quien se complazca en descubrir las manchas de los tiempos mas felices de la humanidad?

XXIV

Porque... voy á decir una cosa muy importante, sin aumentar el precio de este libro.

La voy á decir: me ha dado ahora por ser garboso, y no me duelen los cuatro ó cinco reales mas de interés que me resuelvo á comunicar á estas páginas.

Si todos fuésemos personas ilustradas como V., querido lec-

tor, y yo, se podrian decir ciertas cosas: la historia imparcial podria ponerse al alcance de todo el mundo; pero ¿no es temible, digo mas: no es criminal revelar á la muchedumbre indocta unos sucesos que se prestan á torcidas interpretaciones; sucesos que es bien queden registrados en las bibliotecas para uso y consulta de los letrados, pero que adquiriendo publicidad roban el esmalte á los siglos poéticos y son causa de que se tenga en menos á los hombres de edades pasadas, en virtud de lo cual los contemporáneos ignorantes se llenan de vanidad, teniéndose por mejores que ellos?

XXV

Yo así lo creo, y por no contribuir á estos y otros males semejantes, me andaré con mucha parsimonia así en la narracion como en el comento de ciertos hechos.

No hemos de negar por esto que en momentos dados las guerras feudales no tuvieran cierto carácter terrible; mas no se podrá decir que siempre la codicia y el egoismo inspirasen los ánimos de los guerreros.

Del siglo XII sabemos que las vanguardias de los ejércitos se componian de pelotones de incendiarios.

Así el poeta que canta las glorias de Felipe Augusto, dice de este:

«*Régiamente* penetró por las tierras de los confederados, in»cendiando y devastando á derecha é izquierda.»

Por ahí se ve que si destruian siempre, no siempre lo hacian con ánimo de aprovecharse de los bienes del enemigo.

A esto replican los modernos, que cuando no les cegaba la codicia les cegaba la crueldad.

Así no se puede discutir. A semejantes argumentos no debe replicarse, porque seria el cuento de no acabar.

Y sobre todo, si los cristianos de la Edad media incendiaban y talaban, á lo menos seguian en esto las costumbres que habian

hallado establecidas, con lo cual daban una muestra del respeto que tenian á lo que practicaran sus mayores.

El hecho era general.

Si quemaba Felipe Augusto contra los confederados, quemaba tambien Enrique al penetrar en los dominios de Felipe; y Federico I en Italia se atemperaba tambien dócilmente á la práctica de incendiar.

¡Una sola fé, un solo señor, una sola práctica!... ¿No valia mas esto que lo actual, en que cada uno piensa y obra sin mas norma que la de sus instintos brutales?

El ódio á lo pasado es causa de que hoy dia se dejen de emplear procedimientos muy útiles, sancionados por la autoridad de los siglos, y ciertos demagogos serian capaces de no incendiar una ciudad vencida en buena guerra, solo por el maligno placer de no seguir las venerandas costumbres antíguas.

Y aun á veces aquello mismo que mirado superficialmente podria achacarse á crueldad, no era sino prueba de sentimientos bien opuestos y muy dignos del hombre.

Así, cuando Ricardo Corazon de Leon mandó degollar de una vez á los tres mil prisioneros turcos en medio de una llanura, lo hizo con dos objetos muy nobles: el primero fué enseñar á Saladino á cumplir sus promesas, toda vez que habia prometido pagar el rescate de aquellos turcos y no lo habia hecho; el segundo celebrar con una fineza dedicada al cielo la fiesta de la Asuncion de la Vírgen.

Allí el generoso rey no tenia una catedral ni canónigos á mano para celebrar un oficio grande ni pequeño: lo único algo régio que podia hacer era la matanza de aquellos turcos: si hay cristiano que se atreva á censurarle...

En fin, yo no me he de quebrar la cabeza por esto, digan lo que quieran; que aun me apartaria del asunto principal de este capítulo siguiendo por este camino.

Vuelvo, pues; pero esta vez en derechura, á decir lo que me pesa no haber dicho ya sobre el pillaje.

XXVI

Tal vez en alguna ocasion los soldados mercenarios, empleados desde el siglo XI por los señores en las guerras que tenian unos con otros, hubiesen cometido desmanes, y tal vez de ello se haya tomado pretexto para suponer exageradamente que el pillaje era cosa comun en la Edad media.

En efecto, acerca de dichos mercenarios, dicen algunos autores que eran gente mala.

Segun veo en un libro, hay autor de aquel tiempo que les acusa de «hombres crueles, asesinos é incendiarios.»

Otro escribe á Luis VII que son «la peste del mundo.» Añade otro: «Son, mas bien que hombres, bestias fieras; tienen sed de »sangre como ellas; no tienen respeto á las iglesias ni á los ecle»siásticos;» y aun, anticipándose á Olona en su zarzuela de *Don Simon*, añade al pié de la letra: «No perdonan ni sexo ni edad; »*nulli ætati, aut sexui parcentes.*»

Pero ¿no podria ser que esos escritores perteneciesen al partido enemigo del señor, á cuyos mercenarios achacaban tales delitos y crueldades?

¿No podemos inclinarnos á creer que la pasion movia su pluma ó que escribian bajo la impresion de noticias falsas?

XXVII

El mismo libro que contiene lo que acabo de trascribir, dice que en las *Grandes Crónicas de Francia* se lee al mismo propósito lo que sigue:

«Incendiaban (los soldados) monasterios é iglesias, y obliga»ban á seguirles á los monjes y clérigos, á quienes por befa lla»maban *cantadores*. Les pegaban y les daban mil tormentos, di»ciéndoles: *cantad, cantadores, cantad.* Dábanles de bofetadas en »ambos carrillos, y les azotaban brutalmente con recias varas, »tanto que muchos hubieron de rendir el alma á Dios en medio de »tales tormentos... Pero aun sucedió cosa tal, que sin gran dolor

»y lágrimas amargas no hay hombre que pueda referirlo.
»Cuando robaban las iglesias, cogian la Eucaristía con sus ma-
»nos mancilladas y teñidas en sangre humana, arrojaban al suelo
»las sagradas formas y las hollaban con sus impuras plantas. Y
»á sus barraganas les hacian velos y papalinas con los corporales
»destinados al precioso cuerpo de Jesucristo en el sacramento del
»altar.»

Todo lo cual podria ser cierto una que otra vez tratándose de mercenarios que peleaban por el que les pagaba mejor, criados en la servidumbre y la ignorancia, y acaso enemigos de la Iglesia y la religion, que no les redimia del hambre, la dependencia y la miseria; pero si no sucedió todo lo que los autores dicen, ¿no es verdad que exageraron demasiado?

XXVIII

Y aun no he citado lo que cuentan algunos, de que aquellos soldados irreverentes, en las iglesias que caian bajo su mano, escupian á Dios y á los santos... *in contemptu Dei*, *in imaginum facies expuentes*.

Pero verdaderamente no hacen gran falta citas semejantes.

XXIX

Aprovechemos ahora una ocasion de ser imparciales, y digamos que algunos pudieron equivocarse de buena fé al suponer que la época mas brillante, mas moral, mas religiosa y de mas órden que se ha conocido, hubiese podido consentir escenas de pillaje.

Lo que hubo fué que los señores ribereños se apoderaban, como de cosa suya, de los hombres y las cosas que se perdian en sus aguas; pero cuidado, que en esto no cometian un despojo: esto era un derecho, un derecho incontestable.

Véase cuánta diferencia va de hacer uso de un derecho á co-

meter un abuso por medio de la fuerza, y se comprenderá cuánto distaba de un acto de pillaje la apropiacion legal que de bienes y personas podia practicarse entonces.

Cuando el conde Haroldo, enviado por el rey de Inglaterra á Normandía, tuvo la desgracia de naufragar, los ribereños se apoderaron de él y sus compañeros.

Estaban en su derecho.

Para asegurarse bien de sus personas, les cargaron de cadenas.

Estaban en su derecho.

El conde de Ponthieu reclamó la presa como suya, pues escrúpulos de conciencia le quitaban el sueño, y por nada del mundo habria consentido la injusticia de que aquellos infelices náufragos fuesen á ser propiedad de quien no tuviese derecho sobre ellos.

Guillermo el Bastardo tambien quiso para sí el prisionero; mas no lo adquirió sino pagando en cámbio una gran cantidad de dinero y además un buen pedazo de terreno.

XXX

Por este lado ya se ve que entonces el pillaje, si así puede decirse, no era un hecho desordenado, turbulento y demagógico, sino que por el contrario, era no solo un hecho social siempre respetable, sí que tambien un derecho; derecho que era ejercido por las personas constituidas legítimamente en autoridad; derecho que se respetaban los unos á los otros todos cuantos habian sido por el cielo colocados en posicion de ejercerlo.

XXXI

El derecho de que hablamos era uno de los que mas producian. Grandes bienes derramó la Providencia por este medio á los señores ribereños, y hoy, que tanto se clama contra el legítimo orígen

de las grandes propiedades, bueno es recordar que en aquellos tiempos la ley era igualmente respetada por todos: solo á la sombra del derecho y de la ley era posible enriquecerse.

XXXII

Guiomar de Leon era un señor que poseia un peñasco. Contra ese peñasco se estrellaban muchos buques; de los buques y sus náufragos pasaba á ser dueño el susodicho Guiomar, y con razon decia él que aquel peñasco era una piedra preciosa, mucho mejor que las perlas y los diamantes mas estimados, pues le producia un año con otro cincuenta mil libras.

XXXIII

Nada mas claro y legítimo. Guiomar era dueño y señor de aquellas aguas. Se despertaba una mañana y encontraba en ellas barcos ó gente. ¿Quién les habia mandado á esa gente hacer uso de unas aguas agenas? ¿El llevar el barco allí, no era ocupar un sitio que no era suyo? ¿No sabian el derecho que tenia el señor sobre aquellos dominios?

XXXIV

Y lo admirable es que ese derecho no se ejercia solamente sobre infelices y desvalidos, no; en esta materia tambien la ley era igual para todos, y el derecho de naufragio se usaba lo mismo sobre el conde, como hemos visto, que sobre el siervo, y hasta sobre el rey, como se verá mas adelante; y el mismo Cárlos de Anjou, rey de Nápoles, no tuvo reparo en apropiarse los despojos de sus compañeros de glorias y fatigas, de sus hermanos de armas, «en virtud del derecho de naufragio que otorgaba al señor de un »escollo todo lo que el mar arrojaba á los términos de su juris»diccion.»

XXXV

Nadie, absolutamente nadie escapaba á los fueros de la justicia, por soberano que fuese en sus tierras.

Y así da lástima y vergüenza el ver que en los tiempos modernos los poderosos se eximan del cumplimiento de las leyes, cuando en aquella calumniada edad, si naufragaba un rey ni la paz y caridad le valia.

XXXVI

En cuanto á los actos de bandolerismo ilegal que pudieran cometerse, toda vez que entonces los hombres, si bien valian mucho mas que hoy, dicen que no eran perfectos, en cuanto á aquellos actos digo, se corrigieron por medio de la institucion de la caballería.

Al caballero, á la dama, al señor, á la señora, siempre los otros caballeros los defendieron de los ultrajes de los fuertes.

Los únicos que eran víctimas de las correrías de los señores eran los mercaderes y viandantes y tragineros; pero estos al fin y al cabo no tenian valor alguno en aquella sociedad, y despojarlos y aun matarlos no era tan grave delito como seria hoy, gracias á la funesta confusion de clases en que vivimos; confusion cuya perversa índole se ve patente en esto, pues entonces el matar á un pelafustan era cosa de poca monta y hoy es delito grave, con lo cual solo hemos logrado crear delitos que en otros tiempos mas felices no existian.

XXXVII

Se sabe por las historias que en 1164 unos mercaderes alemanes fueron despojados en Francia por el señor conde de Macon, caballero cristiano, á quien (sin duda por algun defecto que no ha llegado á nuestra noticia) Pedro el Venerable le llamaba «lobo de »la mañana, lobo de la tarde y lobo de la noche.»

Con motivo del despojo de aquellos mercaderes, la córte de

Alemania escribió al rey de Francia, Luis VII, que debia haber el mismo derecho y las mismas garantías relativamente á los naturales de un país que viajasen por el otro; y en efecto, el resultado de las conferencias celebradas sobre el particular fué como habia de ser en una época en que se amaba la justicia y se respetaban las tradiciones, y se convino en que así como los señores de Francia despojaban en sus tierras á los alemanes, así tambien los de Alemania despojarian á los franceses, y se cumplió el convenio al pié de la letra, y cada país hallaba una justa compensacion, y ese derecho no se perdió hasta que, relajándose las costumbres y caidas en menosprecio las prácticas antíguas, empezó la decadencia de Europa.

XXXVIII

Pero mientras no llegó tan desgraciado caso, todo aquel que era despojado en país extranjero obtenia fácilmente de los magistrados de su tierra la competente autorizacion para incautarse, siempre que pudiera, de bienes y riquezas pertenecientes á personas naturales del país en que se hubiese cometido el despojo.

Así se conservaba aquel precioso equilibrio que mantiene á los pueblos en paz unos con otros y á cada uno sujeto á sus señores naturales y á las leyes instituidas por la autoridad legítima y sancionadas por el comun consentimiento.

XXXIX

De esta manera...

¡Mas ay! Las ciudades rebeladas contra leyes seculares; aquellas ciudades que desconociendo la ley de Dios se emanciparon de la servidumbre, vinieron á turbar la paz universal y á introducir innovaciones siempre perniciosas.

Acusaron á los señores no ya solamente de ejercitar su derecho de naufragio, sino de provocar los naufragios con el fin de aprovecharse de la desgracia de los náufragos.

¿*Era verosímil* semejante calumnia arrojada sobre unos caba-

lleros que tenian que perder, oian misa cada dia, tenian capellan propio en su casa, y confesaban y comulgaban con tanta facilidad y frecuencia como mas adelante llegaron á sorber un polvo de rapé?

No era verosímil, y, sin embargo, la malicia y la ignorancia villanescas les dieron crédito.

XL

No hubo cosa que los municipios, precursores de los rojos de hoy dia, no intentasen contra los señores, por el ódio que los miserables respiraron siempre contra toda autoridad; y en algunos puntos, como si en efecto pudiese haber caballeros culpables de provocar naufragios, decretaron lo siguiente:

«El culpable será amarrado á un poste en medio de su casa, »cuya casa será entregada á las llamas; se derribarán sus paredes »y muros, y el solar será destinado á plaza pública y á mercado, »en donde por siempre jamás se venderán los cerdos.»

Véase cómo estaban inspirados por las malas pasiones y cómo traspasaron todos los límites, pues bajo pretesto de humanidad y justicia quisieron destruir un derecho y unas prácticas antiquísimas, como eran el desbalijar los poderosos á los que cayesen bajo su mano, y establecieron el castigo de esos mismos poderosos, cosa jamás estilada, enteramente contraria á los principios fundamentales de aquella sociedad, y en favor de la cual no podian alegar ni un solo texto del Evangelio ni del Apocalipsis, siendo así que tantos padres de la Iglesia, tantos pontífices y la tradicion universal sancionaban y prescribian la servidumbre en que por mandato de Dios debian vivir los que se atrevian á dictar leyes y á poner límites á la voluntad de sus amos.

XLI

Lo peor del caso fué que hasta algunas personas sensatas se contagiaron con aquellas ideas, y hubo hombres que parecian buenos y de juicio, y sin embargo incurrieron en el error de pro-

clamar que «solo la codicia movia á los que se aprovechaban de »la desgracia de los náufragos.»

XLII

Lejos de nosotros el propósito de suponer que nunca se abusara del derecho á exigir rescate; no: confesamos que alguna vez se abusó de él: ya hemos dicho que no tenemos por perfectas á aquellas generaciones, aun cuando reconozcamos que en muchas cosas, casi en todo, nos llevaron gran ventaja.

Una de las ocasiones en que se abusó del rescate la tenemos muy presente, y vamos á mencionarla; pero advirtiendo antes que fué, en nuestro concepto, un abuso perdonable, en gracia del íngénio y la valentía con que fué cometido.

Me refiero á una ocurrencia de Roberto Guiscardo, hijo de un pobre caballero normando, cuyo Roberto alcanzó los mas altos honores y obtuvo grandes riquezas con la punta de su espada; fué duque de Apulia, aspiró nada menos que á la conquista del imperio griego, y fué grande amigo del Sumo Pontífice.

Pues cierto dia, teniendo gran necesidad de dinero, esparce por la comarca la noticia de su muerte; se hace colocar en un féretro y conducir á un monasterio con numeroso y lucido acompañamiento de hombres de armas.

Los pobres monjes experimentaron en el primer momento dos profundas sensaciones. Una de paz y consuelo y tranquilidad para lo porvenir, porque Roberto con su génio belicoso les habia inspirado siempre temores; otra de esperanza, pensando que á la hora de la muerte el cristiano aventurero habria tomado las disposiciones mas convenientes para salvar su alma.

XLIII

Abriéronse las puertas del pacífico retiro consagrado á la oracion y la penitencia; penetraron en su augusto recinto los de la comitiva; colocaron ceremoniosamente el féretro en medio de la *iglesia;* arrodilláronse todos...

Como rayo levantándose y como trueno dando voces, salta de pronto Roberto, se pone en pié con el acero en alto, y deja inmóviles de asombro á los pobres monjes...

XLIV

¿Pobres?

No: á los ricos monjes, á quienes declara prisioneros y les obliga á pagar por su rescate una cantidad de dinero enorme; cantidad que ellos pagaron sin que tuviesen que pedírsela prestada á nadie.

Por esto digo: pobres, de ningun modo.

XLV

Convengo en que puede calificarse de abuso lo que hizo en aquella época mi terrible tocayo; pero convéngase tambien en que aun este abuso fué perdonable por lo ingenioso.

De esta misma opinion fué sin duda el Papa y tambien lo fué el emperador, supuesto que uno y otro solicitaron la amistad y el auxilio de Roberto, que se decidió, como hombre de bien, por el Sumo Pontífice.

XLVI

Por cierto que el emperador estuvo si entra ó no entra en Roma y lo echa á rodar todo; pero afortunadamente Gregorio VII habia llamado á Roberto en su auxilio, y sus normandos ahuyentaron valerosamente á Enrique IV y á los suyos.

Lástima grande que aquellos piadosos defensores de la Santa Sede, apenas hubieron alejado al emperador y se vieron dueños de la Ciudad Santa, la saquearon sin ton ni son; suceso que aunque aislado acaso haya servido de pretexto para dar color de verosimilitud á las exageraciones que se propalan sobre el pillaje de aquellos tiempos tan pacíficos como cristianos.

XLVII

Dice alguno que quien deshonró su época en este sentido fué Guillermo el Bastardo al emprender la conquista de Inglaterra.

Dicen que desmoralizó á la gente, mandando publicar un bando en que ofrecia buena cantidad de dinero y el saqueo de Inglaterra á todo hombre alto y robusto que le acompañase en su expedicion con lanza, espada ó ballesta.

Y como entonces la conquista en sí era un derecho, no es de admirar que muchísimos hombres, amantes de la legalidad y el saqueo, acudieran al llamamiento.

Dice el historiador Thierry que se le presentaron hombres del Maine, de Anjú, del Poatú, de Bretaña, de Francia, de Flandes, del Piamonte y de las orillas del Rhin, los cuales formaban una muy numerosa muchedumbre, y entre ellos habia muchos caballeros, capitanes y simples soldados: los unos le pidieron soldada en dinero; los otros que les pagase el viaje y les concediese todo lo que por su mano saquearan; muchos le pidieron concesiones de terreno en el país que iban á conquistar, un señorío, un castillo, una ciudad, y algunos se contentaron con que les diese por esposa una sajona rica.

XLVIII

Pues bien, yo digo...

Pero aun añade mas el historiador, y prosigue diciendo que todos los deseos de aquellos hombres se vieron satisfechos con exceso, con lo cual se prueba que Guillermo era hombre honrado y cumplidor de sus promesas; y en efecto, el duque Guillermo se ciñó la corona de los reyes anglo-sajones, y distribuyó entre sus compañeros los condados, las ciudades, los obispados y los monasterios.

IL

Pues bien, digo yo, aquella conquista se hizo con el beneplácito del Papa, el cual habia enviado su estandarte á Guillermo, y como dice muy bien un libro que tengo á la vista, aquellos nor-

mandos pudieron entregarse con la conciencia bien tranquila al saqueo, pues su obra estaba santificada.

De modo que aquel saqueo fué legítimo y tuvo algo de santo, y legítimas fueron las propiedades entonces adquiridas, y la posteridad las respetó como sagradas, al paso que en nuestra calamitosa época no pasa dia sin que la propiedad no sea objeto de un ataque violento.

¡Oh saqueos que con la sancion pontificia legitimábais la tranquila posesion de las cosas! ¿Por ventura no volvereis ya?

L

Es de advertir que, si bien el Papa sancionaba la reparticion de bienes, tierras y obispados entre los auxiliares de Guillermo el Bastardo, no por esto la Iglesia daba permiso á todos igualmente para fundar su derecho de propiedad en iguales títulos, como lo demuestran las numerosísimas excomuniones lanzadas en los siglos x y xi contra los que despojaban fuera de sazon á los viajeros, y contra los señores feudales que no siempre interpretaban ortodoxamente su derecho de apropiacion.

LI

Entiéndase bien, empero, que si la Iglesia condenaba ciertos despojos abusivos, no exageró nunca su doctrina hasta el extremo de condenar á los que desbalijaban á los infieles.

Muy al contrario: en algunas ocasiones prelados eminentes en saber y virtud aconsejaron como acto agradable á Dios la expropiacion forzosa y violenta de los bienes pertenecientes á los judíos (1), y aun el concilio celebrado en Tarragona en 1317 expresó terminantemente en su cánon 7.° que era lícito el pillaje cometido contra los infieles, y llevó su benevolencia hasta permitir ese ejercicio á los hermanos de las órdenes menores.

Esta distincion entre el saqueo cometido contra cristianos y

(1) Véase *Los Tiempos de Mari-Castaña*, pág. 13 y siguientes.

el que se cometia contra los no cristianos, fué un gran progreso.

Y este progreso dió lugar á que, si bien el cristianismo habia abolido la esclavitud, los cristianos, dueños temporalmente de Jerusalem, pudieran dedicarse al comercio de esclavos blancos y negros sin infringir ninguna ley ni gravar su conciencia, con tal que los hombres objeto de su comercio fuesen infieles.

LII

Ahora se me ocurre que mas de una vez se reunirian veinte ó treinta hermanos de órdenes menores con sus libros de rezo y sus dagas ó montantes, rogando á Dios que hiciese caer por su banda á unos cuantos infieles para saquearles en el acto, á fin de servir á Dios no solo con el corazon, sino tambien con el brazo.

LIII

Por lo demás, en algunas partes no parecia del todo bien el derecho de despojar á los náufragos, y se trató sériamente de abolirlo.

Pero abolirlo del todo, siendo así que constituia una práctica lucrativa y sobre todo respetable para su grande antigüedad, tampoco parecia acertado, y como era de esperar, se adoptó un término medio.

En 1112 el arzobispo y el vizconde de Narbona acordaron abolir el derecho de naufragio; pero con la condicion de que los bienes de los sarracenos que naufragasen se repartirian por mitad entre el arzobispo y el vizconde: particion muy acertada, por cuanto en la empresa social de aquella época el vizconde ponia el capital y la industria, y el arzobispo facilitaba la sancion del cielo.

LIV

Y no se crea que este fué un hecho aislado, no.

Me encuentro ahora mismo con los siguientes datos, que, á

no ser yo un pecador indigno, creeria que la Providencia misma los ponia ante mis ojos.

Dicen así:

«Una ley de Federico II, promulgada en la basílica de San »Pedro de acuerdo con el Sumo Pontífice, conserva el ejercicio »del derecho de naufragio contra los infieles.»

Es decir, prohibe que se despoje á los náufragos á menos que no sean infieles, en cuyo caso es lícito expropiarles: *Nisi talia sint navigia, quæ sint Christiano nomine inimica.*

Y por este tenor el concilio de Coblenza de 992 condenaba al par de los asesinos á los que compraban y vendian hombres, si esos hombres habian sido bautizados; y nuestras leyes de Partida, al prohibir que se redujera á esclavitud á un cristiano, tenian buen cuidado de añadir: «Mas captiuos son llamados por »derecho aquellos que caen en prision de omes de otra creencia.» (Part. II, tít. XXIX, ley 1.ª)

LV

«¡Por derecho!»

¡Qué mezquinas son al lado de esto las teorías modernas!

¡Ser hoy cristiano y no poder tener *captiuos* ni siquiera de otra creencia!

Es lo que he dicho mil veces: entonces ¿qué pintamos aquí?

Si Cristo murió en la cruz para redimir á la minoría, es decir, á los cristianos, y estos no han de tener derecho para esclavizar á los infieles, mas valdria que en vez de dejarse crucificar se hubiese dado vida de canónigo.

No: en pensando en lo que hemos perdido con las teorías modernas, llega uno hasta incomodarse.

De veras.

LVI

Por lo demás, se ha notado y todavía se nota vivo empeño en extraviar la opinion pública, amontonando consejas y leyendas

que, á ser ciertas, darian de la sociedad feudal, sobre todo, una idea mucho peor que pueda formarse de la de nuestros aciagos dias; lo cual no puede ser, porque es imposible, como lo afirman y comprueban todos los predicadores.

LVII

Hay en cierto romance unos versos...

El romance trata de cómo «Bernardo del Carpio, por vengar »unas doncellas, mata en duelo á Lepolemo.»

El romance pinta muy bellamente que por una sombría floresta

Llorando van tres doncellas
hermosas y desdichadas
en morcillos palafrenos
y en negras sillas sentadas.

Las mozas van de luto; precédenlas cuatro escuderos con hachas negras, y en medio llevan un ataud,

y dentro un cuerpo sin alma,

cuyo cuerpo, armado de todas armas, menos la celada,

heridas lleva de muerte,
y la cara ensangrentada.

Bernardo del Carpio, que por casualidad estaba allí esperando á Roldan, con quien tenia que darse y tomarse unas puñalaitas, acierta á ver el cortejo y pregunta qué es lo que significa.

Las damas piden favor
contra quien las agraviara,
qu'es el fuerte Lepolemo,
que un hermano les matara
por tomarles el castillo
y una de las tres hermanas.

LVIII

De este y otros romances y tradiciones profanas ha deducido *el vulgo* que pudo haber un tiempo en que sin órden ni concierto

se tomaban castillos y hermanas como hoy se toma la leche de burras.

LIX

¿Pero en qué cabeza sensata cabe que cuando mas viva era la fé religiosa, cuando mas puras é inocentes eran las costumbres, cuando el órden reposaba sobre las sólidas bases de la religion y las gerarquías, pudieran cometerse abusos semejantes?

LX

¡Oh lo que cuesta desarraigar las preocupaciones y persuadir á las muchedumbres de lo que era entonces derecho tradicional, y como tal doblemente respetable, y lo que son hoy las iniquidades sancionadas por unas leyes nuevas, hechas por gente sin mitra ni la menor partícula de sagradas órdenes!

LXI

Escritores hay que con fines siniestros reunen todas las noticias que puedan contribuir al desprestigio de las edades pasadas, y las estampan en libros de escaso precio, con la pérfida intencion de que así puedan ser muchos los que leyéndolas caigan en el desconsuelo.

«Los actos de bandolerismo de los señores (dice uno) eran aun »mas frecuentes y funestos que las guerras. De semejantes exce»sos no hay que culpar exclusivamente al feudalismo, porque »fueron anteriores. Una capitular del año 850 nos da á conocer »que bandidos en cuadrilla acometian y despojaban á los merca»deres y peregrinos que iban á Roma, y aun á veces les daban »muerte.»

¿No es estó deseo de inculpar no solo la Edad media, sino los siglos que la precedieron, cuando lo mejor y mas recto seria enaltecer por el contrario aquellos tiempos remotos?

LXII

De los siglos VIII, IX y X, por ejemplo, el vulgo no sabe gran cosa.

Si le decimos en libros y sermones que durante aquellos tres siglos los hombres, las costumbres y las leyes eran mejores que las de hoy, y si sobre todo ponderamos la resignacion y la fé religiosa de los pobres de aquella época, el vulgo la admiraria, aborreceria las invenciones modernas, volveria por ser buen muchacho, y ¿quién sabe? acaso los hijos de los demagogos de hoy acabarian por pedir señor feudal, comunidades religiosas, gobiernos episcopales y todo lo subsiguiente.

Pero por el camino que llevamos ¿cómo hemos de llegar á la realizacion de tan bellas esperanzas?

LXIII

Al contrario, el autor que últimamente he citado, no contento con lo que acabo de copiar, añade en seguida:

«Los viajeros se veian obligados á formar caravanas, como si »hubiesen de atravesar los desiertos de Oriente.»

¿No es esto gana de inspirar ódio contra aquella época de santos y de piadosos guerreros?

Me parece que no ofrece duda alguna la cosa, es decir, la perversa intencion del autor susodicho, y si la ofreciera, él mismo la desvaneceria, terminando como termina su venenoso párrafo con las noticias siguientes:

«El mal empeoró con el feudalismo, pues ya no hubo poder »superior que reprimiera los desórdenes. Los mismos que ejercian »el poder soberano se entregaban al bandolerismo. Despojar á »mercaderes y peregrinos vino á convertirse en un derecho para »los señores, cuyos castillos inaccesibles eran verdaderas caver»nas de bandidos.»

La maldad del autor no puede ser mas patente; pero su misma perfidia se vuelve contra él.

Desde el momento en que el bandolerismo pasó á ser un derecho de los señores legítimos, la multitud contrajo el deber de someterse á lo que disponia la autoridad, siempre emanada de Dios.

Si el señor no hubiese podido ejercer libremente sus derechos, ¿qué habria sido de la sociedad?

La autoridad y la fuerza estaban de parte de los señores: ¿tenian mas los siervos y mercaderes que dejarse despojar? ¿Qué sabian ellos si el despojo les era conveniente para la salud del alma?

¿Por ventura abandona jamás la Providencia á sus criaturas? ¿No habrian recobrado con creces en la otra vida lo que les hubiese sido arrebatado en esta?

¿Pero á qué nos fatigamos? El ateo, el racionalista, lleno del consabido orgullo satánico, no ve mas derecho que la satisfaccion de sus groseras pasiones, y seria capaz de consentir que pereciesen de hambre todos los señores antes que reconocer en ellos la legitimidad del derecho á despojar náufragos, peregrinos y mercaderes en tiempo de paz, y á todo imprudente en tiempo de guerra.

Y qué, la imprudencia temeraria ¿no fué castigada siempre?

Y el que entonces surcaba ciertas aguas y transitaba por ciertos caminos señoriales, ¿no sabia que estaba expuesto á caer en manos de los que practicaban el derecho antiquísimo, y por consiguiente venerando, de cautivar al viajero?

¿Y habrá en nuestros dias quien disculpe temeridades semejantes?

¡Oh! la indignacion nos domina al ver que los hombres de hoy dia, seducidos por falsas doctrinas...

Pero, ahora que caigo en ello, se me figura que debo de haberme entusiasmado mucho defendiendo el tradicional derecho al despojo, y voy á limpiarme la frente por si la surcasen anchas gotas de sudor, como es costumbre en esos casos.

LXIV

¡Ajá!

Tengo el pulso tranquilo, y para llevar mi trabajo adelante con verdadera satisfaccion, únicamente me hace falta un poquito de rapé.

No lo tengo á mano, y lo siento; pero mejor: proseguiré imperturbable y sin rapé mi capítulo, dando así una muestra de los sacrificios que á todas horas hacemos los escritores ortodoxos consagrados á la defensa de la moral antígua, de las costumbres que han dejado de serlo y de la razon atemperada á las necesidades de respetables privilegios.

LXV

El náufrago...

Ya hemos dicho lo que le pasaba al náufrago: con tal que pagara su rescate, quedaba completamente libre de ir por donde quisiera, libre, enteramente libre, sin mas condicion que la de pagar los derechos de rio, de barcaje, de peaje, de pontazgo, etc.

En cuanto al extranjero, aquel no pertenecia á nadie. Tan lejos estaba de ello, que la ley en muchos pueblos advertia expresamente que ningun señor se equivocase creyendo que podria hacerle esclavo.

Porque, debemos decirlo en elogio de generaciones harto calumniadas: era tal el respeto á las instituciones inmemoriales, que, despues de largos siglos de cristianismo, algunas personas de la buena sociedad aun creian que les era lícito reclamar como esclavos á los extranjeros que se hallaban en sus dominios.

Esto no podia ser. ¡Cristo nos habia redimido!

LXVI

Lo que hizo Carlo-Magno fué declarar que los bienes de los extranjeros le pertenecian á él; pero no quiso dar á entender con

esto que pudiese apoderarse de esos bienes por medio de ninguna violencia, siempre repugnante.

No: lo que el grande emperador quiso fué que la ley le declarase heredero nato de dichos bienes, lo cual, como se ve, es bien diferente.

LXVII

En muchos señoríos el extranjero entraba en plena servidumbre, gozando desde luego de todo el amparo, de toda la proteccion del señor, y hoy dia, bajo el imperio de la tan decantada civilizacion moderna, el que sale de su pátria va y viene, desligado y suelto, sin que nadie le diga á qué hora debe acostarse, á qué hora debe levantarse: ¡como un perro sin dueño!

Entiéndase que esa ley que hacia siervo al extranjero no se aplicaba á las personas de linaje ó linajudas; que estas, con ser quienes eran, ya se consideraban suficientemente amparadas y protegidas.

LXVIII

El cosmopolitismo que predica hoy la demagogia es absurdo, como lo han demostrado y lo demuestran frecuentemente los artilleros encargados de conservar para cada soberano el mayor número de contribuyentes posible; pero el cosmopolitismo de los señores en aquellos tiempos, en que no eran considerados como extranjeros en parte alguna, no podia ser mas sábiamente ideado para conservar donde quiera la preeminencia de la gerarquía, base de toda buena sociedad; y aun me parece que si leyésemos con atencion el Apocalipsis y los profetas antíguos, nos habrian de proporcionar algun texto casi claro y explícito en favor de lo que sostenemos.

LXIX

En otras partes los señores no eran tan piadosos con el extranjero que se establecia en sus tierras.

Le dejaban vivir un año y un dia sin considerarle siervo suyo; pero si despues del año y un dia continuaba viviendo en sus dominios, el señor le consideraba ya asimilado á todo lo demás, que

era propiedad suya, y como tal la trataba, cuidaba y beneficiaba.

LXX

Aunque las costumbres no estaban pervertidas como hoy, se llegó á ver á ciertos hombres que, por espíritu mas bien diremos de vagancia y de salvaje independencia que de evangélica libertad, antes de cumplir el año y un dia abandonaban el territorio del señor y se iban á establecer otra temporada en el inmediato, del cual huian tambien antes que se cumpliese el plazo de entrar en servidumbre.

De estos, los que tenian maña para tocar algun instrumento y sacar de su cabeza coplas sobre cosas de amor y de guerra, iban de castillo en castillo, donde, en cámbio de los justos elogios que prodigaban á los señores, les daban de comer; porque entonces ni la musa cristiana se habia prostituido hasta el punto de trocar por un pedazo de pan las divinas inspiraciones, ni el poeta consideraba sus versos como una mercancía.

No habia imprentas, ni editores, ni público que supiese leer: el único producto que el trovador podia sacar de sus cantares, era lo que un señor acomodado quisiera darle por ellos, y á eso y no mas se atenian aquellos ilustres sazonadores de sucesos bélicos y de apasionadas ternezas.

LXXI

Hubo hombres que no teniendo habilidad ni siquiera para esto, pero poseidos del orgullo satánico que les hacia considerar como una humillacion la servidumbre, vagaban tambien por el mundo, sin fijarse en parte alguna donde el señor pudiera ejercer sobre ellos sus derechos naturales.

Esos hombres se vestian á modo de peregrinos, se unian á las grandes caravanas, visitaban los Santos Lugares, iban de Roma á Jerusalem, de Jerusalem á Tours, de Tours á Santiago de Compostela, y aceptaban la hospitalidad de los monjes, como si sus viajes fuesen inspirados por verdadera devocion, y tomaban

las limosnas que les daban las buenas devotas, y lo recibian todo con esterior humilde, cuando la verdad es que solo peregrinaban porque Lucifer les decia que á toda costa debian ser libres y no someterse á ningun señor natural.

LXXII

Contra esos protervos holgazanes sin duda suscitó el Señor á los bandoleros y á los sarracenos que se lanzaban sobre las caravanas de gente inerme...; pero no despertemos el recuerdo de que entonces hubiese holganza, orgullo satánico, bandolerismo y ataques sangrientos.

No: que luego los impíos todo lo convierten en sustancia.

LXXIII

Decia, pues, que la malicia, soplo del ángel de las tinieblas, hacia contínuos esfuerzos para burlar las sábias leyes; pero inútilmente, porque como entonces eran mansos de corazon los que regian á los hombres, el Altísimo se dignaba ponerse en comunicacion con ellos, y siempre les daba un buen consejo, ó cuando menos les echaba una indirecta para indicarles cómo debian conducirse, á fin de que el hombre de baja estofa no se librase fácilmente de su dominio.

LXXIV

Hasta los malvados, que so pretexto de cristianismo vociferan contra las justas guillotinaciones practicadas últimamente por el vicario de Cristo, confiesan algunas veces la verdad de lo que sucedia en la materia que tratamos, y un autor muy impío que suelo tener á la vista, solo con el objeto de combatirle y anonadarle con el auxilio del cielo, dice á este propósito:

«Los establecimientos de San Luis no concedian á los señores »mas que la mitad de los bienes muebles del mostrenco (ó extran»jero), y solo consideraban á aquellos como herederos universales »si el mostrenco moria sin hijos, y aun tenian obligacion de sa»tisfacer las mandas pías del finado.»

Y hablando de la época en que se trabó la lucha entre los reyes y los señores, dice que aquellos disputaron á estos el derecho á los bienes mostrencos, sosteniendo que tales bienes eran de derecho real por su naturaleza. Y añade:

«Aun se notan las huellas de aquel conflicto en los mismos »*Establecimientos de San Luis*: el rey quiere ser heredero del »advenedizo que muere sin posteridad, á menos que este hubiese »muerto *dentro del castillo* señorial.»

LXXV

Véase cómo todo estaba estudiado, medido, pesado, aquilatado, y cómo era derecho, ley, privilegio, costumbre, lo que se pretende presentarnos como abuso, ataque, atropello, despojo y pillaje.

Lo cual consuela y desahoga.

LXXVI

Ese mismo autor, que á veces se revuelve frenético contra las sábias instituciones de la Iglesia, de los reyes y de los señores, no sé si tocado en el corazon ó con algun maligno propósito, dice:

«El *derecho* (¡confiesa que era derecho, á pesar suyo!), el »derecho de convertir en siervos á los extranjeros existia tambien »en Alemania; pero no como derecho general, sino como derecho »local, y se ha conservado hasta los tiempos modernos en el Pa»latinado con el significativo nombre de *jus wildfangiatus*. Ese »derecho asimilaba el extranjero á la bestia feroz (*wild*), que caia »bajo el dominio del señor como cosa sin dueño.»

De manera que esa apropiacion era un derecho; que ese derecho era universal; que se dividia en general y local; que estaba reconocido por pontífices, reyes y señores; que si hubo de encontrar oposicion fué solo en la plebe salvaje, y aun por el orgullo insano de no querer ser *cosa*.

¡Y aun habrá quien diga que era despojo y pillaje lo de aquellos tiempos!

LXXVII

En cuanto al derecho de naufragio, ya hemos dicho algo acerca de él; pero si bien hemos anotado, entre otras cosas, que era un derecho productivo, lo que no hemos dicho es cómo se valian algunos para hacerle producir mas que hubiera dado de sí dejándolo abandonado, sin fomento.

Y es cosa que no puede pasarse en silencio, como verá el que leyere.

Habia señor que tenia cerca de la costa un escollo ó un bajo en las aguas de su dominio.

Claro está que no todas las naves que surcaban aquellas aguas habian de ir forzosamente á naufragar.

Caia una que otra, y nada mas.

Pero tenia el señor un apuro de dinero, y ¿qué hacia? Lo que hacian entonces todos los hombres sin distincion de clases: encomendarse á Dios y pedirle de todo corazon auxilio en sus necesidades.

Y despues en el escollo, ó cerca del bajo, colocaba una luz.

Los navegantes, entre las sombras de la noche, divisaban el resplandor; creian que aquel seria un punto donde se pudiese hallar abrigo contra la tormenta, ó asilo propicio para tomar provisiones ó reparar averías, y ¡cosa mas natural! dirigian la proa á la luz, llegaban y encallaban ó se estrellaban.

Entonces venia el señor y ¡cosa mas natural tambien! ejercia su derecho: cautivaba á los náufragos; pero les devolvia la libertad así que le habian pagado el rescate.

Y esto no lo hizo un señor solo, sino muchos.

¡Para los que dicen que aquellos tiempos eran bárbaros y que no se daban entonces muestras de ingénio!

Sí, ingénio habia; pero no se aplicaba, como hoy, al mal, sino al sostenimiento del derecho y de los justos privilegios.

LXXVIII

Y al decir privilegios no nos referimos solamente á los de los señores, pues cuando reinaba la verdadera igualdad tambien los tenia la plebe.

Aquellos desahogos que el sentimiento religioso y el instinto de conservacion social facilitaron á todo cristiano, especialmente contra la raza hebrea (1), han sido tambien tachados de piratería y bandolerismo por los impíos escritores modernos, que con hipócritas apariencias de bondad, pero llenos de hiel los corazones, dan grandes voces y hacen mil aspavientos el dia que se da garrote á un miserable, y al propio tiempo muestran su gozo salvaje al recordar que desaparecieron los derechos señoriales, la preeminencia teocrática y el derecho divino de los reyes.

LXXIX

El órden que reinaba en los tiempos mas calumniados era tal, que basta tener idea de él para negar desde luego rotundamente las paparruchas que sobre sus excesos se refieren entre los enemigos del reposo público.

Aquel órden era tan inalterable, que...

Pero es inútil demostrarlo.

Pregunten ustedes á cualquier clérigo ó á cualquiera buena vieja si entonces andaban las cosas mejor que ahora, y verán con qué formalidad les responden que sí.

LXXX

Aun en aquellos municipios, no de muy sano orígen, pues se formaron en ódio á los señores, aun en aquellas corporaciones, digo, se conocia que germinaba la buena sávia de lo pasado.

¡Aquellos regidores perpétuos, aquellos regidores hereditarios...!

(1) Véase *Los Tiempos de Mari-Castaña*, cap. *Los Judíos*, págs. 13 y siguientes.

Mas de una vez y mas de dos fueron malévola y calumniosamente acusados de malversacion de caudales públicos, y la plebe quisquillosa y desconfiada les pedia cuentas.

Pero ellos, hombres graves, barrigudos, y por consiguiente respetables, respondian sin inmutarse:

—Las cuentas las hemos rendido á nuestro sucesor, que es á quien correspondia.

El sucesor era siempre hermano, hijo, sobrino ó primo del regidor requerido, y por consiguiente tan respetable como él; pero de esta misma circunstancia del parentesco sacaba partido la villanesca malicia para decir que no habian de morderse los regidores unos á otros siendo lobos de una camada, y abultaban los cohechos y exageraban las acusaciones de hurto de una manera fastidiosa.

LXXXI

La gente decia que al repartir los impuestos, «los ricos que go»bernaban las ciudades abrumaban á los pobres con lo mas pesado »de la carga, y se eximian á sí y á sus parientes de todo gravá»men,» y con tan indecoroso pretexto turbaban la paz pública y movian unas bullangas muy perniciosas; porque las esposas y las hijas de las personas acomodadas no podian ir á sus habituales tertulias ni salir á sus devociones, y aun hubo motin de esos en que un pobre rico de aquellos que manejaban los caudales públicos y no daban cuentas, perdió la vida á manos de un cualquiera.

Esto, francamente, era muy desagradable.

LXXXII

Y llegó á tal punto esto de quejarse la plebe y amotinarse bajo pretexto de que se les defraudaba en sus miserables intereses terrenales, que hubo rey que lo tomó por lo sério y dictó ciertas medidas para tranquilidad y buen concierto de todos.

LXXXIII

Casi da vergüenza tener que referirlo, pero se llegó á prohibir que los regidores hicieran regalos con los fondos del municipio; se les prohibió que se adjudicasen á sí mismos la menor cantidad de los ingresos municipales, y á fin de que no hubiese pretexto alguno para decir si saqueaban ó no las arcas del pueblo, se tasó el dinero que el primer regidor podia gastar cuando por necesidades del bien público tuviese que viajar á caballo.

Es decir, que la plebe tiranizó de tal manera á las personas decentes, que estas no podian poner mano en el caudal público, so pena de tener que dar cuentas ó exponerse á un golpe brutal.

Los regalos entre personas que se aprecian, ¿no son un medio culto y decoroso de sostener las buenas relaciones?

Pues ya lo han visto ustedes: hasta de regalar frioleras se privó á los regidores, si no las costeaban de su bolsillo, como si estuviesen dejados de la mano de Dios y no pintasen nada, como dicen en mi barrio.

LXXXIV

Y en otras partes hubo mas: en otras partes empezaron á inventar los ignorantes que los señores de las ciudades ponian leyes, las hacian cumplir á los gobernados, y no las cumplian ellos.

Inventaron quejas sobre agravios recibidos de los poderosos que vivian en la impunidad, y en Gante hubo hasta quejas de que los señoritos y sus criados se llevaban forzadas á las hijas y esposas de los artesanos.

Estos cargos se ve que no solo habian de ser falsos, sino que eran inverosímiles.

Pues qué, ¿es posible por ventura que siempre fuese el privilegiado el que abusara del otro?

¿Es posible que los que gobernaban la ciudad se apropiaran los fondos del comun, sin que ni una vez siquiera sacasen alguna

cantidad de su bolsillo, y con mucho disimulo la metiesen en la caja municipal?

Y luego, ¿es de creer que los mas poderosos y bien educados fuesen siempre los que robasen á las groseras esposas ó hijas de los rudos artesanos?

¿No es mas verosímil que estos, violentos en sus pasiones, y no disponiendo de tiempo bastante para ir á la Iglesia á pedir á Dios que moderase sus ímpetus, se apasionasen de la mujer ó la hija del regidor y se la llevasen robada?

Así debemos creerlo, para mayor prestigio de las respetables clases que vivieron en los mas bellos tiempos.

Desgraciados de nosotros si diésemos en pensar que en aquellas edades hubo bandolerismo, saqueo, cohecho, hurto, piratería ni nada semejante.

¿A dónde iríamos á parar?

¿No es mas grato seguir nutriendo en nuestra mente los conceptos lisongeros á que siempre dimos buena acogida tratándose de lo pasado?

LXXXV

Aquí encaja como de molde un recuerdo que me parece oportunísimo.

El Pontífice Eugenio III se incomodó mucho cuando los habitantes del municipio de Vezelay solicitaron de su señor el abad que renunciara á ciertos usos y privilegios calificados por aquellos de abusivos y tiránicos.

Atentar á los privilegios del abad era, como decia muy bien el Papa, un ataque sacrílego dirigido contra la esposa mística de Jesucristo; y viendo que ni con sus amenazas se aquietaba el rebelde espíritu de la plebe, ni con sus ruegos alcanzaba el auxilio de los señores contra ellos, declaró á los rebeldes fuera de la ley, por perjuros y enemigos de la Iglesia, y autorizó á todo cristiano para que se apoderase de sus personas y de los bienes del municipio.

Y posteriormente el Papa Adriano IV declaró que por amor de la justicia era *deber* de todo fiel el apoderarse de las personas y bienes del municipio de Vezelay.

Pero esto no era despojo ni podia serlo, porque ante todo el Sumo Pontífice habia tenido buen cuidado de declarar á aquellos rebeldes fuera de la ley, y solo despues de llenado tan importante requisito fué cuando dió el paso, natural y exigido por las circunstancias, de autorizar primero, y prescribir despues, el que bienes y personas del municipio rebelde pasasen al dominio de cualquiera de los fieles verdaderos, que entonces eran los que no se rebelaban contra los privilegios de los señores eclesiásticos, ni á estos causaban disgustos.

LXXXVI

Y véase á qué quedan reducidas las acusaciones de despojo lanzadas contra aquellos siglos, y compréndase de una vez que no solo es grave error de concepto, sino blasfemia horrible el suponer que abades y Papas no hubiesen de ser árbitros de las propiedades y la libertad en los dominios suyos.

LXXXVII

Pero la demagogia no perdona á nadie, ni á nadie libra de sus ultrajes.

¿Habla de los señores laicos? Pues los ha de pintar despóticos, opresores, tiránicos, cometiendo despojos y cautivándose unos á otros, suponiendo que lo hacian contra todo derecho divino y humano.

¿Habla de los pontífices supremos de la santa Iglesia romana? Pues les atribuye todos los vicios, todos los crímenes, y les achaca tambien el despojo, pintando como bandoleros á los que son por su cargo únicos dueños y dispensadores legítimos de imperios en la tierra y de la bienaventuranza en el cielo.

¿Habla de los señores eclesiásticos? Pues no se contenta con menos, y en todos sus actos ve inspiraciones de la codicia y del

orgullo, y repite con un hereje que estos dias estoy leyendo: «A »cada paso exigian los obispos donativos y recompensas, ya para »conferir órdenes á un monje, ya para consagrar á un abad, y se »apropiaban los bienes y usurpaban las ofrendas.»

Y no satisfecho con estas atroces injurias, añade el herético autor:

«Los monjes tuvieron que pedir amparo á los pontífices, y ya »en el siglo VI San Gregorio salió á la defensa de los monasterios »atropellados y *despojados* por los obispos. Los privilegios otor»gados tres siglos despues á los monasterios demuestran que los »abusos no habian hallado correctivo.

»Los Papas recuerdan á los obispos que el apropiarse los bie»nes de los monasterios es *robar á los pobres*, y les gritan como »el profeta: *En vuestras moradas teneis los despojos de los que »padecen desnudez y hambre.*»

Esto he leido; ¿pero ustedes creen que le he dado la menor importancia?

Lo dice un hereje, y ni siquiera me tomaré la molestia de desmentirle, en lo cual imito á las personas mas devotas: ninguna le ha desmentido.

LXXXVIII

Y basta ya, si ustedes no lo llevan á mal; porque, francamente, seria malograda candidez el tomar por lo sério ciertos ataques contra los bellos siglos.

LXXXIX

Cargo de conciencia seria empeñarse en justificar á los que no lo han menester, dando satisfacciones á una generacion como la actual, que ha perdido toda idea de pudor y de derecho.

Ahora y no entonces, ahora es cuando la propiedad sufre las violencias del pillaje; ahora es cuando los católicos propietarios de esclavos se han visto despojados en nuestras Antillas; ahora es cuando el desdichado príncipe austriaco se ha visto despojado de

su trono de Méjico; ahora es cuando se hace pródiga aplicacion de las circunstancias atenuantes en favor de los criminales peor educados, y se lleva la saña contra el Sumo Pontífice hasta el extremo de censurarle violentamente por dos solas gotitas de sangre que le salpicaron aquellas piadosas manos con que echa la bendicion *urbi et orbi*...; pero basta, repito.

¿Pues no volvia yo á tomar por lo sério las insulsas impiedades de la moderna demagogia?

Otros asuntos de mayor gravedad pueden ser objeto de mi pluma.

Aun no hemos dicho una palabra de la brujería, y en *Los Cachivaches de Antaño* prometimos dedicarle un capítulo: cumplamos en seguidita nuestra palabra.

LA BRUJERIA

I

Conozco mi pequeñez para tratar la materia que ha de ser objeto de este capítulo; materia que ha ejercitado el saber de hombres eminentes: médicos, legisladores y sacerdotes.

Generaciones anteriores á la nuestra, y mas que la nuestra dadas á ideas y estudios sólidos, reunieron un caudal portentoso de conocimientos sobre mágia y brujería; personas de todas las clases sociales dedicaron toda su vida al asunto.

II

Los piadosos lo tenian siempre presente en sus meditaciones, los sábios le dedicaron muchos infólios, los códigos lo registraron en sus leyes, los poetas fundaron en él sus argumentos, la tradicion lo conservó en sus consejas, el vulgo se estremeció de horror y se recreó con ello en los públicos teatros, y la Inquisicion dió sus mas heróicas batallas contra los brujos de ambos sexos.

III

Aun en los últimos tiempos ha estado revelando la brujería lo mucho que habia sido, y buscando en la memoria los asuntos

que ha dado al teatro (su postrer refugio), puedo citar las comedias

Marta la Romorantina (1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª partes);
El Mágico de Salerno (1.ª, 2.ª, 3.ª, 4.ª y 5.ª partes);
El Anillo de Giges;
El Mágico de Astrakan;
A falta de hechiceros, lo quieren ser los gallegos;
D. Juan de Espina en Milan;
D. Juan de Espina en su pátria;
El Mágico de Candahar;
El Mágico del Mogol;
El Mágico de Servan;
El Mágico por amor;
El Espejo Mágico;
La Redoma Encantada;
La Pluma Prodigiosa;
La Estrella de Oro;
Los Polvos de la Madre Celestina;
La Bruja del Lanjaron;
La Pata de Cabra;
La Almoneda del Diablo,

y me parece que bastan para dar idea de la aficion del vulgo al pasto mental de la brujería, aun en los aciagos tiempos á que hemos venido.

IV

Porque la brujería fué una de las materias mas fecundas que imaginarse puedan y mas al alcance de todas las inteligencias: lo mismo sirvió para echar á las llamas un centenar de determinados indivíduos de la especie humana, que para entretener honestamente las largas veladas de invierno, sobre todo desde mediados del siglo XVII, en que el comun de los españoles «gustaba »con desatino de hallar en los romances un diluvio de milagros, »de brujerías y encantamientos; una gaceta de terremotos y »tempestades, incendios, pestes y castigos extraordinarios de la

»Providencia contra personas y pueblos enteros, sobre todo si »eran judíos, moros ó herejes.»

V

Se explica perfectamente que el vulgo se deleitase con lecturas en que viese castigados á judíos, moros y herejes, porque así recordaba los tiempos en que los castigaba por su mano, y pasados ya aquellos tiempos, á lo menos le quedaba el consuelo de creer que la Providencia no dejaba en paz á los que siempre tuvo él por sus enemigos naturales.

Y para los brujos habian tenido los mas ignorantes un especial conocimiento, un instinto finísimo.

Malo era que á un rústico se le figurase tener á la vista un brujo, porque inmediatamente comunicaba la sospecha á sus convecinos; la sospecha se trocaba acto contínuo en conviccion universal; de la conviccion se obtenian evidencias; las evidencias enardecian los ánimos en santo celo, y del santo celo á la hoguera no habia mas que un paso: en dos minutos estaba levantada la llama, arrojada á ella el brujo, y asado por consiguiente.

VI

¿Se aguaba la fiesta del santo patron del pueblo? Pues se buscaba en seguida al brujo causante de la desgracia, y se le quemaba por unanimidad de votos, ó mas bien por aclamacion.

¿Faltaban lluvias para la buena cosecha? Tambien era un brujo el culpable: tambien se daba con él y se le reducia á cenizas, despues de lo cual la benéfica lluvia regaba casi siempre los campos, y cuando no los regaba era, como es sabido, porque Dios estaba enojado con los campesinos por sus vicios, y principalmente por las pocas limosnas que echaban en el cepillo de las ánimas.

VII

Las historias de los caballeros andantes contienen cuánto se puede apetecer en materia de brujerías y encantamientos, y si

bien cuando se publicaron esas historias pocas eran las personas que sabian leer, no era el vulgo de entonces tan desgraciado que no hallase quién se las leyese en voz alta, ó le refiriese punto por punto aquellos maravillosos acontecimientos.

VIII

El pueblo era reverente cuando aun las ideas modernas sobre libertad no le habian maleado; y el dia en que un pontífice, un concilio, declaraba que era necesario proceder enérgicamente contra los brujos, el deseo mismo de mostrar á la autoridad su obediencia y buen deseo de auxiliarla á salvar las almas, le hacia ver brujos en todas partes.

Así habia de suceder, y así sucedió, por ejemplo, cuando en 1484 el Papa Inocencio VIII escribió á los inquisidores de Alemania:

«Hemos sabido que personas de ambos sexos, olvidadas de su »salvacion, tienen tratos con demonios íncubos y súcubos, las »cuales personas, por medio de encantamientos, hechizos y con»juros, causan la muerte de tiernas criaturas humanas y de crias »de animales; destruyen los frutos de la tierra, y tambien á los »hombres y mujeres, así como igualmente las viñas y los pra»dos; hacen padecer tormentos horribles á personas y bestias; »ponen obstáculos en los varones para engendrar y en las hem»bras para concebir; influyen impotencia en los maridos, y por »último, cometen otros muchos crímenes por instigacion del ene»migo del género humano...»

Y no hay para qué añadir si con estos antecedentes terminaria el Papa su bula excitando el celo de los inquisidores alemanes, ni si los inquisidores alemanes sentirian excitado el susodicho celo.

IX

Las consecuencias lógicas de la bula de Inocencio se ocurren á cualquier entendimiento.

La pobre madre que teniendo un hijo sano y robusto le veia

de pronto palidecer, enflaquecer y morir, ¿habia de ser tan tonta que no sospechase en el acto cuál habia sido la bruja que se lo habia arrebatado?

¿Y tan difícil le habia de ser descubrir en el pueblo mismo ó en el inmediato indicios gravísimos de que en efecto el embrujamiento habia producido la muerte que la llenaba de sentimiento?

¿Y tan duros de corazon habian de ser sus vecinos que no la auxiliasen con todas sus fuerzas contra la bruja?

Lo mismo se ocurre pensando en lo que pasaria al morir los recentales del que no tenia mas bienes que sus rebaños; al enfermar la mula del traginero ó el buey del labrador, y cada cual puede echar sus cuentas sobre la actividad que se desplegaria contra los brujos, así como ahora la impiedad y el orgullo han sembrado en los ánimos la indiferencia; motivo por el cual ni el vulgo piensa en brujos, ni las leyes les condenan, y anda toda la brujería libre y suelta, haciendo lo que mejor le acomoda: tanto, que no sé... no sé cómo Pio IX no ha tomado ya una determinacion sobre esto.

X

Un doctor aleman muy sábio, que se llamaba Sprenger, escribió un libro muy notable titulado *El Martillo de los Brujos*.

Pertenecia el autor á la órden de Santo Domingo; el Papa tenia en sus luces mucha confianza, y todos los hombres que vivian de las letras divinas y del sudor de los profanos le tenian en tanta estima como el Papa.

Sprenger, antes de dar á luz su libro, lo sometió á la mayor ilustracion de las autoridades competentes, y la universidad de Colonia, famosa entre todos los teólogos, declaró que el libro estaba perfectamente ajustado á la Sagrada Escritura.

Por entonces algunos hombres se atrevieron á expresar dudas sobre si existian ó no brujos, y la simple duda en esta materia fué considerada herejía enorme; pues dudar de la brujería equivale á dudar de las Escrituras, que atestiguan la existencia del demonio.

XI

De un tomo suelto que tengo delante podria yo tomar algunas noticias respecto al asunto; pero precisamente por ser buenas todas ellas, no sé si me decida por alguna.

Buen párrafo es el que dice que Sprenger trató aquel delicado punto, á saber: de cómo los demonios se ayuntan con las mujeres, justificando este ayuntamiento entre espíritus y cuerpos con los datos que facilita la Sagrada Escritura al referir cómo los ángeles mismos, seducidos por la belleza de las mujeres, se ayuntaron con ellas y procrearon la raza de los gigantes; mas siendo este particular muy intrincado, y no debiendo tocarse de paso sino muy detenidamente, lo omito, ya que no puedo dedicarle todo el libro, con lo cual tampoco tendria espacio suficiente para tratar la materia como es debido.

XII

Pero no me ocurre la misma dificultad para hacer mencion de lo que dicho tomo refiere acerca de una bruja que tuvo la audacia de alabarse de haber hechizado á tres sacerdotes, á quienes despues dió muerte; y ya iba á matar al cuarto la muy perversa, cuando cayó en manos de la justicia.

Siendo lo mas raro del caso que aquella bruja no se valió de ninguno de los atractivos de que suelen valerse las demás personas para hechizar á los hombres: no hizo sonar en los oidos de los sacerdotes cantos melodiosos, ni mostró á sus ojos apariencias de carnal hermosura, ni les tentó con oro: lo que hizo fué darles á comer sus excrementos.

XIII

Espanta el imaginar la diabólica violencia que emplearia la bruja para conseguir su objeto, pues los sacerdotes, acostumbrados á la cuotidiana engullicion de la hostia, no se echarian voluntariamente al cuerpo una cucharada de excrementos de

bruja; pero esto mismo prueba el extraordinario vuelo que ya entonces habia alcanzado el arte de la brujería, toda vez que tales dificultades allanaba.

XIV

Pero aun entonces mismo la impiedad, á pesar de los ejemplos y datos prácticos que de contínuo se le ponian á la vista, aun entonces se resistia la impiedad á creer las verdades mas palmarias acerca de la brujería.

¿Qué persona medianamente piadosa no sabe hoy que las brujas vuelan?

¿Quién ignora que por este delito y otros excesos fueron procesadas las monjas de Santa Clara?

¿A quién no le consta que al dar las doce de la noche en punto, aunque los relojes anden mal, se escapan por los tubos de las chimeneas bien untadas las brujas, ginetes en un palo de escoba, cruzan los aires y vuelan á cometer sus execrables maldades?

Pues esto dudaban, y á no ser por el miedo á las llamas inquisitoriales esto habrian negado ciertos falsos teólogos; pero Sprenger les atajó con el argumento mas poderoso y al par mas sencillo, diciendo:

—¿No consta de la Sagrada Escritura que el espíritu impuro arrebató á Jesús por los aires y le llevó á la cumbre de una montaña? Pues del mismo modo otros espíritus impuros, y todos los que de ellos estén poseidos, podrán con mayor facilidad arrebatar á los demás, que no son Jesuses.

Y á otros reparos que le ponian tuvo la suerte de poder contestar sin remordimientos de conciencia: Yo lo he visto.

¿Qué se replica á un teólogo protegido por el Papa y por la universidad de Colonia cuando dice: Yo lo he visto?

El orgullo de los impíos que dudaban quedaba mudo y abatido ante aquella afirmacion, y el candor y la fé de Sprenger salian triunfantes para mayor gloria del cielo é ilustracion de la tierra.

XV

Ignorábase de qué pomada se servian las brujas para realizar los viajes aéreos que aun hoy dia son la desesperacion de los que estudian el modo de dirigir los globos; pero lo descubrió nuestro teólogo, y no tenemos reparo en dar aquí la receta, supuesto que tratamos con lectores discretos, y la publicamos bajo la fé del autor que dice haberla leido en el *Malleus maleficarum*, pars. I, quœst. 1, cap. III, que dice:

«Matan un niño (no ha de ser niña) antes que reciba las aguas »del bautismo, y con él hacen un ungüento, con el cual untan »un palo, y en él pueden cabalgar de noche y de dia viajando »por los aires.»

El modo de hacer el ungüento y los ingredientes de niño y cantidades que entran en la confeccion, no lo expresa el teólogo.

Yo, que jamás habia creido que hubiera quién matase niños, comprendo ahora que muchas personas, deseosas de ser brujas, y no sabiendo ponerse en relaciones con el espíritu maligno, despues de conocer lo principal, referido por Sprenger, se dedicarian al infanticidio, por ver si acertaban con el modo de hacer el ungüento.

XVI

El sábio autor refiere cosas portentosas acerca de las brujas, cosas que las personas de verdadera piedad pueden creer, y aun les servirán para admirar mas y mas los prodigios de la creacion, así como á los demás tambien nos sirven para pasar el rato.

Las brujas por lo general son viejas, pobres, antojadizas y frívolas.

Cuenta Sprenger que en un pueblo se celebró una boda.

Irritóse una bruja anciana de que no la hubiesen convidado, y ¿qué hace? remóntase á los aires, y desde allí vierte aguas menores en un hoyo. El diablo, sin duda prevenido ya, convierte el embrujado líquido en pedrisco, y lo descarga á modo de recia *lluvia sobre los* cónyuges y los convidados.

De todo lo cual dieron fé muchos testigos oculares; porque entonces la fé era tan abundante, que se daba á cámbio de cualquier cosa.

XVII

Meditemos en los apuros de la gente del pueblo, que diria para sí: ¿Qué vamos á hacer? Si mañana hay boda en casa y convidamos brujas, todo nos lo echarán á rodar; si no las convidamos, nos sucederá algo parecido al caso del vecino.

Era cosa de no casarse nunca, para no verse en aprietos semejantes.

XVIII

Parece que, en concepto de Sprenger, las brujas mas peligrosas eran las comadronas, porque facilitaban los abortos y los ofrecian al demonio.

En el año de 1484, que hemos citado, fueron arrojadas á las llamas de una vez cuarenta y una brujas, y Sprenger se llenó de dolor porque aun no pudo quemar á algunas otras que se le escaparon.

La brujería llegó entonces á un grado tan horrible, que fué preciso, indispensable, quemar á muchas madres que se habian comido á sus propios hijos.

Y cuidado que lo de quemarlas fué cosa pública, que lo vió la gente; y en cuanto al crímen de que se las acusaba, no podian faltar testigos habiéndolos habido para dar fé de la lluvia diabólica que cayera sobre los permeables convidados á la boda de que hemos hecho mérito.

XIX

¿Se acuerdan ustedes de Juana de Arco?

Cuando menos habrán leido su historia, ó bien oido la ópera que lleva su nombre, ó visto á la famosa heroina en algun gabinete de figuras de cera.

¡Una mujer que ganaba batallas! ¡Una mujer que reconquistaba un reino! Díganlo Vailly, Soissons, Laon, Provins, Chateau-

Thierry, Beauvais, los castillos del Oise, Compiegne y Chateau-Gaillard; díganlo, en fin, Orleans y Reims.

Sus hechos de armas fueron tan evidentemente superiores á las fuerzas naturales de una débil mujer, que una de dos: ó debia haberlos llevado á cabo con el favor especial del cielo, ó con las malas artes de la brujería.

Sin embargo dé ser la cosa tan evidente, nadie sospechó malicia en ella, porque la gente era en su tiempo confiada y candorosa.

Pero algo se sospechó cuando, despues de asistir en Reims á la consagracion del rey Cárlos VII, terminada la ceremonia, se puso de rodillas á los piés del soberano, y le pidió licencia para retirarse oscuramente á su pueblo.

Aquí de la meditacion de los teólogos.

¡Cómo! Juana ha dado el trono al monarca francés, y precisamente al llegar la hora de las recompensas, en vez de seguir á la córte y esperar las dádivas reales, los honores, las rentas, las distinciones, ¿muestra ganas de ocultarse, aparenta desprecio de las cosas mundanas, y hace alarde de una humildad intempestiva? Aquí hay gato encerrado.

XX

Si la doncella hubiese sido un soldado eclesiástico, un sacerdote, militar, se comprenderia que, terminada la guerra, se contentase con un humilde capelo, y que, cristianamente entregada á la contemplacion de las cosas santas, no aspirase á mas que á ser simplemente primer ministro; ¿pero una lega, una mujer, después de tantas hazañas pedir el retiro, como si tratase de avergonzar á los eclesiásticos que vivian en los palacios?

Aquí hay maula.

XXI

El rey, aconsejado de hombres de buen seso, no quiso permitir que la batalladora mujer llevase á cabo su intento. Podria ha-

bérsele tachado de ingratitud si no hubiese hecho algo por recompensar á la amazona, y comenzó por darle á ella y á su familia títulos de nobleza, y por conceder á su pueblo natal, que era Domremy, la exencion del pago de todo impuesto.

Ella recibió esas gracias como si no les diera importancia, y prosiguió sus hazañas hasta tomar á Pierre le Moustier, despues de lo cual se encerró en Compiegne, para resistir á los ataques del duque de Borgoña; pero se conoce que el poder que el demonio concede á las brujas ya se habia acabado, porque en una salida que hizo la cogieron sus enemigos en un hermoso dia de mayo, y la entregaron al señor de Luxemburgo.

XXII

La voz pública, de dia en dia mas acorde, seguia teniéndola por bruja, y en cuanto se vió que habia llegado para ella la hora del vencimiento, nobles y plebeyos, clérigos y seglares, con universal clamor la acusaron públicamente de brujería.

XXIII

El señor de Luxemburgo la entregó al duque de Borgoña, y este á su vez la puso en manos de Bedford, el cual la encerró en la enorme torre de Ruan, que sin duda estaba hecha á prueba de brujas, porque de allí no pudo escapar la apócrifa doncella.

XXIV

Constituyóse inmediatamente un tribunal eclesiástico para que la juzgase y sentenciase, y fué nombrado su presidente el sábio prelado Pedro Cauchon, obispo de Beauvais.

Desde aquel momento la vencida, es decir, la bruja, se vió abandonada de todo el mundo.

Los nobles caballeros testigos de su valor, que tanto la habian ensalzado cuando triunfaba, se apartaron, se alejaron, renegaron de ella al persuadirse de que todos sus actos aparentemente heróicos eran obra de brujería: el rey mismo, avergonzado de

deber el trono á una bruja, la dejó entregada á sus remordimientos y á la accion del tribunal eclesiástico, y la hermosa Inés Sorel, la querida del rey, debió de sentir vivísimo dolor al ver que no le era lícito compadecerla; pero cumplió como buena católica, y con la ayuda de Dios consiguió no tenerle ninguna lástima.

XXV

Rumores muy autorizados que llegaron á oidos del obispo, le hicieron acusar á Juana, no ya solo de brujería, sino de haberse corrompido en edad muy tierna.

Un rayo de luz divina iluminó al tribunal apenas el obispo les comunicó sus noticias.

Aquellos sábios sacerdotes meditaron profundamente sobre el particular, y de dia, de noche, en el consejo, en el templo, en todas partes y á todas horas resolvian el siguiente problema:

¿Es ó no es doncella Juana?

XXVI

La solucion no podia, no debia aplazarse.

Llamaron inmediatamente á su presencia á la acusada, y con preguntas discretamente calculadas trataron de arrancarle la prueba de su envilecimiento; pero ella, ducha en todo género de ficciones, con respuestas no menos premeditadas, no dió lugar á que se averiguase nada.

La piedad religiosa no desmayó por esto, y el tribunal llamó á unos médicos que averiguasen por sus propios ojos si la doncella merecia este nombre, si lo era naturalmente, si habia dejado de serlo con evidencia, ó si era una falsificacion de doncellez de mera apariencia.

Ella fingió ponerse colorada, chilló, escandalizó, lloró, se enojó, y tanto hizo, que no fué posible sacar en limpio nada que acreditase los dichos rumores, porque los sacerdotes, personas honestas por extremo, no quisieron llevar mas adelante unas averiguaciones de que á veces salia lastimada su castidad; y si

bien en aquel exámen se habian empleado sin fruto cuantos medios materiales eran conocidos, si se hubiese tratado de cosa menos repugnante á la delicadeza sacerdotal, aquellos piadosos jueces habrian hallado nuevas maneras de apurar la materia.

XXVII

Renunciaron, pues, al intento de apurarla, en vista de que los conocimientos de los médicos eran insuficientes para ello, y se dedicaron á buscar en la acusada las pruebas de su brujería, que era lo mas importante.

Ella era ladina y ocultaba la verdad con tanto arte, que no dejaba lugar para cargos, ni resquicios para sospechas; pero la milagrosa intervencion de la Providencia hizo inútiles los esfuerzos de su malicia.

Uno de los interrogatorios fué como sigue:

—¿Qué bendicion hicísteis dar ó dísteis á vuestra espada?

—No le dí bendicion alguna, ni sabria darla. Esta espada me era muy grata porque habia sido encontrada en la iglesia de Santa Catalina, de quien soy devota.

—¿Qué preferíais, vuestro estandarte ó vuestra espada?

—Cuarenta veces mas el estandarte. Lo llevaba yo misma al lanzarme sobre el enemigo, para no verme en el caso de dar muerte á ninguno. Mis manos nunca han derramado sangre.

—La esperanza de vencer ¿en quién la fundábais, en el estandarte ó en vos?

—Fundábala únicamente en Dios Todopoderoso.

—Si otra persona hubiese llevado ese estandarte, ¿habria alcanzado tantas victorias como vos?

—No lo sé: yo solo he fiado y fio en Nuestro Señor.

—¿No se hizo flotar el estandarte sobre la frente del rey, ó no se le agitó alrededor de su cabeza?

—Que yo sepa, no.

—¿Por qué, cuando la consagracion del rey en Reims, se vió en la solemnidad vuestro estandarte y no otros?

—Ya que habia asistido á las campañas, justo era que asistiese á las fiestas.

—¿Hicísteis creer á las tropas francesas que con vuestro estandarte iba la buena suerte?

—No les hacia creer nada; solo decia á los soldados franceses: «Penetrad sin temor por las filas de los ingleses; yo tambien pe»netraré por ellas.»

XXVIII

Las respuestas de Juana, tomadas al pié de la letra, son, como se ve, lo mas sencillo que pueda idearse, y no darian el menor lugar á condena en ningun tiempo; pero en persona ya tenida fundadamente por sospechosa de tantos crímenes, la misma sencillez era indicio de hipocresía la mas refinada.

Así lo entendió el tribunal, y encomendó á una junta de teólogos que estudiase el sentido recóndito de las declaraciones de la acusada, y la junta de teólogos declaró que encerraban una culpabilidad grandísima.

XXIX

Dicen algunos historiadores, enemigos de la verdadera fé, que el tribunal falsificó aquellas declaraciones y presentó á la junta palabras que Juana jamás habia dicho; pero esa acusacion cae por su base al considerar: primero, que los sacerdotes son incapaces de acciones tan feas, y segundo, que ese delito no debian cometerlo porque era inútil.

Y era inútil, porque para condenar á la llamada doncella de Orleans ninguna junta de teólogos necesitaba leer mas que sí y no.

Con esto tenia bastante.

Conocida la inverosimilitud de las hazañas de Juana; tenidos en cuenta los rumores que la acusaban de haberse corrompido desde la niñez; considerando que Dios no se habia valido de ningun ministro del altar para defenderla; teniendo en cuenta la ex-

travagante idea anunciada por ella de quererse retirar sin premio alguno por sus patrióticos esfuerzos; atendiendo al abandono en que toda la córte, incluso el rey, la habian dejado, y reflexionando sobre el poco afecto de Juana á la querida del rey, que tan bien quista era de todas las personas de valimento, cualquier teólogo, por mediano que fuese, tenia lo bastante con estos datos para ver de manifiesto la culpabilidad de la acusada.

XXX

Así fué que se leyó ante el público un documento, del cual resultaba clara como la luz la perversidad de la supuesta doncella; se hacia mérito de palabras suyas que eran la confesion mas explícita de sus delitos, y se la condenó á que abjurase.

El tribunal fué blando en la sentencia. ¡Poco podian sospechar aquellos santos varones que despues habian de verse obligados á obrar con mayor dureza!

Condenáronla á no volver usar el traje propio de los varones, á renunciar al ejercicio de las armas, y á dejarse crecer el pelo.

XXXI

Juana de Arco firmó con la señal de la cruz, porque no sabia leer.

Y aun de esto sacó partido y lo han sacado sus obcecados defensores para decir que no supo lo que se firmaba: ¡como si las brujas necesitasen haber ido á la escuela para saber lo que dicen las letras!

XXXII

El papel que firmó Juana resultó ser una declaracion en que se reconocia disoluta, hereje, cismática, idólatra, sediciosa, invocadora de demonios y bruja.

Una friolera.

En virtud de cuya declaracion fué condenada á encierro perpétuo, siendo así que en concepto de sábios y piadosos varones merecia perdiese la vida.

Pero el tribunal estaba empeñado en dar muestras de clemencia á quien no las merecia, como lo demostró la Providencia con sucesos posteriores; pues vino un dia en que Juana de Arco fué sorprendida cometiendo el horrendo sacrilegio de ir vestida de hombre, y entonces ya no pudieron sus jueces ser indulgentes sin hacerse cómplices de tamaño ultraje á la divinidad.

Varios testigos declararon haber visto á Juana en hábito de varon, y como relapsa fué condenada á morir en la hoguera.

Ordenóse un ceremonial propio para el caso, á fin de que la solemnidad del acto contribuyera á la eficacia del ejemplo, y el dia 30 de mayo de 1431 la culpable pereció abrasada en el brasero de la Plaza del Mercado Viejo de Ruan.

Expiró pronunciando el nombre de Jesús; pero Jesús no hizo el menor prodigio en favor suyo.

Prueba evidente de que era bruja.

XXXIII

Pero este es un solo caso, que no llega á dar la mas mínima idea de lo que fué la brujería, que ha sido la asociacion mas revoltosa, mas traviesa y mas informal de que pueda haber noticia.

En cierta ocasion se jactaron los brujos de que por medio de sus conjuros podian, sin valerse de llave alguna, abrir las cerraduras; pero San Colombano los chasqueó abriéndolas con solo hacer la señal de la cruz.

Así quedaron corridos; pero como el pueblo siempre fué tan fácil de seducir, dejaba de creer hoy en el poder de brujos y brujas, y volvia á creer en él mañana; y costó mucho apartarle de sus supersticiones, hasta que á fuerza de letanías, agua bendita y quemas de brujos se ha conseguido casi del todo extirpar el gremio y la aficion á él.

XXXIV

En ciertas regiones fué tarea muy árdua desarraigar las creencias con que habia pervertido á las gentes el antíguo paga-

nismo, y la religion católica, aunque relativamente jovencita, pues no contaba mas que unos once centenares de abriles, se dió una maña admirable.

Por ejemplo: acostumbradas las generaciones á consultar los oráculos por medio de preguntas escritas, á las cuales la voz de la falsa divinidad contestaba, no se avenian á renunciar á ese medio de completar sus conocimientos.

Entonces el catolicismo fué y dijo: Pues yo tambien haré eso. Y en efecto, los devotos dejaban sus preguntas escritas en el sepulcro de un santo, y al cabo de poco tiempo el santo daba la respuesta á cada cual en su idioma.

XXXV

En el país de Gales hay ó habia los pozos de Santa Tecla. A aquellos pozos acudieron por espacio de siglos muchos enfermos deseosos de averiguar por medio de la santa el remedio que mas les convenia.

Es decir, que ya entonces la religion, enemiga de las supersticiones, habia establecido consultas médicas, gratuitas...

¿Gratuitas?

No anticipemos calificativos poco meditados.

XXXVI

Ello es que hombres y mujeres iban á los pozos á consultar á la santa.

Los hombres entregaban un gallo á los sacerdotes, y las mujeres una gallina.

Sexo con sexo.

Colocábase el volátil en una cesta, paseábasele alrededor del pozo, y luego se le llevaba al cementerio.

Despues de lo cual el enfermo entraba en la iglesia, donde habia sus cepillitos para no contrariar á los que tuviesen voluntad de dar algo.

XXXVII

Una vez dentro colocábanse al pié de la mesa de comunion, con una Biblia sobre la cabeza, y allí esperaban el nuevo dia.

Despues daban una ofrenda obligatoria de seis cuartos, y se volvian á su casa sin el gallo ni la gallina.

Si el volátil moria, era señal de que la enfermedad del paciente le habia contagiado ocasionándole la muerte, y este quedaba sano.

XXXVIII

Tambien se curaban las heridas rezando Padrenuestros sobre la parte dañada; rezando el rosario se curaron las hemorragias, y esto duró hasta que la Iglesia prohibió todas esas prácticas.

Y mucho tiempo despues duraba tambien, supuesto que ya en 721 las habia prohibido un concilio celebrado en Roma bajo Gregorio II.

XXXIX

Pues bien, todas esas y otras muchas habilidades quisieron imitar los brujos y brujas; pero siempre empleándolas para el mal y valiéndose de medios reprobados.

En la Bretaña (condado de Denbigh) hay una fuente llamada de San Elian.

Allí estuvo establecida durante mucho tiempo una bruja que, á precios módicos, ejecutaba una porcion de diabluras.

La bruja escribia en un libro el nombre de la persona á quien tenia que embrujar; despues de lo cual se echaba un alfiler á la fuente, y la operacion estaba hecha.

XL

Todo llegaron á invadirlo los encantamientos, brujerías y sortilegios, y llegó á suceder que los brujos imitaban las cosas mas ciertas, y daban á las cosas ciertas tales apariencias de hechizo, que ya casi no se sabia quién era santo y quién brujo: albigenses, *valdenses*, cataros y templarios, por brujos fueron castigados;

brujo fué el marqués de Villena; brujo fué el poeta Virgilio, y de brujo fué acusado el Papa Gerberto, é igual fama alcanzaron Alberto Magno, Rogerio Bacon, Arnaldo de Villanueva, Raimundo Lulio, Tritemio y otros mil.

Para que se vea que hubo brujería aristocrática tambien.

Y para que se vea mejor, óigase á Alfredo Maury, que ha escrito sobre este punto, y que, tratando de la mágia y la astrología durante el renacimiento, dice lo que copio.

XLI

«Ya en el siglo XIV, en Castilla, la imperial Toledo era un »foco de artes mágicas, de las que el rey Alfonso X se mostraba »muy apasionado, como lo fué tambien el emperador Cárlos V, »que hizo venir de Italia (donde esta ciencia era muy cultivada) »al padre de la célebre Catalina Pisano, para perfeccionarse en »tan importante estudio; y movido del deseo de refutar los erro- »res que con la proteccion del emperador adquirian crédito de »verdades, escribió Gerson medio siglo despues su *Tratado de »los Astrólogos*, cuyo libro no tuvo mas eficacia contra la supers- »ticion reinante que el que despues produjo la pluma de Pico de »la Mirándula.

»Luisa de Saboya, madre de Francisco I, apasionada tambien »por la astrología, queria nombrar adivino suyo á Cornelio »Agrippa; pero este, que ni creia lo bastante en su arte, ni estaba »bastante desengañado de él, no quiso ser nombrado mas que »médico.

»Miguel Nostradamus halló en Catalina de Médicis y Cár- »los IX la confianza que le habian negado sus compatriotas: ¡na- »die es profeta en su tierra!

»Sus predicciones, amalgama de sentencias enigmáticas y »ridículas, han sido despues reverenciadas como verdades por »mucha gente. Su segundo hijo, que quiso seguir sus huellas, »fué menos afortunado que el padre.

»Un astrólogo italiano, Cosme Ruggieri, habia inspirado á la

»esposa de Enrique II la aficion á adivinar por medio de los as-»tros; Cardano, que sabia estimar la mágia en su verdadero va-»lor, reconocia, sin embargo, la influencia de los astros; Enrique »Estienne, en su juventud, se habia dedicado á sacar horóscopos.

»No eran mas discretos nuestros reyes. Enrique IV llamó á »su lado al astrólogo y médico Lariviere en el acto del naci-»miento de Luis XIII, y cuando Ana de Austria dió á luz á »Luis XIV, el astrólogo Morin estaba escondido cerca de la alcoba »para sacar el horóscopo del futuro monarca.

»Este último hecho demuestra que ya comenzaba á dar ver-»güenza el abrigar ese género de credulidad, y era que medio »siglo antes Sixto V habia lanzado contra los astrólogos su *motu* »*proprio*, que produjo mas efecto contra los adivinos que las or-»denanzas promulgadas en 1493, 1560 y 1570.

»La primera de las citadas ordenanzas, titulada *Llamamiento* »*del Preboste de París*, se dió *contra los encantadores*, *adivinos*, »*invocadores de malos y condenados espíritus*, *nigrománticos y* »*todo género de personas que viven de malas artes*, *ciencias y* »*sectas prohibidas por nuestra madre la Iglesia*.»

XLII

Dejaria al autor que acabo de citar, si no me tentara el deseo de ir poniendo aquí varias noticias curiosas que trae á continuacion de las líneas anteriormente copiadas; pero no puedo.

Lo que haré será extractar en breves líneas lo que mas hace á mi propósito de algunas páginas suyas.

XLIII

Y será lo primero, para dar idea de lo que trastornaban el mundo los brujos y las brujas, recordar lo siguiente:

Enrique VIII de Inglaterra declaró felones á cuantos ejerciesen la mágia ó brujería, y al que incurria de semejante delito no le libraba de castigo el alegar que fuese sacerdote.

Jacobo I impuso pena de muerte á los brujos, cuyo poder te-

mia extraordinariamente, y aun escribió un libro en forma de diálogo, que era un verdadero tratado de demonologia.

En Alemania el emperador Rodolfo II vivia rodeado de astrólogos, adivinos, mágicos y brujos, y en resúmen, la brujería fué una peste de largos siglos y de todas las naciones.

XLIV

En los siglos XVI y XVII abundaron extraordinariamente los procesos sobre brujería, y se escribieron muchísimos libros contra esa fecunda plaga del género humano.

Los concilios tuvieron que repetir sus anatemas, que fueron sancionados por el Pontífice Gregorio XIII, y en muchas regiones, todos los domingos, despues de la misa mayor, se excomulgaba desde el púlpito á las brujas por mandato expreso de los Excmos. é Ilmos. obispos.

XLV

El de Evreux, en Francia, se condujo tan bien en un proceso instruido contra unos brujos, que el cardenal Mazarino le escribió felicitándole por el celo que habia desplegado en negocio tan importante; y en 1672, habiendo tratado Luis XIV de influir para que se sobreyese en una causa formada contra otros brujos, el Parlamento de Ruan representó al rey para que no pusiera obstáculo á que el proceso siguiese hasta el fin todos los trámites, recomendándole que no se entorpeciera la acusacion contra los presos.

XLVI

Ilustraron mucho la materia de la brujería las numerosas publicaciones á este objeto dedicadas, y los eruditos citan muy especialmente las obras que se titulan: *Formicarum de maleficiis*, *El Martillo de los brujos* (1487), *De Præstigiis dæmonum* (1563), *De la impostura y engaño de los diablos, encantadores, hechiceros y otros* (1579), *De la demonomania de los brujos* (1587), *Discurso sobre los brujos* (1608), *Cuadro de la inconstancia de los*

ángeles malos y los demonios (1612), *Tratado sobre la mágia, el sortilegio, las posesiones*, etc. (1732).

XLVII

Hoy podemos casi decir que ya no existen brujos; pero la incredulidad nos lleva tambien á negar que hayan existido.

Hace poco tiempo todavía se les quemaba; todavía creian en brujerías personas muy graves; pero hoy dia, por rechazar todo lo sobrenatural, nos hemos despojado de una creencia que tuvo firme asiento en los corazones de nuestros padres, y de que participaron grandes escritores, eminentes jurisconsultos, profundos teólogos, piadosos obispos é infalibles pontífices.

XLVIII

No hace tanto tiempo que aun decia Labruyere:

«¿Qué concepto formar de la mágia y los sortilegios? Su teoría »es oscura; sus principios vagos, inciertos, y parecen mas visio»nes que otra cosa; pero existen hechos asombrosos, hechos ates»tiguados por testigos oculares, personas de saber y buen crite»rio. Admitirlos todos, me parece imprudencia tan grande como »negarlos todos, y me atrevo á decir que en esta materia, como »en todas las cosas extraordinarias que se salen de las reglas co»munes, hay que colocarse á igual distancia de los crédulos en »demasía y de los absolutamente incrédulos.»

Y Bayle decia, al mismo propósito, que creerlo todo y no creer nada eran modos extremos que á nada bueno podian conducir.

Y el benedictino Feijóo decia á su vez:

«No pocos autores han creido que todo cuanto se cuenta de la »translacion de las que llamamos brujas por el aire á los lugares »donde tienen sus concilios ó conventículos abominables, es fá»bula, originada de error de las mismas que han confesado este »delito. . . . . .

»Mas arrojados otros autores, se inclinan á que no se casti-

»gue el crímen de sortilegio ó hechicería, persuadidos de que »casi siempre es ilusion; para lo cual alegan que, en los países »donde no se pesquisa ni procesa sobre este delito, ningun he»chicero parece, y al contrario, se multiplican donde hay mas »severidad con ellos. De aquí infieren que todo es perturbacion »de la fantasía, ocasionada de la profunda impresion que hacen »en ella las historias que oyen de hechicerías, y el terrible espec»táculo de los castigos de los hechiceros; lo cual, como falta en »los países dónde no se trata de castigar este crímen, no se des»cubre algun hechicero, porque ninguno sueña que lo es. El Pa»dre Malebranche, que parece propende á este sentir, dice que en »algunos Parlamentos á nadie se hace proceso sobre el delito de »hechicería. Algunos comprenden en este número el Parlamento »de París. Citan tambien un cánon del concilio ancirano, en que »parece se declara ser meras ilusiones cuanto se dice de los vue»los y conventículos de las brujas.

. . . . . .

»Que haya tantos hechiceros, tantas brujas, que sean fre»cuentes esas transmigraciones por el aire; que Dios dé tanta »libertad al demonio, especialmente despues que con su venida al »mundo le destronizó de su imperio, solo cabe en la credulidad »del vulgo; pero ponerlo en paraje de que todo esto, ó casi todo, »sea ilusion, es otro extremo vicioso y mucho mas arriesgado. »Los concilios fulminan anatemas contra los hechiceros. Los Pa»dres hablan de ellos. El derecho civil y canónico señalan penas »á este delito. Sabemos que muchos fueron penados por él en Se»nados rectísimos. *Y sea lo que fuere de otros tribunales, la su»ma madurez con que en todo procede el de la Inquisicion, hace »certeza de la existencia de tales delincuentes.*»

¡Ajá! Ya estamos al cabo de la calle.

Los que no creen en la madurez y rectitud de la Inquisicion, nada tiene de particular que no crean en brujas; pero los que creen lo uno, me parece que forzosamente han de creer lo otro.

IL

Ello es que así escribia el erudito y discreto Feijóo en 1728, y con lo que de él y otros sábios hemos citado, se ha podido venir en conocimiento de que, aun en el pasado siglo, los hombres entendidos, ó no se atrevian á negar rotundamente los sortilegios, ó afirmaban su certeza, por mas que en su concepto no eran tan frecuentes como sospechaba el vulgo.

L

Que se tomó pretexto de los hechizos para acusar de brujos á personas á quienes se queria perder, es indudable.

El mismo Feijóo cita que «en Lorena, cuando los señores con»fiscaban los bienes de los que eran acusados de hechicería, ha»bia mas hechiceros en Lorena que en todo el resto de Europa.»

Pero ¿y qué? El abuso no prueba que no existieran brujos de veras.

Verdad es que tampoco prueba que los hubiese; pero por lo mismo que no prueba nada, no hay que tomarlo en cuenta. Feijóo se satisface con que la Inquisicion los achicharraba: no seamos, pues, mas exigentes que él.

¿La Inquisicion quemaba á hombres y mujeres por delito de brujería?

Sí.

Pues brujos eran los quemados.

LI

Mas vivo celo habian mostrado los hombres de otros siglos en lo que atañe á impedir brujerías y cosas de «*adevinos*, *encanta»dores*, *agoreros*, *provizeros*, *estrelleros*, *é los que cataban en el »espalda*,» y buenas y útiles fueron las providencias tomadas *contra gente* de tal calaña, que con sus embustes llegaron á en-

gañar á los jueces mismos, induciéndoles á dar fallos opuestos á la justicia.

Ya el lector estará penetrado de que en los gloriosos tiempos de la buena monarquía todo se hacia con arreglo á ley y á derecho, y bajo la inspiracion de Dios; y si alguna vez se infringió la justicia, solo las brujas y sus similares tuvieron la culpa, pues como dice muy bien el rey Flavio Ervigio, «*algunos iuezes que »non son de Dios, é son llenos de error, quando non pueden fallar »por pesquisa los fechos de los malfechores, van tomar conseio »con los adevinos é con los agoradores, é non cuidan fallar ver»dad se non toman conseio con estos; mas por end non pueden fa»llar verdad, porque la quieren demandar por la mentira, é »quieren probar los malos fechos por las adevinaciones, é los »malfechores por los adevinadores, é dan á sí mismos en lugar »del diablo con los adivinadores... é porque estos atales agorado»res son aborridos de Dios, por ende establezemos en esta ley es»pecial mientre que todo ombre que es agorador, ó que se guia »por agoros, ó por adevinancias, reciba C. azotes. E si despues »tornare en ello, pierda toda buena testimonia, é reciba otros C. »azotes.*»

Y se cumplia al pié de la letra, y escarmentaban mucho los brujos y los que de ellos se fiaban, cosa que no sucede hoy dia.

LII

Mas de poco habria servido ese azotamiento si otras providencias no se hubiesen tomado, porque (demasiado se comprende) los brujos, sin necesidad de dar consejo, podian hacer y hacian por sí grandes daños.

Y como esta sencilla observacion no podia menos de ocurrirse á la perspicuidad de los sábios legisladores, donde quiera que veian contingencia de daño por medio de embrujamiento, allí acudian con el remedio, de lo cual puede caberme, y me cabrá, el honor de aducir buenas testimonias, hablando á la usanza de aquellos felices dias.

LIII

Andaban sueltos entonces los proviceros, y sin consideracion alguna arrojaban pedrisco á campos y viñas.

Y aunque, como es sabido, todas las obras del diablo y de las brujas carecen de realidad, y no son mas que mera apariencia, sucedia, sin embargo, que aquel pedrisco causaba en las vides y sembrados los mismos, idénticos daños que los pedriscos de verdad que Dios envia cuando así conviene á sus altos é inexcrutables designios.

Y no se dió un solo caso de caer en los campos pedriscos de mera apariencia.

Si los brujos y brujas se hubiesen limitado á soltar desde lo alto piedra ó granizo de teatro, quiero decir, que no agostara, secara y abrasara las cosechas, nadie se habria incomodado gran cosa; pero esto de echarlo tan verdadero, tan abrasador y agostador como el real y positivo elaborado en el cielo, irritó de muy mala manera á labradores, jueces, sacerdotes y reyes, y los irritó con mucha razon, porque todos ellos sabian que el permiso concedido por Dios á los malos no se extiende á dejarles hacer cosas verdaderas.

Sucedia que una comarca pagaba puntualmente sus pechos y tributos y sus diezmos y primicias; asistia á las procesiones y á los oficios divinos, confesaba y comulgaba; hacia las debidas reparaciones en los templos, denunciaba y castigaba á los herejes, despojaba y quemaba devotamente á los judíos, compraba vestidos nuevos á los santos de sus altares; no se sublevaba contra sus señores, ni hablaba mal de ellos; era objeto de los elogios de las justicias y obispos, los cuales le aseguraban que el Señor la premiaria por su buen proceder; y á lo mejor se le nublaba el cielo, y sin mezcla de una gota de agua caia la blanca piedra en todo el término, y frustraba todos los afanes de un año, y sumia en la miseria á los buenos feligreses.

¿No era evidente que aquella plaga era producida por los brujos?

Convengamos sin vacilar en que lo era, como convenian en ello aquellas cristianas generaciones.

Pues bien, las leyes no podian consentir en que nó recibieran su castigo los autores de tales picardías, y así les señaló que se les diesen doscientos azotes, y que se les marcase la frente con una marca repugnante y especial que les distinguiese de los hombres de bien: «*sennálelos na fronte layda mientre* (dice la ley) *é fága-»los andar por diez villas en derredor de la cibdat, que los otros »que los vieren sean espantados por la pena destos.*»

Acertada providencia, que enseñaba á los buenos á conocer por la frente á los malos, y contribuyó á formar el criterio fisionómico de nuestros antepasados.

LIV

Tambien se descubrió que ciertas personas conversaban con el diablo, y por su consejo ponian malquerencia entre indivíduos que antes se profesaban afecto; y á los que así procedian se les impuso igual pena que á los anteriores.

Pero los brujos, cuando la ley les cerraba una salida, abrian otra, y así hubo algunos ¿qué digo algunos? muchos que se entretenian en *hacer círculos de noche.*

¿Podia consentirse tal ocupacion en una sociedad bien organizada?

No.

La noche es para rezar y dormir, y el hombre que cuando el mundo está envuelto en tinieblas *face circos*, merece grave pena.

Porque, vamos á ver: ¿qué utilidad puede sacar ninguna persona sensata de hacer círculos por la noche? Y si el hacerlos le fuese de algun provecho, ¿por qué no hacerlos de dia?

Estas y otras reflexiones se hizo el legislador, y despues de pesar maduramente la gravedad del daño, condenó á las penas

ya citadas de azotes, marca en la frente y paseo por diez villas *á los que fazen circos de noche.*

LV

Otros brujos por medio del encantamiento ó por ligamiento, á lo mejor, es decir, á lo peor, dejaban mudo á un cristiano, ó lo mataban, ó le secaban los frutos en la tierra; á todos los cuales castigaba la ley diciendo de esos culpables: «*Mandamos que todo* »*el danno reciban en sus cuerpos y en todas sus cosas que ficieren* »*á otre.*»

¡Providencial justicia! No sé yo cómo se cumpliria la ley en cuanto á hacer á un hombre en su cuerpo el daño que él habia hecho, si ese daño consistia en haber secado unas mieses, una higuera ó una viña; pero me consuela el pensar que los legisladores que tuvieron tan gran conocimiento de los brujos, tambien lo tendrian para secarle en el cuerpo los higos ó las uvas á un cualquiera, y me fortalece en esta opinion el moderno comentador del *Fuero Juzgo*, que al llegar á este punto dice en una nota:

«Nada de lo contenido en este título se puede extrañar de la »sociedad goda en el siglo VII.»

Así no estrañaria yo que aquellos jueces, habiendo cogido á un brujo embrujando una cuba de vino, despues de embrujada le obligaran á bebérsela, para cumplir con la letra de la ley que mandaba que recibiese en su cuerpo y todas sus cosas el daño hecho á otro.

LVI

A pesar de todo el celo de los jueces y del admirable respeto con que se cumplian las leyes en aquel tiempo, no por eso se acabó la brujería, ni mucho menos, pues el enemigo malo no descansaba; y cuando los brujos, escarmentados con azotes y señalamiento de hierros en la frente, renunciaban á usar mañas conocidas ya de la justicia, el diablo les aconsejaba que usaran de otras nuevas, de las que aun no podian excitar las sospechas de la justicia.

Así que, á seis siglos de distancia del *Fuero Juzgo*, hallamos compiladas las leyes de Partida, que castigan «*la adevinanza de »los agoreros, e de los sorteros, e de los fechizeros que catan »agueros de aues, o de estornudos, o de palabras (a que llaman »Prouerbio), o echan suertes, o catan en agua, o en cristal, o en »espejo, o en otra cosa luciente, o fazen fechuras de metal, o de »otra cosa qualquier, o adeuinanza en cabeza de ome muerto, o de »bestia, o en palma de niño, o de muger virgen. E estos truha»nes, e todos los otros semejantes dellos, porque son omes daño»sos, e engañadores, e nascen de sus fechos muy grandes males a »la tierra, defendemos que ninguno dellos non more en nuestro »Señorio, nin vse y destas cosas; e otrosi, que ninguno non sera »osado de los acoger en sus casas nin encubrirlos.*»

Acerca de esta disposicion encerrada en la Setena Partida, título XXIII, ley 1.ª, debe advertirse que produjo grandes bienes.

Entre otras cosas, porque no solo fabricaban los brujos figuras de metal, sino tambien de cera, parecidas á las personas que á ellos les tenian enojados, y clavando alfileres ó hiriendo á aquellas figuritas, mortificaban y lisiaban al original; y encarga un sábio angélico que no se ria el profano de estas cosas, que son muy ciertas; por lo cual es menester que así yo como los lectores tomemos un aspecto grave, como si ni remotamente se nos hubiese podido ocurrir que cupiese la risa en materia de figuras de cera ni de metal.

LVII

Ni habrá persona de buenos sentimientos que pueda reirse de cosas que como aquellas figuras servian tambien para lograr que un hombre se enamorase locamente de una mujer, ó una mujer de un hombre, cuando en su vida habian deseado amarse ni el uno ni el otro, así como además se empleaban en lograr que dos personas que se habian querido hasta el enamoramiento, dejasen de quererse y pasaran los dos ó uno de ellos del mas profundo cariño hasta el último límite del ódio.

Si hoy dia una pobre mujer descubre que es aborrecida del

hombre que antes la amaba, y conoce que ese trueque de afectos es obra de brujería, y descubre á la bruja malhechora y la denuncia á los tribunales, será objeto de risa, y ni justicia, ni venganza, ni recobro del amor verá logrados en esta sociedad descreida.

Entonces tenia la seguridad de que se daria muerte á la bruja, se desterraria á sus encubridores, se desharia el encanto, se casaria con su amado y con él viviria feliz largos años y tendria numerosa familia.

Compárese en este concepto la falsa ilustracion de hoy con la sociedad llamada bárbara de aquellos siglos.

Pero no: ahora no se compare; prosiga el lector hasta el fin del capítulo, que ya tiempo tendrá despues para sus comparaciones.

LVIII

Y no se crea que entonces se condenase á ciegas á todos los que hacian encantos y sortilegios; no señor: se condenaba á los que los hacian con mala intencion; pero á los que los hacian con buen fin, antes se les galardonaba.

La ley y la costumbre eran en esto muy cuerdas.

Si á un desgraciado se le metian los demonios en el cuerpo, cosa que sucedia muy á menudo cuando los demonios eran todavía ágiles y entrometidos, no habia razon para castigar, sino para premiar al que por medio de un encantamiento se los sacaba.

Así lo entendia la Setena Partida en su tít. XIII, ley 3.ª: «... *los que fiziessen encantamiento, o otras cosas con entencion* »*buena, assi como sacar demonios de los cuerpos de los omes; o* »*para desligar á los que fuessen marido, e muger, que non pu-* »*diessen conuenir; o para dessatar nube, que echasse granizo, o* »*niebla, porque non corrompiesse los frutos; o para matar lan-* »*gosta, o pulgon, que daña el pan, o las uiñas, o por alguna otra* »*razon prouechosa semejante destas non deue auer pena; antes* »*dezimos que deue recebir galardon por ello.*»

LIX

Consideremos un momento cuán feliz podria ser una sociedad en que así los legisladores como los brujos estuviesen dotados de la buena fé que revelan las líneas que acabamos de citar.

Desgraciadamente por cada brujo honrado habia millares de ellos que eran lo mas perdido de cada tierra, y fué preciso tratarles á todos como malos.

Húbolos de tan perversa índole, que á fin de hacer creer á la gente de bien que la Iglesia no era poseedora de toda la ciencia, curaban enfermedades que ningun doctor sabia curar.

La repeticion de esas curas habria podido redundar en descrédito y desprestigio del cuerpo de sacerdotes, y para atajar tan grave daño, la Iglesia declaró en el siglo XIV que si alguna mujer curase sin haber estudiado, sin mas averiguacion padeciese muerte como bruja.

LX

Era la época en que las personas no se lavaban.

Los idólatras, adoradores de la materia, cuidaban mucho de la limpieza del miserable cuerpo; mas los cristianos, dados de corazon á las cosas del espíritu, desdeñaban el baño y el acicalamiento, y las personas mas ilustres por sus virtudes y apellidos iban

tal como van aun por las aldeas,
sucias, las caras feas
y el cuerpo del color de la morcilla,
los chicos de la Mancha y de Castilla.

Pero las brujas y demás agentes de Satanás veian con envidia aquella santa suciedad con que se ganaban almas para el cielo, y á fin de excitar á los buenos á que se entregasen á la sensualidad del baño, les enviaron unas crueles comezones.

En el siglo XIII todos los cristianos se rascaban. Lepra se ha llamado aquel prurito, porque los profanos suelen dar nombres á las cosas para fingir que las comprenden, y arrebatar así á la divinidad el prestigio de los misterios.

Cedió la comezon, no porque se propagasen los conocimientos higiénicos ni comenzara á usarse para los vestidos algodon en vez de lana, sino porque el cielo quiso premiar los esfuerzos de los fieles que tan heróicamente habian resistido al atractivo diabólico.

LXI

A mediados del siglo XIV el baile de San Vito se extendió por toda Europa. Las brujas, á modo de innumerables huestes, penetraban en los cuerpos de todo un reino, agitábanlos sin descanso, y hubo que poner en práctica el remedio de lanzarse sobre los poseidos, y á puñadas y coces contusionarles duramente, para que, á pesar de todas las violencias interiores, no tuviese el paciente fuerzas para menearse.

LXII

Y... ¡de buena gana me estremeceria!

Porque la maldad de nuestros dias ha llegado, no solo á negar que en el mundo hayan existido brujos y brujas, sino á mas, aunque parezca imposible. !

La maldad de «los calamitosos tiempos presentes» (como han dicho todos los Pontífices al hablar de su tiempo respectivo) ha querido explicar todos los males causados por la brujería de un modo altamente depresivo para la ciencia, las creencias, la organizacion y las autoridades legítimamente constituidas de los mejores tiempos.

LXIII

No leais lo que sobre este particular ha escrito el impío Michelet, ni los médicos, por supuesto, materialistas.

No lo leais, porque es cosa tan diabólicamente discurrida, que puede muy fácilmente inducir á error á las personas de sencillo corazon.

Aunque... bien mirado, persona de sencillo corazon supongo que no lo será el lector, porque consta de muchas pastorales y *encíclicas* que ya no hay mas que doblez y malignidad entre los

mundanos; por consiguiente, bien puede cualquier contemporáneo leer lo que se le antojare sin peligro de corromperse mas de lo que ya debe de estarlo.

A menos que el lector fuese sacerdote, en cuyo caso insisto en que se aparte de dicha lectura, tanto porque, en efecto, de encíclicas y pastorales consta que los sacerdotes son los únicos que todavía conservan el sagrado depósito de la virtud, como porque no hay cosa mas impropia que un sacerdote español leyendo cosas nacidas de la falible razon humana.

LXIV

Para no dejar, empero, del todo irritada la curiosidad del que fijase los ojos en estas páginas, diré que los impíos á que me he referido no ven en la brujería el menor rastro de influencia demoniaca.

No ven mas que la influencia de aquellos tiempos que ellos llaman sombríos!

Ven al siervo desesperado de alcanzar su emancipacion, al creyente extenuado por los ayunos y las penitencias, al curioso solicitado por el deseo de saber, y no atreviéndose á adquirir conocimientos por miedo de no introducir con ellos en su sér algo del espíritu maligno; generaciones aterrorizadas con el anuncio del próximo fin del mundo; sacudidas por contínuas guerras en que les era forzoso tomar parte, sin darse nunca razon de ellas; familias heridas en los mas castos y puros sentimientos, ya cuando la nueva esposa tenia que pagar al señor las primicias de su virginidad, ya cuando por razon de servidumbré el padre veia pasar á su hijo á poder de un dueño que vivia lejos; pueblos enteros entregados como rebaños al que heredaba el feudo; hambres frecuentes que no queria aplacar una divinidad infinitamente buena, ansia de libertad y desconocimiento completo del derecho á alcanzarla; el grito de la naturaleza, siempre en pugna con el deber social; las desigualdades irritantes creadas por la ley; los usos y caprichos entronizados por la servidumbre, avergonzando

y enloqueciendo á los que se sentian con gran repugnancia á vivir siempre en la humillacion; la idea de que la mayoría no tenia existencia propia, porque el siervo se sentia vivir y apenas podia creer que vivia, siendo del señor la tierra que labraba, del sacerdote su conciencia y los primeros frutos de su trabajo, del señor su vida, del señor su honra, hasta tal punto que en ciertos señoríos era ley que «el primogénito debia ser considerado como hijo »del señor, pues podia ser fruto de sus obras.»

LXV

Todo esto, dicen los impíos, constituia al hombre en un estado de tristeza, de contradiccion interior, de lucha estéril, de miseria material y moral, de desesperacion, de abatimiento, de locas tentativas, de locura, que le hacia pasar por endiablado ó embrujado, y aun á veces se lo creia él mismo, y no hallando en el cielo remedio para sus males, deseaba de veras que una divinidad infernal satisficiera á cualquier precio una, á lo menos, de sus necesidades, y concebia la esperanza de alcanzarlo, pareciéndole imposible que no hubiese de hallar alivio alguno durante su permanencia en la tierra.

LXVI

¿Se quiere ver algo mas audaz, mas absurdo, mas antireligioso que esa loca teoría?

¿Podia creer nadie en el siglo XIV que llegase época en que tan sin freno ni reparo se habia de negar la existencia de aquellos innumerables brujos quemados y de los que se habian de quemar todavía?

¿Ha pensado nunca así la Iglesia, que es infalible?

¡Falsa la brujería!

¿Qué diria de semejante blasfemia el delicioso Papa Juan XII, que mandó deshollar vivo á un obispo solo por meras sospechas de *que se dedicaba* á embrujar?

LXVII

Un siglo descreido, que combate el presupuesto del clero y llevaria su iniquidad hasta dejar en la pobreza á los sacerdotes que se brindan á ser pobres, puede sin conciencia negar las verdades mas evidentes.

Pero...

Pero, señor, lo que yo digo: si no hubiese habido brujos, ¿cómo habria sido posible quemarlos?

Si no existiese Dios, ¿tendríamos idea de él? ¿Habria sido nuestra pequeñez bastante poderosa para inventarle?

Ciertamente que no.

Pues aplicad el cuento, malvados: si no hubiese habido brujas, ¿cómo las habíamos de inventar?

La creencia unánime de todos los pueblos, ¿no es la prueba mas patente de la existencia de Dios?

Pues si todos los pueblos han creido tambien en sortilegios, encantos y demás brujerías, ¿á qué vienen con su ridícula incredulidad los falsos *esprits forts* de nuestros dias?

LXVIII

¡Treinta y ocho brujas quemó de una vez la Inquisicion española de Calahorra en 1507!

¡Quinientas quemó en tres meses la piadosa ciudad de Génova en 1515, regida por el obispo su señor!

¡Seiscientas quemó el obispado de Bamberga en un brevísimo período!

¡Novecientas quemó en poco tiempo tambien el piadosísimo obispado de Wurtzburgo!

¡El juez de Nancy, en su libro dedicado al cardenal de Lorena (1536), se complace en hacer constar que en diez y seis años ha tenido la buena fortuna de entregar á las llamas ochocientos brujos de ambos sexos!

¡Delancre en menos de tres meses quemó en las Provincias

Vascongadas un sinnúmero de brujos, entre ellos tres sacerdotes!

Aun cuando la fé habia perdido de su primitivo fervor, bajo el reinado del primer Borbon en España, entre las *mil quinientas sesenta y cuatro* personas que perecieron entre las llamas inquisitoriales, hubo buen número condenadas por supersticiones y brujerías.

Y bajo Fernando VI, entre los ciento setenta penitenciados por la Inquisicion (fuera de los diez y seis individuos quemados), hubo un número razonable de hechiceros.

Por brujas fueron condenadas las monjas de Ara Cœli de Corella en 1742.

LXIX

No es lícito pasar adelante sin hacer especial mencion del auto de fé de 1610, celebrado en Logroño.

La funcion comenzó con la quema de once brujas, seis vivitas y en persona, y cinco en estátua; de cuyas once brujas se contaron en el proceso, segun relacion oficial, cosas muy extraordinarias. Todas habian cometido grandes maldades; pero todas negaron, menos una: «María de Zozaya, que fué confitente, y su »sentencia de las mas notables y espantosas de cuantas allí se le»yeron. Y por haber sido maestra y haber hecho brujos á gran »multitud de personas, hombres y mujeres, niños y niñas, aun»que fué confitente, se mandó quemar, por haber sido tan fa»mosa maestra y dogmatizadora.»

LXX

Diez y ocho brujas mas ocuparon el dia siguiente la atencion del tribunal y de los fieles.

«Leyéronse (dice la relacion del auto) en sus sentencias cosas »tan horrendas y espantosas, cuales nunca se han visto; y fué »tanto lo que hubo que relatar, que ocupó todo el dia, desde que »amaneció hasta que llegó la noche, que los señores inquisidores

»mandaron cercenar muchas de las relaciones porque se pudiesen »acabar en aquel dia.»

El auto de fé se celebró con la pompa y magnificencia acostumbrada, y aun mas; tanto que asistieron á él «multitud de »gente de todas partes de España y de otros reinos: siguieron el »rico pendon del Santo Oficio hasta mil familiares, comisarios y »notarios de él, muy lucidos y bien puestos, todos con sus pen»dientes de oro y cruces en los pechos. Despues iban gran multi»tud de religiones de las órdenes de Santo Domingo, San Fran»cisco, la Merced, la Santísima Trinidad y la Compañía de »Jesús.»

De los pormenores de ese género de piadosas fiestas hemos procurado dar en otro lugar una muestra (1). No repetiremos, pues, aquí lo que á este punto se refiere.

Pero si esto puedo omitir, no puedo otro tanto con respecto á cosas de grande interés, para que sea como es debido conocida la brujería.

Por ejemplo: ¿daria yo cabal término á este capítulo, si no expresase, tomándolo de la relacion del auto de Logroño, que al rendir las brujas pleito homenaje al demonio, le besan en la mano izquierda, en la boca y en los pechos, encima del corazon, en lugares vergonzosos; despues levanta él la cola y se hace besar debajito mismo, punto que siempre tiene muy sucio y muy hediondo, segun refiere el entendido cronista que del suceso se ocupa?

No: yo no cumpliria con mi deber si no refiriese, aunque brevemente, estas cosas; que si solo el creerlas cuesta ya trabajo, ¿qué no costará el practicarlas?

Y cuando ha habido personas que con tal de ser brujas las han hecho, ¿no merecen la execracion eterna de los frailes, de los lugareños, de las patronas de huéspedes, de los marineros y de todos cuantos aun hoy dia conservan íntegra y piadosamente el

(1) Véase *Los Cachivaches de Antaño*, págs. 93 y siguientes.

tradicional horror á las brujas, que ya no mueve á la impía gente del mundo?

No sé yo cómo hoy dia el Sumo Pontífice, que aun mata hombres por conspiradores, no mata tambien brujos como en otro tiempo; no sé por qué la Iglesia, que tanto se afana por conservar viva la fé, no vuelve á su interrumpida tarea de ahorcar y quemar brujos. Respeto los motivos que el Papa y sus súbditos puedan tener para no dedicarse como antes á expeler demonios de los cuerpos, y expeler del mundo á los que no quieran soltar á los demonios; creo que hacen bien cuando tal hacen, pero temo que esta sea la causa de que el poder temporal se pierda. Si es que el Señor lo tiene así dispuesto, su alma en su palma, hágase su voluntad; pero sin intencion de faltar en lo mas mínimo á nadie, digo que una combustioncita de cuando en cuando no vendria del todo mal, tratándose sobre todo de brujos.

LXXI

Para conocer á los que lo son, el demonio les pinta un sapo en las niñas de los ojos.

Y esto, que es un bien para el demonio, es bien igualmente para todos; porque así, en cuanto vean ustedes una persona que en las niñas de los ojos tenga sapos, ya pueden alejarse de ella y no concederle la menor confianza.

LXXII

El sapo representa gran papel en la brujería.

Acompaña á los brujos cuando se vuelven del aquelarre á su casa; les sirve para componer venenos, y los brujitos pequeños se ocupan en guardar manaditas de sapos, á quienes llaman de usted y respetan mucho.

Pero ¿á qué me canso? ¿Tienen Vds. mas que leer el texto del auto de fé de Logroño en Moratin (hijo), aunque dejen aparte sus impías notas?

Sí: mejor esto.

En aquel relato, impreso ante los ojos y con licencia de la Inquisicion, hallará el curioso cuantas noticias deseare acerca de las prácticas, usos y costumbres de las brujas; y aunque punto por punto no encuentre espresado, por ser cosa imposible, lo que cada una en particular haya hecho en este mundo durante las noches, tal abundancia de datos encontrará, que le faciliten el deducir á dónde podrian llegar, auxiliadas del poder del demonio, las que empezaban besando á este lo mas recóndito, feo y sucio.

LXXIII

Por lo demás, hoy se quiere desconocer el influjo de la brujería.

Los que vivimos en el siglo XIX, con tal de negar á Dios, negamos al demonio y sus obras, y antes que rendir tributo á la verdad, preferimos calumniar á nuestros pobres nervios.

Ya no hay mal de ojo, hechizos, encantos, sortilegios: á estas execrables brujerías llamamos locura, epilepsia, catalepsia, rabia, histeria.

Voces vacías de sentido para nuestros remotos antepasados, que con una oracion, unas sencillas aspersiones, unos conjuros, y en caso necesario una quema de vivos, se libraban del poder de las brujas y los brujos.

LXXIV

Pero todo da vueltas en el mundo, menos el mundo; todo pasa y vuelve: cuando los paganos creian que Dios habia muerto, entonces vino Dios.

Es verdad que se volvió á morir; pero Él volverá, y lo mismo que Él volverán tambien las pías y sencillas creéncias; y los que tanta dicha gocen, ¿quién sabe? acaso suceda mas pronto que nos figuramos, y los que hoy hacemos burla de misterios santos arderemos mañana en público brasero, entre cruces verdes, velas verdes y sombreros de teja verdes.

LOS SEÑORES

I

Una torre, dice Víctor Hugo, es lo contrario de un pozo; y yo estoy por decir, y aun digo, que los señores eran lo contrario de los siervos.

El señor vivia en lo alto, en su castillo; el siervo debajo, en su antro; el señor mandaba, el siervo obedecia; el señor talaba tierras; las tierras del siervo eran taladas...

Pero no: digo mal; el siervo no tenia tierras; quise decir que, cuando el señor talaba tierras, esas tierras eran las que el siervo labraba.

El señor tenia privilegios; el siervo era tenido; el señor desorejaba y ahorcaba; el siervo era el desorejado y el ahorcado.

Me parece que lo voy explicando.

II

El castillo y cuanto á él se refiere, y la morada del villano, dan idea de aquellos dos términos que fueron piedras angulares del edificio social.

«Es costumbre en nuestros dias, dice Juan de Colomedio, que »los hombres mas nobles y mas ricos, y que por estas causas em»plean el tiempo en satisfacer con el homicidio sus ódios perso»nales, se proporcionen un lugar seguro que les ponga á cu»bierto de las iras de sus enemigos, y desde donde puedan com»batir á sus iguales con ventaja, y tener sojuzgados á los mas »débiles. Levantan tan alto como pueden un montecillo de tierra »allí trasladada; rodéanle de un foso de anchura y profundidad »pavorosas; ponen á la parte exterior unas piedras cuadradas y »fuertemente adheridas unas á otras, que forman muralla, y si »les es posible defienden esta muralla con torres puestas de tre»cho en trecho. En medio del montecillo edifican una casa, ó mas »bien dicho, ciudadela, desde donde se dilata por todo alrededor »la vista. A la puerta solo se llega por un puente levadizo echado »sobre el foso; sostiénenlo pilares emparejados.»

III

Yo, al tratar de ciertas materias, temo ser parcial y dejarme llevar de mis instintos plebeyos y demagógicos.

Deseo que el lector discreto y equitativo pueda formar idea de lo que eran señores y castillos feudales; pero quisiera que, no por mis noticias, sino por las de personas nada sospechosas en materia política ni religiosa, formase el mas cabal concepto quien leyere.

Voy, pues, á reunir algunos datos agenos. Cedo de buena gana la palabra á mas autorizadas plumas.

Es posible que de cuando en cuando no pueda contener los impulsos de mi natural quisquilloso y un tanto burlon, y acaso acaso el despecho me arranque algun irreverente apóstrofe á las clases ilustres de otros tiempos.

Mas si tal sucede, el lector no debe hacer caso de mis salidas de tono.

Haga cuenta de que nada digo, y examine los textos de las *personas* graves que voy á poner ante su vista.

IV

César Cantu, hablando del castillo y el feudatario, dice:

«El caballero feudal solia fijar su residencia en una altura en »medio de sus dominios, en donde levantaba uno de aquellos cas»tillos cuyas pintorescas ruinas todavía nos recuerdan el poder »independiente y solitario, la importancia personal en una so»ciedad fraccionada en que todo señor se veia reducido al dere»cho de natura que todavía se abrogan los soberanos...

»En una de las torres, menos gruesa, pero mas alta y abierta »á los cuatro vientos, vigilaba el centinela que al son del cuerno »ó de la campana anunciaba el nacimiento del dia, para que los »villanos comenzasen sus trabajos; así como por iguales medios »daba la señal de alerta al acercarse el enemigo, para que los »hombres de armas acudiesen á la defensa.

»Rodeaban los castillos de fosos y contrafosos; de baluartes, »cortinas exteriores, empalizadas, contrafuertes; de rampojos en »las cercanías; de rastrillos, puentes levadizos estrechos y sin »pretiles colgados de cadenas; de buardas, escotillones, trapas, »cepos, y todo género de lazos y defensas capaces de poner miedo »en quien intentara un asalto ó una sorpresa. Cabezas de jabalí y »de lobo, aguiluchos clavados en las ferradas puertas, astas de »ciervos y gamos en los vestíbulos, daban idea de las sanguinarias »aficiones del castellano. En lo interior de la morada estaba todo »dispuesto, no para la comodidad y el gusto, sino para la segu»ridad y la defensa. Las armaduras, las lanzas, las alabardas, »las mazas ferradas colgaban de los escudetes de relieve en salo»nes vastos y desmantelados, alrededor de cuyas inmensas chime»neas se reunia la familia para jugar al ajedrez ó á los dados, »para bordar, beber ú oir el relato de alguna nueva, ó una can»cion acompañada del laud ó la bandurria.

»Habia en el castillo todo lo necesario para la boca y la guer»ra: cocina y cárcel, cueva y cisterna, corral y arsenales, caba»lleriza y archivo. Los criados eran numerosos: amigos, caballe-

»ros, peregrinos y viandantes, recibian fácil hospitalidad en su »recinto, y eran despedidos con regalos.

»El señor feudal vivia como el águila en su nido, aislado de »todos los que no estaban bajo su dependencia, sin influir en los »demás miembros de la sociedad, ni recibir de ellos influencia »alguna.

»No estaba ligado con el pueblo que le rodeaba ni por los »vínculos de la sangre ni por el parentesco. Solo con su mujer y »sus hijos, austero, suspicaz, temido y obedecido, ¿qué concepto »tan elevado no debia formar de su persona el que todo lo podia »por su propia y exclusiva autoridad, sin que hallara mas límites »ni dentro ni fuera que los de su propia fuerza?»

V

El castillo podria ser sombrío; podrian estar desmantelados sus vastos salones; podria tener siniestro aspecto aquella mole de piedra con sus fosos, su ladronera, sus atalayas y su horca por remate; pero no olvidemos lo mucho que la historia, la tradicion y el sentimiento de lo bello lo han poetizado.

D. Quijote de la Mancha, al divisar la primera venta, «se le »representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles »de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, »con todos aquellos adherentes con que semejantes castillos se »pintan.»

Y hasta se detuvo al pié de la célebre casa del ladron ventero, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo.

VI

Y no era solo D. Quijote quien en su especial locura poetizaba de aquel modo el castillo, sino que el romance de Montesinos y Rosaflorida dice tambien:

En Castilla está un castillo
que se llama Rocafrida;

al castillo llaman Roca
y á la fuente llaman Frida.
El pié tenia de oro,
y almenas de plata fina;
entre almena y almena
está una piedra zafira;
tanto relumbra de noche
como el sol á medio dia.

VII

En cámbio, en el romance de la infantina, el príncipe de Hungría pinta lo que eran los siervos y sus mansiones diciendo:

Lo que me dices, amores,
non me afrenta de lo oir,
ca *quien no fué caballero*
tenudo es de lo sofrir.
Présciome de ser villano,
e mas que villano fuí,
ca fijo de un porqueron
allá en mi tierra nascí.
Mi morada es una cueva
do nunca el sol fué á salir,
et mi lecho duras peñas,
qü'el cuerpo saben ferir:
agua cienagosa bebo,
mis yantares son plañir,
et los hombres et las fembras
con horror miran á mí.

VIII

De buena gana cerraria yo un rato los ojos para reproducir en mi imaginacion el feudal castillo destacándose y descollando entre las moradas de los villanos.

El siervo se levantaba al son del cuerno para comenzar con el dia su trabajo, cuyo fruto era para el señor y para el sacerdote; el siervo apagaba la lumbre de su hogar cuando la campana ó el cuerno del señor le mandaba recogerse.

En lo alto del castillo se solia colgar de un asta un alnete, con cuya señal se daba á entender que serian bien recibidos cuan-

tos caballeros y nobles damas quisieran pasar el puente levadizo y tomar parte en las fiestas y alegrías de la señorial morada.

Los señores eran...

Eran lo que se llama todos unos señores: no como ahora, que el sombrero de copa y el gaban nos igualan á todos exteriormente, sin dejarnos distinguir el verdadero señor del villano; sino que en el aire, en la mirada, en el porte, en los privilegios, en todo se conocia á la legua quién era cada cual.

El hombre que cabalgaba seguido de perros y llevando halcon ó gavilan en la mano, era señor.

El que se metia por sembrados y tronchaba espigas, era señor.

El que desorejaba, ahorcaba, mutilaba y deformaba dentro de su derecho y sin infringir ley alguna, era señor.

IX

Podian dejar el vasallaje del rey con tal que le avisaran de antemano; podian en ciertos casos deshonrar á su enemigo, «é »robar de lo suo donde quier que lo fallare... é podial matar.»

Me parece que de quien tanto podia no se negará ni se pondrá en duda que fuese señor.

Los señores son los que embellecen un largo período de la historia, en cuanto á lo mundano, se entiende, pues en cuanto á lo divino todo se lo debemos á la Iglesia, que fué quien se impuso la penosa tarea de ilustrarnos, administrarnos y moralizarnos.

X

Hubo siempre calumniadores para todas las clases distinguidas, y húbolos, como es natural, para los señores.

No diremos que no mereciesen censura una que otra vez por algun excesillo nacido mas bien de sobra de brios que de mala voluntad; pero nos repugna creer que sea cierto cuanto malo se *les achaca.*

El Sr. D. Pedro Gomez de la Serna dice en su introduccion histórica á las Siete Partidas:

«Una nobleza feroz y altanera que, por un contrato singular, »era á la vez el sostenimiento y la ruina del Estado, habia au»mentado su importancia, su riqueza y su poderío.

»Los reyes, que se veian en la dura necesidad de valerse de »sus servicios, y que en la pobreza que les agoviaba no podian »recompensarles por medios que no fueran perjudiciales, les con»cedian ya tierras ó pertenecientes á la corona ó conquistadas á »los enemigos, ya gobiernos lucrativos, ya la jurisdiccion civil »y criminal. Así se desmembraba cada vez mas la autoridad de »los monarcas, y el principio aristocrático, robustecido con las »franquezas y libertades que adquíria, tomaba un incremento in»compatible con las reglas de armonía y subordinacion, que son »el alma de los Estados.»

XI

Esta puntadita contra los señores se encuentra repetida en todos los períodos históricos: en todos; lo cual inclina el ánimo piadoso á creer que las historias han solido ser escritas por hombres un tanto aconsejados por la envidia, compañera inseparable del vulgo.

El mismo autor que acabamos de citar, dice que el rey Sábio encontró obstáculos en la realizacion de sus miras grandes y benéficas, «en la ambicion criminal de su hijo D. Sancho y en las »insurrecciones de la nobleza.»

Y lo mismo en Mariana que en Lafuente, así en las épocas mas remotas como en las relativamente mas próximas á nuestros dias, se tropieza á cada paso con indirectas del tenor siguiente:

«Bandos entre Castros y Laras...»

«Bandos y revueltas de los nobles.»

«Rebeliones é insolencias de los ricos homes.»

«De cómo San Fernando y D. Jáime dominaron la orgullosa y »díscola nobleza de sus reinos.»

XII

Y esto no solo se nota en los historiadores que tratan de España, sino en los que á los demás reinos se refieren.

¿Se lee del tiempo de Luis el Benigno? Pues dice el historiador:

«Abrigaba cada castillo á un rebelde ó á un contumaz, y era »de todo punto imposible administrar y hacer la guerra.»

¿Se trata de los Carlovingios?

«Entre tanto en lo interior cada baron aspiraba á figurar »como un reyezuelo, sin cuidarse de asistir á la córte del mo»narca...»

Y mas adelante:

«Cada vez que acontecia á los reyes tener necesidad del brazo »ó el dinero de los señores, debian prodigarles privilegios con »detrimento de la corona, y una concesion traia inmediatamente »consigo otra mas grande.»

¡Cosa notable que esa misma acusacion, casi con iguales palabras, haya escrito tambien, á propósito de nuestra pátria, el autor de la introduccion á las leyes de Partida que hemos citado!

¿No parece esto el santo y seña de la demagogia?

XIII

D. Agustin Durán incluyó en su coleccion de romances los que tratan de D. Gayferos. En uno de ellos se dice que este y su tio se fueron disfrazados de peregrinos,

de noche por los caminos,
de dia por los jarales,

hasta que llegaron á París á ver á la condesa.

Sorpréndeles hablando el conde:

—¿Qu'es aquesto, la condesa?
Aquesto, ¿qué puede estare?

¿No os tenia yo mandado
á romeros no albergare?—
Dijo y alzara su mano;
puñada le fuera á dare,
que sus dientes menudicos
en tierra los fuera á echare.
Allí hablaron los romeros,
y empezáronle de hablare:
—¡Por hacer bien la condesa,
cierto no merece male! —
—¡Calledes vos, los romeros;
no hayades vuestra parte! —
Alzó Gayferos su espada,
un golpe le fuera á dare,
que la cabeza de sus hombros
á tierra le fuera á echare.

Este dar puñadas á una señora hasta hacerle saltar los dientes, y este rebanar de cabezas, dice el Sr. Durán que «retrata las »costumbres feudales y las consecuencias de ellas. El fuerte y po»deroso señor, ó con astucia, ó con las armas, oprimia á los dé»biles y los hacia víctimas de sus pasiones.»

Nótese, empero, que añade:

«Pero al mismo tiempo, ó Dios que castigaba conservando los »medios de expiacion, ó otros caballeros generosos, eran el escudo »y los vengadores de la inocencia.»

Entiéndase, empero, que la inocencia debia ser de caballero ó de dama, si por caballero habia de ser vengada; pues por vengar á villano no se tomaba nadie el trabajo, no digo ya de rebanar una cabeza, mas de dar un solo paso.

Y se comprende: cuando la vida de un villano, aun siendo católico, no valia mas que unos maravedises, habria sido mucha pejiguera para un noble el tener que sacar la espada, levantarla y dejarla caer con fuerza, exponiéndose á salpicarse de sangre vil los vestidos.

XIV

Nótese tambien esto: que solo á caballeros y damas alcanzaba la proteccion de los caballeros, y los que no eran tales no podian, aunque quisieran, vengarse á sí mismos ni á sus superiores.

Así dice el romance de las doncellas vengadas por Bernardo del Carpio:

Ninguno quiera saber
aventura tan extraña;
si no fuera caballero,
que pueda hacer venganza
de una muerte tan injusta,
tan cruel y desastrada.

Y esto era para evitar que se confundiesen las clases y no resultase que un hombre vil hubiese sido capaz de dejar agradecido á un superior; cosa que daba miedo, porque habria podido alterar la subordinacion de las gerarquías.

Por esto en el libro de *La Nobleza y lealtad*, compuesto por los doce sábios que formaban el Consejo del rey D. Fernando el Santo, se dice (cap. III): «El rey ó regidor del reino debe ser de la »sangre real; primeramente por cuanto non seria cosa cumpli»dera nin razonable que el menor rigiese al mayor, nin el siervo »al sennor... Et cualquier que ha de regir reino, requiere á su »sennoría que sea de *mayor linage* é de mayor estado que los que »han de ser por él regidos.»

De suerte que con estas reglas, habiendo Medinacelis y Osunas en España, nunca habrian podido ser regentes del reino los Esparteros ni los Serranos, que son de linajes mínimos.

Verdaderamente nuestra península no fué de los países en que mas bien pudo arraigar la planta del feudalismo.

El buen rey D. Alfonso VI, «deseoso de recompensar á los ex»tranjeros que le auxiliaran á ganar á Toledo, y poderosamente »influido por la reina (princesa de Francia) y por su favorito »francés el arzobispo D. Bernardo, quiso tambien introducir el »sistema feudal en Castilla, y para ello repartió tierras y levantó »señores con todos los privilegios feudales que existian en Fran»cia, y aun todavía mas exagerados. No fué el último en apro»vecharse de estas larguezas el arzobispo D. Bernardo, alcanzando »para los monjes de Sahagun tales derechos sobre los terrenos »que les fueron concedidos, y tan duros y escandalosos, que muy

»luego los pueblos sometidos á ellos se alzaron y entablaron con»tra el monasterio una encarnizada lucha que duró *algunos si»glos*. Lo mismo sucedió con respecto á otros barones y monaste»rios, pero todos hallaron tan constante y dura resistencia como »era de esperar de aquellos que, acostumbrados á ser libres, se les »imponia dura servidumbre.»

«El hombre de armas bastante ricó para mantener á su costa »una mesnada, adquiria los fueros y privilegios de alta nobleza »ó de hidalguía, salvo el perderlos y descender de su estado si se »empobrecia.»

Porque si bien entonces, como ustedes habrán oido decir, todo era aspiraciones sublimes y desprecio de las miserables cosas que este siglo llama positivas, el que no tenia dinero no podia tener nobleza.

¡Qué cosa tan particular!

XV

Pero basta de citas largas y enojosas.

¿Qué prueban los conceptos formados por los historiadores?

Nada: las pruebas de todas las cosas están en los hechos, y hechos mas que opiniones debemos citar para cabal conocimiento de la significacion y valía de los señores.

Todavía en nuestros tiempos, á pesar de los años trascurridos, hay plebeyos que, gracias á los excesos de la revolucion, han ido á la escuela y visten levita, cuyos plebeyos lamentan su suerte actual y echan de menos aquel bello período en que los señores ganaban en guerra sus privilegios y en paz los gozaban.

He dicho ya que el señor era lo opuesto al siervo, y tengo el honor de forjarme la ilusion de que si se enteran ustedes bien de lo que hacian aquellos (1), comprenderán mas bien lo que eran estos: así como para tener cabal idea de la luz es preciso co-

(1) Véase *Los Tiempos de Mari-Castaña*, págs. 75 y siguientes.

nocer la oscuridad, y para saber lo que es verdugo debe saberse lo que es víctima.

XVI

Los privilegios que tenian los señores sobre los siervos no redundaban en perjuicio de estos: al contrario, y se demuestra fácilmente.

Un siervo estaba guardando un castillo por mandato de su señor. Cercábanle los enemigos, y le sitiaban por hambre.

En ese caso el siervo antes debia morir que entregar el castillo; pero entonces tenia derecho á comerse á sus propios hijos, crudos ó asados, del modo que los considerase mas digeribles y alimenticios.

«Porque el padre, dice la sábia ley (Partida IV, ley 8.ª, »tít. XVII), podria esto facer; ca segunt el leal fuero de España, »seyendo el padre cercado en algunt castiello que toviese de Se»ñor, si fuese tan coitado de fambre que non hobiese al que co»mer, *podrie comer al fijo* sin malestanza ante que diese el cas»tiello sin mandado de su Señor.»

Por donde salta á la vista la conmiseracion de los señores.

Porque el hijo del siervo, siervo era tambien del señor mismo, y al comerse á su hijo un padre siervo, no comia cosa propia, sino que comia una propiedad legítima del dueño de entrambos.

Pero como entonces los sentimientos cristianos estaban muy arraigados, el señor se mostraba magnánimo y decia al siervo: Anda, atrácate de hijo, que para todos ha de haber alimento.

Si se quiere, puede considerárseles como guardadores de la tradicion y enemigos de innovaciones siempre funestas.

El rey D. Alfonso hizo formar el Fuero Real, fundándose en que en la mayor parte de sus reinos vivian sin fuero, y «*juzgá»base por fazañas, é por alvedrios departidos de los homes, é por »usos desaguisados sin derecho, de que nacier muchos males;*» pero «la altanería de los nobles mal avenidos con las reformas, »consiguió la derogacion de aquel código en Castilla.»

XVII

Las ventajas, los privilegios, el predominio de los señores, habian ido naciendo espontáneamente de la combinacion de los sucesos: nada tiene de extraño que se opusieran á toda reforma calculada, artificiosamente compuesta.

La persona del señor era código bastante; «sus leyes, su fuero, sus premáticas, su voluntad,» como decia de sí mismo el famoso hidalgo manchego.

La diversidad de acontecimientos y de voluntades llegaron á crear un estado de cosas tan pintoresco, que aun hoy dia es admiracion de nuestro prosaico siglo.

Ceremonias raras, costumbres singulares, pactos extraños, fiestas extraordinarias, rasgos de genialidad sorprendentes, actos de arrojo nacidos de su albedrío libérrimo: compensaciones que hoy parecerían extravagantes: todo esto y mucho más que no recuerdo ahora se encuentra alrededor de los señores.

Alguno de ellos, en España mismo, alcanzó el privilegio de entrar á caballo en la iglesia con la espada desenvainada en el momento de alzar la hostia.

Espectáculos semejantes no podian menos de dar una elevada idea del poder del señor.

Hoy no tenemos ejemplos de este género que acostumbren á la plebe á considerarse como muy inferior á los que del cielo recibieran el cargo de regirla.

XVIII

En Italia, en ciertos feudos, habia el derecho de apoderarse del caballo del señor cuando pasaba por tierras que dependian de su dominio.

Cuando el arzobispo de Milan entraba en la ciudad, su mula pasaba á poder de los gonfalonieros.

En Florencia los vidamos cogian de la brida la cabalgadura del obispo, llevaban el palafren á la abadesa de San Pedro el

Mayor, el freno y la silla á los de la familia del Bianco, y despues á la de Strozzi, que á son de trompeta se los llevaban á su casa y los dejaban á la vista del público.

En Pistoya ese privilegio pertenecia á los Cellesi: el obispo daba un anillo á la abadesa, quien en cámbio ofrecia al obispo un lecho magnífico.

El dia de Navidad, el obispo de Faenza daba á los siervos del conde de Romaña una gallina, un pastel de pollos y carne cocida; y si no lo hacia así, los siervos estaban autorizados para entrar en la cocina del obispo y llevarse cuanto hubiese en ella.

XIX

Ya que encontramos el trabajo hecho, vamos á aprovecharlo, imprimiendo aquí textualmente varios párrafos recogidos en una historia de aquellos buenos tiempos.

Es menester que se sepa lo que eran señores; porque si despues de bien conocidos, la mayoría del país quisiera volver á aquel régimen, nos cabria la satisfaccion de haber contribuido á la felicidad de nuestros compatriotas; felicidad de que no podríamos disfrutar, á causa de nuestra imposibilidad de ser señores y de nuestra repugnancia á ser siervos; repugnancia tan grande en nosotros, que ni siquiera hemos querido ser milicianos.

XX

Como los siervos nada poseian, el señor, aunque les habia amparado en vida, no podia heredarles á la hora de la muerte; pero cuando moria sin hijos una persona de condicion servil, que ni era siervo ni libre, el señor la heredaba.

El señor ejercia la tutela sobre los vasallos menores; él casaba á su gusto á la heredera del feudo; el feudatario reclamaba como suyas las cosas halladas; suyos eran los bienes del que moria sin hacer testamento, sin confesion ó repentinamente, manera de morir que adoptaron muchos que poseian algo; suyos eran los bienes mostrencos, del extranjero que moria en sus dominios, del

que naufragaba en sus aguas ó era arrojado por la tormenta á sus playas.

XXI

El señor en sus ratos de ócio cazaba : el derecho de cazar era exclusivamente suyo.

Cuando faltaba la caza, mandaba venir bestias bravas desde lejanas tierras, y las soltaba por el gusto de cazarlas.

Las fieras y el señor y su comitiva se metian por campos, huertas y viñas, destrozándolo todo y malogrando los sudores del labrador; pero este en cámbio gozaba del espectáculo pomposo de la cacería, placer que hoy no disfruta.

El derecho de la caza era tan estimado, que en cierta ocasion el mas delicado obsequio que pudo hacer el arzobispo de Milan al duque fué convidarle á correr un ciervo en su parque.

Entonces, como habia mas religion, los arzobispos tenian sitios propios muy á propósito para la caza, lo cual con la impiedad moderna ha desaparecido.

Para demostrar la aficion de los señores á la caza, menciona Cantu dos hechos históricos, á saber:

1.° El señor Bernabé Vizconti cogió á un hombre que habia matado una liebre, y se la hizo comer cruda, con huesos y todo.

2.° El señor obispo de Auxerre mandó crucificar á un cristiano porque le espantó á un ave.

Y esto no lo digo para dar idea de aquellas entrañas episcopales, sino para probar que los señores estimaban en mucho la honesta diversion de la caza.

XXII

El señor tenia derecho á ciertos dias de trabajo del súbdito, sin pagarle nada.

El señor vendia primero que nadie sus géneros en el mercado.

El señor hacia la moneda á su gusto, y cada pieza, cualquiera que fuese su calidad y peso, tenia el valor que él le señalaba.

El señor vendia con las pesas y medidas que le parecia bien establecer.

El señor era el dueño del molino, el dueño del horno, el dueño del lagar: á él tenian que acudir y pagar los que de dichas cosas tenian que hacer uso.

De suerte que, si privilegios gozaba el señor, en cámbio necesitaba tener buenas oficinas y muchos recaudadores, y dar órdenes para que se cobrase de fulano y de mengano: cuidados de que se veia libre el siervo; pues no tenia que bregar con deudores, ni pasar fatigas por si le harian efectiva tal ó cual cantidad, ni por si se le echaba á perder el molino; porque no teniendo nada, solo le podia turbar el sueño el negocio de la salvacion de su alma, si no era perfecto, como tenemos obligacion de serlo todos.

XXIII

Y á pesar de sus muchos cuidados y de sus hábitos de guerra, habia señores que mostraban una grande afabilidad, sana alegría y espíritu muy risueño.

Esto se halla demostrado por ciertas prácticas.

Habia feudatarios que en el acto de tomar la posesion tenian que besar los cerrojos de la casa, y al despedirse su obligacion era caminar con pasos vacilantes como de persona beoda, y dar tres saltos, produciendo al mismo tiempo tres ruidos naturales de aquellos que suelen ir acompañados de olor desagradable.

Al hablar de los siervos dijimos algo del que estaba obligado á presentar un conejo que tuviese una oreja blanca y otra negra.

Pero además los hubo que debian presentar al señor un huevo, ó un rábano, ó una paja.

Y aun hubo señor tan bien humorado, que exigió que se le presentase un pan puesto en un carro, del que habian de tirar cuatro pares de bueyes.

Así se mantenia firme y clara la idea de la subordinacion; así ningun súbdito dudaba del omnímodo derecho del señor, y no se

relajaban los lazos gerárquicos; de modo que si aquello hubiese podido durar hasta hoy...

Pero como no pudo, no perdamos el tiempo en cavilaciones.

XXIV

Ya puestos á copiar á César Cantu cuando habla de los reinos de Italia, seguiremos copiándole por lo poco que falta.

Yo bien quisiera que se me ocurriese algo mejor que lo que dice la historia; pero por mas que discurro no acierto con ninguna cosa de mi propia invencion que equivalga á los hechos.

Bueno es de cuando en cuando que reconozca uno su pequeñez. ¿Qué autor, por revolucionario que fuera, podria jactarse de idear cosas tan originales como las que acontecieron, merced á la fecundidad de aquella combinacion de siervos y señores?

Ninguno. Véase la prueba.

XXV

Los vendedores de pescado que ponian los piés en el feudo de San Remigio, en el obispado de Aosta, tenian el deber de ofrecer parte de sus géneros á los señores; y el que por espíritu demagógico ú otra causa cualquiera trataba de eximirse de esta obligacion, quedaba detenido tres dias, tiempo suficiente para que el pescado se echase á perder, ó bien pasaba por el disgusto de que le cortasen las cinchas de sus acémilas.

Así se castigaba la codicia y se enseñaba al villano á no estimar los bienes terrenales.

Digo: yo creo que seria así.

XXVI

La familia Trivier, de Chambery, tenia el deber de entregar una bestia de carga (cuyo importe estaba determinado de antemano) al conde de Saboya, cada vez que este bajaba en armas á la Lombardía.

Y los condes, como que al fin son hombres, despues de haber

visto que se habia cumplido con el precepto de presentar la bestia, la dejaban contentándose con tomar solo su importe.

XXVII

Jáime Morelli, de Susa, estaba obligado á dar una cama completa á su señor cuando este iba á dormir á la ciudad; que no habia de andar el señor con la cama á cuestas, ni habia para qué tomarla de prestado ni aceptarla de regalo, pudiendo tener una cada vez y dos y mas, si hubiese querido al establecer el pacto.

XXVIII

En el reino de Nápoles, todo vasallo, al renovar su homenaje pagaba el *jus tapeti*, esto es, el derecho de tapete, como precio del tapete que en efecto le ponian delante.

Y en las cárceles, donde aun hoy dia se conservan prácticas feudales, se conserva tambien esta bella tradicion, y todo preso, so pena de sentir el peso de un garrote, símbolo de las leyes señoriales, tiene que pagar el derecho del piso.

XXIX

En otras partes el inferior tenia que ir una vez al año al encuentro del feudatario, dando dos pasos hácia adelante y uno hácia atrás.

Otros tenian que ir á echar un cubo de agua al pié de la puerta de su señor.

Otros tenian que repartir una medida de mijo á las aves de su corral.

El compromiso de cumplir con estos y otros compromisos se firmaba solemnemente en presencia de muchos testigos, se levantaba acta de ello, se archivaba cuidadosamente el testimonio, y la falta de cumplimiento de una leve parte llevaba consigo la pérdida del todo.

Y de esta manera los hombres eran formales y no perdian el hábito de cumplir con sus deberes.

XXX

Cuando la revolucion francesa acabó con los privilegios señoriales, todavía estaba en pié el de aquel grande que para librarse del frio mandaba abrir el vientre á dos siervos suyos y por la abertura introducia los piés hasta que se le calentaban.

XXXI

Pretenden algunos centenares de historiadores que en ciertas circunstancias abusaron los señores de su poder y fuerza.

Esta es cosa que yo no tengo bien averiguada y me guardaré muy bien de afirmarla sin datos seguros para ello.

Poco me importa encontrar en los libros párrafos que digan:

«Vejado el pueblo castellano por los desórdenes de una aristocracia turbulenta...»

O bien:

«... En cuyo sentido llegaron á constituir los fueros un sistema general de legislacion... para disminuir las prestaciones personales del estado llano, concederle franquicias y garantias, alentarle á poblar y defender del enemigo las ciudades fronterizas y ponerle á cubierto de las violencias de los magnates.»

Ya digo: esto no me importa ni me hace gran fuerza. Ni menos este otro párrafo:

«Y si los condes y nobles de Castilla se insubordinaban muchas veces contra sus monarcas, ni aquel desórden era habitual y permanente, ni aquella resistencia al poder monárquico era legal, era el resultado del estado todavía incierto de la sociedad y de que faltaban aun al poder supremo medios para asegurarse de las agresiones de los génios turbulentos y contra la desobediencia individual.»

De todo esto, ya digo, será lo que quiéra; pero aun cuando resultase cierto, no quitaria á los señores la gloria de haber conservado con celo ejemplar la division de clases, que tanta falta nos hace hoy, y la subordinacion de una á otra gerarquía.

XXXII

Su horror, su desprecio al villano, eran sentimientos tan poderosos, que en ninguna ocasion se desmintieron.

No se conoce nada tan consecuente como lo fueron los señores en este punto.

Esto de villano y villanía les revolvia el estómago y les sublevaba la dignidad.

Dice uno de ellos:

Compañero, compañero,
casóse mi linda amiga,
casóse con un villano,
que es lo que mas me dolia.
Irme quiero á tornar moro
allende la morería:
cristiano que allí pasare,
yo le quitaré la vida.

Cuando un caballero cristiano se expresaba así ¿estaria enfadado?

Y nótese, que si bien se lamentaba de que su novia le hubiese dejado, lo que mas le dolia era verla casada con un villano.

Que era lo que nos proponíamos demostrar.

XXXIII

Y en cuanto á ser todos turbulentos, sabemos que no es cierto.

Los hubo bien pacíficos y caseros.

La prueba está en el romance que dice:

Malas mañas habeis, tio,
no las podeis olvidare;
mas preciais matar un puerco,
que ganar una ciudade.

XXXIV

Volviendo á lo que decíamos, su desprecio al villano era tan grande, que á veces le llevaba á la desesperacion.

Enamórase la dama de un hombre de córte, creyéndole caballero principal.

Tanto se enamora de él, que un dia llega al extremo de tener que decirle con gran congoja:

Tiempo es, el caballero,
tiempo es de andar de aquí,
que ni puedo andar en pié
ni al emperador servir,
pues me crece la barriga
y se me acorta el vestir.
. . . . . .

Y el amante:

Lloradlo, dijo, señora,
que asi hizo mi madre á mí.
Hijo soy de un labrador.
. . . . . .
La infanta des que esto oyera
comenzóse á maldecir:
—¡Maldita sea la doncella
que se deja seducir!

¿Oyen? La infanta no se maldice porque la hayan seducido, hasta que sabe que el seductor es hijo de villanos; de suerte que todo lo habria llevado con resignacion siendo el seductor un caballero.

Porque entonces se podia ser caballero y seductor.

XXXV

Este sentimiento dió forma á aquel célebre dicho: *al villano con la vara de avellano*; con lo cual se daba á entender que no habia que andarse con razones con la canalla, sino á garrotazo limpio.

A lo cual quisieron estos replicar con aquel otro dicho no menos famoso: *no es villano el de la villa, sino el que há la villanía*; pero fué replicar en vano, porque la duda de quien tenia la mala sangre no habia de irse á averiguar por medio de ningun procedimiento químico.

La réplica de los villanos no merecia mas respuesta que sentarles las costuras con brío, y sin duda debió de suceder así, y acaso

en aquella ocasion fué cuando mas mansos y sumisos inventaron el refran que dice: *sirve á señor y sabrás de dolor*; así como puede ser que castigados algunos villanos por señores seglares y eclesiásticos que les confiscarian cuatro chozas levantadas en terrenos señoriales, se dirian aquellos unos á otros: *cabe señor ni cabe igreja, no pongas teja.*

Espresiones que han llegado hasta nuestros dias y nos ayudan á conjeturar el género de afectos que se profesaban mútuamente los villanos y los señores, sin perjuicio, por supuesto, de los cristianos sentimientos de la época.

XXXVI

Y no en los tiempos llamados bárbaros, no en la Edad media, sino despues, en tiempo de Cárlos V, aunque ya dijimos que en España casi no se conoció el feudalismo, el espíritu de gerarquía y el sumo cuidado en no confundir las clases tenia siempre en vela á los señores y á raya á los que no lo eran.

Cervantes cuenta graciosamente, cómo yendo la duquesa por la calle de Santiago de Madrid, montada á las ancas de la mula en que cabalgaba su escudero, quiso este retroceder respetuosamente porque venia en direccion opuesta un alcalde.

La duquesa, que no tenia respetos que guardar á aquella autoridad, sino muy al contrario, se vió ofendida vivamente en su orgullo y dijo en voz baja al escudero:

—¿Qué haceis, desventurado, no veis que voy yo aquí?

Pero como el escudero tenia ya adquirida la costumbre de humillarse ante los alcaldes, turbado, con la gorra en la mano, insistia en retroceder; por cuyo motivo la señora, *llena de cólera y enojo,* sacó un alfiler gordo... ó un punzon del estuche, y se lo clavó al escudero por los lomos. Este dió un ¡ay! se cayó de la mula, cayó con él su señora, etc.

El escudero fué curado en una barbería, luego fué despedido de la casa, y despues se murió de tristeza ó del alfilerazo. No lo recuerdo bien, pero da lo mismo.

XXXVII

Pero ¿á qué vengo yo á hablar del tiempo de Cárlos V si ya entonces no tenian los sucesos ni las instituciones el carácter de los mas bellos tiempos y comenzaba el estravío de las ideas religiosas que tanto habia de influir en las políticas y sociales?

Volvamos atrás; bien atrás.

XXXVIII

Cuando cada altura estaba dominada por un castillo, y cada calle se defendia y fortificaba contra los bandos enemigos de las calles inmediatas, y cada casa tenia algo de fortaleza para estar defendida de las agresiones del vecino, entonces era la grande época de los señores.

Las iglesias y los monasterios, eran fortalezas; los campanarios, eran atalayas; «se alzaban, dice Cantu, fortificaciones en lo »interior de las ciudades, se tendian cadenas de un lado á otro, se »formaban barreras y barricadas. El circo de Nimes, el coliseo de »Roma, el arco de Jano en Milan, los anfiteatros en Arlés y Vero»na, las ruinas de los templos y las antíguas basílicas, estaban »convertidos en ciudadelas; los palacios eran edificios macizos, pro»tegidos por verjas de sólidas barras, con fosos, puentes levadizos y »troneras.»

De todas estas fortalezas, el castillo feudal era el tipo.

Cuando el señor salia á la guerra, el interior del castillo estaba silencioso, despoblado.

En los períodos de descanso, bullian allí «escuderos, halcone»ros, pajes, administradores, mozos de servicio, jardíneros, pin»ches de cocina, mozos de tahona, de botillería, peleteros, porte»ros, soldados y cocineros, y en las grandes ocasiones, caballeros »convidados, peregrinos, viandantes, y siempre, un capellan y un »verdugo para los menesteres diarios del cuerpo y el alma.»

XXXIX

La plebe ha sido siempre perversa: sobre este punto están de acuerdo todos los bandos de los capitanes generales, y en aquellos tiempos sucedia que á veces llevaban á mal el yugo de los señores y aun de cuando en cuando se mostraban resueltos algunos á sacudirse de la servidumbre, por mas que obispos y respetables padres de la Iglesia les estuviesen explicando de contínuo y en los términos mas claros y al alcance de sus rudas inteligencias, como Dios les habia criado para que no poseyesen tierra, ni libertades, ni vida, ni honor, ni albedrío, cuyas cosas eran, por derecho divino, propiedad de los señores.

Estos, para convencer de su poderío á los villanos, y á fin de que recordasen frecuentemente la diferencia que entre los unos y los otros habia, se vieron en la necesidad de idear mil medios.

Y los idearon muy ingeniosos.

Un dia de mercado, por ejemplo, los villanos reunidos murmuraban de los señores y comenzaban á decir aquello de que ningun hombre vale mas que otro, y que ellos eran tan bragados como la gente del castillo, y que si los villanos estuviesen bien unidos, en un momento dado podrian librarse para siempre de su dueño.

Entonces se oia de lejos un ruido de armas y caballos, que iba creciendo por momentos, y de pronto se lanzaba entre los grupos el señor con su gente de armas, destrozaba las mercancías, repartia golpes á diestro y á siniestro, rodeaba á los charlatanes todos, y no les devolvia la libertad hasta que hubiesen pagado su rescate.

Así escarmentaban por algun tiempo y no volvian á echar bravatas, ó á lo menos lo hacian aparte, como en las comedias.

XL

Es de advertir que no siempre escarmentaron por esto, y allá, en el fondo de sus chozas, refunfuñaban, y donde quiera que á hurto se podian reunir unos cuantos, no hablaban mas que de

cuándo armarian la gorda y de los medios que debian emplear para trastornar completamente el órden social, rescatándose de la servidumbre instituida por Dios mismo.

Acerca de cuyos sucesos que turbaban á veces, aunque pocas, la envidiable paz de aquellas edades, se conserva un romance popular, llamado romance de Rou, que pone en boca de las masas inconscientes de entonces:

Nos sumes homes cum il sunt,
Tex membres avum cum il unt,
Et altresi grans cors avum,
Et altretant sufrir poum.
Ne nus faut fors cuer sulement,
Alium nus per serement,
Nos aveir et nus defendum,
Et tuit ensemble nus tenum
Es'nus voilent guerroier,
Bien avum contre un cavalier,
Trente on quarante paîsanz
Maniables é cumbatans.

La traduccion de esta estrofa (cuyo rudo lenguaje es prueba de que aquella canalla ni siquiera se habia cuidado de componer un idioma bello para que los señores pudiesen usarlo), es la siguiente:

«Somos tan hombres como ellos, y á los suyos nuestros miembros son iguales; no menos que ellos somos corpulentos y tanto »como ellos podemos resistir. Lo único que nos falta es buen ánimo; juremos formar alianza, ayudémonos y defendámonos mútuamente; apoyémonos los unos en los otros. Si ellos quieren »hacernos cara, contra cada caballero seremos nosotros treinta ó »cuarenta campesinos vigorosos y buenos para combatir.»

XLI

Un autor moderno compara con la Marsellesa de nuestros dias ese cantar, que no se cantaba á voces, pero que se murmuraba, se refunfuñaba, se balbuceaba entre millares de plebeyos.

XLII

Dicen que ya por los años de 1100, los villanos de Normandía, presintiendo el socialismo y tomando por excusa la miseria que suponian padecer, se sublevaron, atreviéndose á tratar de tiranos á sus legítimos señores, se armaron de palos y hoces, y arremetieron con aquellos, que, como estaban instituidos por el Dios que gobernaba en aquel tiempo, tenian armaduras, cascos, montantes y otros enseres de hierro.

Los villanos recibieron el condigno castigo y fueron rechazados á sus casas con los puños y los piés mutilados, ó como dice la crónica: *Truncatis manibus ac pedibus inutiles suis remisit.*

XLIII

¡Cuidado con la malicia de suponer aquellos necios que ellos podian hacer tanto como los señores y tenian tanto corazon y maña como ellos!

Solo el demonio de la soberbia pudo arrastrarles á tan locos extravíos, y cegarles hasta el punto de no ver lo que tan patente estaba.

XLIV

Pasaban años, venian sucesos, y ellos persistian en su obcecacion estúpida.

Un conde de Poatier fundó y sustuvo en Niort una casa de prostitucion, que se regia por estatutos y prácticas tomados de los estatutos y prácticas de los monasterios.

¿Qué villano habria podido hacerlo?

Juan V, conde de Armañac, deseoso sin duda de hacer algo que convenciese á los plebeyos de la enorme distancia que los separaba y de cuán por encima estaba el poder señorial de la impotencia villanesca, se casó pública y solemnemente con su hermana.

Nadie le prendió, nadie le escandalizó, nadie le procesó ni le quemó por esto.

Y sin embargo, los imbéciles plebeyos eran capaces de seguir cantando:

Nos sumes homes cum il sunt.

¡Qué habian de ser, botarates, qué habian de ser!

XLV

Tomás de Coucy, dice Cantu, despojaba á los peregrinos. Para sacarles el dinero, los colgaba él mismo de los hombros ó de los puños.

Cuando los tenia como las reses en las carnecerías, pendientes de unos cambrones de hierro, les iba poniendo peso encima para estirarlos.

Despues de lo cual se paseaba entre ellos regateándoles el precio de su rescate, y como llevaba un garrote en la mano, á los que se resistian á pagar lo que él creia justo, les sacudia palos para castigar su avaricia.

Sucedia á veces que un peregrino podia pagar parte del rescate del otro y no lo hacia, pero no por eso salia mejor librado, pues mientras no se arreglaban las cuentas de todos, no se descolgaba á nadie.

Y qué, ¿tambien habrian podido hacer esto los presuntuosos villanos?

¿Dónde tenian estos castillos en que encerrar á nadie ni garfios de hierro en las paredes para colgar, ni medio para eximirse de castigo si tales cosas hubiesen hecho?

¡Necios!

XLVI

Hubo señores que preferian saquear á monjes.

No se dedicaban al ramo de peregrinos, ya porque creyesen que no podian dar bastante de sí, ya porque prefiriesen ayudar á los monjes á ganar el cielo, facilitándoles las incomodidades y los padecimientos.

Otros no siempre exigian rescate. Desprendidos de las cosas terrenales y poco codiciosos de dinero, se contentaban con menos.

Reynaldo de Passigni, arrancaba ó bien un ojo ó bien las barbas á todos los monjes que encontraba de paso por sus dominios.

No se dirá que lo hiciese por codicia, porque ¿cuánto podian valer puestos en venta un ojo ó unas barbas de monje, si no estaba canonizado?

Una miseria, nada.

XLVII

Del castellano de Tournemine se cuenta un rasgo que prueba cuán metódico y constante era en todos sus actos.

El señor de Tournemine solia poner cepos para los animales dañinos, y cuando cogia un lobo, le cortaba lo primero una mano y la clavaba en la puerta de su castillo.

Citado á su presencia un ugier, el conde se dignó preguntarle:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Lobo, para servir á vuestra señoría, respondió el ugier.

—¿Sí? dijo el señor mirándole á la cara, pues nunca llegó lobo alguno á mi castillo sin que dejara una pata á las puertas.

Y acto contínuo llamó al oficial del negociado de cortar siervos, le hizo cortar al ugier una mano, y se alejó de aquel sitio con la tranquilidad del hombre que ha cumplido con su deber.

XLVIII

Extractando cositas así, curiosas, nos encontramos con Umberto, señor de Beaujeu, que necesitaba repoblar un dominio suyo.

Y despues de discurrir cuál seria el medio mas eficaz para atraerse pobladores, como conocia la mala índole de los siervos, resolvió garantizar á estos el privilegio de maltratar á sus esposas hasta que les saliese sangre.

Y habia malvado de aquellos, que á favor del privilegio mataria á palos una ó dos mujeres, ó mas, ¡quién sabe! excusándose luego con que no se habia ensangrentado con ellas. Y esto serian capaces de hacerlo, siquiera para hacer escarnio de aquel piadoso obispo, que habiendo recibido órden del Pontífice de no derramar

sangre en las batallas, iba á pelear con una maza de hierro, con la cual sacudia á los contrarios y en seguida se los mostraba á sus gentes para que los acabasen á espada ó lanza.

Esto es muy posible, porque la manía del plebeyo siempre fué remedar á las caballeros; si bien siempre lo hizo tan mal como es de suponer de su torpeza y grosería.

XLIX

Por esto los señores los miraban con tanto desprecio.

Tanto era, que un señor de la familia de Chatelet mandó en su testamento que le enterrasen de pié dentro de una columna de la iglesia de San Francisco de Neufchateau, «para que ningun »villano caminase por encima de su vientre.»

¡Pisar vientre de noble! Es decir: ¡Pisar piedra que debajo tuviese vientre de señor!

¡No habria sido poca ganga para un siervo!

Por esto el discreto señor les cortó el revesino en vida, y no hay noticia de que tuviese que arrepentirse de ello en muerte.

L

Ustedes podrán decir que en un sinnúmero de párrafos deslio noticias que en la historia general ocupan muy breves líneas, así como los boticarios con una breve cantidad de esencia y mucha agua llenan una botella.

Si me lo dicen ustedes tendrán razon; pero atrasadísimo lector, yo procedo así, porque de otro modo, ni siquiera se tomaria V. la molestia de enterarse de las noticias que le doy, así como tampoco va V. al campo á buscar las yerbas y drogas que despues suele pagar caras en la botica.

En cuanto á V., lector, entendido, erudito é ilustrado, perdóneme, le ruego, mi charla, mis circunloquios y mis desleimientos; que le juro que si solo con V. me las hubiera, en vez de narrar yo, estaria callado y pendiente de las noticias y explicaciones que V. se dignase darme.

Pero como V., que es sábio calla y se guarda para sí lo que sabe, y yo tengo un poco de prisa para que el pueblo español sepa cuanto antes algo acerca de los puntos que toco en este libro, me ha de permitir que siga en el uso de la palabra, y del mejor modo que sepa consiga cuando menos inspirar á mis compatriotas curiosidad por averiguar qué cosas han sucedido en los siglos.

¿Comprende V. ahora por qué...?

¡Ah! ¿lo comprende V.? Pues continúo.

LI

Pero no: no continúo yo. Continúa Cantu y dice:

«En Inglaterra, los barones normandos, que eran bastante po»derosos, hacian levantar por la gente del pueblo fortalezas donde »se situaban ellos y sus hombres de armas. Despues saliendo de »esas guaridas, saqueaban dinero y géneros; robaban á hombres »y mujeres; los secuestraban; los encerraban en calabozos ó los »ahogaban en cenagales poniéndoles una piedra al cuello, ó los »colgaban de un árbol, ó encendian lumbre debajo de sus piés, ó »los arrojaban á las víboras, ó por último, les apretaban las sie»nes con una especie de corona de cuerda llena de nudos.»

¿Serian perversos?

No los señores, no. Digo: ¿serian perversos los villanos para obligar á los señores á tomar semejantes providencias?

Nota. No olvidemos que esto de matar y atormentar y saquear cuando lo hace la plebe, son crímenes, pero cuando lo hacen los señores triunfantes se llaman providencias, como se puede notar todavía en las calificaciones que se dan á los actos de la *Commune* de París y á los de la triunfadora Asamblea de Versalles.

LII

De cuando en cuando el demonio de la rebelion agitaba á los siervos, que so pretexto de vejámenes, hambres ó ultrajes cogian descuidados algunos servidores del Señor y les afrentaban y quitaban la vida; pero poco duraba su gozo, porque el centinela de la

torre daba la señal de alarma, resonaba con el estruendo de guerra el gran pátio del castillo, vomitaba soldados su ancha puerta, y caia sobre el llano la justa ira del dueño, que no paraba hasta dejar castigados á los culpables y arrasadas sus miserables chozas.

Despues de lo cual volvia á restablecerse el órden, que tan admirable fué debajo de aquellas instituciones.

LIII

Orden que tuvo períodos brillantísimos, porque perteneciendo las riquezas á los señores y á la Iglesia, cuando llegaba el caso de echar el resto, se hacian unas funciones estupendas.

Los banquetes celebrados con motivo de las bodas del conde Bonifacio, padre de la célebre condesa Matilde, duraron tres meses.

Muchos de los condes allí convidados cabalgaban en caballos cuyas herraduras eran de plata.

Hubo pozos de vino y cadenas de oro para los cubos en que se sacaba.

LIV

En otra parte, al tratar de los obispos, ya hemos hecho mencion de aquel que en Yorck llevaba á la caza una comitiva de doscientas personas y gran número de perros á quienes mantenian las abadías por donde iban pasando.

Las glorias y placeres de los tiempos aquellos los cantaron los excelsos trovadores.

Cierto que uno de ellos, Pedro Vidal de Tolosa, aun habria cantado mejor si un esposo ofendido no le hubiese hecho taladrar la lengua.

El esposo era, por supuesto, un señor.

Entonces eran las verdaderas fiestas, las fiestas grandiosas.

Ocasion hubo en que un señor durante largos dias llenaba de mesas con vinos y manjares las calles y plazas de una ciudad, para que todo viviente comiera y bebiera á su salud.

Procesiones, torneos, cacerías, juegos de carrera, decoraciones deslumbradoras, batallas con mónstruos fingidos.

Y la plebe, si bien pagaba los gastos de aquellas suntuosas diversiones, á lo menos podia pagar tambien las suyas.

Tuvo su fiesta del Papa de los locos, la misa del Asno, sus carreras de tarasca y tarasquillas, sus caballos de carton que hacian correr hombres metidos dentro, y otras cosas que no son de este lugar.

LV

Citaré como fiesta de señores, una para la cual se invitó á los ciegos.

Entraron estos en un redondel armados de garrotes, y se les soltó un cerdo que llevaba un cencerro colgado del cuello.

El cerdo debia adjudicarse al ciego que acertase á darle un garrotazo.

Estaban ellos apercibidós con el garrote levantado, y en cuanto oian el cencerro, iban á donde les parecia que sonaba, y descargaban á tientas el garrotazo.

Sucedia que en vez de dar al cerdo descalabraban á un compañero, cuyos ayes daban aviso del yerro; pero como el cerdo siguiera corriendo, corrian tambien á él los que aspiraban á su conquista y repetian el juego, contusionándose unos á otros.

Lo cual, segun afirma un sacerdote, autor grave, fué cosa de mucha diversion para los señores.

Y se comprende que dándose de palos por un cerdo se divirtiesen todos, y no como hoy dia, en que las diversiones populares llevan siempre consigo la yesca de las ideas políticas y el ánsia de los goces materiales, y la obcecacion de querer alcanzar derechos políticos.

LVI

En todas partes llegó á cuidarse tanto de las diversiones, que ciertos deberes se cumplian divirtiéndose.

Y la ciudad española, sábia por excelencia, llegó á disponer lo *siguiente:*

«Los doctores que se graduen en esta ciudad, ocho dias antes »del grado se presenten en el Consistorio conforme á la muy an»tígua costumbre, y hagan el juramento y lo demás que siempre »se ha hecho y den toros y comida y colacion á la justicia y Re»gidores y Sesmeros y *Caualleros*, cumplida y honrosamente, y »si fuere un Doctor solo, dé cinco toros, y si dos ó mas, cada uno »quatro, y cuando se presentare, dexe en el Consistorio en poder »del Escriuano dél prendas para el cumplimiento de lo sobredi»cho, y no las buelua sin licencia del Consistorio hasta ver si lo »ha dado cumplida y honrosamente, y sino se vendan y se cum»pla bien, como se deue.»

Y como esto sucedia en el siglo XVI, calcule el entendido qué sucederia siglos antes.

Esto de no poder tomar el grado de doctor sin costear comida, bebida y funcion de toros para los *Caualleros*, es buen dato para calcular la importancia respectiva de los toros, los caballeros y los doctores de entonces.

LVII

Si fuéramos hombres de órden, sin duda habríamos procedido con mas método al redactar las notas de este libro. En cuyo caso ya habríamos hecho mencion de la ley 13.ª, libro VI, título V del Fuero Juzgo, que ahora no viene á pelo, pero que queremos anotar en seguida, y dice:

«Establescemos que ningun sennor, nin ninguna sennora sin »iuicio ó sin yerro manifiesto non taie á su siervo nin á su sierva »mano, nin nariz, nin lábros, nin lengua, nin oreia, nin pié, nin »le saque oio, nin le taye ninguno de sus miembros, nin ge lo »mande taiar, é si lo fiziere sea desterrado de la tierra por tres »annos por el obispo en cuya tierra es, ó en cuya tierra fazel »tuerto, et toda su buena hayan sus fijos, que non fueron parcio»neros de aquel tuerto...»

Sin embargo de lo que dije antes, ahora me parece que siempre es buena y oportuna la ocasion de recordar el género de penas

que se imponian á los señores, y escitar al lector á que las compare con las que á los demás se imponian.

Así es como se forma concepto cabal de la importancia de los señores.

Entre un señor cristiano y un moro, se puede decir que estaba comprendida toda la escala de valores.

Un miembro de siervo cortado por señor y señora, solo valia, como acabamos de ver, tres meses de destierro.

Véase en nuestro capítulo *Los Siervos* (1) las diferencias.

LVIII

El Fuero de Béjar ya no pertenece á la bárbara época de los visigodos: es de mejores tiempos.

La fecha de su otorgamiento es del año 1211.

Allí se lee:

«Qui matar ó ferier al sennor de la uilla, ó traier castiello, fá»ganlo todo piezas miembro á miembro.

»Qui firiere moro agieno, peche v sueldos; qui lo matar, xv »morauetinos, é non mas.»

Parece como que la ley tuvo miedo de que algun matamoros los pagase á 16 maravedises, cuando despues de fijar que la vida de un moro ageno valia 15, añade: é non mas.

Y en efecto, hubiera sido lástima de maravedí.

No digo ya nada del moro propio, porque este podia matarlo su amo sin dar cuenta de él á nadie.

LIX

Esto de los precios estaba muy bien arreglado antiguamente para contribuir á marcar con la mayor exactitud posible las diferencias sociales.

Por ejemplo, podemos citar el mismo Fuero Juzgo.

Un feto de sierva, valia 20 sueldos.

(1) *Los Tiempos de Mari-Castaña*, págs. 75 y siguientes.

«El omne libre que face abortar la sierva ajena peche xx suel-
»dos al sennor de la sierva.»

Pero si el que hacia abortar era siervo y la paciente era libre, entonces, dice la ley: «reciba el siervo cc azotes é sea dado por »siervo a aquela muier.»

Y cuando el que hacia abortar era siervo y sierva tambien la comprometida, entonces pagaban los amos: «peche el sennor del »siervo x sueldos al sennor de la sierva, y el siervo reciba además »cc azotes.»

Esta pena, ó añadidura de pena de 200 azotes, tenia muchísimas aplicaciones tratándose de siervos.

Dando una rápida ojeada á cuatro páginas que tengo abiertas del Fuero Juzgo, veo que además los recibian de añadidura las siervas que tomaban yerbas por abortar, porque defraudaban anticipadamente á su señor del fruto de su propiedad; el que entraba desaforadamente en casa agena, aunque no hiciera daño alguno, si no podia pagar x sueldos, recibia tambien cc azotes, y tambien el que cortaba miembro á siervo ageno; y el siervo que atase á hombre libre, y otros muchísimos; de modo que debia uno salir de casa dispuesto á recibir los cc azotes, del mismo modo que hoy tiene que llevar los dos cuartos para comprar *La Correspondencia.*

LX

Los señoríos era cosa tan propia y necesaria, que mejores ó peores, aun los tendríamos hoy en España si no los hubieran imprudentemente abolido las Córtes de Cádiz en 1812.

No se vayan á creer por esto que aquellas Córtes cometiesen un acto de socialismo al abolir los señoríos: no. Aquello fué una reforma social sin socialismo: esto me parece muy fácil de comprender, sobre todo, desde que ya hemos convenido en que socialismo solo es lo que se refiere á robar y repartirse bienes agenos, que es lo que predican los demagogos escritores, segun afirman los hombres de órden, los cuales lo han averiguado leyendo

libros que no salen ni han salido nunca á luz de puro remordimiento.

LXI

A propósito de robar y de señores.

El señorío, no solo lo deseaba todo el mundo, sino que hasta el señor mismo parecia que no podia vivir sino debajo de otro señor.

Se llegó á dar el caso en el siglo XII, de ser el conde de Flandés vasallo del rey de Francia; el rey de Alemania lo era á veces del de Inglaterra, de quien lo eran tambien muchos barones flamencos.

Esto no podia menos de ser un gran bien, porque así el que tenia derechos, se veia obligado á cumplir con deberes; y siendo tan justos y racionales unos y otros, resultaban un órden, un suave encadenamiento, una armonía, que...

¡Alza, pilili!

LXII

Importa poco que, hablando de tiempos anteriores, digan ciertos libros que los robos de los señores llegaron á ser mas funestos que las guerras.

La historia no debe aprenderse en esos libros, sino en los que digan lo contrario, para mayor gloria de las remotas instituciones.

Uno de los escritores modernos, que no se cansan nunca de calumniar venenosamente, ha llegado á confesar que «el robar »á los mercaderes, viandantes y peregrinos, llegó á ser un »derecho para los señores, que se encerraban con el botin en sus »castillos inaccesibles.»

¡Ah! ¡con que llegó á ser un derecho! ¡Él lo confiesa! Pues, señor mio, el derecho es respetable donde quiera que se encuentre, y el hombre verdaderamente amador de la justicia, debe admirar y venerar á los que rinden tributo al derecho.

LXIII

Creen algunos decir algo cuando dicen que Federico Barbarroja, en los breves momentos de paz que le dejaba su lucha con el pontificado, dirigió sus armas contra los felones salteadores que deshonraban la órden de caballería.

Pero ¿están locos? Un malvado que luchaba contra el Pontífice romano, ¿cómo podia hacer nada bueno? ¿Ni qué mas salteador que el que se atreve á luchar con el Papa?

LXIV

Hubo en algunos puntos, durante la Edad media, cierta resistencia á la servidumbre.

El señor mas poderoso de una region queria poner órden en los abusos, queria tener conocimiento de lo que era suyo, y comenzó por declarar suyo todo lo que era capaz de defender y dominar.

Rodeó de un círculo de hierro un grande espacio. Púsole muros, torres, cadenas, puertas, soldados: todo lo necesario.

La gente inferior no comprendia en el primer momento lo que aquello significaba; porque siempre se ha observado que á la gente inferior lo que mas le cuesta de comprender es que sea dominada; ignorancia notable, si se compara con la prontitud con que los señores comprendian en seguida que pudiesen extender indefinidamente su dominio.

Y al ver que el órden se iba afirmando y que la libertad desordenada iba desapareciendo, tomaban los *omes de vil guisa* cada berrinche y promovian unos escándalos, que era menester apelar á medidas extraordinarias.

LXV

Así sucedió cuando el conde de Avesnes se encontró con que de la noche á la mañana sus posesiones fueron declaradas feudo del

conde de Hainaut, y él, que hasta entonces habia vivido libre, se vió trocado en vasallo liso y llano.

Falto de aquella resignacion cristiana que tan necesaria nos es á todos, se encolerizó de suerte que estuvo á punto de reventar. No pudo decir palabra; sus ojos echaban chispas; amoratósele el rostro, de manera que puso miedo en los que á su alrededor estaban, y murió de repente. Sus arterias lanzaron roja sangre á la frente de sus asesinos.

LXVI

Y no fué este el único. Tambien se cita el caso del gran canciller de Flandes, *primer magistrado de Brujas*, que fué reclamado como siervo.

LXVII

Entonces, lo mismo que ahora, las personas honradas y sensatas pedian, suspiraban por un poder fuerte que hiciera andar derechos á todos, y siempre que esas personas honradas y sensatas hallaban ocasion propicia para ello, constituian ese poder y lo ejercian.

«No habia otra ley que la fuerza, dice un historiador español, »y el hierro que cubria el cuerpo de los señores y sus satélites sir»vió solo para ultrajar los inocentes é indefensos siervos, rom»piendo cada dia, cada hora, cada instante, segun la voluntad del »señor, hasta las promesas hechas sobre la conservacion de la vida. »Por lo mismo que semejante arbitrariedad se ejercitaba en mul»titud de divisiones y subdivisiones de terreno, pesaba el despotis»mo hasta sobre el mas ínfimo y oscuro de la sociedad. Allí era »preciso rescatar del señor, á fuerza de dinero ó de servicios, la »honra de las hijas y de las esposas, la conservacion de los bienes »que como prestados se poseian, y en fin, hasta el derecho de vi»vir en la miseria.»

De todo lo cual no debe el lector creer una palabra, porque está *averiguado* que entonces imperaban solos y señores los dulces sen-

timientos religiosos y por consiguiente no podia suceder nada de lo dicho.

LXVIII

Lo que prueba el texto que acabamos de citar, es que su autor era hombre que en la Edad media habria sido siervo por la inferioridad de su naturaleza, y vió con antipatía un órden de cosas que no podia ser peor para él ni mejor para los intereses espirituales y el órden gerárquico.

Lo que habia entonces era un sacerdote en cada casa de señor; y claro está que el sacerdote no habia de consentir la menor picardía contra los pobres desvalidos; porque los sacerdotes son así: ya lo sabemos (y entonces aun mas): en viendo algo que no está conforme con la moral y la justicia, no transigen.

LXIX

Lo que habia entonces, gracias á los señores, era mas libertad bien entendida que ahora y menos quebraderos de cabeza para la gente baja.

Cuando por la noche al volver de las faenas del campo, durante cierto período histórico, se reunian los siervos en un espacioso corralon con su tejado y todo, y allí, hombres y mujeres dormian juntos con la mayor inocencia, ¡como que rezaban antes! no se pensaba en lujo ni en diversiones costosas, ni en modas, ni nadie imaginaba posible el salirse de su esfera, y así, como ya hemos dicho mil veces, todo habia de ser paz y bienandanza, y si alguna vez se turbaba, peor para quien tenia la culpa.

LXX

En cuanto á la honra, ya hemos dicho cómo era la honestidad, y nos parece que en una época en que dominaban los sentimientos religiosos y en su consecuencia florecia la moral mas pura, no podia haber esa cosa de tener que rescatar honras, sobre todo entre caballeros.

Se ha calumniado aquellos tiempos, se les han achacado en

prosa y en verso las mayores, las mas repugnantes y odiosas inverosimilitudes.

Poco nos costará dar testimonio de lo que decimos.

Véase el romance del conde Grifos Lombardo:

En aquellas peñas pardas,
en las sierras de Moncayo
fué do el rey mandó prender
al conde Grifos Lombardo,
porque forzó una doncella
camino de Santiago,
la cual era hija de un duque,
sobrina del Padre Santo.
Quejábase ella del fuerzo,
quéjase el conde del grado;
allá van á tener pleito
delante de Cárlo-Magno,
y mientras que el pleito dura
al conde han encarcelado,
con grillones á los piés,
sus esposas en las manos,
una gran cadena al cuello
con eslabones doblados.
La cadena era muy larga,
rodea todo el palacio;
allá se abre y se cierra,
en la sala del rey Cárlos.
Siete condes le guardaban,
todos han juramentado
que si el conde se revuelve
todos serán á matarlo.
Ellos estando en aquesto,
cartas habian llegado
para que casen la infanta
con el conde encarcelado.

LXXI

Plebeyo hubo de ser el autor del romance, por la malignidad que revela.

No solo supone capaces de forzar doncellas á los condes, sino capaces de forzarlas *camino de Santiago*, es decir, tomando ocasion de una piadosa romería.

Además deja en duda si en el forzamiento hubo grado ó fuer-

za; y no contento con esto, avisa sin necesidad que la doncella, digámoslo así, era sobrina del Papa, no solo para infamar las parentelas de los Sumos Pontífices, sino para dar á entender que á no ser ella señora de alta categoría, ni el rey habria preso al forzador, ni le hubieran puesto bajo la guardia de siete condes para que no se escapase, sino que le habrian dejado suelto, y aun le hubieran celebrado la gracia.

Que con toda esa malignidad proceden los enemigos de los mas gloriosos siglos.

LXXII

Esas calumnias contra los señores no son nuevas.

Siempre hubo manía contra ellos, por lo cual se les indispuso muchas veces con los reyes y hasta se llegó á inspirar á estos infundado miedo contra ellos, como lo demuestra el consejo que los doce sábios dieron al santo rey Fernando, diciéndolo en el capítulo LXII:

«Non apoderes en las fortalezas á los poderosos, y sojuzgarlos »has cuando quisieres.»

Pero la lógica de los sucesos y las leyes inquebrantables de la justicia pudieron mas que las malas intenciones, y aun en nuestra España, donde apenas hubo feudalismo, tuvimos señores de realengo, señores de abadengo, señores solariegos, señores de behetría y señores de chicha y nabo, y nos vinieron muy anchos.

LXXIII

Hablamos de aquellos monjes que huyendo del mundo y sus corrupciones, se retiraban á desiertos inaccesibles, desecaban pantanos, arrancaban malezas, nivelaban terrenos, levantaban abadías, trataban á los pobres como hermanos, y hacian otras obras meritorias; ¿pero cuál solia ser el fin de aquellas corporaciones? Acumular privilegios, fundar señoríos, convertir el asilo cenobítico en fortaleza, recibir el forzado homenaje de los señores mundanos, y volver al centro de las bulliciosas ciudades de donde huyeran antes.

LXXIV

Pero hablé antes de ejemplos de sátiras en prosa y verso.

El lector ha visto ya la del conde Grifos.

Vaya ahora el texto del impío Michelet.

Pero antes...

Apartémonos un rato de las señoras, que voy á decir una cosa muy bajito.

Acerquen los hombres el oido.

LXXV

Habla Michelet de aquel derecho, que él llama inmundo, y consistia en gozar el señor de las primicias del matrimonio.

Confiesa empero que los señores preferian recibir ese tributo de las siervas mas acomodadas, cuyos esposos ejercian ya cierta autoridad en el pueblo, no para humillar así la naciente dignidad moral del siervo, sino porque sin duda eran mujeres mas personas, mas limpias y aseadas que las otras.

Y no olvida el malicioso historiador que así los señores láicos como los eclesiásticos hacian uso de aquel derecho.

LXXVI

Expresa en seguida que de esa inmunda servidumbre del cuerpo podia redimirse el marido; pero añade que en muchas partes esa facultad de redencion era un escarnio, por ser tan caro el rescate, que ninguno de aquellos desgraciados podia pagarlo, y cita como ejemplo, que en Escocia costaba «muchas vacas.»

Gracias que á pesar de todo su deseo de no hallar nada bueno en la sociedad feudal, no puede pasar en silencio la preciosa compensacion reservada á los que estaban sujetos al famoso tributo, y mal que le pese se ve obligado á declarar que los fueros del Bearnes dicen:

«El hijo mayor del siervo es reputado hijo del señor, toda vez »*que puede ser* fruto de sus obras.»

LXXVII

Y en seguida pone el ejemplo á que aludí antes.

Dice Michelet que se figura estar contemplando la vergonzosa escena, y la describe.

La describe ¡el... inmoral!

El recien casado conduce á su esposa al castillo. Ríensele al paso los caballeros, ríensele los criados, y le hacen burla los pajes.

La presencia de la señora no pone coto á las burlas; porque aquella dama, que la leyenda y la novela nos quieren pintar como tan delicada, pero que gobernaba á los hombres durante la ausencia del marido, que juzgaba, castigaba, ordenaba la ejecucion de los suplicios y hasta podia sobre el marido por los feudos que le habia traido en dote; aquella dama, dice, no se enternecia fácilmente, y menos por una sierva, que podia ser linda. Teniendo con harta publicidad su caballero y su paje, no le disgustaba ver autorizadas sus libertades con las que se tomaba su marido.

El hombre, deseoso de rescatar la honra de su esposa, tiembla como un azogado. Comienzan á regatear la virginidad; se rien con lo que padece el patan avaro; quieren sacarle hasta la sangre y la médula de los huesos. Se encarnizan mas y mas con él porque va vestido con decencia y es probo, morigerado y distinguido en la aldea, y porque ella es buena y casta y amante, y la infeliz teme y llora.

El esposo ofrece cuanto posee para el rescate.

Le dicen que es poco.

Ofrece la dote de su mujer.

Le replican que es poco todavía.

Irrítase el hombre contra tan injusto rigor, y se le rien en sus barbas.

Se atreve á decir en son de queja que su vecino se rescató sin pagar nada, y una voz le trata de insolente y deslenguado.

Tras el insulto, rodéale una turba vocinglera, acósanle muchos

y menudean sobre él los golpes, y va y viene entre palos y escobazos.

Así le van echando fuera, al paso que le gritan villano, patan, celoso, cara de vinagre.

Una voz le dice:

—Anda, que no nos la quedaremos á tu mujer: esta noche misma te la devolveremos.

Otra voz añade:

—¡Y en cinta!

Y otras voces:

—¡Bien puedes dar gracias á Dios: cátate ennoblecido!

—¡Tu primogénito será baron!

Los pajes, mozos de cuadra, el capellan, el sumiller, toda la canalla sale á las ventanas á reirse de la facha grotesca de aquel muerto vestido de boda.

Síguenle las risotadas y los dicterios, y hasta el último pinche le grita: ¡cornudo!... ¡cornudo!...

Aquel hombre moriria de rábia si no creyese en el demonio.

Vuelve solo á su hogar. Aquel hogar está solo..., abandonado, desolado...

No. Junto al hogar está sentado el diablo.

Despues llega ella, ¡la infeliz!

Entra pálida, abatida, ¡ay! ¡y en qué estado!

Se arroja á los piés del esposo; le pide perdon... Entonces el corazon del hombre estalla.

Ciñe con un brazo el cuello de la esposa... Llora... solloza, y ruge de ira haciendo retemblar la casa.

LXXVIII

Pero vamos á ver: ¿Vds. creen que las cosas podian suceder así?

¡Pues qué! ¿No hemos leido mil veces que entonces el sencillo labrador, el pacífico aldeano vivia feliz, respetaba y amaba á su

señor, honraba á los morigeradísimos sacerdotes, y daba todos los dias gracias á Dios por los beneficios que sobre él iba derramando?

La suposicion de Michelet es absurda.

LXXIX

Yo me figuro muy diversamente y mas en armonía con la tradicion, lo que podia suceder en el acto solemne de presentarse un aldeano con su desposada ante el señor, que en paz y en gracia de Dios tenia el derecho de cobrar las primicias matrimoniales.

En primer lugar, el señor del castillo podia saber leer y escribir, aritmética, los precios corrientes, ayudar á misa, y las reglas de buena crianza.

Desde la víspera, la esposa del señor, que podia ser hacendosa y buena cristiana, ya habia dado órden de que estuviesen preparados en el castillo todos los utensilios necesarios para el solemne y pleno ejercicio del derecho sobre la desposada.

A cierta hora, anunciada préviamente la pareja de villanos, tendrian el honor de ser admitidos bajo el techo del señor, que de una mirada ya calcularia el precio del rescate, dado caso que estuviese dispuesto á consentirlo.

Supongamos que en efecto regateasen; ¿por qué no habian de regatear sin malas palabras, razonablemente y fundando en motivos justos el regateo?

Podia ocurrir una escena en que dijesen, por ejemplo:

El aldeano.—Señor, yo daria por las primicias de mi esposa una vaca y veinte libras.

El señor.—No hagas tan poco favor á la que va á ser madre de tus hijos. Sus primicias valen mucho mas. El mes pasado podia yo hacer el ajuste que me propones; pero este mes no, y demasiado comprendes tú la razon: este mes el precio de las vacas ha bajado, y tu esposa ha engordado bastante.

El capellan.—¡Caramba! (ó bien: ¡carape!) ya lo creo.

El aldeano.—Esto es verdad. Dios le ha hecho la gracia de

engordarla para vuestra señoría. Pues bien, señor, daré la vaca y treinta libras.

El señor.—Treinta libras es una miseria. Mis primicias valen mas: ya ves que tu esposa es blanca y fina para su clase... ¿A ver, muchacha, quítate ese pañuelo? ¡Por vida de sanes, si es fina! ¡Si esto es como hoja de rosa! Pero ¿aldeano del diantre, no tienes conciencia cuando estimas esta gloria de Dios en treinta libras?

La señora.—Es un fastidio: todos sois así. Has cuidado á tu novia librándola del sol y haciéndola lavar con frecuencia; la has puesto hasta demasiado bien para sierva, y ahora quieres pagarla como si fuera cerda.

Ya que nosotros os consentimos cuidar de vuestro cuerpo y acicalaros, me parece que no haceis nada de mas en pagárnoslo cuando llegan ocasiones como estas.

El capellan.—Vamos, hombre, vamos; que Dios aborrece la codicia. Añade cien libras mas y yo me ofrezco á leerte un capítulo del *Eclesiastes*. Anda.

El señor.—Mira, yo tengo que hacer; despachemos pronto. Te voy á decir el último precio, porque es indigno de mi clase el andar regateando tanto. Llévate á tu mujer y dame la vaca y doscientas libras.

El aldeano.—No las tengo, señor.

El señor.—Pues eso te ahorras. Vete, que mañana te devolveré á tu mujer con el menor deterioro posible. Ya sabes que los de mi casa somos considerados. Pregúntale sino á tu madre, si mi señor padre no se portó bien con ella el dia que le cobró el tributo.

El capellan.—Vamos, hombre, cedamos cristianamente un poco cada uno; dale la vaca y cien libras al señor, y entrega cincuenta libras para misas. Me parece que me pongo en la razon.

El aldeano.—No tengo ese dinero.

La señora.—Pues yo lo siento. No porque sea interesada ni porque desee privar á mi esposo de un justo derecho, sino porque queria comprarme una falda, y desde ayer pensaba que con el pre-

cio de tu mujer saldria del paso. Pero si no puedes ¡cómo ha de ser! Hágase la voluntad de Dios.

El señor.—Y tú, aldeana, ¿qué dices á eso?

La aldeana.—Yo, que sea lo que vos y mi esposo gusteis. Él dice que no puede rescatarme...

El aldeano.—Yo lo siento, sobre todo por la falda de la señora y hasta por tí, mujer.

La aldeana.—Por mí no te apures: una mala noche pronto se pasa.

El capellan.—¿Mala, dices? ¡Ah bobalicona! (Las doscientas libras vale como una misa.)

El aldeano.—Vaya, pues, ya que no podemos arreglarnos, buenas tardes. Beso reverentemente las manos á mis señores. Adiós mujer... mia mañana. ¿Bajarás pronto á la aldea?

La aldeana.—Cuando el señor fuere servido.

El señor.—Vete en paz. Si mañana hace buen tiempo, saldré temprano á cazar y tu mujer bajará en seguida. Si llueve, no pienso levantarme hasta la hora de almorzar.

El aldeano.—Bien, señor. Vaya, el Señor del cielo os prospere. Buenas tardes. Oye, mujer, ¿quieres un lienzo para atarte el pelo al acostarte?

El señor.—No, no: me gustan sin lienzos. Anda.

. . . . . .

El aldeano podia muy bien volverse á su casa pensando en que acaso al dia siguiente tempranito ya seria padre legal de un sér de azuladas venas, y que desde entonces en adelante su mujer seria exclusivamente suya. Con tan gratas esperanzas podria tomar un bocado, rezar el rosario, acostarse tranquilo, dormirse dulcemente, y pasar una noche deliciosa.

Sobre todo si soñaba que él era el señor.

LXXX

¿No les parece á ustedes, francamente, no les parece á ustedes que mi suposicion es mas verosímil, mas consoladora, y está

mas en armonía con la lógica y la tradicion que la de Michelet?

¿Por qué no podia suceder todo pacífica y regularmente en un hecho que estaba dentro de las sábias leyes, de las sanas costumbres, de las bellas prácticas y del siempre ensalzado espíritu religioso de la época?

Y todavía... ¡quién sabe! No quiero arriesgarme á afirmarlo, pero confio en que si el aldeano llegaba á persuadirse de que su virginal compañera habia bajado del castillo hecha madre, seria capaz de ir á llevar al capellan las cincuenta libras para misas en accion de gracias al Todopoderoso, que tal merced le habia dispensado, sin haber él hecho nada por merecerlo.

LXXXI

«Los señores, decia un poeta del siglo XII, nos harian pagar »si pudiesen el aire fresco, el sol vivificador, la fecundante lluvia.

»Yo, contestaba el señor, puedo hacer y deshacer de tí de arri»ba abajo, como señor que soy de tu cuerpo y de tus bienes.

»Uso es, decia un fuero (el de Beaumanoir) que entre el señor »y el villano no haya mas juez que Dios.

»El hombre de mi tierra es hombre mio, decia tambien ar»mónicamente con el anterior el señorío aleman; puedo cocerlo ó »asarlo á mi talante.»

El villano no ha piedad
ni gratitud ni amistad,

dice el famoso romance de la Rosa.

Y sin embargo, los señores correspondian á la vileza de aquellos séres abyectos, con la liberalidad, munificencia, garbo, mansedumbre y salero de que hemos citado repetidos ejemplos.

LXXXII

El abad de Luxeuil era... un señor abad.

Cuando iba á descansar de sus fatigas en Montureux, á veces las ranas turbaban su sueño abacial.

Para poner remedio á esta incomodidad, mandó que sus villanos, en vez de acostarse, saliesen con palos y durante toda la noche azotasen las aguas de los estanques, á fin de imponer silencio á aquellos incómodos bichos.

Quejábanse sordamente los ingratos villanos; pero ¿no podia el señor abad matarlos, mutilarlos, cocerlos ó asarlos, si le hubiese venido en talante? Y en lugar de esto, ¿no preferia dormir cristianamente, mientras ellos se entretenian en la honesta operacion de azotar el agua, tarea que jamás fué estímulo de apetitos desordenados ni puso en riesgo la salvacion del alma?

LXXXIII

Refiere Boerio que en cierto lugar el párroco tenia el privilegio de las primicias de la villana al casarse.

Abandonado ó caido en desuso el privilegio durante algun tiempo, fué al lugar un clérigo que quiso restablecerlo. Pero ¿por ventura lo intentó brutalmente, con violencia y sin atender á razones ni pretextos como podia? De ningun modo: antes reclamó derechamente y en forma legal su privilegio, y sostuvo el pleito ante el arzobispo, alegando la respetable antigüedad de la costumbre: *Prætendebat ex consuetudine primam habere carnalem sponsam cognitionem.*

LXXXIV

Y en el ejercicio de este derecho se ven muchísimas muestras de la honestidad de los señores.

Hoy dia pocos renunciarian á él, y sin embargo, consta que los canónigos de Leon de Francia solian contentarse con poner el muslo en el lecho de la nueva desposada, dándose por satisfechos con este acto en que se simbolizaba su señorío.

LXXXV

Ya hemos insinuado, al hablar de los siervos, cómo desaparecieron las glorias del feudalismo.

Pero tambien hemos dado á conocer que acaso no fué desaparicion, sino pasajero eclipse.

Esta esperanza alienta muchos corazones sanos y sencillos.

¡Oh si disipadas las tinieblas que hoy oscurecen las inteligencias con tan grave menoscabo del dinero de San Pedro renaciese todo lo de aquellos benditos siglos! ¡Oh si convenciéndonos de la caducidad de las libertades políticas y los bienes materiales, volviésemos por una heróica resolucion á las tradicionales gerarquías, y la inmensa muchedumbre nos despertásemos una bella mañana devueltos á la villanía!... No sé; pero me parece que estremecidos de júbilo tierra y cielo, descenderian sobre la restaurada Europa raudales de bendiciones apostólicas, que al fin y al cabo es lo mas fecundo que se puede esperar de este mezquino globo.

No es broma, no: pregúntenle ustedes al Papa cuánto vienen á rentarle sus bendiciones una con otra, y verán como producen mucho mas que todo Hiendelaencina.

LA SIMONÍA

SIMONÍA, *f.* La compra ó venta de cosas espirituales ó que dependan de ellas.

(*Diccionario de la lengua castellana por la Academia española.* 1869.)

SIMONÍA.. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

(*Diccionario de teología.* . . . .
. . . . . .
. . . . . .

I

La compra y venta de las cosas espirituales es uno de los vicios que á la Iglesia católica suelen achacar sus enemigos.

Sobre el tema de la simonía se levantaron hace mucho tiempo dos argumentos contrarios, que no sé yo cómo no se cansan de estar en pié.

Dicen los incrédulos: Cuando otra prueba no hubiera de que la Iglesia es una mera institucion humana, bastaria ver el vergonzoso comercio que ha hecho de las cosas espirituales.

Y dicen los creyentes: La mayor prueba de que la Iglesia es de orígen divino, consiste precisamente en ver que sobrevive, á pesar de esas vergonzosas acciones que ha cometido.

Y replican aquellos: Pues si hubiese sido divina, no se habria manchado con tantos crímenes.

Y contrareplican los otros: Pues si no hubiese sido divina, tantos crímenes habrian acabado con ella.

Y vuelven á empezar.

Porque es cosa admirable la paciencia que tienen para repetir siempre lo mismo los que disputan sobre Iglesia.

Y sobre todo, es admirable en los incrédulos, que son los que pagan; que en los creyentes que cobran, ya se concibe mas fácilmente la temeridad con que disputan.

II

La teología ha resuelto ya teológicamente el punto: solo falta que sea aceptada su solucion para que cese esa eterna controversia.

¿Se cita un hecho remoto de crímenes, vicios é ignorancia en la gran mayoría de los eclesiásticos?

Pues se responde: El mal no estaba en la Iglesia, sino en la barbárie de los tiempos.

¿Se habla de la barbárie de esos mismos tiempos?

Pues se replica: Nunca brilló mas pura que entonces la fé, ni fué mas respetada la Iglesia.

¿Se habla de la codicia y la lujuria de los sacerdotes?

Pues no hay mas que citar á alguno que viviese pobre y castamente.

¿Se la censura por su riqueza?

¡Si la Iglesia nunca ha poseido nada!

¿Se habla de leyes de desamortizacion?

¡Si los liberales han despojado á la Iglesia de inmensos bienes!

De suerte, que con diez ó doce combinaciones de palabras, se

demuestra, segun convenga á píos ó impíos, que la Iglesia siempre ha sido pobre y rica, divinamente sábia y santamente ignorante, agena á los negocios mundanos y encargada de todos los intereses sociales; superior á todas las potestades de la tierra y víctima de los desmanes de los poderosos; administradora íntegra de los pobres, y con derecho á todo lo que los pobres poseyeron; esencialmente mística y fomentadora de las artes de lujo.

¿Se puede pedir mas?

Ha hecho como el que mató á su padre y despues suplicaba al tribunal que se apiadase de un pobre huérfano.

Así opinan los impíos.

III

La simonía es signo de profunda corrupcion, lo cual me hace presumir que no se arraigó en la Iglesia católica tanto como algunos suponen.

Al tratar de los Papas hemos dado cuenta del escándalo, la pelea y los asesinatos cometidos en Roma, cuando se disputaban el obispado el español Dámaso y el italiano Ursino (1).

Era en los primeros albores de la Iglesia, y repugna creer que en tan tierna edad se hubiese corrompido la casta esposa.

Por esto prefiero creer que lo de verificarse aquella eleccion por tan malos medios y con votos pagados, fué mas bien celo de amigos láicos é indiscretos que codicia de eclesiásticos.

IV

Es verdad tambien que hablando de principios del siglo IV dice Cantu:

«Desde el momento en que las cosas del cielo se ponen en con»tacto con las cosas humanas, participan de la perversa naturale»za de estas.»

(1) Véase *Los Cachivaches de Antaño*, págs. 163 y siguientes.

Pero esta es heregía brutal, hija de una distraccion del cronista del concilio ecuménico.

¿Por ventura se corrompe el cuerpo de Cristo, que es divino, al ponerse en contacto con la oblea que sirve para la misa y la comunion?

¿Corrómpese por ventura el óleo santo al tocar el cuerpo del pecador?

¿Participa de la perversa naturaleza del clérigo la divina eficacia de las sagradas órdenes?

Nequaquam.

V

Digo pues que Cantu quiere disculpar la corrupcion de la Iglesia achacándola á la corrupcion que lo humano deleznable influye en lo divino incorruptible, lo cual no puede ser; y que si no hubo mas razon que esta para que la Iglesia se pervirtiese, es claro que no se pervirtió nunca.

Y sobre todo, el que quiera sostener que en efecto la esposa mística llegó á malearse, que lo pruebe.

No basta que lo diga Cantu y lo apoyen cien historiadores: ¡datos, datos queremos y no dichos!

VI

Dice el citado cronista, que apenas la Iglesia pasó de perseguida á dominadora, corrieron en tropel á ella los paganos codiciosos para tener garantizadas sus riquezas, participar de las de la Iglesia, que eran muchas, y entrar en el goce de los privilegios del sacerdocio, que eran eminentes.

«De lo cual, añade, se siguió que las costumbres de los cris»tianos se corrompieron y dentro de la nueva religion comenzó la »sociedad sus antíguos vicios.»

VII

Esto no lo entiendo bien.

Llegar el cristianismo á su período de gloria; establecerse la

Iglesia para acabar con los vicios de la sociedad pagana; acumular para este fin todas las fuerzas, tesoros y talentos sociales, y venirnos con que al cabo de siglos se reparó que subsistian los vicios de siempre, podré respetarlo á ratos como misterio; pero repito que no lo entiendo.

VIII

Y que la cosa anduvo algo mal, parece indudable.

¡Un chicuelo de diez años ser obispo de Todi! ¡Poseer Manases los obispados de Arlés, Milan, Mántua, Trento y Verona!

IX

Momentos hay en que leyendo las historias profanas, un hombre bien religioso tiraria el libro al fuego, ya que no pudiese á su autor.

Hoy mismo he tenido un disgusto leyendo á Gaillardin, que refiriéndose al siglo x dice:

«La simonía *renovada* por las ambiciones feudales que domi»naban á los obispos y en los monasterios (lobos en el redil); Ro»ma, la madre de todas las Iglesias manchada con los vicios de »sus pontífices; la tiara á merced de las mujeres; ¡un Octaviano »sentado en la silla de San Pedro!...»

¡Así se educa á la juventud! ¡Así se le enseña á respetar á pontífices, obispos y monasterios!...

Pero volvamos á las simonías, veamos dónde estuvieron, quién las vió jamás, y caiga de una vez deshecha en polvo esa fantasma de la supuesta corrupcion de la Iglesia.

Pero, señor, dirá cualquier patan leyendo aislado el párrafo que acabamos de citar: «Si en el siglo x se renovó la simonía, ¿cuándo habia empezado?»

Y no conviene excitar el discurso de los patanes.

X

¡Oh! pero...

En el siglo xi, los Papas nombrados por el influjo de los em-

peradores recorren toda Europa; reunen en todas partes santos concilios y dictan las mas sanas disposiciones para el mejoramiento de las costumbres, para establecer el órden perturbado, para moralizar la conducta de los hombres.

Vamos á ver: ¿no da gusto leer un párrafo así?

¿Qué necesidad hay de añadirle cosa alguna, si lo que dice basta para fijarse exclusivamente en el celo, actividad y buena intencion de los pontífices del siglo XI?

Pero la malicia de los historiadores modernos no se contenta con esto; al contrario, para deslucirlo todo, pasa en seguida á averiguar qué género de corrupcion padecian las costumbres, quién y de qué modo tenia perturbado el órden, y cuáles eran los hombres cuya inmoralidad fuese tan grande que requiriese toda la eficacia de Papas y concilios.

XI

Y salen luego con que lo que habia que reprimir era la incontinencia del clero y el tráfico que hacia de las dignidades eclesiásticas; que la insubordinacion consistia en el clero rebelde á la ley del celibato; que fué preciso destituir á muchos obispos simoniacos y concubinarios, y que por sustentar la simonía y el concubinato, el clero hizo guerra á muerte al Papa Gregorio VII, removiendo aquella encarnizada pugna las peores pasiones hasta en el fondo de las mas escondidas aldeas.

Pero dicen: ¡simonía! y repiten: ¡simonía! generalmente sin citar dato alguno, y si alguno citan, ó es falso ó prueba lo contrario de lo que se proponen.

¡Cosas de ellos!

XII

Cuando citan por ejemplo, que á mediados del siglo XI un Papa de doce años compró por dinero el privilegio de sentarse en la silla llamada de San Pedro, mienten por mitad de la barba.

Cierto es que un niño de doce años fué elegido Papa y tomó el nombre de Benedicto IX.

Cierto es que ese chiquillo, ó séase ese Sumo Pontificito, pertenecia á la opulenta casa de Toscana; así como es verdad que corrió la voz de que á las riquezas de esta familia habian dado sus votos los electores; pero conviene fijarse en que si fuesen ciertas esa compra y esa venta del sólio pontificio, no la Iglesia, no los cardenales, no el niño Papa tuvieron la culpa, sino los parientes de este, que seducirian á los electores; pues claro está que con el niño ninguno de estos habria querido entrar en tratos; que no son bobos, y en materia de dinero y de cosas de iglesia anduvieron siempre muy sobre aviso.

XIII

En todo caso, Benedicto IX solo podria ser culpable de haber vendido la dignidad pontificia á Gregorio VI; pero tenia la gran disculpa de que los romanos le habian arrojado del trono varias veces y estaba resuelto á no reinar contra la voluntad de aquellos fieles; á mas de que si su familia habia gastado dinero en comprarle el pontificado, ya que al fin no se lo dejaban gozar, parece natural que procurase sacar de él todo el partido posible y no lo diese de balde; que con un par de negocios así, pronto se irian al suelo las familias mejor acomodadas.

XIV

Sea de ello lo que quiera, la Iglesia celebró concilio en Roma en 1047, y condenó como heregías así el comercio de las cosas sagradas ó como el matrimonio de los clérigos.

¿Podia dar mejores pruebas de buena voluntad?

XV

No tiene duda que al cabo de dos años quiso Leon IX celebrar otro concilio en Reims con el mismo objeto, y que los altos dignatarios de la Iglesia y del Estado hicieron todo género de diabluras para impedírselo, á consecuencia de lo cual solo asistieron al con-

cilio veinte obispos y cincuenta abades; pero aquí los culpables fueron los prelados y de ningun modo la infalible Iglesia.

Porque, no hay que olvidarlo: cuando el Papa hace algo en favor de la moral, aunque todo el clero se le resista y le combata, el Papa es la Iglesia; pero cuando el pontificado se compra y vende, y se hace adúltero, ó parricida ó incestuoso, ó cualquiera otra cosilla semejante, entonces el Papa no es la Iglesia.

Digo mas: entonces ni siquiera es culpable el Papa; quien tiene la culpa es la pícara corrupcion de los tiempos, que irrespetuosamente, aunque con permiso de Dios, suele hollar *pauperum tabernas regumque turres*, como decimos los eruditos. Gregorio VI fué tambien destituido por simoniaco...

XVI

Pero como decíamos, aunque las disposiciones de los concilios no daban resultado, no por esto se cejaba en el empeño de corregir á los eclesiásticos, que no eran la Iglesia, siempre correcta é inmejorable.

Porque no olvidemos tampoco que la Iglesia fué siempre perfecta. Cuando era lícito el matrimonio de los eclesiásticos, la Iglesia vivia en perfecto acuerdo con los eternos é inmutables principios que Dios le habia revelado al fundarla, y cuando declaró herético ese matrimonio, tambien siguió de acuerdo con los inmutables principios susodichos.

XVII

¡Ah qué menudear de concilios fué aquel!

Concilios en Italia, concilios en Francia, concilios en Alemania.

¡Qué viajar de obispos y abades!

¡Qué deliciosamente olian los guisos por donde ellos pasaban!

Ya se ve, la Iglesia podia hacerlo, porque entonces era rica...

Digo mal, eran muy ricos los pobres cuyos bienes administraba ella.

XVIII

Pues sí, hubo concilio en Maguncia en 1049; húbolo en Mántua en 1052; en Leon de Francia en 1054; en Ruan en 1055; en Tolosa de Francia en 1056; en Roma en 1057, otro en 1059 y otro en 1063; uno en Turs y otro en Viena en 1060, y en Leira, Auch y Tolosa en el mismo año, y en Winchester en 1070, y en Plasencia en 1095; concilio famoso, al que asistieron doscientos obispos de Italia, Francia y Alemania, cerca de cuatro mil sacerdotes y treinta mil láicos.

XIX

Entonces se hizo la grande obra.

Se prohibió celebrar los santos misterios á los sacerdotes que seguian viviendo con sus mujeres, y se prohibió á los fieles que de tales sacerdotes se sirviesen, si bien se les permitió que continuasen pagándoles como antes.

XX

Dicen que eran tan grandes entonces la incontinencia y la simonía, no de la Iglesia, pero sí de los sacerdotes italianos, que habiendo enviado el Papa al severo Pedro Damiano á Milan para castigar á los culpables, llegó este á espantarse del número y prefirió echar un velo sobre lo pasado y proclamar una amnistía.

Yo casi no me atrevo á creer todo lo que se ha dicho de la corrupcion de los obispos de entonces.

Pedro Damiano, como vivió en tiempo en que los hombres no éramos tan incrédulos, lo creyó todo, segun parece, porque dice que con tal de no desagradar á los príncipes, que tenian el patronato de todo lo de la Iglesia y hasta daban las abadías á los láicos, los obispos no reparaban en pagarlas en dinero y en bajezas, «adulando al príncipe cuyas propensiones procuraban estudiar, »obedeciendo el menor capricho suyo, aplaudiendo cuantas pala-

»bras salian de su boca, y haciendo para él versos sobre cualquier »asunto.

»¡Condenarse á tan larga servidumbre, añade, hacer de parásito »y de bufon por llegar á ser obispo, es pagar bien caro los ho- »nores!»

Ahora reparo en que esto es muy fuerte.

Es demasiado fuerte, casi me arrepiento de haberlo copiado. Casi, nada mas.

XXI

El Papa echa en cara á los prelados anglo-sajones la ignorancia, la corrupcion y la simonía.

¡Nos estremecemos al pensar en los rugidos que con aspereza episcopal y anglo-sajona resonarian entonces por las islas británicas!

XXII

A poco el Papa manda llamar á los arzobispos de Colonia y Maguncia y al obispo de Bamberga, y cuando los tiene delante, les acusa de haber comprado por dinero su dignidad y de estar vendiendo los cargos eclesiáticos.

XXIII

Entonces obispos y clérigos se unen contra el Papa: la defensa de sus rentas, obvenciones y familias les ata á todos con un mismo lazo; entonces se celebra en Roma un concilio cada año; se excomulga al emperador, se destituye por docenas á los arzobispos y obispos, y se condena por centenares á los clérigos.

¡Ah, qué glorioso período!... No porque se condenase á centenares de clérigos y á docenas de obispos, sino porque á unos y á otros se les mejoraba.

XXIV

El mundo católico se dividió en dos bandos: uno del Papa, otro del emperador. El Papa era inteligente: echó una mirada alrededor, y vió en todos los pueblos cierta inquinia contra los sacerdotes. Comprendió en seguida que dirigiendo bien aquella mala

pasion, podia dársela desahogo y hacerla contribuir al bien de la humanidad, y...

Al poco tiempo ya no fué en los concilios, sino en las ciudades, villas y aldeas, en medio de la calle y en la plaza pública, donde recibieron ruda correccion los malos sacerdotes.

Los habia en todas partes, porque si bien la Iglesia era pura é inmaculada, el concubinato y la simonía se habian hecho generales; pero desde que el Papa se propuso, como hemos dicho, encauzar y beneficiar el ódio de las muchedumbres á los clérigos (ódio momentáneo, por supuesto), donde quiera que habia frailes se amotinó la plebe contra los clérigos. Hubo una insurreccion en cada parroquia.

Los trancazos de la honestidad láica alcanzaron un triunfo.

. . . . . .

XXV

Como á la Iglesia se le han achacado todo género de vicios, y como los hombres en general están dotados de la facultad de adquirir, facultad que cuando se pervierte degenera en codicia, los codiciosos del siglo, viendo con envidia las inmensas riquezas de la Iglesia, la acusaron de haberlas adquirido por malos medios.

Los mas impíos se han atrevido á decir que ya antes de la caida del imperio romano el afan de atesorar era grave mancha del clero.

Despues de la invasion, dice un hereje aleman, el clero poseia la tercera parte del imperio franco.

Al tratar del dinero de la Iglesia hemos dicho ya cómo fué despojada por Cárlos Martel; pero á pesar de eso, consta que en el siglo IX era dueña de inmensas riquezas; y esto, que no puede ser sino prueba del favor del cielo que procuraba sus medros, ha sido considerado como prueba de ciego frenesí por atesorar caudales.

XXVI

El concilio de Aix-la-Chapelle dividió las iglesias en tres categorías, segun la importancia de sus bienes inmuebles, y por aquel concilio consta que las iglesias de primera clase tenian una renta de tres millones cuarenta mil reales; las de segunda clase, una renta de setecientos sesenta mil reales, y las de tercera, ciento treinta y tres mil reales.

¿No habian de envidiarles los que, incapaces de saber adquirir cosa alguna, solo pensaban en los goces materiales que habrian podido proporcionarse con aquellos bienes, procedentes en su mayor parte de donativos de reyes y príncipes alentados por las solemnes promesas de que dando se aseguraban la futura posesion del reino de los cielos?

XXVII

Dicen que viendo la Iglesia las riquezas que el prometer el cielo le atraia, no tuvo reparo en abusar de la credulidad de los fieles, y aun se cita el texto del concilio cabilonense celebrado en 813, que trata de la materia; pero el concilio no dice que se achacase el abuso á la Iglesia, sino á algunos clérigos: «*Impu-*»*tatur quibusdam fratribus eo quod avaritiæ causa hominibus* »*persuadeant, ut abrenuntiantes sæculo, res suas ecclesiæ con-*»*ferant.*»

XXVIII

Sin duda esos malignos rumores tomaron gran vuelo, toda vez que Ludovico Pio prohibió á los obispos que aceptasen donativos con perjuicio de los menores y los parientes del donador.

Pero no por esto callaron las malas lenguas.

XXIX

Al contrario.

La murmuracion era cada dia mayor.

Desde el siglo VI llegaron tan falsos rumores á los oidos de los prelados sobre las supuestas simonías, que ya en 533 prohibió un concilio el comercio de las cosas sagradas, tomando por lo sé-

rio lo que decian cuatro órganos del espíritu gacetillesco de la época.

XXX

Tambien lograron los maldicientes excitar los escrúpulos de San Gregorio, que con la mayor buena fé escribió con grande encarecimiento repetidas cartas «al rey de los francos, á la reina »Brunequilda y á los obispos de las Galias para reprimir un trá»fico que era mancilla del sacerdocio;» quiero decir, que si hubiera existido, habría sido mancilla del sacerdocio.

Y que San Gregorio lo tomó por cosa real y verdadera, no tiene duda, pues suplicó á la mencionada reina que reuniese un concilio para extirpar los abusos que envilecian la Iglesia de las Galias, diciéndole entre otras cosas: «La simonía es causa de que »sea despreciado el sacerdocio. ¿Quién puede venerar aquello que »se vende? ¿Quién no considera cómo vil mercancía lo que se »compra? Llena de tristeza tengo el alma; lástima me inspiran »las Galias: el sacerdocio no puede subsistir en donde quiera que »sea objeto de comercio. Este gran crímen no solo es peligro para »los que lo cometen, sino que hace peligrar los imperios.»

¿Estaria persuadido San Gregorio de la certeza de aquellos falsos rumores?

XXXI

Y los Papas ¡hasta los Papas! llegaron á dar crédito á las invenciones de los impíos sobre este punto.

El Papa tambien escribia á los reyes que si querian salvar sus almas era menester que cada cual en sus Estados pusiera término á las simonías; y uno de ellos, dirigiéndose á los obispos, decia: «No merece el nombre de sacerdote el que adquiere el sacerdocio »por dinero. ¿Qué garantía puede haber de buenas costumbres ni »de vocacion, cuando se considera digno del sacerdocio á un »hombre solo porque tiene dinero con que comprarlo?»

Así los pobres sacerdotes... es decir, pobres no lo eran; pero

quiero decir que los inocentes sacerdotes se preguntaban unos á otros:

—Pero ¿tú has vendido algo sagrado, ó compraste las sagradas órdenes?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Yo menos.

—Yo lo único que hice fué aceptar una limosna, pero limosna y no precio. ¡Dios nos libre!

—Yo hice un pequeño obsequio al obispo que me hizo cura, pero obsequio y no precio. ¡Librenos Dios!

—Yo he aceptado algunos presentes, pero como finezas y no como paga...

Y ninguno de ellos sabia de qué le hablaban, mientras Papas, reyes y concilios volvian siempre al tema de las simonías.

Viendo la malignidad que no podia culpar á Papas ni á concilios, que ya habian hecho sus protestas en debida forma, acusó especialmente á los demás clérigos, y en ese infernal empeño siguió tenazmente, sin interrumpir sus quejas hasta el siglo XI, para hacer creer que continuaban los abusos.

XXXII

Hoy dia se acusa á todos los ministros de Hacienda de España de hacer empréstitos ruinosos. A todo se llama empréstito: á tomar dinero á réditos, á firmar un contrato con un Banco, á pedir dinero con pacto de devolverlo, á recibir por adelantado cantidad que devenga interés: todo recibe inconsideradamente el nombre de empréstito.

Del mismo modo entonces á todo negocio eclesiástico en que interviniese el dinero, se daba el infamante nombre de simonía.

Cuando el vulgo se empeña en alterar la verdadera significacion de las voces, no hay fuerza etimológica que le detenga.

XXXIII

Sucedia que los obispos administraban ciertos bienes.

Sucedia que á veces preferian administrar el valor de aquellos bienes y los vendian.

Pues so pretexto de que aquellos bienes eran de los pobres, se les acusaba de simoniacos.

Sucedia que un devoto rico por su casa no llegaba en muchos años á obtener el episcopado, si no gastaba dinero en misas y donativos para acreditar su piedad y desprendimiento.

Pues bien; una vez ese devoto hecho obispo, exigia tambien que aquellos á quienes habia de conferir las sagradas órdenes probasen su celo religioso, su verdadera vocacion y su desprendimiento, dando dinero para misas y otros menesteres indispensables para las almas.

¿Y qué resultaba de ello?

Que como el vulgo veia que ni los unos ni los otros habian conseguido el sacerdocio ni el episcopado sin dar dinero, decia que los sacerdotes compraban al obispo las sagradas órdenes, así como el obispo habia comprado su alta gerarquía.

Lo cual comprueba lo que mil veces hemos repetido los hombres de órden: el grave peligro que hay en permitir que el vulgo se entrometa en las cosas sagradas; porque como paga contribucion para el clero, aun despues de haberla pagado, se figura que habla de su dinero al hablar del presupuesto de gastos eclesiásticos, y se cree con derecho para censurar las cosas sagradas.

Y si este no es buen argumento, otros debe haber, solo que ahora no se me ocurren.

XXXIV

El maldiciente vulgo llegó á acusar á los obispos de que despojaban á las iglesias de todo su haber y ornamentos hasta el punto de dejarlas sin dinero para alumbrado.

Pero esto ya en el siglo VI, y varios concilios clamaron contra este abuso, por si era cierto.

Verdad es que las imágenes milagrosas de los santos no han menester luz para ejecutar sus respectivas habilidades; pero dígase lo que se quiera, siempre están mucho mejor y mas poéticas con una lámpara que apenas alumbre delante.

Al oir eso de que los obispos se quedaban hasta con el aceite, los fieles llegaron á temer cada uno por el alumbrado del santo de su devocion respectiva, que de ningun modo querian que estuviese á oscuras, porque no tropezase, si á deshora de la noche tuviese que hacer algun milagro que ellos le pidiesen, y yo creo que á consecuencia de ese temor debieron de inventarse entonces aquellos rotulitos, tan comunes en nuestras iglesias, que dicen sobre un cepillo: «Limosna para el alumbrado de esta milagrosa »imágen.»

XXXV

Para hablar menos y dar una idea de las terribles acusaciones de avaricia y malversacion dirigidas contra los obispos, y para que se conciba con qué arte tan diabólico debian estar urdidas las calumnias contra ellos propaladas, bastará recordar que en el siglo IX (855) un concilio, que creo que llaman Valentiniano, recordó á los obispos que debian ser *pastores* y no *verdugos*.

XXXVI

La carne es flaca en los mortales, y sobre todo en los legos; que en las personas eclesiásticas es fuerte la mayor parte de las veces, y por esto son admirables, porque saben vencerla. Siendo flaca la carne, es posible que los eclesiásticos (algunos, no todos) cayesen en alguna flaqueza, ó en varias, y de ello se tomase pretexto para acusarles de simonía y otras cosas horribles.

XXXVII

San Bonifacio escribió al Papa Zacarías unos párrafos que pueden contener algo de verdad sobre las costumbres del clero del siglo VIII.

Me han asegurado que en la epístola CXXXII de dicho santo hay este trozo:

«En muchos países las sedes episcopales están ocupadas por »paisanos codiciosos ó por clérigos corrompidos. Hay entre ellos »unos que se hacen llamar diáconos, que desde sus primeros »años viven en el adulterio y en la relajacion, y todas las noches »se acuestan con cuatro y cinco concubinas.»

XXXVIII

Poco á poco; yo no he leido las cartas de San Bonifacio, y por consiguiente no sé si realmente dice lo que dejo copiado, que podria no ser cierto. No respondo de ello, porque es demasiado injurioso para el sacerdocio, tanto mas, cuanto que segun me dijo un amigo, añade San Bonifacio:

«Tambien hay entre ellos obispos, que si bien niegan ser for»nicadores y adúlteros, son dados á la embriaguez y á la caza; »pelean armados, derraman por sus propias manos la sangre de »los hombres, ya sean paganos, ya cristianos.»

Repito que no tengo certeza de si San Bonifacio dijo exactamente lo que acabo de referir, y aconsejo al lector que no lo crea del todo hasta averiguar sí es cierto, lo cual no es difícil, porque traducidas están al francés las cartas del santo, y podria ser que los párrafos que he copiado estuviesen en la traduccion de Mignet y tal vez en la página 182.

¿Quién sabe?

XXXIX

Lo que no tiene duda es que por entonces los concilios dieron muchas disposiciones en favor de la moralizacion del clero, amenazando con degradar á los clérigos de malas costumbres, prohibiéndoles usar armas, ir á la guerra, cazar y criar milanos y halcones.

Y dicen que los concilios obraron así por inspiracion de San Bonifacio; y debieron de dar tan buen resultado sus prescripcio-

nes, que de contínuo se encuentran repetidas durante largo tiempo.

XL

Tanto que Carlo-Magno todavía dispone, entre otras cosas, que los obispos no sean avaros ni codiciosos.

Censura que muchos de ellos se ocupen noche y dia en adquirir riquezas, y hasta se entregan á la usura, por mas que sea ejercicio reprobado por Dios, la Sagrada Escritura y los cánones.

Encarga á los clérigos que no sean fornicadores, ladrones, homicidas, hombres de rapiña.

XLI

Tambien Ratiero, obispo de Verona, dice que los clérigos del siglo IX «no se ocupan mas que en pleitear; la codicia les devora; »practican la usura, venden las cosas sagradas, hasta la remision »de los pecados.»

Pero tambien esto podria ser un error, y quizá los clérigos solo pleiteaban para que á los pobres no les fuesen arrebatados sus bienes, y lo de vender por dinero las cosas sagradas, puede ser otro de los casos en que muchos equivocan la limosna pedida por el clérigo con el precio exigido, lo cual es muy diferente.

XLII

En aquel siglo, el glorioso Gregorio VII combatió rudamente la simonía, por mas que los impíos hayan dicho que «poquísimos »prelados le obedecian,» y citen frívolas anécdotas para hacer creer que la corrupcion estaba en la médula de los huesos de la sociedad sacerdotal.

XLIII

Citan el caso de Manases, de quien ya hemos hablado, á quien se acusó de simonía y usurpacion. Citóle en efecto á juicio el legado del Papa, pero él no compareció. Suspendiéronle de su cargo, pero él no hizo caso; es decir, hizo caso opuesto, porque apa-

leó á los canónigos que le habian acusado y les cogió los bienes y se los vendió.

Al cabo de tres años le volvieron á enviar papeleta de citacion, y entonces fué cuando ofreció al legado del Papa trescientas libras de oro y muchos presentes para él y su comitiva si le dejaban salir con lucimiento de aquel enojoso negocio.

El legado no quiso; el Papa depuso á Manases; este se resistió por las armas, y se mantuvo en su sólio pontificio hasta que todas las clases de la sociedad, incluso el clero, le arrojaron de allí violentamente.

Pero esto no prueba sino que hubo un clérigo, un obispo corrompido, y una golondrina no hace verano; y bien podria haber sido Manases el obispo mas perverso, y sin embargo no haber una palabra de verdad en lo demás que se refiere sobre simonías clericales.

XLIV

Otro obispo hubo entonces...

Porque, aunque hubiese dos, ¿qué probaria? Nada.

Otro obispo hubo entonces, el de Orleans, á quien el infatigable Papa reprendió por sus simonías.

El obispo ni siquiera se dignó contestarle.

El Papa le envió su excomunion.

El obispo agarró al enviado excomulgador y lo puso preso.

Entonces el Papa lo depuso.

¿Y qué? Al fin y al cabo, dando por ciertos estos dos casos, tendríamos dos obispos simoniacos; y ¿qué vale esto si se compara con la codicia desenfrenada de la innumerable plebe que por seis miserables reales vende doce y catorce horas de trabajo?

Y el trabajo no debe venderse: es cosa sagrada. Lo instituyó Dios para castigo del pecado de Adan, y para que holgasen los clérigos y obispos.

XLV

Y basta de obispos en particular. El que quiera saber pormenores de ellos, lea el capítulo que especialmente les hemos dedi-

cado y con el mayor gusto en uno de nuestros libros, que allí encontrará el piadoso quizás mas que piense (1).

XLVI

Por entonces tambien los legados del Papa recorrieron los pueblos de Francia y Alemania, deponiendo en todas partes á los clérigos simoniacos, y se celebraron en Roma concilios en 1075 y 1076 que á granel castigaban á los curas por igual delito, y para acallar rumores y hablillas, daban sentencias contra centenares de ellos.

XLVII

Por esto cuarenta y nueve sacerdotes, á quienes se acusaba de corrompidos y simoniacos, se reunieron un dia y declararon cesante al Papa, acusándole á su vez de obsceno, de público usurero, de haber empleado el fraude, la violencia y la corrupcion para llegar á Papa; y los sacerdotes acusados especialmente de concubinarios, acusaron especialmente al Pontífice de tener trato demasiado íntimo con las mujeres.

Lo cual no impidió que en todas las historias y sermones clericales conste que entonces eran admirables la pureza de la Iglesia, las virtudes de los sacerdotes y el respeto al Sumo Pontífice.

Y es evidente.

XLVIII

Yo no sé si al tratar de los obispos referí lo que en el siglo III decia San Cipriano de los de su tiempo.

Por si acaso no lo dije entonces, lo diré ahora, y si lo dije, lo repetiré; porque durante una enfermedad que padecí siendo niño, hice voto de publicar este y otros párrafos de San Cipriano cada tres años.

Tambien tengo yo mis devocioncitas. ¡Vaya!

(1) Véase *Los Tiempos de Mari-Castaña*, páginas 143 y siguientes.

IL

Dice el santo: «Casi todos los obispos abandonan su sede, »abandonan su rebaño, y no tratan mas que de negocios tempora»les. Vémosles recorriendo las provincias, frecuentando las férias, »no buscando mas que lucro y riquezas, apoderándose fraudulen»tamente de las tierras, dedicándose á préstamos usurarios, vi»viendo en la abundancia, mientras sus hermanos viven en la »miseria.»

L

Ya me he quitado un peso de encima.

Ahora hasta dentro de tres años no tengo obligacion de volver á copiar el párrafo, y toda vez que solamente lo he puesto aquí para cumplir mi voto, pasaré por alto lo demás que de los obispos dice San Cipriano en sus epístolas v y vi (si no estoy mal informado), echándoles en cara el adulterio, el concubinato y otros vergonzosos excesos.

LI

Todo lo cual no es materialmente simonía; pero tiene con este delito un parentesco tan íntimo, que el lazo de la analogía ha unido en mi mente lo uno y lo otro con nudos tan estrechos y al par suaves, que me ha dado lástima separar ambos asuntos.

LII

En cuanto á la simonía, fué tal el afan que siempre hubo de censurarla en el clero católico, que hasta los Eusebios y Agustinos participaron de él, y ya que no podian acusar de ese pecado á los que en tiempo de Constantino abrazaban el cristianismo, dicen que lo hacian atraidos por las inmensas riquezas de que el famoso emperador dotara á la Iglesia, y que al proceder movidos de codicia y

no de celo evangélico, practicaban la simonía al por mayor comprando y vendiendo las almas.

LIII

Pero ¿á donde iríamos á parar admitiendo ese género de argumentos?

¿Cuál siglo, cuál época, cuál nacion podria citarse como no corrompida, si se tachase de crímen en el clero la compra, la venta, el amor conyugal, la paternidad natural, y además de esto se aceptase como delito lo que algunos osarian llamar simonía moral?

Figúrese V.

LIV

¡La sed de oro!

San Gerónimo llegó á escandalizarse de las cosas que los enemigos del clero inventaron para desacreditarle.

«Me han dicho (escribe en su epístola IV) que algunos de los »nuestros desempeñan los oficios mas viles junto al lecho del an»ciano sin hijos. Apenas entra el médico en la casa, ya tiemblan; »pálidos de terror le preguntan si encuentra al enfermo mas ali»viado; y á pocas fuerzas que este recobre, aunque fingen alegrar»se, padecen martirio en el fondo de su alma llena de codicia.»

Todo lo que le contaban sobre esto, se lo creia el pobre.

LV

Así en otra ocasion exclamaba:

«¡Gran vergüenza para todos nosotros! Los sacerdotes de los »falsos dioses y las personas mas viles pueden heredar, segun la »ley, y los sacerdotes y los monjes no pueden. Los príncipes cris»tianos no nos lo consienten. Y no me quejo de la ley, *sino de »que la hayamos merecido.* Dictóla una sábia prevision, y aun es »demasiado blanda para corregir nuestra avaricia, que burla las »prohibiciones por medio de fraudulentos fideicomisos. Vergüenza »*me da decirlo;* pero decirlo hé para que á lo menos nos aver-

»goncemos de nuestra deshonra: la verdad es que vivimos con »apariencias de pobres, y al morir se nos descubre que somos »ricos.»

LVI

Y no tiene nada de particular que San Gerónimo se expresara así, porque era persona sentida; la ley se habia promulgado en efecto, y la preocupacion de que el clero era codicioso y simoniaco, se habia hecho general.

Zozimo, el historiador, decia tambien: «Los monjes, so pre»texto de compartir sus bienes con los pobres, reducen á todo el »mundo á la pobreza.»

Verdad es que la opinion de este historiador no vale nada, porque era pagano; pero la pongo porque casa bien con la de San Gerónimo, con la ley sobre herencias, con el rumor público de entonces, y mas claro, porque si yo no la recuerdo, ¿la recordará otro que escriba para el pueblo español?

¡Quiá! ¡Bonitos son mis compatriotas para esto!

LVII

Los enemigos de las glorias de España señalan varias épocas en que, segun dicen, la simonía llegó á mancillar tambien á la Iglesia, en nuestra pátria, cosa que parece increible.

No hace muchas horas que tenia yo en las manos la obra de un historiador que tratando de cuando el grande emperador Cárlos V iba á venir para España, dice: «Al rumor de que en Flandes por »el dinero se alcanzaba todo, corrian allá los pretendientes, y »como en pública subasta se adjudicaban al mejor postor los des»tinos eclesiásticos, civiles y militares.»

Y no contento con esto, ese mismo historiador haciendo el elogio del cardenal Cisneros dice... «que avasalló á los nobles, que »se anticipó á la reforma del clero, cuyas relajadas costumbres »suscitaron poco despues grande oposicion á la Iglesia católica en »muchos puntos de Europa.»

LVIII

Pero seria el cuento de nunca acabar, si tratase, no digo ya de apurar la materia, sino solo de reunir las principales acusaciones que el espíritu grosero de los hombres ha acumulado contra la simonía de los sacerdotes católicos.

Digámoslo de una vez: no hay período histórico en que la acusacion no se encuentre repetida bajo una ú otra forma, desde los primeros siglos de la Iglesia, como si los católicos no hubiesen podido vivir si no desahogaban su ira contra los encargados de salvarles.

Todo ha servido de pretexto para censurarles. Un dia por comprar los votos en las elecciones; otro dia por si ponian tabernas y casas de préstamos; hoy por si hacian comedias en la Iglesia; mañana por si tenian mas ó menos concubinas; el otro por si traficaban con falsas reliquias; pero entre todas las acusaciones la que mas resalta es la que se refiere á la compra y venta de cosas sagradas.

LIX

Ahora que el lector benévolo puede haberse formado idea de lo que pueda haber de verdad en esas censuras, único objeto que me proponia, dejo el punto aquí mismo.

Solo una cosa añadiré y es la siguiente: ¿se quejan los hombres de las granjerías de los curas? ¿Se quejan todavía? Pues por qué son necios en consentírselas.

¿No es verdad?

CONCLUSION

I

Ahora, sepa V., lector amigo, que ya me duelen un poco las piernas de la excursion que he hecho por los vericuetos de la historia, y que con La Espumadera de los Siglos termina la tarea que me propuse al emprender la publicacion de *Los Cachivaches de Antaño* y proseguí en *Los Tiempos de Mari-Castaña.*

Con estos tres libros he querido, y ¡ojalá no lo haya querido en balde! excitar un poco la curiosidad de muchos españoles, á fin de que entren en deseos de averiguar por sí mismos qué diantre sucedia en aquellos tiempos tan ponderados por la virtud, la religiosidad, el órden, la riqueza, la buena fé, y otras mil excelencias que á cada paso se les atribuyen.

II

He ido dando saltos, como quien dice, del monte al valle y del valle al monte; donde he visto un asunto que me ha parecido digno de fijar la atencion de los españoles, á él he corrido para sacudirlo, quitarle el polvo y mostrarlo á muchos que tal vez no tenian noticia de él ó la tenian equivocada.

¿Qué sé yo lo que habré conseguido?

Si, como creo, he alcanzado algo de mi principal propósito, no me pesará del tiempo empleado en mi tarea.

III

Y ahora...

Pero ahora quisiera tener yo delante de mí un buen grupo de lectores para dirigirles varias preguntas, por ejemplo:

¿No es verdad que si V. hubiese vivido en otros siglos le habría gustado ser señor feudal? ¿No es verdad que hoy, sin derecho de vida y muerte la vida del poderoso ha perdido su amenidad, su principal atractivo?

¿Y ser uno de los obispos aquellos, que además tenian el dominio temporal, á modo de pontificitos, con tantos siervos, castillos, preeminencias, perros de caza, bufones y riquezas, no habia de ser cosa muy bella? ¿Hay algo en la sociedad moderna que pueda comparársele?

Y tomar parte en aquellas guerras de conquista en que á lo mejor le caia á uno en las manos un pedazo de terreno como un reino, ¿por ventura no era cosa superior á cuanto hoy puede tocarle al general mas listo en una de esas guerras de chicha y nabo que con tanto mayor estruendo y tanto menor provecho hace nuestro siglo?

IV

Porque es claro que al hablar de los tiempos pasados no hemos de ser tan bobos que nos figuremos que si hubiésemos nacido entonces nos habia de tocar ser siervos, sino señores; no habíamos de pagar diezmos y primicias, sino cobrarlos.

V

Naturalmente, si empezamos á pensar que habiendo nacido en la Edad media nos podia tocar la china de ser pobres y humildes, lo pasado ya pierde mucho de su encanto, porque el ser apaleado á todas horas y desorejado alguna vez y poseido siempre, no tiene *mas poesía* que la de la esperanza de mejorar de posicion en el

cielo; pero yo tengo notado, y ustedes tambien, que cuando se trata de lo pretérito y de sus ventajas sobre lo presente, todo el mundo prefiere aquello y dice: ¡Ojalá anduvieran hoy las cosas como entonces! pues á nadie se le ocurre pensar que pudiera tocarle estar debajo, sino encima.

¡No, que seremos simples!

VI

¡Aquella sopa de los conventos!

¡Aquello era lo grande!

Siempre he oido decir: «A lo menos antíguamente el pobre te»nia la sopa de los conventos.»

Pero jamás he oido á nadie que no deseara la sopa conventual para los otros.

Y así de los demás.

VII

Y no hay que darle vueltas: con leer cuatro páginas relativas á tiempos pasados, se convence el mas topo de que para ser señor feudal, para ser obispo ó prior ó abad, los tiempos actuales son muy calamitosos, y los pasados pueden llamarse á boca llena tiempos de bienaventuranza.

VIII

Pero así como confieso lo uno, confieso tambien lo otro.

Como por causas agenas á mi voluntad yo no nací con vocacion por el episcopado y pertenezco al estado llano, nunca he preferido de todo corazon los tiempos pasados á los presentes.

Será egoismo, será lo que se quiera; no me resignaria á la suerte que me habria cabido si llego á nacer en los siglos de los monjes, la fé y la caballería.

Pero no se deje llevar nadie de mis opiniones, que acaso no sean otra cosa que estravagantes caprichos.

IX

Sobre todo V., lindísima lectora, V. puede echar de menos cuanto guste los tiempos pasados.

Porque si hubiese V. nacido señora (como me complazco en creerlo) habria V. tenido su pajecillo, rubio por supuesto, y tal vez sus siete condes (siempre eran siete) que se rompiesen varios miembros por alcanzar su mano, ó habria V. llegado á ser una de aquellas abadesas muy visitadas, á cuyos piés iban á rendir pleito homenaje caballeros muy barbados.

Y si la desgracia la hubiese hecho nacer sierva (lo cual era entonces cosa muy difícil, pues las historias y leyendas de aquellos siglos por lo general no hablan de que las hubiese), siendo V. tan linda como es, habria V. tenido á lo menos una vez en la vida la dicha de ocupar el tálamo señorial.

V., bella lectora...

Pero ¿es bien seguro que tenga yo lectora alguna?

Por si alguna tuviese, bueno es que haya escrito los párrafos anteriores; y por si no tuviera ninguna, dirijámonos al sexo masculino.

X

¿Cree V., lector, que le habria tocado ser Papa si hubiese nacido en los siglos mas gloriosos del pontificado?

Pues en ese caso, con razon se lamenta V. de haber nacido hoy dia.

¿Cree V. que en los tiempos feudales le habria tocado ser señor y no siervo?

Pues comprendo, comparto de corazon su sentimiento por haber nacido en el siglo XIX.

Es claro: si bajo el dominio de la Inquisicion habia V. de ser de los que quemaban y no de los quemados, bien puede V. decir que los tiempos modernos le han privado de una de las mas profundas satisfacciones que puede saborear un corazon católico.

Y si cuando las glorias monacales estaban en todo su esplen-

dor le habia de tocar á V. la china de ser abad, mitrado ó no, con derechos señoriales, casa de moneda y todo género de jurisdicciones, es V. un desgraciado, y no puede sino mirar con horror los calamitosos tiempos que alcanzamos.

Ya ve V., lector de mi corazon, que no solamente soy razonable, sino hasta compasivo para con la hipotética desgracia de V.

Sí señor: se me cubre de luto el corazon al pensar en lo que puede V. haber perdido con la inconcebible pachorra de sus progenitores, que podian haberle traido al mundo en mejores siglos, cuando V. habria tenido poder, riqueza, privilegios, y el contínuo espectáculo de altas virtudes y nobles afectos y bienestar social ante los ojos.

XI

Pero como yo no me he figurado que naciendo antes me hubiese correspondido ser Papa, ni señor de horca y cuchillo, ni obispo, ni siquiera familiar de la Inquisicion, sino Roberto Robert, sin tiara, ni mitra, ni la menor tonsura, sin castillo feudal; en resúmen: sin privilegio alguno, ageno á mi propio cuerpo; no con rentas para dar sopa conventual, sino por el contrario, obligado á aceptarla so pena de la vida, con todas las probabilidades de ser achicharrado por el Santo Oficio, ahí tiene V. por qué, en verdad lo digo, jamás he sido entusiasta de los pasados siglos.

Me gusta bien ver pintado un Gregorio VII; me gusta igualmente ver cuadros en que se represente al señor saliendo por las puertas del castillo con su gente de armas, y me gusta, sobre todo, porque ningun pintor pinta jamás el castillo feudal sino con el poético tinte pardo que el tiempo da á la piedra.

Nótelo V.: los pintores no pintan nunca un castillo feudal ni una catedral acabados de hacer.

Aunque representen en sus cuadros una escena ocurrida el mismo dia en que se acabaron de labrar el castillo ó la basílica,

procuran que esos edificios parezcan viejos, como si ya tuviesen siglos.

Lo gótico para ellos no resiste el color natural de la piedra.

Yo creo que les pasa lo que á mí: les gusta lo de aquellos siglos; pero les gusta de lejos, muy lejos, y hasta cuando reproducen escenas de aquel tiempo, hacen de modo que parezca que cuando sucedia la cosa ya hacia mucho tiempo que habia sucedido.

No sé si me he esplicado con claridad.

Afortunadamente hablo con buenos entendedores.

XII

Por otra parte, harto he dado á entender antes de ahora lo que he querido decir últimamente.

Y basta; que se acaba el tomo y otras tareas tengo preparaadas, que pienso ofrecer antes de mucho á la curiosidad del público, y necesito darles una mano de aseo para que no se muestren con censurable desaliño ante el lector benévolo é ilustrado.

Adiós, abadías, que fuísteis emporios de riqueza y poderío, así como fuísteis albergues de varones pobres y humildes, segun nos plazca imaginaros, y ahora no sois mas que montones de ruinas.

Adiós, ilustre castellano, que brillabas en las famosas guerras de aquellos siglos en que todo era paz; y si ahorcabas á tus siervos, en cámbio una vez al año les sentabas cristianamente á tu mesa.

Adiós, cruzado, que estuviste en un tris de conquistar el Santo Sepulcro y volviste á Europa con lepra y sagradas reliquias, sin el oro que te llevaste y con ideas que no habias ido á buscar.

Adiós, clero, que díste ocasion á que Papas y concilios se hicieran famosos, emprendiendo cien veces la reforma de tus costumbres.

Adiós, los eminentes varones que empleásteis vuestro saber y *activo génio* de desterrar del mundo la brujería.

Adiós, matronas castas, doncellas honestas, cuyo honor solo hubo menester el cuidado de la dueña, la celosía, la reja de hierro y el candado.

No me apartaria de vosotros, pero... hemos llegado á la página 350.

Adiós.

FIN DE LA ESPUMADERA DE LOS SIGLOS.

ÍNDICE

Páginas.

Prólogo. v
El Dinero de la Iglesia. 15
La Honestidad. 79
Los Cruzados. 109
El Pillaje. 185
La Brujería. 227
Los Señores. 267
La Simonía. 317
Conclusion. 341

UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 02720 2095